LA PERFECCIÓN SERÁFICA SEGÚN SAN FRANCISCO

POR EL P. CESÁREO DE TOURS, O. M. CAP.



La Perfección Seráfica según San Francisco

POR EL

P. CESÁREO DE TOURS, O. M. CAP.

Versión española de la segunda edición francesa

POR EL

P. MARTÍN DE BARCELONA, O. M. CAP.



BARCELONA
«EDITORIAL FRANCISCANA»
1926

Licencia de la Orden

Imprimatur

Fr. José de Besalú,
Min. Prov.

Sarriá-Barcelona, 1 de mayo de 1926.

NIHIL OBSTAT.

El Censor,

Dr. Alfonso M.ª Ribó Bulbena, Canónigo.

Barcelona, 14 de Mayo de 1926.

Imprimase,

† José, Obispo de Barcelona

Por mandato de S E. Ilma.

Dr. Francisco M.ª Ortega de la Lorena.
Canciller-Secretario.

7.—Impremta Altés, Angels, 22 i 24. — Barcelona.

BREVE DE SU SANTIDAD

A nuestro querido Hijo Cesáreo de Tours, sacerdote de la Orden de Menores Capuchinos

BENEDICTO XV, PAPA.

Carísimo Hijo:

Salud y bendición apostólica.

El obsequio que Nos habéis hecho de vuestra obra intitulada: "La Perfección Seráfica según San Francisco" no podía menos de causarnos placer y hallar cerca de Nos una buena acogida.

El objeto principal que Nos proponemos es de conducir nuevamente los hombres a los principios de la vida cristiana a fin de procurar la salvación de todos.

Es, pues, bien en su hora que se presenta vuestro libro, el cual expone la vida admirable del Patriarca de Asís y hace resaltar las virtudes sublimes de aquel que fue imagen tan perfecta y parecida de Jesucristo.

Aunque esta obra haya sido compuesta especialmente en vistas a vuestros hermanos obligados, en virtud de sus votos, a la imitación de su Padre y Legislador, no obstante es indudable que ella será de gran provecho para todos los Hijos de San Francisco, comprendiendo en ellos los Terciarios.

Por lo demás, en Nuestra Encíclica reciente "Sacra prope diem", Nos afirmábamos que, a fin de renovar el espíritu cristiano en la vida privada y pública, la Orden Tercera franciscana nos parecía de una gran eficacia, a condición de guardar exactamente la forma que le dió San Francisco.

Deseamos, pues, vivamente y pedimos insistentemente a Dios que vuestra obra sea para multitud de almas un auxilio poderoso para la adquisición de la Perfección seráfica.

En cuanto a Vos, querido Hijo, Nos os felicitamos por haber dado cima a ese trabajo que se recomienda por su oportunidad, no menos que por la doctrina, la piedad y el celo.

Como prenda de los favores divinos y de nuestra paternal benevolencia, Nos os concedemos muy afectuosamente la bendición apostólica.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el tercer día de mayo del año MCMXXI, séptimo de Nuestro pontificado.

BENEDICTO XV, PAPA

CARTA DEL CARDENAL MERCIER

24 *de abril* 1920.

Muy Rdo. Padre:

Acabo de leer vuestro hermoso libro "La Perfección Seráfica" y me apresuro a daros las gracias del bien que me habéis hecho.

Hacéis revivir san Francisco y participar al lector en el culto—yo querría añadir en el amor, pero no me atrevo—hacia el "Pobre Crucificado". "Scire Pauperum Crucifixum, Pauperi Crucifixo conformari".

Esa idea-madre se destaca tan vivamente y a la vez tan suavemente de vuestra obra que uno lamenta haber pasado tanto tiempo buscando en otra dirección lecciones de Espiritualidad, cuando era tan sencillo entrar en la escuela de San Francisco, es decir, en la contemplación de Jesús Crucificado.

Aceptad, os ruego, M. R. Padre, mi agradecimiento por vuestro gracioso obsequio de autor, al par que la seguridad de mis rendidos y afectuosos sentimientos in Christo

† CARD. MERCIER, ARZ. DE MALINAS.

LA PERFECCIÓN SERAFICA

SEGÚN SAN FRANCISCO

Introducción

Dios da a cada Orden religiosa, para realizar su vocación especial, un espíritu propio, peculiar: el espíritu de su Fundador.

Estudiar la vida del Fundador, conocer su espíritu, penetrarlo y asimilarlo íntimamente, es para cada discípulo una obligación sagrada.

"Entre los Patriarcas que han plantado en el jardín de la Iglesia las grandes Familias religiosas, su alegría, su orgullo santo, *el más bello de todos* es indudablemente el Seráfico Padre San Francisco.

Ningún otro como él se asemeja a Jesús crucificado" (1).

Tuvo sobre el mundo una fuerza de seducción in-

(1) Alocución de León XIII, 19 de mayo de 1896.

comparable; después de siete siglos el entusiasmo que despertó dura aún y atrae hoy día a Protestantes e Incrédulos. Jamás Santo alguno adquirió una tan universal y prolongada popularidad.

Los Soberanos Pontífices preconizan la difusión de su espíritu y la imitación de sus virtudes como medio el más eficaz de renovación social (1).

Los escritores, sin distinción de opiniones, no cesan de evocar y estudiar la atractiva fisonomía del *Poverello,* la más pintoresca, la más encantadora de la Edad Media.

El tema parece agotado y nuevas publicaciones ven la luz continuamente; es el *Non nova sed nove,* siempre verdadero y más fecundo que nunca.

Para atender a las suaves exigencias de nuestros Hermanos más jóvenes, a la par que a nuestra piedad filial, hemos redactado este estudio de la Perfección Seráfica, que nos parece nuevo por más de un motivo.

Ante todo utilizamos las fuentes renovadas, clarificadas y confirmadas en su autenticidad por pacientes y reposadas investigaciones de nuestros Hermanos en San Francisco, los Padres de Quaracchi.

Además, la vida de San Francisco es considerada desde un nuevo punto de vista. Esta existencia tan

(1) 'Tengo la firmísima convicción que, por la Tercera Orden y por la difusión del Espíritu franciscano, lograremos la salvación del mundo". (León XIII, Audiencia de 12 de marzo de 1886).

poética y tan mística a la vez, aplicada como un cuadro viviente a la espiritualidad clásica, tradicional, ilumina y pone en acción los principios generales comunes a toda vida de Perfección, como también la manera más atractiva, más heroica, particular de la Perfección Franciscana.

Este método nos parece sencillo, natural. ¿No es a la fuente pura y vivificadora del Evangelio adonde acuden los fieles para beber el espíritu cristiano? El Maestro dijo eso, el Maestro hizo aquello, y basta.

Y nosotros, hijos de San Francisco, ¿en dónde encontraremos ese Espíritu Seráfico más abundantemente prodigado que en la vida de nuestro bienaventurado Padre, tan conforme, por otra parte, con la del Buen Maestro?

Oyéndole hablar, viéndole obrar, la inteligencia se ilumina, el corazón cobra nuevo calor, los actos nacen espontáneamente. "*Exempla trahunt*".

Afortunadamente poseemos hoy, sobre San Francisco, obras que responden a las exigencias de la crítica histórica más escrupulosa. Sus autores, primeros compañeros y discípulos de San Francisco, son los testigos auténticos de los hechos que relatan.

Citemos entre otros: el B. Tomás de Celano, historiógrafo oficial de la Orden; los tres primeros compañeros: BB. León, Rufino y Angel; el Seráfico Doctor San Buenaventura, etc.

Sus escritos componen la trama de nuestro estudio; los traducimos lo más fielmente posible, cerrando las

citas entre comillas y reproduciendo en notas el texto latino (1).

Las obras ascéticas y místicas de San Buenaventura, de David de Augsburgo, de varios escritores de nuestra Reforma de Frailes Menores Capuchinos: Padre Bernardino de París, P. Honorato de Champigny, P. José de Dreux, etc., nos dan un autorizado comentario de la vida y doctrina de nuestro Bienaventurado Padre.

Esta *autoridad doméstica* nos parece la más acreditada y de hecho la más propia para convencernos. Así el Tratado de la Perfección Seráfica en su tejido y ornamentación es una obra homogénea. Para mayor variedad y riqueza no dudamos acudir a las obras espirituales de ciertos Maestros, que, si bien extraños a nuestra Orden, son por la conformidad de espíritu, o por la influencia de las doctrinas, como parientes de la Familia Franciscana; por ejemplo: San Francisco de Sales, Bossuet y Fenelón.

Su autorizada doctrina confirma y no pocas veces completa las enseñanzas de los Padres y de los Doctores de nuestra Orden.

(1) Adoptamos la edición de Celano por el M. R. P. Eduardo de Alençon, Definidor General de nuestra Orden de Capuchinos. La letra mayúscula C. indica el nombre del historiador, las cifras las páginas y la línea donde empieza el texto citado. Las iniciales T. C. significan los Tres Compañeros, y las cifras el número de los capítulos. La abreviación *Leg.* seguida del número del capítulo y del pàrrafo, se refiere a la Leyenda de San Buenaventura.

Ojalá pueda ese humilde trabajo avivar en todos los hijos de San Francisco la estima y el gusto de la Espiritualidad franciscana tradicional! Cuanto mejor conocido sea nuestro Seráfico Padre, será más amado y más fielmente seguido. Su perfecta imitación nos transformará en su Amor crucificado.

Nociones preliminares

I. — *De la perfección en general*

La perfección es el conjunto de cualidades que convienen a un ser.

Cuando estas cualidades son principios constitutivos del sér, por ejemplo, el alma y el cuerpo en el hombre, su reunión confiere la perfección llamada *esencial.*

Cuando estas cualidades son necesarias para el *ejercicio* normal de las potencias, de las facultades propias de la naturaleza del sér, la perfección se llama de potencia *virtutis.* Así, el hombre será perfecto en su naturaleza si posee las facultades y medios necesarios para el ejercicio de la vida intelectual y corporal.

Cuando estas cualidades se aplican al acto, al sér en su totalidad, haciéndole realizar su fin propio, la perfección se llama *final.*

Dios ha creado al hombre para conocerle, amarle, servirle y poseerle eternamente; cuanto mejor practicará el hombre este conocimiento, este amor, este servicio, tanto mejor se preparará a la eterna posesión de su Dios, y más se acercará a la perfección suprema.

II. — *De la Perfección Cristiana*

La Perfección Cristiana consiste esencialmente en la total conformidad de la voluntad humana con la voluntad divina, bajo la influencia de la caridad derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo.

El verdadero amor no puede permanecer inactivo, y por lo mismo que quiere lo que Dios quiere, aplica todo su sér al cumplimiento del beneplácito divino: *Quae placita sunt Ei facio semper.*

Con toda verdad dijo San Agustín: *Amor meus pondus meum.* El amor es el móvil de todos mis actos; me arrastra hacia Dios, mi centro de atracción.

Así el alma siempre íntimamente unida a Dios, siempre mirando hacia El por la ley de su amor, no puede abusar de su libertad, *Ama et fac quod vis.*

La caridad es así el lazo de toda Perfección—*Vinculum perfectionis.*—En la caridad están contenidas y por la caridad se reúnen todas las perfecciones del alma; sin la caridad no es posible ninguna virtud en estado perfecto.

Podemos concluir con lo que decía San Francisco de Sales, en su tratado del amor de Dios: "Si el hombre es la perfección del Universo, el espíritu es la perfección del hombre, el amor la del espíritu, y la caridad la del amor."

III. — *La Perfección Seráfica*

La Perfección Seráfica nada añade a la esencia de la Perfección Cristiana; es solamente una *modalidad* de la misma.

La caridad, que todo lo hace bien, se modifica, se *especializa*: en primer lugar en un objeto, el más expresivo del amor, *Jesús Crucificado*; y luego por la intensidad de su acto: *un amor muy ardiente de Jesús crucificado,* de donde su nombre de Perfección Seráfica.

La Religión cristiana está simbolizada por el cru-

cifijo, que resume y sintetiza todos los preceptos y consejos evangélicos. Llevar su cruz, en seguimiento de Cristo, todos los días de su vida y morir crucificado con Jesús, éste es el programa impuesto por el divino Maestro a sus fieles discípulos.

Mas ¡ay! ¡cuán pocos cristianos lo comprenden! ¡cuán pocos aceptan sus condiciones, heroicas algunas veces, dolorosas siempre!

San Francisco, en la juventud y sinceridad de su corazón, buscaba a Dios, ideal de toda perfección, y Dios, que le atraía, le rindió al pie del crucifijo en San Damián. Ante él se alzaba la imagen divina, resplandeciente de verdad, y Francisco la comprendió.

Dios, amor infinito, se encarnó, dejóse crucificar. Para corresponder al amor de Dios, el hombre debe crucificarse por Dios; eso quiere San Francisco. Desde entonces se consagra al amor de Jesús crucificado, se *especializa* en la práctica de ese amor crucificado y crucificante.

Todo lo que no sea la cruz, Dios hecho hombre y muerto en la cruz, desaparece.

Jesús crucificado es para él la senda única que conduce a la Perfección, senda dulcísima, amantísima y dolorosísima; senda seguida por él hasta sus más sublimes alturas; senda *viviente* que le arrastra, le transfigura, le estigmatiza en el Alvernia (1).

Tal es la perfección Seráfica personificada en San Francisco. *Su camino*, dice San Buenaventura, *no es otro que un ardentísimo amor de Jesús crucificado* (2).

(1) "*Quam initiavit nobis viam novam et viventem per carnem suam*". (Hebr., X, 20).

(2) "*Via autem non est nisi per ardentissimum amorem Crucifixi*". (Itin. Prol., 347).

Este amor ardentísimo de tal manera ha invadido y atormentado al Seráfico Patriarca que su alma abrasada, dilatada, forcejea por librarse de lo terrestre y se manifiesta a través de su carne herida: *Adeo mentem Francisci absorbuit, quod mens in carne patuit.*

Los clavos atraviesan sus manos y sus pies, la sangre fluye del costado traspasado. "Verdaderamente, dice Celano, Francisco parece como suspendido de la misma cruz del Hijo de Dios" (1)

"Espejo sin mancilla de la perfección; sus palabras y sus actos reflejan lo divino."

Ejus tam verba quam facta divinum quoddam divinitus redolent. (Celano, 189, 14).

El discípulo que lo contempla atentamente con humildad de corazón es invenciblemente convencido y suavísimamente impelido a imitarle. Tórnase pronto perfecto cristiano, trabajado según el molde de Francisco y crucificado con él (2).

División

Ciertos grandes acontecimientos de la vida de nuestro B. Padre, puntos culminantes de la misma, nos darán la división de este trabajo; tuvieron por testigos

(1) "*Revera... ac si in Cruce cum Filio Dei pependisset*". (C., 93, 23).

(2) El Amor y Amor ardiente de Jesús Crucificado es la virtud esencial y fundamental de San Francisco, es el alma de su vida.—La pobreza es su expresión visible, es el rasgo característico y de mayor relieve de su persona, que hace de él el *Poverello* de amantísimo corazón.

lugares que desde entonces han sido ilustres y apreciados por la piedad católica. Asís, San Damián, la Porciúncula, Rivo Porto, son santuarios consagrados por el Serafín de la tierra, cimas donde ha suspendido su vuelo y de donde se lanzó a nuevas ascensiones, hasta el día en que su alma desapareció en las profundidades infinitas de la gloria divina.

Fatigados por tanta sublimidad, sus restos mortales, destinados a la inmortalidad, descansan en Asís, en "la colina del Paraíso".

Siguiendo a Francisco, nuestro guía y modelo, recorremos esas diferentes etapas; los hechos y la voz del Padre tan querido excitarán nuestra alma a sublimes arrobamientos y lo atraerán hacia las sendas de la Perfección Seráfica.

A medida que ascenderemos, las emociones y los ardores de la divina caridad se manifestarán más vivos y santificantes.

Et dixerunt ad invicem; nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via. (Luc. XXIV, 37).

Nuestro estudio comprende cinco partes:

La primera parte, a manera de *Prólogo,* es la preparación a la Perfección Seráfica.

La segunda, tercera y cuarta partes forman el cuerpo de nuestro trabajo: contienen la exposición de las diferentes etapas de la Perfección Seráfica.

La quinta parte será el Epílogo: resume los medios prácticos para conservar y perpetuar la Perfección Seráfica.

He aquí cómo estas diferentes partes tienen cabida en la vida de San Francisco:

1.º Preparación a la Perfección Seráfica: *Asís.*

2.º Vocación a la Perfección Seráfica: *San Damián,*

3.º Manifestación espléndida de la Perfección Seráfica: *La Porciúncula.*

4.º Consumación de la Perfección Seráfica: *El monte Alvernia.*

5.º Perennidad de la Perfección Seráfica: *La colina del Paraíso.*

PRIMERA PARTE

Preparación a la perfección seráfica. — *Asís*

Dios previno a Francisco con exquisitas bendiciones. (*Leg.*, cap. I).

Según el Seráfico Doctor, para ser perfecta "la criatura, teniendo a Dios por principio, debe conformársele en cuanto a la unidad, verdad y bondad", tres propiedades trascendentales del ser (1).

Francisco, predestinado por Dios para ser un ejemplar de la Perfección, recibe en grado eminente *tres dones personales* que le preparan a esta altísima conformidad: 1.º, una naturaleza sensible a lo Bello; 2.º, un alma enamorada del Ideal; 3.º, un corazón inclinado a la Bondad.

I. — *Una naturaleza sensible a lo Bello*

Lo Bello absoluto sólo está en Dios; El es la manifestación espléndida de la Unidad en la infinita variedad de sus perfecciones. Esta Belleza superior se proyecta sobre toda la creación, anima las innumerables bellezas creadas, las organiza y las orienta hacia su divina unidad.

Siendo ello así, las criaturas vueltas hacia Dios despiertan en nosotros la fe en la Belleza eterna, y nues-

(1) "*Creatura habere non potest Deum sicut principium, quin configuretur ei secundum unitatem, veritatem et bonitatem*". (Brevil. P. II, c. XII, núm. 3).

tra alma mueve inquieta las alas del amor, como para elevarse hacia el Ideal de toda Perfección.

San Francisco estaba preparado para ese retorno hacia Dios. El Creador habla suavemente a su naturaleza sensible y la arrastra hacia el Creador del Universo (1). Su alma se identifica con la Umbría como el árbol con la tierra, con el aire, con el sol, con el ambiente en que florece.

Y lo que completa la seducción: para él "la creación, como exenta de la maldición secular, descubría de nuevo su hermosura virgen y encantadora a sus ojos maravillados, y embriagaba su alma con todas las inocentes alegrías de la vida terrena y de la vida celestial (2).

Es una misteriosa fascinación de todo su sér por las mil bellezas de la naturaleza. Y "remontándose hasta el primer principio de las cosas, consideraba a los seres creados como salidos del seno paternal de Dios... Tienen, decía, el mismo principio que nosotros; como nosotros tienen la vida del pensamiento, de la elección y del amor del creador".

Esta unidad de origen regocija su alma y dilata su corazón. Dios es el Padre de todas las criaturas, todas las criaturas son sus hermanos y sus hermanas (3).

"¡Oh sencilla piedad! dice Celano, ¡oh piadosa

(1) "*Quis unquam posset suum ejus affectum exprimere, quo in omnibus quae Dei sunt efferebatur?...*" (C., 81-20).

(2) Georges Lafenêstre, *Saint François d'Assisse et Savonarole*, pág. 17.

(3) "*Consideratione quoque primae originis omnium abundantiori pietate repletus, creaturas quantumlibet parvas fratres ac sorores appellabat nominibus pro eo quod sciebat eas unum secum habere principium*". (Leg., cap. VIII).

sencillez! no aplastaba al vil gusano que encontraba en el camino... Cuando los frailes iban al bosque por leña, les recomendaba cuidasen de no maltratar el tronco, para que pudiese rebrotar y vivir". (C., 82, 3).

En todo veía y amaba la imagen, la presencia de Dios. De las bellezas creadas llegábanle al corazón secretos impulsos, bajo cuyo influjo cantaba su alma musical. Al sonido del órgano, la virgen Santa Cecilia modulaba un cántico al Señor: "Que mi corazón se conserve puro e inmaculado." Así Francisco recogía en sí mismo la misteriosa armonía de la naturaleza de la Umbría y la ofrecía a Dios como la oración de su alma extasiada.

El Señor le oyó. Jamás la naturaleza fue más casta y santamente amada. Esta naturaleza encantadora que reservaba tantas sorpresas para un tan sensible organismo, le fue saludable: por la influencia de sus divinos encantos, preservó al ardiente joven y fue para su piedad un punto de apoyo.

"¡Oh, exclama Celano, cuán bello era contemplar la inocencia de sus costumbres, el candor de su alma y la angelical expresión de sus facciones!" (1).

La carne que debía ser consagrada por las llagas del Salvador, conservóse siempre virgen (2).

Feliz viajero de puro y sencillo corazón, a medida que recorre y contempla esta naturaleza amada, su piedad adquiere mayor fervor. Presto pagará a las criaturas lo que ellas le han prodigado y él es quien ahora

(1) "*O quam pulcher, quam gloriosus apparebat in vitae innocentia, in puritate cordis, in aspectu angelico*". (C., 84, 6).

(2) "*Superno sibi assistente praesidio, nec inter lascivos juvenes, quamvis effusus ad gaudia, post carnis petulantiam abiit*". (Leg., cap. I, 9; T. C., cap. I).

les habla de Dios, y presta a su impotencia, una voz, una inteligencia, un corazón abrasado de amor, y toda la naturaleza visible ama en él, por él a la Belleza invisible del Criador.

Es gloria legítima de Francisco haber comprendido, amado y utilizado santamente la creación. El "Cántico del sol", donde alaba al Señor por todos los seres creados (1) y que en el lecho de muerte querrá todavía cantar, es como el eco de su alma arrebatada en Dios, reconocido, adivinado y adorado en la belleza de las criaturas.

Conclusión. — A ejemplo de nuestro Seráfico Padre, sirvámonos de las criaturas como de espejo para contemplar a Dios y sus infinitas perfecciones, elevar nuestro entendimiento a las bellezas celestiales y unirnos íntimamente con la Suprema Belleza. Recordemos todos los beneficios recibidos del cielo: dones de naturaleza, de inteligencia, educación cristiana, padres piadosos y honrados, gracia de preservación o de justificación (todo lo que directa o indirectamente ha concurrido a la obra de nuestra vocación). "*Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum*". Los acontecimientos más fortúitos en apariencia, son el *Incognito* de la Providencia que nos encaminan suave, pero seguramente, hacia la vida franciscana. *Suaviter et fortiter.*

II. — *Alma enamorada de lo Ideal*

El Ideal es lo verdadero en todo su esplendor.

El Ideal perfecto, infinito, subsiste en Dios, es la

(1) "*Spiritu Dei plenus, in omnibus elementis et creaturis Creatorem omnium ac gubernatorem glorificare, laudare ac benedicere non cessabat*". (C., 82, 17).

segunda Persona de la Beatísima Trinidad. El Verbo es la Verdad esencial, luminosa, centelleante, la Verdad en su infinita Belleza.

El Verbo es el arquetipo divino de toda la creación, tabernáculo, arca sagrada del Ideal; —*Arca Idealis* dice Santo Tomás — es, en realidad de verdad, el Ideal mismo.

El Verbo, el Ideal, se encarnó: *Et Verbum caro factum est.* Para ser mejor conocido, mejor comprendido, se humilló, se achicó para ponerse a nuestro alcance, y se nos apareció "lleno de gracia y de verdad".

Su misión, como El mismo afirma, es traer al mundo la verdad, hacer brillar a nuestros ojos el esplendor de lo verdadero. En el corazón del hombre se agita el amor, la necesidad de lo verdadero; el solo nombre de Verdad basta para levantarle de su postración y librarlo de sus cadenas.

Quid est Veritas? ¿Qué es la verdad?, decía el procónsul Pilatos a Cristo ante su tribunal. Tal es, también, el clamor de la humanidad entera. Aterrorizado, empero, acobardado por los rumores del populacho, más amigo del César que de la Verdad, el procónsul romano no fue digno de la sublime revelación.

Francisco, a su vez, libre, desinteresado y caballeresco, tiende con todas sus fuerzas hacia la Verdad; con todo el generoso ímpetu de su alma gigante remóntase continua y rápidamente en derechura hacia el Ideal divino (1).

Tierno niño aún, hace presagiar y decir a su madre Pica, en presencia de algunas amigas reunidas: ¿Qué

(1) "*Sequitur illum beatum impetum animi sui quo ad optima bona, calcatis saecularibus itur*". (Itin., C., 12, 33).

pensáis de mi hijo? ¿Qué será de él? "*Quid putatis iste filius meus erit? Meritorum gratia Dei filium noveritis affuturum*". (C., 169, 21).

Joven, alístase como escudero al servicio de un noble ciudadano de Asís, se cree llamado a la carrera de las armas tan fértil en hazañas; pero principalmente quiere defender a una débil mujer atacada por un potente señor. (C., 9, 6).

Prisionero de guerra en Perusa, a causa de su nobleza de costumbres mereció ser encerrado en compañía de los caballeros. Siempre apasionado por el ideal, desprecia sus cadenas, tómalas como cosa de risa; predica valor a sus abatidos compañeros, y olvida sus humillaciones presentes y les predice su propio futuro encumbramiento. "Sí, les dice, seré venerado como un santo por todo el universo". (C., 170, 22).

Rey de la juventud, proclamado tal por sus jóvenes camaradas, les subyuga por la elegancia y pureza de sus costumbres; al par que preside sus fiestas, es su flor y ornato más preciado.—Sueña con una esposa ideal, "será la más noble, la más bella que hayan visto jamás ojos humanos, sobrepujará en hermosura y sabiduría a todas las mujeres". (C., 12, 10).

Esta esposa que ignora, pero que espera, le es presentada poco a poco en determinadas pruebas y gracias llamadas por Celano *visitas de Dios.*

1.° *La enfermedad.*—El sufrimiento nos da la inteligencia de Dios y de sus criaturas, nos ilumina, disipa los perniciosos encantos de la vida terrena y aquilata el valor de las cosas. Su ruda lección fue eficaz: "Postrado por larga enfermedad, Francisco cambió poco a poco de manera de pensar. (C., 8).—Sosteniéndose a duras penas, apoyándose en un bastón recorría las di-

ferentes habitaciones de la casa paterna. Un día sintió deseos de salir al campo; sus miradas se extendieron por el extenso panorama que a su vista se ofrecía. Las verdes campiñas, los viñedos y quietos olivares, todos aquellos paisajes tan conocidos y en otro tiempo tan amados, no le dicen ya nada, su encanto y hermosura han desaparecido. Un cambio tan súbito le sorprende, y llamaba locos a los amadores del mundo que ponen todo su contento en tan deleznables y perecederas cosas". (C., 8).

"Dios acababa de hacer sentir su diestra sobre Francisco por medio de largas enfermedades, afligía el cuerpo de su servidor y preparaba su alma para la unción del Espíritu Santo". (*Leg.*, cap. I, 2).

"Desde este momento, Francisco despreciόse a sí mismo y aborreció lo que hasta entonces había subyugado y seducido su corazón". (C., 8, 17).

Dios puede ya hablar, que será escuchado.

2.º *Las Visiones.—El Palacio lleno de armas marcadas con el signo de la cruz.*—Durante su sueño, ofrécese a su vista un grande y magnífico palacio, donde distingue toda suerte de armas señaladas con la cruz y una Señora extremadamente bella, vestida como una desposada. Francisco oye que es llamado por su nombre; la voz intenta seducirle con la promesa de las armas y de la desposada. (C., 171, 9).

Una vez despierto, parte para realizar ese sueño de gloria militar y de amor humano: mas duró poco su engaño.

Aparición del Maestro.—Otra noche dejóse oir la misma misteriosa voz. Quiere saber los designios del joven; habiendo respondido Francisco que intentaba tomar parte en la guerra de Apulia bajo las órdenes del

conde de Brienne, díjole la voz: ¿Quién puede favorecerte más, el servidor o el Maestro?—El Maestro, contestó Francisco.—¿Por qué, pues, respondió la voz, quieres complacer a un siervo, en vez de buscar la voluntad del Maestro?—¡Señor! ¿qué queréis que haga?, exclamó Francisco.—Regresa a tu ciudad natal; has interpretado mal la visión precedente; ya cuidaré de su realización espiritual". (C., 172).

Visión de la Perfección Seráfica.—Un día, en que celebraba una fiesta con sus amigos, llevando Francisco las frágiles insignias de su realeza, cesa súbitamente de andar, de hablar y de oir—la vida de los sentidos quedóse como suspensa, sólo el alma palpitaba, enamorada del Ideal soñado.—Francisco, favorecido por Dios, adivinó la Perfección Seráfica, su esposa. Al día siguiente la verá mejor en la Porciúncula y la abrazará para no dejarla ya más". *Tenui eam, nec dimittam.* (C., 12 y 172).

Dios llama a Francisco a la soledad.—Antes de realizar su tan acariciado proyecto, Francisco va a estudiar y profundizar su Ideal en el silencio y la oración. Apártase poco a poco del tumulto y negocios del siglo; la meditación sazona los grandes pensamientos y firmes resoluciones; Francisco necesita de la soledad.

Para saborear las ventajas de una quietud y reposo más completos, escoge como retiro una gruta situada en la campiña de Asís. En cuatro concisas palabras nos ofrece Celano las ocupaciones de Francisco sepultado en su cripta.

"*Orabat.*—Rogaba al Señor le mostrase el camino que debía seguir y le diese a conocer su beneplático".

"*Sustinebat.*—Sostenía grandes y empeñadas luchas interiores; el misterioso proceso de su vocación no le

daba tregua ni reposo. Un flujo y reflujo de encontrados pensamientos le traían agitado y sumido en angustiosa duda".

"*Ardebat.*—Consumíase en deseos y en amor, sin poder ocultar a los hombres la vivísima llama que le devoraba las entrañas".

"*Poenitebat.*—Lloraba las faltas de su vida pasada y se entristecía al pensar en la posibilidad de recaer, dado lo frágil y voluble de la naturaleza". (C., II).

Cada vez que salía de aquel benditísimo aposento quedaba transformado. Por medio de progresivas iluminaciones, permitióle Dios entrever ese ideal cuya pureza y beldad maravillan y sacan de sí a los hombres.

Conclusión.—Aspirar al Ideal perfecto, realizarlo plenamente, ese debe ser el esfuerzo constante de nuestra vida religiosa. El Noviciado traza los perfiles o líneas generales del Ideal franciscano; tal como lo habremos concebido en la aurora de nuestra vocación, así quedará grabado en lo más íntimo de nuestro ser. El será el principio generador de toda nuestra abnegación, de todos nuestros sacrificios.

III.—*Un corazón inclinado a la Bondad*

La bondad es el atributo divino por excelencia: *Deus cujus natura Bonitas.* Sólo Dios es verdaderamente bueno, y bueno por naturaleza. *Unus est bonus, Deus.* (Matth., XIX).

Los seres creados tienen una bondad participada que les viene de Dios. Por una inclinación connatural, la Bondad infinita se ha derramado sobre toda criatura y comunicádose a todos los hombres y entre todos a

San Francisco: "*El buen S. Francisco*"—. Su exquisita dulzura, dice San Buenaventura, sus modales rebosantes de elegancia, su longanimidad, su incomparable afabilidad, su generosidad pródiga, inagotable", predisponíanle para ser una fiel y atractiva imagen de la Bondad divina. (*Leg.*, cap. I, 1).

Como el corazón del buen Maestro, el corazón de Francisco se derrama en las criaturas; a la vista de la humanidad dolorosa y miserable, se conmueve profundamente: *Misereor super turbam.*

A.—*Bondad para con los Pobres*

"Su compasión para con los pobres, atenta y amante, excede toda humana ponderación. A su natural bondad la gracia añadía una verdadera devoción; su corazón derritíase de ternura en presencia de un pobre; y si nada tenía con qué socorrerle, consolábale con un exceso de ternura" (1).

"Aun antes de su conversión no podía oir a un pobre pedir limosna por amor de Dios, sin sentirse herido en las más delicadas fibras de su corazón". (*Leg.*, cap. I).

"Había hecho el propósito de no negar nunca nada al infeliz que le tendiera la mano por amor de Dios". (C., 171).

"Un día, no obstante, que, absorbido por su comercio, había despedido a uno de esos desgraciados, Francisco abandonó clientes y géneros, y corriendo tras el

(1) "*Sane clementiam habebat ingenitam quam superinfuse pietas duplicabat. Itaque liquescebat animus Francisci ad pauperes, et quibus non poterat manus, exhibebat affectum*". (C., 233, 15).

mendigo hízole una generosa limosna. Renovó entonces su resolución, que guardó fielmente hasta su muerte". (*Leg.*, cap. 7).

"En otra ocasión desprendióse de un rico traje para vestir a un pobre soldado que encontró en miserable estado. Este acto de caridad recuerda el realizado por San Martín; como él fue recompensado la noche siguiente con un sueño profético". (C., 171, 6).

No solamente socorría Francisco con sus recursos, sino que ponía su persona al servicio de los pobres, "se ipsum impendere cupiebat", ofrecía su alma, todo su sér. (*Leg.*, cap. I, 6).

No pocas veces se le vió prestar sus delicados hombros a algún indigente cargado de leña o de otro peso cualquiera (1).

Su felicidad era visitar frecuentemente a los desheredados de la fortuna, compartir su penuria, participando, por su amor, de la pobreza en que yacían sumidos. Aprovechando una peregrinación a Roma, cambió sus vestidos con los de un mendigo, y en la Basílica de San Pedro mezclóse con la multitud de pobres. Por la tarde compartía con sus nuevos hermanos los pobres alimentos obtenidos de la caridad pública. No tomó de nuevo el traje propio de su condición hasta haber llevado la prueba a su último término. (C., 174).

"Habíase prevenido contra ese ruín e indigno desprecio que el siglo hace de los oprobios, bien que consagrados en la persona del Hijo de Dios". (Bossuet, *Panegírico de San Francisco*).

(1) "*Frequenter inveniens pauperes lignis vel aliis sarcinis operatos, ad adjuvandum illos proprios humeros, licet nimium debiles, supponebat*". (C., 78, 15).

Sobre todo, amaba a los sacerdotes pobres, remediaba su indigencia, contribuía a cubrir los gastos del culto, proporcionándoles ornamentos y vasos sagrados. Su caridad era ante todo respetuosa y discreta, pues su veneración se extendía a los más humildes miembros de la jerarquía eclesiástica. (C., 174, 17).

B.—*Su tierna compasión hacia los leprosos*

El solo espectáculo de esos desgraciados inspiraba a Francisco un horror instintivo. Si acertaba a pasar cabe una leprosería, desviaba la cabeza. Cabalgando en cierta ocasión por la campiña de Asís, encontróse con un leproso; la primera impresión fué de disgusto profundo e invencible horror. Fiel, sin embargo, a su promesa de no negar nunca limosna alguna, apeóse y abrazó a aquel infeliz, depositó en sus lacerosas manos una limosna acompañada de un beso. Vuelve a montar, y al estar un poco distante volvió la cabeza para ver a su protegido, pero... la llanura no ofrecía ya trazas ni vestigio alguno del leproso. (C., 175).

Henchido de gozo y de admiración procuróse, algunos días más tarde, la ocasión de ejecutar otra vez la misma buena obra. "Al efecto, trasladóse a la leprosería, hizo reunir los enfermos y entregó a cada uno una crecida limosna, depositando en su mano y rostro un cariñoso beso". (C., 175, 23).

Entonces tienen cumplimiento las promesas del Señor: "Francisco, habíale dicho una voz interior, cambia los vanos placeres carnales por las suavidades espirituales; busca el desprecio de ti mismo y apetece como inefables dulzuras lo que te parezca amargo. En retorno

hallarás inexplicables delicias y consuelos en mis palabras y en mi voluntad". (C., 175) (1).

Nuestro Seráfico Padre consignó en su testamento este hecho capital de su existencia, que completó su conversión.

Pronto reunirá en torno suyo algunos compañeros, émulos de tan generoso sacrificio. Recoger leprosos, lavar sus llagas, vivir en su compañía, comer con ellos, constituirá la prueba decisiva de la vocación de los postulantes (2).

Los hijos de San Francisco no han cesado de cultivar con solícito cuidado esa porción escogida de la herencia paterna; se les encuentra siempre junto a los enfermos, cuidándolos como hermanos.

C.—*Fuente divina de la bondad de Francisco*

Procedente del Corazón de Dios, la bondad de Francisco se remonta a esa sagrada fuente. Decíase a sí mismo: "Ya que sabes mostrarte tan atento y magnífico con los hombres, de los que no puedes esperar más que un favor mezquino y pasajero, ¿no es justo que por Dios, que lo devuelve todo con creces, te muestres espléndido y afable para con los pobres?"

Una vez que habían despedido a un mendigo, hizo consigo este razonamiento: "Si ese hombre se hubiese presentado en nombre de algún barón o conde, le ha-

(1) "*Sic amara pro dulcibus sumit et viriliter ad reliqua servanda se parat*". (C., 175, 25).

(2) "*Existentes in domibus leprosorum... servientes omnibus humiliter et devote*". (C., 42, 13).

brías acogido; venía en nombre del Rey de los reyes, del Señor de los señores, ¡con cuánta más razón debías atenderlo!" (T. C., cap. I, fin).

"Todo achaque, toda miseria que veía en un pobre, la veía en Jesucristo" (1). "Maltratar a un pobre, decía, es hacer injuria a Cristo, cuya imagen es" (2).

Un día que Francisco predicaba presentóse un pobre; sus facciones demacradas indicaban el mal estado de su salud. "Pobre y enfermo, ese desgraciado parecióle mucho más digno de lástima. El compañero del Santo se permitió esta reflexión: "Sin duda este hombre es pobre, pero en sus deseos, en su corazón, es el más rico de toda la provincia". Vivamente irritado echóle en cara Francisco la dureza de sus palabras e impúsole la condigna penitencia. "Despójate de la túnica, y arrodillado ante ese pobre, confiesa tu pecado y suplícale te perdone y se sirva rogar por ti".

Su compañero obedeció, reparó su falta y díjole el Santo: "Hermano mío, cuando ves un pobre estás viendo a Jesús y a su Madre pobres" (3). Asimismo en los achaques y dolencias de un pobre, considera las que Jesucristo quiso abrazar para salvarnos. (C., 235).

Siempre, dice Celano, tenía los ojos fijos en la faz de Jesús (4).

(1) "*Quidquid defectus, quidquid penuriae in quoquam cernebat, reduci mente ac celeri conversioni regebat in Christum*". (C., 233, 19).

(2) "*Qui pauperi maledicit, Christo injuriam facit, cujus portat nobile signum*". (C., 78, 12).

(3) "*Cum pauperem vides, o frater, speculum tibi proponitur Domini et pauperis Matris ejus*". (C., 235, 4).

(4) "*Semper respicit in faciem Christi sui, semper virum dolorum et scientem infirmitates attrectat*". (C., 235, 8).

Tal es el secreto de la heroica bondad de Francisco. A sus ojos, los pobres, los menesterosos, los enfermos, achacosos y leprosos, son la más alta personificación moral del Verbo encarnado suspendido de la Cruz.

Es a Jesús crucificado que ve y ama en ellos, y a El se entrega cuando se sacrifica por aquellos infelices.

Jesús crucificado allí le esperaba, y pues Francisco acudió, su vocación es definitiva; el crucifijo de San Damián va a expresarle pronto la voluntad divina.

Conclusión.—Consagrarse a la salvación del prójimo, aliviar el cuerpo para sanar las almas, sacrificarse a todos por amor de Dios, de Jesús crucificado, he aquí la Bondad franciscana en la plenitud de su ejercicio. Sin embargo, esa vocación nos inclina más bien del lado de los humildes, de los pequeños, de los "menores", cuyo nombre llevamos. *Simile simili gaudet.*—Nuestro género de vida, nuestro tosco sayal, nuestros pies desnudos, son otros tantos títulos de amor para con los pobres, puntos de semejanza que les atraen hacia nosotros.

SEGUNDA PARTE

Vocación a la perfección seráfica: San Damián

En los años de su juventud gustaba Francisco de visitar, en las afueras de Asís, una pequeña capilla consagrada al mártir San Damián. No era otra cosa que un montón de ruinas, y su único ornato consistía en un cuadro bizantino representando a Jesucristo suspendido de la Cruz.

Cierto día que pasaba Francisco junto al desamparado santuario, una fuerza interior impulsóle a entrar a orar. Una vez se hubo postrado a los pies del Crucificado, sintió que un toque extraordinario de la gracia agitaba su alma y la transformaba. (C., 176).

Y he aquí que por un prodigio inaudito la santa imagen cobra vida y le habla, llamándole por su nombre: "*Francisco*, vé, repara mi casa; pues, como ves, se viene abajo" (1).

Temblando y sobrecogido de estupor, Francisco queda como extasiado por la virtud de la divina palabra.

Si debemos atenernos al testimonio de San Buenaventura, la voz del Salvador Crucificado dejóse oir por tres veces consecutivas, y por tres veces renovóle la misma orden (2).

(1) "*Francisce, vade, repara domum meam quae, ut cernis, tota destruitur*".

(2) "*Vocem de ipsa Cruce delapsam ad eum corporeis audivit auribus, ter dicentem...*" (Cap. II, 1).

Estas misteriosas palabras encierran un triple sentido.

1. *Sentido literal.*—Francisco, vé, repara mi casa, *esta capillita* de San Damián; pues, como ves, se arruina. "Así lo comprendió Francisco, y sin demora toma sus medidas para reparar los deteriorados muros" (1).

2. *Sentido espiritual.*—Francisco, vé, repara mi casa, *mi Iglesia* rescatada con mi sangre; pues bambolea en sus cimientos. Este era, principalmente, el sentido de las palabras de Jesucristo. Comprendiólo más tarde Francisco y llevó a cabo esa reparación espiritual mediante la institución de sus Tres Ordenes (2).

3. *Sentido íntimo, personal.*—Francisco, vé, repara mi casa, *tu alma*, vivo templo de la divinidad arruinado por el pecado. Sintió Francisco la realidad de esas palabras, por el inefable cambio que produjeron en todo su sér: "*Ineffabilem sui mutationem persensit*" (C., 176, 13).

En el mismo instante quedó del todo renovado, hecho imagen del divino Crucificado; una tiernísima compasión penetra, traspasa su alma, y, como puede piadosamente creerse, los estigmas de la Pasión imprímense profundamente en su corazón, bien que no aparezcan aún en su carne (3).

(1) "*Totum se recolligit ad mandatum de materiali ecclesia reparanda*". (Leg.., cap. II; C., 176).

(2) "*Licet principalior intentio verbi ad eam ferretur quam Christus suo sanguine acquisivit, sicut cum Spiritus Sanctus edocuit et ipse post modum fratribus revelavit*". (Leg., cap. II, 1; C., 177, 6).

(3) "*Infigitur ex tunc sanctae animae Crucifixi compassio, et ut pie putari potest, cordi ejus, licet nondum carni, venerandae stigmata Passionis altius imprimuntur*". (C., 176, 15).

Tuvo lugar en su alma una cierta transubstanciación moral y espiritual, como aconteció a San Pablo, convertido, camino de Damasco (1).

Según el gran místico San Juan de la Cruz, cuando pronuncia Dios esas palabras substanciales, producen en el alma tan trascendentales efectos, de una tan elevada potencia, que constituyen la vida, la virtud, la fuerza y el bien todo de las personas de tan alta manera favorecidas (2).

Celano confirma que al salir de la capilla de San Damián pareció Francisco a sus conciudadanos como crucificado (3).

A los pies del Crucifijo, pues, tiene lugar la vocación de Francisco y de su Orden, ese llamamiento que de la Cruz viene y hacia la Cruz atrae formando Crucificados (4).

Vamos a examinar el trabajo ejecutado por Francisco ordenado por Jesucristo Crucificado; trabajo de reparación de todo su sér, trabajo de mortificación total. Empezado en su carne por la práctica de las tres virtudes teologales; sostenido y vivificado todo por la plegaria y la oración (5).

(1) San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios,* lib. II, cap. XII.

(2) *Subida al Monte Carmelo,* lib. II, cap. XXXI.

(3) "*Quis Franciscum jam redeuntem ad patriam aparuisse dubitat crucifixum*". (C., 176).

(4) "*Quoniam B. P. N. Franciscus tam ipse quam sui de Cruce ad Crucem fuerat vocatus a Domino, ideo ipse et alii sui primi socii recte videbantur et erant homines crucifixi*". (Actus).

(5) "*Noluit repente fieri summus, paulatim de carne, transiturus ad spiritum*". (C., 177, 8).

Mortificación de la carne

El Crucifijo de San Damián vino a ser para Francisco como el órgano de la voluntad divina en la obra de su vocación. Cóbrale la más tierna afección, la veneración más profunda y hace entrega al sacerdote guardián del santuario de una suma de dinero para comprar una lámpara y el aceite necesario para alimentarla. La santa imagen de Cristo no debe ya, ni por un instante, verse privada de esa luz que arde en su honor. (C., 177).

A los pies de su Maestro crucificado viene a menudo Francisco, su humilde discípulo, a derramar su alma, platicando fervorosamente.

La contemplación de ese sagrado cuerpo suspendido de la Cruz le recordaba las palabras del Apóstol: *Los que son de Cristo mortificaron su carne con sus vicios y concupiscencias* (1).

Entregóse Francisco enteramente a su Amor crucificado, y a El perteneció para siempre; medita al efecto el alcance de las palabras de San Pablo, y aplicándoselas a sí propio, esfuérzase para que informen su vida toda.

Mortificará su carne, es decir, su propio cuerpo, esclavo del pecado, el *hombre viejo*, corrompido y corruptor, fogoso e irreconciliable adversario del espíritu, de toda virtud y de todo bien.

(1) "*Attendens illud Apostoli verbum: qui autem sunt Christi carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis*". (Leg., cap. V, I.)

Con los vicios y concupiscencias

Son las aviesas tendencias, las pasiones depravadas por el pecado original.

Esas tendencias, esas pasiones, son buenas *en sí mismas*, el Creador nos las dió como otros tantos *instrumentos* para practicar la virtud, hacer acopio de buenas obras y labrar así nuestra morada en el cielo. Son *como armas*, "energías" vigorosas, destinadas a luchar victoriosamente contra el demonio, mortal enemigo de Dios y del hombre (1).

En cuanto que proceden de Dios las pasiones son inclinaciones naturales, tendencias normales hacia el bien y la virtud. Nada malo hizo Dios; todas sus obras son buenas, excelentes (2).

"En sí mismas consideradas, dice Ribet, ni la concupiscencia, ni las pasiones que engendra son malas; por su naturaleza, son una fuerza íntima—*vis*—que mueve al hombre a buscar al exterior el objeto de la vida o proteger el reposado goce de la misma. Cuando ese movimiento es conforme a razón, es bueno y honesto; si, al contrario, pugna con ella, es malo e ilícito.

(1) "*Ista dedit nobis Creator quasi quaedam instrumenta virtutum, quibus bona opera faceremus et mansiones nobis in coelo aedificaremus et ipsi Creatori nostro per ea serviremus, et p reea quasi armis muniti, hostem nostrum diabolum impugnaremus*". (David d'Augsburg, lib. II, cap. II, pág. 72).

(2) "*Licet hoc modi vitia sunt et peccata—hoc est ex culpa hominis et poena peccati.—Deus tamen dedit ea homini, in quantum sunt naturales affectus vel motus appetituum ad bonum et ad motus virtutum, quia Deus nihil mali fecit, sed cuncta sunt bona valde*". (Ibid., cap. XVI, pág. 104).

Aun cuando este movimiento sea desordenado en sí y contrario a razón, no es más que *materialmente* malo si la voluntad lo rechaza y no lo consiente; sólo el consentimiento libre lo hace *formalmente* malo, es decir, pecado". En virtud del mismo principio, la impresión espontánea del bien no es meritoria sino mediante la aceptación de la voluntad (1).

Las tres concupiscencias

Son esas torcidas pasiones, esas tendencias viciadas por el pecado y reducidas a las tres concupiscencias de que habla San Juan (Epíst. I, cap. II, v. 15): "Hijos míos, no améis al mundo, porque todo lo que en el mundo hay es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. Todo lo cual no viene del Padre, sino del mundo".

Esas tres concupiscencias, dice Bossuet (1), son como la substancia del mundo, y se diversifican según un triple objeto: los honores, las riquezas y los placeres. Esos bienes materiales y morales, criados por Dios para bien nuestro, tórnanse ilícitos y malos cuando los codiciamos con amor desordenado (2).

La *Leyenda de los Tres Compañeros* nos ofrece una lúgubre pintura de los males engendrados por las tres concupiscencias que ya en el tiempo de San Francisco tenían esclavizado al humano linaje. "La voluptuosidad

(1) Ribet, *Ascétique chrétienne*, cap. XI, § 6.
(2) *Elévations á Dieu*, XXIIIe sem., elév. I.
(3) De esta triple concupiscencia proceden los siete pecados capitales, que a su vez engendran todos los demás vicios (San Buenaventura, *Breviloquium*, P. III, cap. IX, § 5).

de la carne, la codicia del siglo y el orgullo de la vida en grado tal dominaban, que el universo entero parecía como sumergido en ese piélago de las tres abominables concupiscencias. De tal manera el temor y amor de Dios habían desaparecido de todas partes, eran olvidadas y despreciadas las espinosas sendas de la penitencia". (T. C., cap. IX).

Esas sendas olvidadas, y más que olvidadas desconocidas, Francisco las presentará a los ojos del mundo, reavivará la llama del amor de Dios en los corazones indiferentes; su palabra será tanto más eficaz cuanto que se mostrará al mundo como hombre crucificado y penitente de verdad.

Medio radical para mortificar la carne con sus vicios y concupiscencias

Escrito está claramente en el Santo Evangelio. El mismo Jesucristo lo practicó y lo inculcó a sus discípulos y la Santa Iglesia lo ha consagrado con su alta aprobación. Consiste en la observancia lo más perfecta posible de los tres votos de religión.

Inspirado por Dios escribirá Francisco al principio de la Regla: "La Regla y vida de los Frailes Menores es ésta, conviene saber: guardar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, viviendo *en obediencia, sin propio* y *en castidad*".

Cada uno de estos tres votos tiene por fin la práctica de la virtud diametralmente opuesta a cada una de las tres concupiscencias. Suprime, en cuanto lo sufre la humana flaqueza, los bienes que son su objeto y alimento, por lo que, falta de combustible, la llama disminuye, extínguese y muere.

Así, la castidad inmola el desordenado querer de los placeres de los sentidos, la humilde obediencia abate el orgullo del amor propio, y la pobreza seráfica mata la codiciosa avaricia.

Clavado en la Cruz de Cristo con esos tres votos como con otros tantos clavos, nuestro hombre viejo es mortificado; nuestra carne, domeñada, reducida,, y el reino del pecado, destruído para siempre (1).

Veamos cómo Francisco, fijos los ojos en el divino modelo, se aplica a mortificar la triple concupiscencia mediante la práctica heroica de la castidad, de la obediencia y de la pobreza.

La concupiscencia de la carne, mortificada por el voto de castidad

La virtud de la castidad, y especialmente el voto de castidad religiosa, implica necesariamente la mortificación de los sentidos. Suele simbolizarse por el lirio rodeado y protegido por las espinas de la penitencia y de las austeridades corporales: "*sicut lilium inter spinas*".

¡Oh, con cuánta elocuencia nos predica Jesús la necesidad de la mortificación, salvaguardia de la virtud angélica! Lirio de pureza y de santidad, se abre entre las espinas que rodean su ensangrentada cabeza, torturan su sagrado cuerpo, desgarran su corazón saturado de oprobios.

Preciosa sangre esmalta sus aceradas puntas, riega

(1) "*Vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati et ultra non serviamus peccato*". (Rom., VI, 6).

la tierra, la purifica, fecúndala y germina en ella la Virginidad.

Del estéril suelo ya regenerado brotan multitud de blanquísimos lirios, rodean a Jesús moribundo y le forman virginal corona.

Son: María, su Inmaculada Madre; Juan, el discípulo virgen; Magdalena, la pecadora rehabilitada, y el ladrón penitente, digno ya del Paraíso.

¡Cuán bella y numerosa es la generación de almas castas que acuden a bañarse en la sangre del Cordero inmolado y salen de ella deslumbradoras de blancura!

Francisco, lirio de pureza y de inocencia, será mortificado como su divino Maestro: *Est quae cruentat lilia virtutis innocentia*... "El amor penitente no es el solo vengador del crimen cometido; el amor inocente, rivalizando en celo, ensangrienta su carne virginal" (1).

"Desde la visión de San Damián, Francisco aflige su carne con extremadas maceraciones. Ya en cabal salud, ya enfermo y moribundo, continúa sus austeridades. Al sentir en su cuello la guadaña de la Muerte, se acusará de haber faltado gravemente contra el cuerpo, su hermano". (T. C.) El capítulo V de los *Tres Compañeros* acaba con estas palabras: "Hemos hablado incidentalmente de sus lágrimas y de sus abstinencias, para poner de manifiesto la imagen del Crucificado. Francisco vivió siempre, hasta su muerte, en conformidad con la Pasión de Jesucristo".

Los rosales de la Porciúncula, de hojas salpicadas de sangre, dan fe de las prodigiosas mortificaciones de

(1) *Himno de Laudes de la fiesta de Nuestro Padre San Francisco*, 4 de octubre.

Francisco para conservar intacta la delicada flor de su pureza angelical.

Sólo con sangrientas flagelaciones consiguió rechazar los asaltos de Satanás. Retirado en la pequeña ermita de Sartianco, dedicábase a la oración; en el solemne silencio de la noche dejóse oir por tres veces una voz que le llamaba por su nombre.

"¿Qué quieres de mí?", respondió el ermitaño. Replicóle la misma misteriosa voz: "No hay sobre la faz de la tierra hombre tan pecador a quien Dios no conceda misericordia, si a El se convierte; mas el que se mata con indiscreta penitencia en vano esperará el ansiado perdón".

Una revelación interior descubrió al instante a Francisco la astucia del demonio, que le incitaba a disminuir sus maceraciones y a llevar una vida más laxa... Satanás, entonces, suscita en Francisco una violenta tentación de los sentidos. Al primer embate desnúdase el bienaventurado Padre de su túnica, echa mano de una cuerda y se flagela rudamente. "Vamos, hermano asno, decía, ahí tienes lo que mereces, pues eres indigno de vestir la santa librea de la religión. ¡Vé ahora, vé donde quieras!" (C., 259).

Los formidables golpes trazaban en las delicadas carnes de Francisco dolorosas heridas y la tentación persistía. Francisco entonces abre la puerta de su celda y sale al jardín. Una espesa capa de nieve cubría la tierra; húndese y se revuelca en ella, en completa desnudez, y, recogiendo la nieve, forma con ella siete montones a manera de estatuas. "¿Ves?, dice, la estatua mayor es tu mujer; las otras cuatro son tus hijos: dos muchachos y dos niñas; los dos últimos, tu criado y criada. Date prisa a procurarles vestidos, pues están

tiritando de frío. Si te inquieta cuidarte de ellos, conténtate sirviendo sólo a Dios". Descorazonado y confuso el demonio ante tanto heroísmo alejóse, y el Santo entró nuevamente en la celda glorificando a Dios. (C., 26).

Fray Rodolfo refiere un hecho análogo de que fue testigo. Acompañaba a su bienaventurado Padre yendo de viaje, en invierno y bajo un cierzo glacial; el Santo tiritaba de pies a cabeza. Cobrando vigor, gana la cumbre de un cerro y, despojándose de su túnica, expuso sus carnes a las caricias de Eolo. "Ahora, dice, no iría mal vestir la túnica". (*Eccleston,* pág. 51).

La túnica a su uso la quería pobre, ruda, áspera en grado extremado, a fin, como dice Celano, de mortificar su carne con los vicios y concupiscencias que al pecado conducen... (1). Sólo consiente una excepción en favor de los religiosos enfermos y achacosos; podrán vestir interiormente una túnica más delicada y caliente, a condición,sin embargo, que el vestido exterior guarde su característica austeridad y bajeza (2).

Tiempo vendrá, decía el Santo, en que la relajación y la tibieza prevalecerán; entonces los hijos de un Padre pobre no se avergonzarán de vestir ricos tejidos; sus vestidos no se diferenciarán de los ricos del mundo sino en el color". (C., 244, 10).

Mas ¡ay! ¡que ése era el mal que el historiador Celano deploraba ya en su tiempo!... (C., 224, 15).

---

(1) *Parat tunicam asperrimam, ut carnem cum ea crucifigat cum vitiis et peccatis*". (C., 25, 28).

(2) "*Fratribus autem quos urgeret infirmitas, seu necessitas alia, mollem subtus ad carnem tunicam indulgebat, ita tamen quod foris in habitu asperitas et vilitas servaretur*". (C., 224, 7).

Trabajo manual

De nada se resiente tanto la carne rebelde como del trabajo manual. Cultivar la tierra, arrancarle el pan destinado a nuestra subsistencia, he ahí la primera penitencia impuesta por Dios al hombre prevaricador, la primera expiación de su sensualidad: *In sudore vultus tui vesceris pane.* (Génesis, III, 19).

También Francisco, recién converso, cumple la orden del Maestro derramando copioso sudor de su frente. "Largo sería y difícil por demás, dice la *Leyenda de los Tres Compañeros*, expresar cuán grandes fueron los trabajos emprendidos por Francisco para la reconstrucción de San Damián. El, educado muellemente en el hogar paterno, transportaba las piedras sobre sus hombros, y se convertía en simple peón para el servicio de Dios.

"No menos admirado que compadecido testigo de este trabajo cotidiano y extenuador, el capellán hacíale preparar una reparadora comida, recordando de cuán solícitos cuidados había sido rodeado desde su cuna. Admiraba a Francisco gastando sus fuerzas en empresa tan agradable al Señor". (T. C., cap. VIII).

Un historiador moderno, admirador apasionado de San Francisco, le apellida, justamente, "Constructor de iglesias" (1).

Tres santuarios, cuando menos, fueron restaurados y remozados por sus cuidados: San Damián, San Pedro y Ntra. Sra. de los Angeles (*Leg.* Cap. II, § 7 y 8).

Esos tres templos simbolizaban las tres Ordenes que Francisco debía fundar para la plena restauración de

(1) Joergensen, *Saint François d'Assise*, livre 1er.

la Iglesia de Cristo. San Damián recibió dentro de sus muros a Clara y sus Hijas; la Porciúncula fue el primer Convento, casa-matriz de la Orden de los Frailes Menores; San Pedro, consagrado al Príncipe de los Apóstoles, parece maravillosamente adaptado a la tercera Orden secular (1).

Toda su vida tuvo el Bienaventurado Fundador una marcada predilección por el trabajo manual. En su testamento espiritual expresa enérgicamente su pensamiento con estas palabras: "Y yo con mis manos trabajaba y quiero trabajar; y los otros frailes firmemente quiero que trabajen de trabajo honesto. Y los que no saben, apréndanlo, no por codicia de recibir el precio de su trabajo, mas por el buen ejemplo y para echar de sí la ociosidad".

San Francisco veía en la ociosidad una *injusticia* y una *impudencia;* una injusticia, porque pidiendo limosna cuando pueden trabajar, los frailes perjudican a los verdaderos necesitados, a los achacosos y ancianos, y disminuyen, por lo mismo, el caudal de sus bienhechores. Francisco les apostrofa llamándoles ladrones de limosnas.

A la injusticia se añade la impudencia. Esos hombres dedicados a la penitencia trabajan más con las mandíbulas que con las manos, *plus face quam manibus operantes* (C. 291). Se alimentan del sudor de los pobres, *pauperum sudore pascuntur,* los que en el mundo habrían debido ganar el pan con el sudor de su frente. Contemplad su astucia, prosigue el historiador: "Si

(1) En su *Leyenda,* hacia el fin del capítulo II, San Buenaventura da otra explicación del simbolismo de las iglesias restauradas por San Francisco.

bien esos religiosos no trabajan con sus manos, se creería están siempre atareados. Las horas de la comida, he aquí lo que cumplen exactamente; si alguna vez los aguijonea el hambre, paréceles que el sol no avanza ya en el meridiano" (1).

Por eso Francisco, tan dulce, tan benigno, no podía tolerar la presencia de un fraile inactivo; tan pronto como lo descubría obsequiábale con graciosas ironías (2). Haz, decía, haz tu camino, fray mosca, tú quieres vivir del sudor de tus hermanos y permanecer ocioso en el servicio de Dios: *Vade viam tuam, frater musca* (C., 228). Te pareces al zángano, que quiere ser el primero en hartarse de la miel de las abejas, sin haberse cuidado de ayudarlas (C., 1, c.).

Tener la fuerza de trabajar y servirse de ella era a los ojos de Francisco un don celestial. Que los frailes a los cuales el Señor dió *gracia* de trabajar, trabajen fiel y devotamente, de tal manera que, echada fuera la ociosidad, que es enemiga del ánima... (cap. V de la Regla).

En la mente de nuestro santo Fundador, si el trabajo es una *gracia* vivificante, la ociosidad es *enemiga del ánima*. "Llamábala sentina de todos los siniestros pensamientos, y mostraba con su ejemplo cómo se domeña la carne rebelde y perezosa con frecuentes disciplinas y un trabajo útil" (3).

(1) "*Horas cognoscunt ad epulam, et si quando fames urget, solem dormisse causantur*". (C., 291, 17).

(2) "*Nullus coram eo comparere poterat otiosus quin mordaci eum dente corriperet*". (C. 290, 16).

(3) "*Otium omnium malarum cogitatiorum sentinam dicebat summopere fugiendum, exemplo demonstrans, rebellem carnem et pigram disciplinis continuis et fructuosis laboribus esse domandam*". (Leg. cap. V, § 6).

Modestia de los ojos

"No solamente mortificaba Francisco los vicios y ardores de la concupiscencia de la carne, sino también los sentidos exteriores por los cuales penetra la muerte hasta nuestra alma". (C., 45, 15).

Para refrenar esa curiosidad de los ojos tan perjudicial a la perfección, no permitió en manera alguna a sus discípulos saliesen de la cabaña de Rivo-Torto para presenciar el paso del cortejo del emperador Otón, que iba a Roma para ser coronado.

"Sólo exceptuó a un fraile; envióle Francisco al monarca alemán para que le predijese que su gloria sería de corta duración". (C., 45, 15).

Respecto a las mujeres, su modestia era extremada. Como el santo Job, había pactado con sus ojos no fijarlos jamás en mujer para no empañar la pureza de su alma. Nunca miró de frente a su interlocutora; hasta tal punto que confidencialmente dijo a uno de sus religiosos: "Confieso en verdad que, salvo dos excepciones, seríame imposible reconocer a mujer alguna". (C., 255, 27). Esas dos excepciones eran probablemente Santa Clara y la señora de Settesoli.

Un caso, entre otros, prueba esa fidelidad en guardar la modestia de los ojos. Cierto día de ayuno, yendo de viaje, sintióse tan débil que le fué imposible avanzar un paso más. Su compañero se fué a toda prisa a pedir socorro a casa de una piadosa señora, rogándola le diese pan y vino. La señora apresuróse a llevar todo lo necesario; su hija, una joven educada piadosamente, la acompañaba. Tomó Francisco un poco de alimento y recobró las perdidas fuerzas. En pago de su caridad

bienhechora quiso dirigir a madre e hija algunas palabras de edificación; mas, al hablarlas, no miró a una ni a otra.

En tanto se retiraban las compasivas mujeres, díjole su compañero: "Hermano, ¿por qué no habéis mirado a esa excelente joven que a vos vino con tanta abnegación y veneración?" A lo que respondió el Bienaventurado Padre: "Ya la hablé; que si nuestros ojos y nuestras facciones algo añadir pudieran a nuestros discursos, libre era ella de mirarme; que yo no debía hacerlo" (1).

Su castidad tenía las delicadezas de que habla San Pablo: "Ardo en santo celo, porque os he desposado con un esposo único, para presentaros a Cristo como casta virgen". (II Cor., XI, 2). Tomando estas palabras al pie de la letra, Francisco encontraba un motivo más para mortificar su vista. Toda mirada indiscreta parecíale una usurpación de los derechos del celestial Esposo.

A fin de inspirar a sus hermanos la misma reserva, compuso un pequeño apólogo que a menudo repetía: "Un poderoso rey..." (Cf. Celano, 256).

"¡Qué imprudencia, decía, llenar la imaginación de bellas formas que, presentándose más tarde de improviso, amenazan reanimar el fuego mal extinguido de la concupiscencia o empañar el candor de un alma inocente!" (*Leg.*, cap. V, § 5).

A consecuencia de una excesiva confianza en sí mismo, se para menos atención a las emboscadas o ase-

(1) "*Quod si oculis praedicatur et facie, ipsa me viderit, non ego illam*". (C., 257, 19).

chanzas del enemigo. Si el demonio se apodera de uno solo de nuestros cabellos, pronto nos tendrá esclavizados. Poco le importa que se le haya resistido largos años, con tal que a la postre venga a quedar victorioso. En esta obra infernal trabaja incesantemente de día y de noche. (C., 257).

Estos consejos parecerán tal vez sobrado rígidos; sin embargo, uno de los más encumbrados genios de la humanidad y esclarecido doctor de la Iglesia pensaba y obraba de la misma manera.

Llegado a edad avanzada, recoge S. Agustín sus recuerdos. *Crede mihi.* "Creed, dice, a mi larga experiencia. El carácter episcopal de que estoy revestido, me obliga a hablaros franca y llanamente. Conocido he los hombres cuya virtud sobrepujaba a los cedros del Líbano; iban a la cabeza del pueblo cristiano, como jefes eran venerados. Pues bien; estos hombres cayeron víctimas de su imprudencia: la mujer los sedujo. Y, sin embargo, parecíame su caída tan imposible como si se tratara de un Gregorio Nacianceno o de un Ambrosio de Milán".

¿Qué lección sacará Agustín de una tan deplorable caída? Una lección de modestia de los ojos, como la enseñó a sus jóvenes novicios. "Los que son buenos, deseen conservarse tales y amar a Cristo de todo corazón deben mortificar sus ojos, y no fijarlos jamás en la hermosura de carne extraña" (1).

(1) *"Sit casus majorum, tremor minorum. Boni viri, Ecclesiae filii et in Christi amore perfecti audientes tam sancti viri ruinam, abstinent oculis, non eo defigunt in pulchritudine carnis alienae".* (San Agustín, Homilía XXII).

He aquí lo que han enseñado todos los Santos y lo que han practicado fielmente toda su vida.

Clara de Asís, pura e inocente paloma, no osaba levantar los ojos ni para contemplar las facciones del Vicario de Jesucristo. Mostrábase en ello digna hija de Francisco, su padre, modelo y director.

Conversación y relaciones con las mujeres y religiosas

En el capítulo IX de su Regla, San Francisco se expresa así: "*Yo mando* firmemente a todos los Frailes, que no tengan sospechosas compañías o consejos de mujeres. Y que no entren en los monasterios de las Monjas. Y no se hagan compadres (padrinos) de hombres o de mujeres, a fin de que por esta ocasión de los Frailes o entre los Frailes no nazca escándalo".

El escándalo para sí y para los otros, he aquí lo que el santo Legislador quiere a toda costa impedir. Es celoso de la gloria de su Orden, sabedor de que el honor de una Orden consiste en la virtud de los religiosos que la componen. Al tratar este asunto, su palabra adquiría una autoridad singular.

El trato familiar, las relaciones frecuentes con mujeres, comparábalas a un dulce tósigo, *mellita tossica,* veneno cubierto con miel; y así rechazaba cuanto podía dicho trato.

Las mujeres engañan aún a los más santos: *in errorem inducunt etiam viros sanctos.* La fe naufraga, los fuertes pierden su vigor. A menos de ser un hombre de probada virtud, es tan imposible escapar a su contagio como andar sobre carbones encendidos sin quemarse la planta de los pies. (C., 255).

En grado tal le repugnaba la sola vista de una mu-

jer, que experimentaba una especie de espanto y horror (1).

Cuando la conversación llevaba trazas de prolongarse, oponía Francisco a su interlocutora algunas breves palabras, pronunciadas en voz baja, y su fisonomía taciturna provocaba el silencio.

A veces, sus ojos, levantados al cielo, parecían buscar en ellos respuesta satisfactoria a los vanos discursos de la tierra.

Aun con las personas piadosas en quienes la Sabiduría parece haber sentado su morada, velaba escrupulosamente para que la conversación fuese edificante y corta. Levantaba entonces la voz de manera que fuese oído de todos. (C., 255).

Fuera de la confesión o de alguna exhortación, toda conversación con las mujeres le parecía frívola. ¿Qué asuntos, decía, puede tener un Fraile Menor que tratar si no es en el Tribunal de la Penitencia o en el locutorio para algunos consejos de la vida espiritual?. (C., 257).

Las religiosas no quedan exceptuadas de esas severas prescripciones

El capítulo XI de la Regla tiene por título: "Que los frailes no entren en los monasterios de las monjas, excepto aquellos a quienes de la Sede Apostólica es concedida licencia especial" (2).

(1) *"Si quidem femina usque adeo molestia erat, ut non cautelam, vel exemplum crederes sed formidinem vel horrorem".* (C., 255, 15).

(2) A esa época, la clausura de los monasterios de mujeres no era tan rigurosa como lo es hoy.

El mismo cuidaba de predicar con el ejemplo.

A sus frailes, sorprendidos por las raras visitas que hacía al monasterio de Santa Clara, decía: "No dudéis de la sinceridad de mi entrañable afecto hacia ellas; el espíritu que las ha reunido es el mismo que nos une a todos. Podríamos no haber intervenido para nada en su vocación; pero habiéndolo hecho hasta hoy, abandonarlas ahora sería una dureza sin ejemplo". (C., 323). "Mas, *ejemplo os doy* para que imitéis lo que me veáis hacer". (C., 323).

Se datum Ordini in exemplum (C., 299), tal es el principio que inspira todos los actos, todos los pasos del santo Fundador. Debe servir de ejemplo a todos en todo. Por una parte sentíase ligado por todo lo que de fidelidad y de honor tenía para con las hermanas que Dios le había deparado y que eran sus hijas privilegiadas; y por otra sabía el peligro que amaga el frecuente trato de almas tan puras y santas.

Quo enim sanctiores, eo magis alliciunt, dice San Agustín; su atractivo está en razón directa de su santidad. "El corazón virgen, inexperto, sensible y recto, ¡cuán frágil es y cuánta desconfianza debe inspirar!" (P. Gratry). El demonio no tienta a los buenos religiosos sino bajo apariencia de bien: *Bonus numquam nisi boni similitudine deceptus est.* (San Bernardo).

Satanás ante todo propone lo bueno, luego desliza en él mañosamente el mal, y, finalmente, cuando ha logrado cautivar a sus imprudentes víctimas, tira la careta y las precipita abiertamente en el pecado.

"¡Cuántos, so pretexto de amor espiritual o de consejos de perfección, hanse acostumbrado a conversar con las personas religiosas! Su intención era pura; la caridad y la devoción eran su guía. Poco a poco las plá-

ticas se prolongan más de lo que deberían, hablan de Dios y también de la mutua simpatía, cámbianse tiernas miradas, ofrécense mutuos regalillos, prendas de recíproco afecto. Finalmente, permítense peligrosas familiaridades, preludio infalible de vergonzosas y a veces irremediables caídas" (1).

Para precaver a sus discípulos contra ese tan grave desorden, Francisco se mostraba severo, inexorable. Su disgusto fué grande en extremo al enterarse que en diferentes lugares se daba a las nuevas religiosas el nombre de *Menores*, por lo cual escribió inmediatamente al cardenal Hugolino para cortar de raíz este abuso: "Suplícoos encarecidamente, le decía, apartéis cuanto podáis a todos mis Frailes del trato y familiaridad de las Religiosas; es el único medio para poner su virtud al abrigo de toda sospecha" (2). Vigilaba atentamente para hacer cada día más raras las relaciones entre la Porciúncula y San Damián. "Ningún fraile debía manifestar deseos de ir al monasterio de las Clarisas" (3).

Un día en que "Francisco había recibido un regalo, pensó al punto en ofrecerlo a las religiosas; un fraile se ofreció para ser su mensajero, deseo excusable en quien había dado sus dos hijas a aquel monasterio. A pesar de ello, el Santo le reprendió severamente y confió la comisión a otro religioso, el cual no aceptó sino constreñido por obediencia" (C., 232, 25).

El castigo que imponía a aquellos de sus Religiosos que, sin su permiso, se permitían una visita al monaste-

(1) David d'Augsbourg, *De septem processibus Religiosorum*, cap. XIII.

(2) Wadding., *Annal.*, an. 1219.

(3) "*Nolo quod aliquis ad visitandum eas spontaneum se offerat*". (C., 323, 17).

rio, era riguroso de verdad. Uno de ellos hizo la experiencia; en castigo de esta grave infracción, condenóle Francisco a recorrer varias millas sin vestido alguno; y era en pleno invierno, nada benigno, por cierto (C., 323, 31).

El mismo en persona dió una lección útil y saludable a sus dos familias religiosas, Menores y Clarisas; la escena tuvo lugar en San Damián. Cediendo a las reiteradas instancias del Vicario General, el Bienaventurado Padre consintió en predicar un pequeño sermón a sus hijas. Reuniéronse en el coro, sin duda, para oir las palabras de la verdad, y también para ver de nuevo a su padre. Levantados los ojos al cielo, donde de continuo habitaba su corazón, Francisco empezó a orar. Pasado algún tiempo, pidió ceniza, trazó un círculo en torno suyo y esparció el resto sobre su cabeza; luego tornó a orar, siempre sin dirigirles una sola palabra. Este espectáculo llenó de espanto todos los corazones.

Mas he aquí que de pronto se levanta y, en medio de la general expectación, recita en voz alta el *Miserere mei Deus;* ése fue su sermón. Acabado el Salmo, retiróse el Santo precipitadamente; la lección había acabado. Las religiosas comprendieron que no eran ellas otra cosa que polvo y ceniza, y que Francisco, su Padre, como tal las estimaba en lo íntimo de su corazón (C., 324).

Conclusión.—Practiquemos las admirables enseñanzas de nuestro Seráfico Padre, que nos predica con la palabra y el ejemplo la mortificación de los sentidos.

Conservemos con solícito cuidado las penitencias y austeridades impuestas por nuestra Regla franciscana: ayunos, abstinencias, desnudez de los pies, rudeza en el vestido, etc. El ideal de la perfección para un religio-

so es guardar exactamente las observancias de la vida común y conventual: *Optima Religiosi perfectio, perfecte communia quaeque conventualia servare.* (*Speculum disciplinae*, p. II, cap. II, núm. 3).

En cuanto a las penitencias y mortificaciones privadas, sean siempre sometidas a la aprobación de los superiores o directores, según las dicten las inspiraciones de la gracia y suficiencia de nuestras fuerzas corporales; sin buscar ruines y vanas satisfacciones del amor propio y huyendo de toda singularidad, sino sólo por el amor de nuestro Salvador crucificado y por nuestro afán, por nuestras ansias de progreso en la Perfección Seráfica.

Orgullo de la vida, amor desordenado de los honores y de la gloria, crucificado por el voto de obediencia

En el origen de todo pecado, allí está la soberbia: *Initium omnis peccati est superbia.* (Eccli., X, 15).

La caída de los ángeles y la de nuestros primeros padres tiene por principio el orgullo; rebeláronse contra Dios, su soberano Señor, negáronle obediencia.

El único remedio contra este amor desordenado de la propia voluntad es la práctica de una humilde obediencia.

Jesucristo nos la enseña con el ejemplo. Siendo igual a su Padre por su filiación divina, "humillóse e hízose obediente toda su vida, obediente hasta la muerte, hasta el afrentoso suplicio de la cruz".

Ese ideal sublime de la obediencia está siempre presente en el ánimo de Francisco, todo su sér vive bajo la influencia de ese ideal y se esfuerza por realizarlo cumplidamente. A las veces exclamaba en alta voz:

"Apenas se encuentra en todo el mundo un solo religioso que obedezca perfectamente a su Prelado". Vivamente conmovidos al oir tales palabras, sus compañeros le dicen: "Decidnos pues, Padre, ¿en qué consiste esa obediencia tan completa y tan rara?" Y Francisco dirige su mirada a su visión interior, única, siempre contemplada, siempre adorada: *Jesús muerto obediente,* y como lo ha hecho tantas veces consigo mismo, adapta a sus hermanos a la práctica de su Ideal.

Decía a sus compañeros: "*Tolle corpus exanime,* tomad un cuerpo sin vida, un cadáver y colocadle donde bien os parezca; préstase a todos los movimientos, sin murmurar de tal o cual situación, ni quejarse del abandono en que se le tiene. Colocado sobre un trono no yergue la cabeza, antes la inclina humildemente hacia la tierra; extendido sobre la púrpura es más notada su palidez".

"He aquí el retrato del religioso verdaderamente obediente. ¿Por qué se le cambia de convento? Ni siquiera lo pregunta. ¿A dónde lo enviarán mañana? No le importa. En cuanto a solicitar su cambio, no hará instancia alguna a ese fin. Elevado a las prelaturas, guarda su modestia habitual; cuanto más lo colman de honores, tanto más indigno se reputa". (C., 284).

A propósito de la obediencia, tratando un día de los permisos, dijo así: "Los que se conceden previa demanda del súbdito, son más bien licencias que obediencias propiamente dichas; el nombre de santa obediencia conviene especialmente a las obras ejecutadas en virtud de una orden espontánea del Superior" (1).

(1) "*Concessas post petitionem proprie licentias dixit, injunctas vero nec postulatas sacras obedientias nominavit*". (C. 284, 18).

La más noble y perfecta obediencia era, a sus ojos, la de ir a predicar la Fe entre los infieles. Dios la inspira, la carne y sangre no tienen parte alguna en su obtención, porque sus únicos móviles son la salvación de las almas y el deseo del martirio. Solicitar tamaña merced creíalo muy agradable a Dios (1).

CUALIDADES DE SU OBEDIENCIA

I. *Es sobrenatural y seráfica*

La comparación del cadáver propuesta por San Francisco a sus discípulos, no significa una obediencia puramente pasiva, inerte, como la de un muerto. Debe en alguna manera asemejarse al divino modelo suspendido de la cruz.

Ese cuerpo inanimado permanece inseparablemente unido a la Divinidad que rige todos sus movimientos. Jesús reposando en brazos de la cruz puede decir: *Ego dormio et cor meum vigilat.* Y cuando la lanza del soldado va a abrir el sacratísimo costado de Cristo, su corazón se abre y el amor hace brotar sangre y agua: *Et continuo exivit sanguis et aqua.*

Que un cadáver derrame así sangre y agua es un fenómeno contra las leyes naturales y, por lo tanto, milagroso y revelador de una acción divina.

Tal es, según Juan de Peckam, la virtud, la actividad de la obediencia; inmola todo el *yo* humano del religioso, hácele, de algún modo, desaparecer quedando

(1) "*Summam vero et in qua nihil haberet caro et sanguis, illam esse credebat, qua divina inspiratione inter infideles itur...*" (C. 284, 21).

substituído por la personalidad de Cristo obediente, que informa sus actos y los hace conformes a la divina voluntad. Perdido así y aniquilado en esta obediencia, el verdadero Fraile Menor es a su vez una víctima voluntaria inmolada en holocausto a la gloria de Dios (1).

¡Cuán noble y estimable es la obediencia religiosa! ¡Cómo desconocen los mundanos el verdadero sentido de la comparación empleada por San Francisco de Asís y por San Ignacio de Loyola en su *perinde ac cadaver!*

Esclavos de sus pasiones, los secuaces del siglo muévense agitados por el espíritu del mal que los posee y mueve a su antojo. Los verdaderos cristianos, los buenos religiosos, hijos de Dios, viven bajo la acción directa del Espíritu Santo, que les inspira y conduce al bien y a la virtud (2).

Su voluntad libremente sacrificada, inteligentemente sumisa, nada tiene de común con esos autómatas que funcionan sin conocer el principio ni la finalidad de su acción, incapaces de ver y de amar.

Debido a esta concepción sobrenatural de la obediencia religiosa, Francisco encontraba una facilidad suma, un inexplicable encanto en cumplir todas las prescripciones. Poco le importaba la edad y el talento de los Superiores. "Obedecería, decía, con tanta facilidad a un novicio de una hora como al más antiguo y sabio de la Orden". En el Prelado no veía solamente a un

(1) "*Haec est obedientiae virtus, totum hominem annihilans, ut vivat obediens, non ipse sed Christus in ipso: in quo verus Frater minor totus in holocaustum medullatum Domino consecratus...*" (Joan de Peckam, in cap. I, Regulae).

(2) "*Quicumque Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei*". (Rom., XII, 15).

hombre, sino a Dios, por cuyo amor se había impuesto el yugo de la obediencia (1).

Obedecer ciegamente lo consideraba como una cualidad de la perfecta obediencia: *Ad obediendum coecus esse expedit.* Exclamó un día con cierto arrebato: "Acabo de ver un ciego guiado por un perrito" (C., 278).

Irse por el mundo, cerrados los ojos a toda consideración humana, guiado únicamente por la santa obediencia, reputábalo suerte digna de envidia.

Si un hombre dotado de inteligencia, pero privado del uso de sus ojos, se deja conducir por un perrillo, animal, al fin, falto de razón, pero de garantida fidelidad, ¿cómo vacilar en abandonarse en las manos de nuestro Padre celestial, que nos guía por medio de nuestros Superiores?

Inspirándose en esta verdad pudo Bossuet decir: "La obediencia que examina las causas del mandamiento es curiosa en demasía; no debe tener ojos más que para considerar su deber; debe estimar su ceguera, que le da seguridad en sus pasos" (2).

Casi cegado hacia el fin de su vida, Francisco resigna el cargo de General de la Orden y pide, en gracia, se le designe un religioso que sea su Superior. De hoy en adelante, dijo a sus hermanos, soy ya muerto para vosotros. *Amodo mortuus sum vobis* (C., 277). Resignó el cargo en pleno capítulo y prometió obediencia a Pedro de Catania.

En su testamento espiritual, hablando del religioso que se le había dado por guardián, dice: "Y así quiero

(1) "*Subditus praelatum suum non hominem considerare debet, sed illum pro cujus est amore subjectus*". (C., 283).

(2) Primer Panegírico de San José.

ponerme en sus manos que no pueda ir, ni hacer contra su obediencia y voluntad, porque es mi señor".

Su fe vivísima le revelaba todo el mérito de una tan perfecta obediencia. "Yo sé, decía, cuánta es la fecundidad de la virtud de la obediencia; el religioso que a su yugo se somete no pasa un instante de su vida sin adquirir nuevos méritos" (1).

II. *Su obediencia es jerárquica y católica*

La conducta de Francisco respecto del clero fué muy diferente de la de los pretendidos reformadores de la Edad Media. Nada quiso nunca emprender fuera o contra la Iglesia Romana y sus ministros. Ya desde el principio de su conversión se mostró respetuoso y reverente hacia la jerarquía y las cosas santas (2).

Los Sacerdotes. — Seglar aún, les proporcionaba ornamentos y vasos sagrados; sus piadosas ofrendas iban siempre acompañadas de algunas muestras de deferencia debidas a su sublime carácter.

Una vez salido del siglo, pónese bajo la dirección del capellán de San Damián (3).

"Veneraba a los sacerdotes y a todo el orden eclesiástico con un amor verdaderamente filial" (4).

(1) "*Scio obedientiae fructum, et quod nihil transeat temporis sine lucro qui alterius jugo colla submiserit*". (C., 283, 14).

(2) "*Erga ministros et ministeria Dei reverentia plenus ab initio fuit*". (C., 174, 17).

(3) "*Orans et deprecans sacerdotem ut eum secum morari pro Domino pateretur*". (C., 14, 2).

(4) "*Venerabatur sacerdotes, et omnem ecclesiasticum ordinem nimio amplexabatur affectu*". (C., 65, 10).

Los Obispos. — Cuando el padre de Francisco quiere llevarle ante el Consejo de Asís, el Santo reconoce y reclama la jurisdicción episcopal. "Iré y veré al señor Obispo, él es el Padre y Director de las almas." (T. C., cap. VI).

¡Con qué afecto el venerado Prelado recibió en sus brazos a Francisco, pobre voluntario, cubrióle con su manto, y le animó con sus paternales consejos y afectuosas palabras! (C., 18, 25).

El Papa. — Tenía una profunda devoción hacia la Sede Apostólica; bien se echó de ver en su primera peregrinación a Roma, en la que derramó a manos llenas su oro sobre el sepulcro de los Santos Apóstoles.

Más tarde, cuando el número de sus compañeros le permitió agruparlos en comunidad, les habló así: "Hermanos míos, veo que el Señor en su misericordia quiere propagar nuestra asociación. Vayamos, pues, a nuestra Madre, la Santa Iglesia Romana, demos a conocer al Soberano Pontífice lo que Dios ha tenido a bien comenzar por nosotros; y ajustaremos nuestra conducta a su beneplácito, consejos e instrucciones" (1).

Una vez aprobada la Regla por Inocencio III, Francisco promete de rodillas, obediencia y reverencia al señor Papa (2).

El Cardenal Protector. — Para más estrechar los lazos de obediencia y sumisión hacia la Santa Sede, Francisco suplica al Papa se sirva designarle el obispo

(1) *"Euntes ergo ad matrem nostram S. R. E., notificemus summo Pontifici... ut de voluntate et praecepto ejus, quod coepimus prosequamur"*. (T. C., c. XII. — C., 186, 32).

(2) *"His concessis... B. Franciscus genibus flexis, promisit D. Papae obedientiam et reverentiam humiliter et devote"*. (T. C., c. XII).

de Ostia como Cardenal Protector. La petición fué atendida y, en su Regla, el santo Legislador "ordena por obediencia, a los Ministros, que pidan al señor Papa uno de los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, el cual sea gobernador, protector y corrector de esta Fraternidad"; y aduce la causa, "a fin de estar siempre sumisos y sujetos a los pies de esta Santa Iglesia Romana" (1).

En cambio de esa sumisión filial que han prestado a la Santa Iglesia Romana, los Frailes Menores, dice Celano, reciben de la misma mil pruebas de entrañable afecto (2).

III. *Su obediencia está fundada en la humildad*

La obediencia es hija de la humildad, como la rebelión lo es del orgullo. Si Francisco, pues, se muestra espontánea y filialmente sumiso a la Iglesia Romana y a todos sus Prelados, es porque es profundamente humilde.

(1) ¿Qué pensar de ciertos historiadores modernos que hablan de la intromisión de la Iglesia romana en la obra de Francisco y presentan al *Poverello* como un precursor de la Reforma Protestante? "La Santa Sede, dice Paul Sabatier, debía encontrarse muy perpleja ante ese hombre extraño, cuya fe y humildad se imponían, al cual, empero, no se podía inculcar la obediencia eclesiástica. ¿Se quiere mala fe más patente?" — El mismo escritor protestante nos dice de Santo Domingo que "se le encuentra siempre camino de Roma para recibir instrucciones..." Intenta, evidentemente, oponerlo a San Francisco. — Mejor enterado, M. Joergensen añade: "Lo mismo, exactamente, puede decirse de San Francisco".

(2) "*Speciali subjectioni praerogativa dilectionis et cura debetur, quam semper S. R. Ecclesia Minorum Ordini exhibere non cessat*". (C., 188, 16).

El autor de la *Imitación* le llama: "El humilde San Francisco, *humilis Sanctus Franciscus*", y cita del mismo esta admirable sentencia: "El hombre no vale en realidad sino lo que vale ante Dios" (1). Máxima conforme a la otra del Apóstol: "Sólo aquel es estimable al que Dios juzga digno de estima." (Cor., X, 17).

Enteramente penetrado e investido de la santidad divina, reputábase Francisco el más miserable de los pecadores. Tan profunda y sincera era en él esta convicción, que deseaba que todos le tuviesen por tal.

Cierto día, Fray Pacífico le propuso esta cuestión: "Padre, ¿qué pensáis de vos mismo?—Yo, respondió el Santo, creo que soy el mayor de los pecadores." Díjole el interlocutor: "Pero en conciencia no podéis ni pensar, ni decir cosa semejante." Respondióle Francisco: "Mi convicción es que si un malvado hubiera recibido, por la divina misericordia, tantas gracias como yo, sería diez veces más espiritual que yo" (2).

Las alabanzas le incomodaban de tal suerte que algunas veces ordenó a sus frailes por santa obediencia que le injuriaran y llenaran de denuestos. El pobre fraile repetía lo que él le dictaba: "Sois un palurdo, un mercenario, un inútil." "Muy bien, respondía Francisco, sonriendo. Que Dios te bendiga, es la pura verdad; no otra cosa merece oir el hijo de Bernardón." (C., 55,25).

(1) *Imitación de Cristo*, lib. III, cap. 50, fin. — San Buenaventura, leg. VI, § I: "*Verbum hoc dicere solitus erat B. Franciscus: Quantum homo est in oculis Dei, tantum est et non plus*".

(2) "*Videor mihi maximus peccatorum, quoniam si aliquem sceleratum tanta fuisset Deus misericordia prosecutus, decuplo me spiritualior esset*". (C., 264, 10).

Francisco encontraba en estas palabras un tan finísimo placer como otros lo encuentran en las alabanzas y adulaciones.

No pocas veces, con todo, ya fuese por amor a la verdad o por inspiración divina, el acusador transformábase en panegirista.

Los *Fioretti* nos han conservado la conmovedora escena en la que el papel de acusador es ejecutado en sentido contrario.

A las maldiciones de que Francisco se cargaba, Fray León respondía con otras tantas bendiciones. Y cuando el Seráfico Padre le reprendió por ello, la ovejuela de Dios excusóse dulcemente diciendo: "¡Padre mío! bien sabe Dios que estaba resuelto en mi corazón a responder según vuestros deseos, pero el Señor me fuerza a hablar como le gusta y no como a mí place."

Francisco hubo de confesarse vencido; redoblaba, empero, su humildad y, dice Celano, "bien que Dios le haya constituído príncipe en su casa, sólo una cosa le distinguía entre sus discípulos ávidos de humillasiones: hacíase más pequeño que todos ellos" (1).

Su humildad se reflejaba exteriormente; con ella ganaba el corazón de todos y se le hacía más fácil el ejercicio de su ministerio. "Presentóse un día al Obispo de Imola para pedirle autorización de predicar. El Prelado respondió bruscamente: "Hermano, yo predico en mi diócesis, y esto basta." Francisco inclinóse y salió; una hora más tarde ya estaba de vuelta. "¿Qué queréis aún?", dijo vivamente el Obispo. Y Francisco

(1) "*Non discernebatur Dei princeps quod praelatus esset, nisi quia inter minores minimus aderat*". (C., 275, 17).

respondió humildemente: "Monseñor, cuando un padre despide a su hijo por una puerta, entra por la otra." Desarmado por tanta humildad, abrazóle el Obispo, diciendo: "Desde hoy predicad en mi diócesis, permiso os doy para ello, así como a todos vuestros hermanos; vuestra humildad os hace digno de tal favor." (C., 279, 28).

Esta respetuosa deferencia la testimoniaba Francisco a los simples párrocos. "Y si yo tuviese tanta sabiduría cuanta tuvo el sapientísimo Salomón, y hallase los sacerdotes pobrecillos de este mundo en las iglesias en que moran, no quiero predicar contra su voluntad." (Testamento).

Repetía a menudo a los predicadores de su Orden: "Somos enviados para ser auxiliares del clero y ayudarle en su ministerio espiritual. Viviendo en buena inteligencia con ellos haréis fruto en las almas. Si sois mensajeros de paz, ganaréis para Dios a rebaño y pastor" (1).

Conclusión.—La Orden Franciscana forma una familia; los superiores son los padres, los religiosos los hijos.

Como en toda casa bien ordenada, la autoridad del superior debe ser incontestable y sus órdenes fielmente ejecutadas, sin lo cual no sería ya una Orden religiosa, sino el desorden permanente.

Según la Regla, "los Ministros son los servidores de los Frailes... y tanta familiaridad tengan con ellos,

(1) "*In adjutorium clericorum missi sumus... animarum fructum melius consequi posse pax quam discordia clericorum. — Si filii pacis fueritis, clerum et populum Deo lucrabimini...*" (C., 279, 10).

que puedan decirles y hacer como los señores a sus siervos." Por su parte, los Frailes no deben olvidar "que son súbditos, y que, por amor de Dios, negaron las propias voluntades."

Cuando los inferiores estén muertos a sí mismos y sean perfectamente obedientes, los superiores encontrarán el cargo ligero, fácil y agradable.

Todos, Prelados y súbditos, tengan constantemente a la vista los admirables ejemplos del Seráfico Padre.

Siendo creador y fundador de la gran familia de los Menores, renuncia toda autoridad para obedecer, como el último de los novicios. Prodigio de virtudes y de gracias, elevado al rango de los Serafines del cielo, adornado con las sagradas llagas, pide a un religioso por guardián y quiere de tal suerte estar en manos de su superior que no pueda ir ni obrar contra su voluntad. Tal es el retrato del perfecto obediente trazado y ejecutado de mano maestra. *Tolle corpus exanime.*

Concupiscencia de los ojos, Amor desordenado de las riquezas, crucificado por la Pobreza Seráfica

Por una especie de instinto, el joven Francisco amaba las vanidades del mundo y se distinguía entre sus camaradas por su porte esmerado y elegante. Las ricas telas que en su casa paterna se vendían, jamás le parecieron asaz vistosas y finas; su vanidad le conducía a extravagantes refinamientos, pues que hacía coser a sus sedosas vestiduras un remiendo de burda tela (1).

(1) "*In curiositate tantum erat vanus, quod aliquando in eodem indumento pannum valde iarum panno vilissimo consui faciebat*". (T. C., cap. I, circa finem).

Observábase en él una singular mezcolanza de cualidades y defectos: negociante ducho, y pródigo de vanidad lleno, *cautus negotiator sed vanissimus dispensator* (C., 7, 6), sin cesar y con avidez lanzado a los negocios y temeroso de los mismos (1).

Después de la visión de San Damián, se opera en sus hábitos un cambio radical.

Repudia todas las pompas, las vanidades todas del mundo, a fin de refugiarse en la desnudez de la cruz. Un tosco sayal en forma de cruz, será de ahí en adelante su único abrigo, su patrimonio único. Cuerpo y alma, de pies a cabeza, armado está con la cruz (2).

Así, tan pobremente compuesto y adornado, Francisco se estima glorioso como un rey, orgulloso de seguir las huellas de su Maestro y Señor, que, siendo sumamente rico, hízose menesteroso e indigente por amor nuestro (3).

Este despojo del Hijo de Dios pónese de manifiesto con todo su horror en la Cruz. El divino Pobre ni siquiera tiene donde reclinar la cabeza, una gota de agua para apagar su sed le falta, ni un simple lienzo para amortajar sus torturados miembros, su cuerpo acardenalado posee. De hiel, de vinagre, es su festín, ello es su alimento y brevaje, mientras que, a sus

(1) "*Cumque cupiditate divitiarum et mercatoris cura detentus*". (T. C., cap. I, *circa finem*).

(2) "*Nonne etiam in ipso se cruce recludus, habitum poenitentiae sumpsit, crucis imaginem proeferentem... quatenus ut mens intra Dominum crucifixum induerat, sic totum corpus ejus crucem Christi foris indueret...*" (C., 343, 12).

(3) "*Ego regalem habeo dignitatem et nobilitatu insignem illum sequi Dominum, qui cum esset dives, pro nobis egenus factus est*". (C., 227, 4).

pies, ávidos verdugos se reparten sus vestiduras y echan suertes sobre su inconsútil túnica.

En el pesebre, pobres pañales protegen su endeble infancia; sobre la cruz, es la misma indigencia.

Un espectáculo tal, saca de sí a Francisco y le arrastra a todos los sacrificios, a todas las renuncias. "Sí, en verdad, diré: Padre nuestro que estás en los cielos. De hoy en adelante Bernardón deja de ser mi padre, devuélvole estas monedas y aun este mi postrer vestido."

"Desnudo, despojado de todo, me echaré en brazos de mi Jesús Crucificado." *Nudus igitur ad Dominum pergam.* (C., 177, 28). "Alma verdaderamente grande, a la que sólo Cristo le basta". (C., Ibíd.).

Así, concluye San Buenaventura, Francisco, el siervo del Altísimo Rey, vive en la desnudez para seguir más de cerca el ejemplo de su Maestro querido y crucificado. *Nudus relictus est, ut nudum sequeretur crucifixum Dominum quem amabat.* (Leg., cap. II § 4).

Ahí está el secreto del apasionado culto que Francisco ha prometido a la Altísima Pobreza. "Ha sido el amante más rendido y entusiasta por razón de que estaba perdidamente enamorado del divino Maestro". (Bossuet) (1).

San Francisco de Sales llegó bien a comprender en qué fuente alimentaba un tan extraordinario afecto ha-

(1) Panegírico de San Francisco de Asís. "Ni Francisco ni sus discípulos hicieron de la austera virtud una especie de fin último. Tenían por bien entendido ellos que la pobreza cincela, acrisola nuestra vida y decuplica nuestras fuerzas. A estas fuerzas aumentadas les es necesario un objeto. Y ¿cuál ser podría este objeto sino Jesucristo?" (Le Monnier, *Histoire de Saint François,* t. I, pág. 234).

cia la Pobreza, sentimiento que inspiraba a su seráfico Patrón una tan perfecta renuncia.

En el libro IV, capítulo XV, de su admirable *Tratado del Amor de Dios,* nos traza de mano maestra el retrato del Amor, dibujado ya en sus líneas generales por Platón. El Amor, dice este gran filósofo, es pobre, afligido, desnudo, descalzo, cautivo, sin refugio, se acuesta en la dura tierra y al raso, siempre menesteroso; porque si alguna que otra vez queda saciado, deja de ser ardiente y, como consecuencia, ya no es Amor. Platón, continúa el santo obispo, hablaba del amor humano; sin embargo, estos caracteres convienen al Amor celeste, al Amor divino.

"Este, y no otro, fué el Amor que hizo presentar al santo Francisco desnudo ante su obispo y le hizo morir desnudo sobre la desnuda tierra; éste fué el Amor que le impelió a mendigar toda su vida."

En efecto, dice San Buenaventura, si Francisco demanda piedras destinadas a la reconstrucción de San Damián, es por el amor del Pobre crucificado, *propter Amorem pauperis crucifixi* (Leg., cap. II § 7).

Hará penetrar la práctica de la Pobreza hasta la raíz del yo. "No renuncia perfectamente al mundo aquel que reserve en lo más recóndito de su corazón la moneda del amor, la propia voluntad." (Leg., VI).

Aconsejará a los sabios, a los prudentes, venidos a ser sus discípulos, sacrificar la prudencia mundana y la aplicación a la ciencia vana y curiosa. Siempre es idéntico su inspirado pensar: quiere que todo Fraile Menor renuncie a sus talentos a fin de abandonarse únicamente a los brazos del divino Crucificado (1).

(1) "*Ut tali expropriatus possessione nudum se offeret brachiis Crucifixi*". (C., 315, 5).

Y él mismo, para conseguirlo, evita todos los obstáculos que se oponen a su unión. Tan sólo el frágil muro de su cuerpo se interpone; iba adelgazándose, empero, cada día, mediante el ejercicio de un perfecto desasimiento de las cosas de la tierra, de su salud misma (1).

La pobreza de Francisco fué, por lo tanto, seráfica del todo, en su principio y en su fin.

TRIPLE CARÁCTER DE LA POBREZA SERÁFICA

Reunidos en capítulo, demandaron los frailes al Santo cuál era la virtud que les hacía más dignos de la amistad de Jesús.

Francisco entonces ábreles el fondo de su alma: "Es la Pobreza, camino, por excelencia, de salud, savia de la humildad, raíz de la perfección." Su fruto es abundante, aunque oculto. *Fructus multiplex sed occultus*. (Leg., VII, 1).

Este fruto de la Pobreza, que los ricos mundanos no sabrían gustar, los cristianos de Macedonia, en el despojo de la persecución, saborearon su secreta dulzura. Su "Altísima Pobreza" habíales enriquecido de dones totalmente celestes. *Altissima Paupertas eorum* (2).

En el seno de esta extrema indigencia, atestígualo el Apóstol, su gozo era acabado, completo, *abundantia*

(1) *"Studet jam sic propriam contemnere vitam ut sola carnis paries ipsum a divina visione interius separaret"*. (C., 19, 4).

(2) Es la sola y única vez que en toda la Santa Escritura se halla esta expresión: *Altissima Paupertas* (II Cor., III). San Francisco se la hace suya y en el capítulo VI de la Regla se lee: *Haec est illa celsitudo Altissimae Paupertatis...*

gaudii fuit ipsorum; su simplicidad, liberal, *abundavit in divitias simplicitatis;* su generosidad, heroica, *supra virtutem voluntarii.*

Francisco, hecho pobre voluntario por el Amor de Jesús crucificado, vese dotado de las admirables prerrogativas de la Altísima Pobreza. ¿Inquiérese de dónde le venía al *Poverello* su gozo desbordante, su embelesadora simplicidad, su heroismo infatigable y sorprendente? Pues frutos son de su casto comercio con la Dama Pobreza.

Pobreza alegre, Pobreza simple, Pobreza heroica, tres caracteres que especifican a la Pobreza Franciscana y son la más alta expresión de la Perfección Seráfica. Siempre los encontramos agrupados en la vida de San Francisco, forman algo así como su propiedad personal, su fisonomía moral, su insignia especial, característica que se halla casi uniformemente en todos los que de llamarle Padre se precian (1).

Estudiémoslos con detenimiento y en detalle.

Primer carácter: Pobreza alegre

La alegría, dice San Agustín, entra en nosotros cuando es mediocre, mas nosotros entramos en ella cuando sobrepuja la capacidad de nuestra alma, cuando nos inunda, cuando rebosa y quedamos absorbidos en ella; y éso es lo que constituye la perfecta felicidad de los santos. *Euge serve bone... intra in gaudium Domini tui* (2).

Apenas ingresado en el servicio del Señor, Francis-

(1) Véase *Revue Sacerdotale*: "Spiritualité Franciscaine".
(2) Bossuet, *Méditations sur l'Evangile.*

co saborea ya este celestial gozo. Vedle salir del palacio episcopal de Asís; vestido apenas, intérnase en los bosques que cubrían el país, en aquel entonces, hasta Gubbio. En sus labios resuenan aún las divinas alabanzas en el idioma francés. Sálenle al encuentro unos ladrones. "¿Quién eres?", le preguntan. Con voz firme Francisco responde: "El heraldo soy del gran Rey; ¿qué me queréis?" Ellos le llenan de denuestos, hiérenle y le echan en un hoyo cubierto de nieve. "Tate, tate, imbécil; acuéstate ahí, palurdo, que de ser heraldo de Dios te jactas." *Jace, rustice praeco Dei.* (C., 19).

El pobre Francisco, volviéndose de una parte para otra, acabó por salir del hoyo; sacudida la nieve pegada por entre sus harapos y mientras los incrédulos de allí se alejaban, en el bosque resonaban sus cánticos de júbilo.

Este gozo tan intenso en la adversidad, de un modo particular en el joven Francisco, provenía sin duda de su natural apacible y jovial carácter, pero más aún de un concepto tan sencillo como sublime de la Pobreza. No veía él solamente en ésta una de las grandes virtudes de las que el Evangelio puso la base; no vislumbraba tan sólo que respondiese a las necesidades de su época; su idea predilecta era, si no más verdadera, a lo menos más saturada de ternura. Esta Pobreza de Cristo él la ha *personificado;* es para él una compañera, su cara Esposa, su Dama preferida. *Modo matrem, modo sponsam, modo dominam nominare solebat.* (Leg., VII, 6).

No era bajo la forma de desposada con la que se le apareció en sus primeros sueños del porvenir, él sólo se creía, cada vez más, designado y digno de su ternura.

Jesús crucificado se la mostraba en premio, a fin de que en ella y por ella alegrase a la raza de los hijos de Dios y reparase las espirituales ruinas de la Iglesia.

Un fresco de Giotto en la Basílica de Asís representa las bodas de Francisco con la Pobreza. En el primer término está Jesucristo bendiciendo la unión de ambos esposos, que se dan las manos. En la parte superior aparece el cielo abierto y dos ángeles de cara al trono del Eterno. El uno presenta el magnífico ropaje del que Francisco acaba de desposeerse; el otro, la minúscula capilla de San Damián reparada ya, gracias a sus cuidados y desvelos. ¿No son las arras y dote únicas de la Dama Pobreza éstas y la obra capital y maestra que el hijo de Bernardón ejecutó para merecer de Dios la mano de esta ilustre Princesa?

Su unión fue indisoluble y fecunda, ambos se fundieron en un solo espíritu, y Francisco, dice Celano, no hubiera podido vivir ni un instante separado de su esposa (1).

La lor concordia e i lor lieti sembianti
Amore e meraviglia e dolce sguardo
Faceano esser cagion dei pensier santi... (2).

Tenía Francisco las delicadezas todas de un esposo solícito, que evita cuidadosamente lo que podría incomodar, ofender a su cara esposa. Túnica remendada, cuerda gruesa, celdilla de ramajes, duerme sobre la

(1) "*Duo essent in uno spiritu... nec ad horam patitur non esse maritus*". (C.)
(2) Dante, *Paradiso*, canto XI.

dura tierra, por almohada una tosca piedra; todo era según el beneplácito y muy del gusto de su Dama Pobreza, del mismo rango, de idéntico estilo.

Hay más, estaba celoso de ella; apercibía a un pobre de vestiduras más deterioradas que las suyas, al instante su corazón emocionado sospechaba la presencia de un rival, y con tono un tanto triste, exclamaba: "He escogido por tesoro, por Dama mía, a la Pobreza, y he aquí que con una refulgencia más vistosa brilla ante mis ojos, en este mendigo". *Et ecce relucet magis in isto.* (C., 234).

A fin de celebrar su unión, cantaba, a veces, de buena gana los Salmos aquellos en que se pone de relieve a la Pobreza: *Patientia pauperum non peribit in finem — Videant pauperes et laetentur.* (C., 225, 5).

En el capítulo VI de su Regla enumera y revela a sus hijos nacidos de su matrimonio, los beneficios debidos a una tan noble madre cual la Pobreza. "Ella es la que os ha instituído a vosotros herederos y reyes del Reino de los Cielos, os ha hecho pobres de cosas temporales y os ha ensalzado en virtudes. Esta sea vuestra porción, la cual os conduce a la tierra de los vivientes; a la cual totalmente allegándoos, por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo ninguna otra cosa perpetuamente debajo del cielo queráis tener."

Según la hermosa expresión de su historiador, "todo, sobre la tierra, debía recordarle su estado de peregrino, cantarle su destierro" (1).

Esta idea, totalmente evangélica, pasaría a ser propiedad inalienable de sus discípulos; para hacérsela

(1) "*Ut omnia peregrinationem, omnia cantarent exilium*". (C., 216, 16).

saborear, empleó el lenguaje de las acciones, dióles una lección de cosas. — La escena tiene lugar en la ermita de Grecio. — A fin de celebrar más dignamente la solemnidad de la Pascua, habían los Frailes preparado una desusada comida, después que el alma había tenido su fiesta. Blancos manteles cubrían la mesa, la cual estaba adornada profusamente y había vasos en abundancia. Ello no se estilaba y en aquel entonces era cuestión de lujo.

Descendiendo de su celdita para ir al refectorio, el Bienaventurado Padre se da cuenta de todos esos aderezos y bellos aprestos. Retírase dulcemente, toma el sombrero de un pordiosero que allí cerca estaba, póneselo y, armado de una caña, franquea la puerta del Convento. Una vez allí, aguarda a que los Frailes hayan empezado su refección y entonces alza la voz y dice: "Por amor de Dios, dad limosna a un pobre peregrino y enfermizo. — Entrad, buen hombre, contestaron los Frailes, entrad por amor de Aquel que invocáis." Francisco entra, se les muestra. ¡Cuál no sería el asombro de los religiosos cuando reconocieron al pretendido peregrino!

Demandó una pequeña escudilla y hubo de dársele; fué a sentarse en un rincón y en el suelo, puso su escudilla encima de la ceniza. Entretanto dice: "Ahora estoy sentado cual conviene a un Fraile Menor. No echéis en olvido, carísimos hermanos míos, que los ejemplos de pobreza que nos ha legado el Hijo de Dios nos apremian de un modo particular. Cuando divisé esta mesa tan bien servida y adornada, me fué imposible reconocer a pobres que van a mendigar de puerta en puerta". (C., 216).

Francisco quiso precaver a sus discípulos de la sen-

sualidad y del fausto que se cuelan por todas partes, iniciarlos en los goces celestes, solos dignos en verdad de nuestro corazón.

Al *júbilo espiritual* le estimaba y le ponía en la alcurnia de las virtudes; a lo menos es la resultante del ejercicio de las fundamentales. La Fe, la Esperanza, la Caridad, no sabrían conseguir su pleno poder sin producirnos un intenso goce; éste es la flor, el despliegue, el fruto deleitable de la vida cristiana.

Sin esa alegría, nuestra alma tórnase como tierra árida; falta de luz y de calor, todo se enlacia, se marchita y muere.

Satán triunfa, exclamaba Francisco, cuando aquél venía a enturbiar la santa alegría de un siervo de Dios. "El diablo es portador de un puñado de polvo; échale a los ojos del alma para turbar la nitidez de sus pensamientos, la pureza de sus actos. Si el júbilo espiritual sabe defenderse y sobreabundar en el corazón fiel, a la infernal serpiente sírvele de veneno. Los demonios se confiesan impotentes para con el servidor de Cristo abandonado a una santa alegría. Si, al contrario, se lamenta, se desconsuela y entristece, luego, sin tardanza, veráse absorbido por su desazón y mal humor que le pondrán en dirección hacia los fementidos gozos y vanas consolaciones de la tierra" (C., 265).

A esta sombría tristeza Francisco le daba el nombre de *mal babilónico*, "*Babilonicum illud*", semejante a la herrumbre que se pega en el corazón, le roe y no desaparece sino a la acción de fervientes plegarias y ardientes lágrimas (C., 266).

La música érale igualmente casi el postrer recurso. Cuando el maligno espíritu se enseñoreaba del rey Saúl y le lanzaba en una negra melancolía, el mozo

David tañía el arpa, y, como por ensalmo, el enemigo de toda paz huía a escape, y el monarca gozaba de nuevo de la bonanza y del reposo espirituales.

Al primer asomo de tristeza, Francisco entonaba algún piadoso cántico francés, al que acompañaba con una especie de violín ¡oh! bien primitivo, por cierto, y que consistía en un bastón que paseaba sobre su brazo izquierdo, imitando los movimientos acompasados de los músicos (C., 267).

"Vímoslo por estos ojos", dice Celano: *Ut oculis vidimus* (Ibíd.).

Esos piadosos transportes acababan de ordinario con un raudal de lágrimas y de suspiros de amor a Jesús Crucificado (C., 267, 15).

Hacia las postrimerías de su vida, encontrábase en Rieti a causa de la enfermedad de sus ojos; las tinieblas espesábanse en torno suyo y la serenidad de su alma empezaba a alterarse.

Dijo entonces a uno de sus frailes que en el siglo había cobrado fama de guitarrista: "Hermano mío, los hijos del siglo no comprenden los inescrutables designios de Dios; los instrumentos de música hannos sido dados para cantar las divinas alabanzas, pero ellos se valen de los mismos para solaz de sus oídos. Deseo, pues, que, sin llamar la atención, pidas una guitarra, y, acompañándote tú mismo, me cantes alguna bella poesía. Será eso un gran alivio para mi hermano el cuerpo, abrumado por tantas fatigas."

"Padre, le responde el Fraile, temeroso soy de que, accediendo a vuestro deseo, se me tache de hombre ligero e inconsiderado." "No haya más, dice el Santo; bueno es muchas veces renunciar a ciertas cosas que pueden escandalizar al prójimo."

Durante la noche siguiente a este diálogo, como el sueño no viniera a cerrarle los párpados, púsose a rezar, dióse a la meditación. De repente resuenan en sus oídos los acordes suaves de un laúd armonioso y parecía como el músico iba y venía.

Absorto en Dios por esta dulce melodía, creía el Santo que había pasado a un mundo mejor.

A la mañana siguiente llamó al Fraile músico y contóle la escena de la noche, y concluyó diciéndole: "El Señor, que consuela a los afligidos, jamás me ha abandonado. No me era dable escuchar los acordados rasgueos de guitarra cual los hiciste, y he aquí que esta noche he podido recrearme en armonías bien distintas, por cierto, y muchísimo más suaves que todas las de la tierra" (C., 266).

Todas esas tristezas por que pasaba eran fugaces, puesto que en seguida eran reemplazadas por la alegría que otra vez le embargaba y de la que su semblante era testigo, pues que se tornaba de un tinte animado y tenía entonces algo de angélico.

Su comunicativa alegría disipaba, como por encanto, las nubes de tristeza que se amontonaban en el corazón de sus hijos o en el de aquellas personas que solicitaban un puesto en sus plegarias.

A su entrada en una aldea, el júbilo pasaba los límites de lo inconcebible; el clero salíale a recibir, se echaban las campanas al vuelo, llenábanse las gentes de alegría, las mujeres se felicitaban y los niños le aclamaban. Parecía como que reverdecían las palmas y ramos de olivo con que los habitantes de Jerusalén celebraron en otro tiempo la entrada del Salvador en la Ciudad santa. Con ramas de árboles que a su paso en-

contraba, salía la multitud apiñada al encuentro de Francisco.

Tan grande era la fe de esta muchedumbre, tan sincera la veneración que ofrecían al hombre de Dios, que se tenía por dichosa de acercarse y tocar la fimbria de su pobre sayal (C., 64, 21).

De toda verdad puede decirse que el *Poverello* fue, en el siglo XIII, la consolación y las delicias de Italia.

Segundo carácter: Pobreza sencilla

"La santa simplicidad, hija de la gracia, hermana de la sabiduría, madre de la justicia, era cultivada con gran celo por el Santo, quien se complacía sobremanera de verla retratada en otros." "Mas no toda simplicidad le parecía de buena ley" (1).

1.° Existe una *falsa simplicidad,* adulteración de la verdadera.

La pagana antigüedad nos ofrece de ello algunos tipos en las personas de ciertos filósofos, que pasaron a pobres voluntarios, pero arrogantes, altaneros, cínicos. Tal era Diógenes, quien tenía por albergue un tonel y por todo ajuar una escudilla. Invitado a comer por su amigo Platón, llega con los pies sucios, efecto del lodo que en la calle había; enjúgalos con los ricos tapices de su hospedero, y exclama: "¡Desprecio y huello todo el fausto y pompa de Platón!" Respóndele éste: "¡Tú así haces por un orgullo del peor jaez!"

(1) "*Non autem omnis ab eo probabatur simplicitas*". (C., 310, 30).

¡Cómo sabían apreciarse en su justo valor esos maestros de la sabiduría antigua! Entre ellos la simplicidad no era tenida entre las virtudes, cual debe ser, puesto que es fruto de la Pobreza voluntariamente practicada por el amor de Dios y del prójimo; por el contrario, en aquellos tiempos era producto de un orgullo refinado quintaesenciado.

Toda su moral estaba en vencer un vicio mediante el cultivo más o menos intenso de otro, hipócritamente disfrazado.

La pobreza de Diógenes no se adornaba de las amables apariencias de la simplicidad, de la cortesía; afectaba las de la tosquedad, del menosprecio, delante del prójimo.

¡Triste carácter! Encuéntrasele de nuevo en el siglo XIII, encarnado en aquellos *falsos pobres* que surgieron a legiones y amenazaron destruir la Iglesia y la sociedad, bajo el pretexto de reformar abusos.

2.° La verdadera simplicidad de Francisco es bien distinta; a ella le basta con tener satisfecho a Dios, sin cuidarse del resto. *Deo suo contenta coetera vilipendit* (C., 311, 1).

Efectivamente, dice Bossuet, esta bienhadada sencillez es una cierta rectitud de corazón, una pureza de miras; y el acto principal de esta virtud es ir a Dios de buena fe... No basta producir artificiosamente estudiados actos de virtudes postizas y elevaciones de intención forzadas... Los actos de piedad deben nacer de lo íntimo del sér y no ser una prestación simple del espíritu o de la memoria. Así, los que fluyen del alma no admiten participación. "No puede servirse a dos señores. Dios no soporta esta intención *ambigua* que al mismo tiempo tiende a dos encontradas finali-

dades. El alma se desfigura cuando dirige sus intenciones a dos puntos distintos."

"Es preciso, dice el Hijo de Dios, que vuestro ojo sea simple, es decir, que vuestra mirada sea única, que la intención, pura y desasida de todo, se aplique por entero a un mismo fin, que el corazón tome, sinceramente y de buena fe, los sentimientos aquellos que son del agrado de Dios" (1).

Fenelón, digno émulo de Bossuet, añadía hablando de esta materia: "Efectivamente, si un hombre quiere que su amigo sea con él sencillo y franco, ¡con cuánta más razón, Dios, que es el verdadero amigo, querrá que el alma esté, sin desconfianza ni inquietudes, en esta dulce e íntima familiaridad que le prepara! — Es esta sencillez la que forma la verdadera libertad de los hijos de Dios. — Cuando se está de verdad en esta simplicidad interior, todo lo exterior se torna más ingenuo, más natural, más puro, *totum corpus lucidum erit*". (Fenelón, *Entretiens spirituels*).

"Pobre gente—exclama San Francisco de Sales—aquella que se atormenta para hallar el arte de amar a Dios, e ignora, por otra parte, que no hay otro sino amarle. Creen que hay ciertas delicadezas necesarias para adquirir este amor que no está sino en la simplicidad". (*Amor de Dios*, lib. VIII, cap. XIV).

3.° Después de haber regulado nuestras relaciones para con Dios, la simplicidad facilita las que habemos de tener para con el prójimo.

Los historiadores todos nos han pintado la fisonomía del *Poverello*. "Era muy cortés—dice Celano,—

(1) Bossuet, *Primer Panegírico de San José*, primer punto.

curialissimus erat." (C., 21, 2). Su porte y modales respiraban elegancia, su afabilidad incomparable (1). No ignoraba que la cortesía era la flor fina de la cristiana caridad, el sello valedero de esta evangélica virtud.

Igualmente lo exigía de sus frailes todos, sabios e iletrados, sacerdotes o legos (2).

"Dios, decía, no hace distinción de personas; el Espíritu Santo, Ministro Superior de la Religión de los Menores, reposa más bien sobre pobres y rudos que sobre ricos y sabios. Estaba en la intención de Francisco añadir y consignar semejante pensamiento en su Regla, pero la Bula de aprobación había ya aparecido y no le era posible añadir nada." (C., 314, 27). Afectaba él una especie de predilección hacia el ignorante y sencillo. Cuando se le hacía la tonsura solía decir: "Házmela, hermano, bien estrecha, a fin de que mis frailes legos vean sobre mi cabeza el lugar que ocupan ellos en mis pensamientos." (C., 314, 21).

Los discípulos del Santo poseían esta virtud en tal grado que, a veces, parece como que linda en la ingenuidad; nada saben de lo que, de cerca o de lejos, tome cariz de ambiguo o parezca duplicidad de ánimo (3).

Celano nos cita algunos rasgos: "Un sacerdote, según ellos, no podía faltar jamás, ni un confesor equivocarse en sus decisiones (C., 48). — Ningún religioso llevó el candor a tan sumo grado como Fr. Juan, por

(1) "*Lenitus cum elegantia morum, tractabilius supra humanum modum*". (Leg. I, § 1).

(2) "*Hanc in fratribus litteratis et laicis requirebat Pater sanctissimus*". (C., 311, 13).

(3) "*Sic eos repleverat sancta simplicitas... ut duplicitatem animi penitus ignorarent*". (C., 48, 7).

sobrenombre *el Sencillo.* — Ese joven Fraile hizo voto de reproducir en él con exactitud todo lo que el bienaventurado Padre hacía. Francisco escupía, Juan escupía; Francisco tosía, Juan le imitaba; aquél daba suspiros, éste hacía lo mismo, etc.

"Cierto día el Santo se apercibió de esta mímica: "¿Qué es eso?", le dice. Juan responde: "He dado palabra a Dios de hacer todo lo que vea que vos hacéis; creo yo que no es recomendable que falte a mi resolución. Poco después el humilde discípulo dejó esta vida y fuése a Dios, sin haber olvidado su candoroso proceder ni un instante. Francisco le propuso a la imitación de los otros religiosos, llamándole no ya Fray Juan, sino San Juan..." (C., 311).

En un breve elogio que hizo de algunas virtudes, Francisco así se expresa: "Salúdote, ¡oh Reina sabiduría! El Señor sea tu guarda y te salve juntamente con tu hermana la pura y santa simplicidad" (1).

La pura y santa simplicidad: he aquí dos epítetos que vienen de molde a esta virtud. Ser simple quiere significar no tener partes, es no sufrir mezcla alguna en los pensamientos, en las acciones, en toda nuestra conducta. Es estar desligado de todo lo terreno y unido a Dios, a fin de hacer con El un solo y mismo espíritu: *Qui adheret Domino, unus spiritus est.*

Así Francisco, el pobre seráfico, despojado de toda duplicidad, de toda causa de alteración, vese arrastrado hacia la virtud, hacia el bien, hacia Jesús crucificado, y por un arranque purísimo, sin afectación ni

(1) "*Ave Regina sapientia, Dominus te salvet cum tua sorore pura sancta simplicitate*". (C., 311, 17).

cansancio. La simplicidad resplandece en todo su exterior, y esta virtud contribuyó a hacérnosle amable y simpático sobremanera.

Tercer carácter: Pobreza heroica

La Pobreza, abrazada de voluntad y por amor de Dios, es una virtud esencialmente cristiana, eminentemente evangélica; Francisco colocóla junto al heroismo.

La Pobreza Seráfica es heroica:

1.º *Considerada en sí misma.* La escena descrita por San Mateo en el capítulo XIX, tiene tanto de conmovedora cuanto de instructiva.

Un joven sale al encuentro de Jesús y dícele: "Maestro, ¿qué tengo que hacer para conseguir en mérito la vida eterna?" Jesús le responde: "Si quieres entrar en el cielo, observa mis mandamientos. — ¿Cuáles?", le pregunta el joven. Y Jesús le recuerda los principales preceptos del decálogo. A lo que aquél responde: "Desde mi infancia con fidelidad los he observado; ¿qué me resta todavía por hacer? *Quid adhuc mihi deest?*" Jesús le dice: "Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto posees y dalo a los pobres, y tú tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme..." En oyendo ese consejo, el joven se retiró muy pensativo y triste; era rico en demasía y no se sentía con ánimos de cumplir un sacrificio tan grande.

Francisco igualmente era joven, rico, enamorado de un ideal; inclinado al bien, al sacrificio—su vida era íntegra, sin tacha.—La voz del divino Maestro presto a todos los sacrificios le ha hallado. Con espontáneo

arrojo, renuncia a su patrimonio, despójase de su postrer vestido para seguir las huellas de Cristo crucificado.

Al igual que su divino Maestro, está falto de lo más imprescindible: no posee ni una piedra donde reclinar la cabeza. Un tosco y remendado hábito de ermitaño, un cinturón de cuero, un par de sandalias, un bastón, he ahí todo su ajuar, sus alhajas todas.

Entretanto su corazón entrevé algo de más ideal, no está del todo satisfecho. Con los ojos clavados en el crucifijo exclama: "Maestro, ¿qué me queréis? ¿qué tengo que hacer para agradaros y daros placer? ¿qué para mejor imitaros? *Magister bone, quid adhuc mihi deest?*"

Y he aquí que, poco después, en la Porciúncula resuenan de nuevo en sus oídos los deseos de Dios. El sacerdote lee el Evangelio. Francisco con avidez recoge sus palabras: "No tendréis en propiedad ni oro, ni plata, ni moneda alguna en vuestros bolsillos, ni alforja, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón..."

Francisco, lleno de júbilo, exclama: "Ved ahí lo que quiero, lo que deseo de lo más íntimo de mi corazón." Regocijado en sumo grado, sale de la iglesia, echa el bastón, descálzase y no guarda sino una sola túnica, y se ciñe con una cuerda. (C., 25).

Desde entonces siéntese satisfecho, feliz, nada le falta para ser un perfecto discípulo del buen Maestro. Lo que detenía al hombre del Evangelio, Francisco lo ha sacrificado sin vacilar un instante; de un salto se ha puesto en la cima del heroísmo.

Su forma de vida será la del Salvador y de los Apóstoles, que emprendieron la conquista del mundo. Su unión con la pobreza está sellada, completa; la

Orden de los Pobres, de los Frailes Menores está fundada; pleno derecho tiene de hacer remontar su origen hasta esta memorable jornada.

2.° *Pobreza heroica en sus consecuencias voluntarias.* — "*Supra virtutem... voluntarii*" (San Pablo). La caridad de los primitivos cristianos dió origen a verdaderos y estupendos prodigios de abnegación. Como que no había más que un solo corazón, no formaban sino una sola alma, todo era común entre ellos". (Act., IV, 32). Los que estaban en posesión de ricas heredades, los propietarios de tierras, vendíanlas y depositaban su precio a los pies de los Apóstoles, a fin de que lo repartiesen según sus particulares beneplácitos y urgentes necesidades de todos o de cada uno de los fieles.

Nada hay en esto que, ni de lejos, se parezca al comunismo que hoy se predica, obligatorio como es éste y laico; todo se hacía en plena libertad y por un principio eminentemente religioso cual era el amor de Dios y de sus hermanos.

Algo posteriormente las Ordenes religiosas cuidáronse de renovar esos bellos ejemplos de las primeras comunidades cristianas. El monje nada conservaba para sí, todos sus estipendios y ganancias pasaban al dominio común. De ahí el axioma del derecho regular: "*Quidquid acquirit monachus, monasterium adquirit.* Todo lo que gana el monje pasa a su monasterio."

La Pobreza franciscana sublimó este despojo, ya de sí perfecto, a su más alto grado.

El axioma sobredicho no reza para el Fraile Menor; es incapaz de adquirir nada porque a nada tiene derecho, y se contenta con el simple uso de las cosas nece-

sarias a la vida. Hay más. La Orden entera, al igual que el simple religioso, está absolutamente incapacitada de adquirir, de poseer algo, sea lo que sea. La renuncia, el despojo es completo, total, tanto para el individuo como para la colectividad. Así lo quiso San Francisco, así lo han decidido los Soberanos Pontífices en Constituciones y Bulas insertadas en el *Corpus Juris,* en el Derecho Canónico. "A nadie sea lícito en ninguna manera quebrantar esta escritura de nuestra confirmación o con presuntuosa osadía contradecirla", dice el papa Honorio III en la bula de la aprobación de la Regla.

No obstante, en vida del Santo Fundador y en el seno mismo de la Orden, más de una tentativa se hizo para endulzar este punto de la Regla, de un modo particular la prohibición de recibir pecunia.

Toda moneda era tenida por Francisco al igual que si fuese el demonio, la execraba (1). No la recibirá, ni por persona alguna interpuesta, ni en caso de enfermedad; tal es la ley puesta en el capítulo IV de la Regla.

El Legislador no desperdiciaba ocasión alguna para inculcar este precepto y grabarlo profundamente en el espíritu y en el corazón de sus hijos.

Ciertas penitencias infligidas a los delincuentes hacían viva mella en la imaginación y daban un extraordinario relieve a una prescripción juzgada esencial.

Así un Fraile debió ir a deponer sobre un montón de estiércol algunas monedas que por el camino había recogido. (C., 220- 221).

(1) "*Super omnia execrabatur pecunia et tamquam ipsum diabolum se sequentibus semper innuit fugiendum*". (C., 220).

Repetidas veces los milagros venían a dar aún una autoridad más grande a la palabra y a los actos del ardiente defensor de la Altísima Pobreza; por ejemplo, aquella serpiente que salió de una bolsa codiciada por cierto religioso... (C., 223).

Desechada toda pecunia, privado de toda posesión en común, no le resta al Fraile Menor sino dos medios de subsistencia: el trabajo remunerado y la limosna de un pedazo de pan demandado de puerta en puerta.

Ambos los recomienda Francisco, pero daba preferencia al primero.

El título de Orden mendicante crea una especie de ilusión, hace creer que la mano que se tiende para recibir es el recurso habitual del Franciscano.

El capítulo V de la Regla impone, desde luego, la obligación de ganar su pan con el sudor de su frente, de vivir del trabajo: "Que los Frailes, a los cuales el Señor dió gracia de trabajar, trabajen fiel y devotamente. Mas del precio de su trabajo reciban, para sí y para sus hermanos, las cosas necesarias al cuerpo, excepto dineros o pecunia."

Pero si los señores del mundo, si los amos avaros no diesen la recompensa del trabajo, si niegan este pedazo de pan, este trozo de sayal necesario, ¿qué hacer? ¿cómo arreglarnos? La mendicidad viene como postrer y supremo resorte: "Y si no nos diesen la recompensa del trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo la limosna de puerta en puerta."

Renuncia en verdad heroica en sus consecuencias. Todo obrero tiene derecho a su salario, es de igualdad estricta; y Francisco, por amor de Dios, renuncia a este derecho. Después de haber cumplido fielmente su tarea, pedirá su salario, "y esto humildemente, así como con-

viene a los siervos de Dios y a los seguidores de la muy alta Pobreza." (Regla, Cap. V).

Si se le niega, rogará que, a lo menos, le den de limosna un bocado de pan, a fin de reparar las fuerzas y matar el hambre. Lejos de deshacerse en insultos, denuestos y murmuraciones, sólo saldrán a flor de labio palabras de paz: "El Señor os dé su paz".

Y aun este pedazo de pan recibido lo considerará como un don del cielo, al que no tiene ningún derecho.

"No, los pobres que están en las puertas de las iglesias, los mendigos que se arrastran por esos mundos de Dios, no son tan pobres como San Francisco, ni como un religioso de su Orden".

"Los viejos harapos con los que cubre sus carnes el pordiosero, son suyos; la moneda, los ochavos que se le dan, suyos son; mientras que un Fraile Menor jamás de nada podrá decir: eso es mío; ni su Orden: eso es nuestro" (1).

Parece como que el campo del heroísmo esté cercado, infranqueable, y, no obstante, el amor seráfico arrastra a Francisco a las inaccesibles alturas do nunca llegó ni llegará el amor humano. Jamás hombre alguno halló en su filantropía, en su *altruísmo*, una palabra ni parecida a la que brotó del corazón de Francisco. "Nunca he consentido recibir todo aquello de que estaba menesteroso, por temor de privar de lo necesario a los otros pobres..."

Tal fue la preocupación del sublime *Poverello*, su escrúpulo de conciencia. ¡Amaba tanto a los pobres!

(1) Lejeune, *Panegírico de San Francisco*, t. III, Sermón 132.

Un corazón de madre ¿podría abrigar sentimientos de un tan subido heroísmo y ternura?

3.º *Pobreza heroica en la lucha.*—Semejante Ideal, a la vez tan elevado y tan compasivo, encontró más de un contradictor; tuvo que luchar Francisco para hacerlo triunfar.

La fase primera de esta porfiada lucha data de la conversión del joven Francisco.

Pasemos por alto el furor que su padre puso frente a su vocación; la avaricia de Bernardón no le permitía ni concebir semejante abandono.—Su hijo era loco de atar; despojarle de todo el dinero que aun poseía, hacerle firmar una renuncia por duplicado, he aquí su designio.

Por un gesto heroico, Francisco, columbrando los deseos de su padre, aviénese a ellos y los sobrepasa.

Faltaba vencer otros obstáculos de parte de aquellos mismos que, por vocación, por estado, tenían la misión de guiarle en las vías de la perfección. "Vuestro género de vida paréceme algo severo, díjole un día Guido, el obispo de Asís; algo duro tengo para mí que es no poseer nada en este mundo" (1).

Y Francisco humildemente le responde: "Monseñor, si alguna cosa poseyéramos, habríamos necesidad de armas para defender nuestros bienes, puesto que de la posesión nacen las disensiones y los pleitos. El amor de Dios y del prójimo resultarían notablemente aminorados, por lo que no queremos cosa alguna temporal". Plugo sobremanera al Obispo semejante respuesta (2).

(1) "*Dura mihi videtur et aspera vita vestra, nihil scilicet in soeculo possidere*". (T. C., cap. IX).

(2) "*Et placuit multum Episcopo responsio viri Dei*". (Ibid.)

En Roma, la lucha fué más empeñada, más seria. Francisco y sus compañeros se encontraban a la sazón allí para obtener de la Santa Sede la aprobación de su nuevo género de vida.

Antes de solicitar una audiencia con el Papa, presentóse Francisco al cardenal Juan de San Pablo, prelado que se le reputaba como un hombre desligado de todo lo terreno y aficionado totalmente a los tesoros celestes. Este acogió a Francisco con benevolencia suma, con una perfecta caridad. Prudente y discreto, multiplica las cuestiones y las polémicas, y se esfuerza en volver sus pensamientos hacia la vida monástica o eremítica. "Persuadirle intentaba de que siguiese los senderos desbrozados ya por los fundadores de Ordenes, antes que lanzarse por una ruta tan ardua y extraordinaria" (1).

Por esta vez todavía la constancia del pobre evangélico quedará victoriosa; el Cardenal, admirado de su fervor y su atractivo por una vida más heroica, rindióse a sus ruegos e hizo su presentación al Papa" (2).

Inocencio III presidía entonces los destinos de la Iglesia; Francisco le expuso su proyecto y suplicóle con humildes instancias que aprobase su regla.

El Papa se sentía inclinado a acceder a su demanda. Pero, como hombre sabio y prudente, difirió su respuesta; este nuevo género de vida parecíale que sobre-

(1) "*Ut ad vitam monasticam seu hereniticam diverteret suadebat... et ei planiora itinera ostendebat*". (C. 34).

(2) "*Ejus constantia victus, precibus acquievit et coram Domino Papa studuit ejus negotia de caetero promovere*". (C., 34 y 181).

pasaba las fuerzas humanas y muchos de los Cardenales eran de este parecer (1).

Interviene entonces el cardenal de San Pablo. Animado de una llama del todo divina, dice al Soberano Pontífice y a sus hermanos los Cardenales:

"Ese Pobre nos demanda que aprobemos un género de vida eminentemente conforme a los consejos del Evangelio. Si rechazamos sus proyectos como difíciles en demasía y como una novedad, nos exponemos a obrar en contra del Evangelio del Señor, puesto que sostener que la observancia de los consejos y el deseo de practicarlos sea algo nuevo o contrario a la razón, es ir abiertamente contra Jesucristo, autor del Evangelio" (2).

El Papa, dirigiéndose a Francisco, le dice: "Hijo mío, rogad a Jesucristo que nos manifieste por vos mismo su voluntad, a fin de que, conociéndola sin género alguno de duda, podamos con más seguridad responder y satisfacer vuestros piadosos deseos".

El siervo de Dios pónese en oración y el Señor le inspiró la magnífica parábola de la Pobreza... (3).

Expúsola inmediatamente en presencia del Papa y

(1) "*Cum ejus supra vires propositum conversationis Papa videret*". (C., 181, 5, *Leg.*, C. III, S. 19). "*Distulit tamen perficere quod Christi postulabat pauperculus, pro eo quod aliquibus de cardinalibus novum aliquid et supra vires humanas arduum videbatur*".

(2) "*Contra Christum, Evangelii auctorem blasphemare*". (*Leg.*, Ibid.)

(3) "*Orat instanter, responsum orando reportat... Francisce, sic dices ad Papam: mulier quaedam paupercula...*" (C. 181).

de los Cardenales y de ella sacó esta victoriosa conclusión: "No hay que temer, pues, que los hijos y herederos del Rey eternal mueran de hambre; al igual que Jesucristo, ellos nacieron de una madre pobre por la operación del Espíritu Santo. Si el Rey de los cielos prometió su eterno reino a sus fieles imitadores, con mucha mayor razón les concederá las cosas terrenas, que reparte con igual largueza y benignidad a justos y pecadores" (1).

Lleno de admiración, ya el Papa no dudó un solo instante que el Señor había hablado por boca de Francisco. Acuérdase de una visión reciente. Durante su sueño había visto la Basílica de Letrán ladearse y amenazar ruina.

Un pobre y mezquino religioso se acercaba y la sostenía con sus hombros para que no cayese. "En verdad, dice el Papa, ese religioso es Francisco; por su vida y predicación, él será el sostén de la Iglesia". (C., 182-25). Y otorgó a Francisco el favor solicitado: aprobó la Regla.

De este modo se cumplía el oráculo que salió de labios del Crucifijo de San Damián: "Francisco, vé y repara mi casa; como ves, amenaza ruina".—La pobreza seráfica venía a ser el firme sostén de la Iglesia de Cristo, el elemento regenerador de la sociedad cristiana, tanto en aquellos tiempos de la Edad Media como en los siglos venideros.

Conclusión.—Hijos de San Francisco, seamos fieles a nuestra sublime vocación. Muchas veces los munda-

(1) *Leg.*, cap. III, § 10.

nos nos ridiculizan, nos llenas de denuestos, nos menosprecian porque vamos descalzos, con nuestro burdo sayal, nuestra grosera cuerda y sin nada que nos defienda la cabeza de los rayos del sol; nuestra presencia en el seno de estas naciones civilizadas les parece un anacronismo; sea, vayan diciendo, mientras nosotros pasamos sembrando el bien por doquier.

Jamás nuestro ejemplo se hizo tan necesario, ni más eficaz. Jamás el mundo ha sentido en tanto extremo la imperiosa necesidad de un testimonio magnífico, y éste no es otro que, a la faz del Becerro de Oro, nosotros nos entregamos en brazos de Jesús pobre, nos abrazamos a la desnuda Cruz, seguimos el camino que nos traza el Evangelio divino.

A los ricos del mundo les decimos: se puede, aquí abajo, vivir feliz sin dinero, y tanto más dichoso cuanto más se le desecha y se huye de él con horror.

A los pobres, a los obreros, la lección que les damos es todavía más elocuente. "No deseéis, no codiciéis con tan apasionado ardor el oro que veis brillar en las manos de los ricos. La verdadera felicidad, en la tierra, consiste en temer a Dios, observar su ley santa, vivir del trabajo, sin deber nada a nadie".

Beati omnes qui timent Dominum. Labores manuum tuarum quia manducabis. Beatus es et bene tibi erit.

Desde lo alto del cielo empíreo, Francisco contempla su obra siete veces secular, prueba siempre viviente de la veracidad del oráculo divino que promete el céntuplo, ya en este mundo, a los pobres evangélicos.

Crucifixión de las tres potencias del alma por las tres virtudes teologales

Todo aquel que sinceramente quisiere seguir las huellas de Jesucristo, es fuerza que crucifique la carne, con sus vicios y concupiscencias todas. De un modo particular para nosotros, Frailes Menores, la obligación esta es más estricta, en virtud de nuestra vocación seráfica: *el llamamiento de la Cruz a la Cruz.*

Pero hasta aquí hemos dado tan sólo un paso, el primero; es preciso andar más, poner la mortificación adelante, hacerla llegar hasta nuestras más íntimas facultades, hasta nuestras potencias espirituales, órganos, en alguna manera, y miembros de nuestra alma.

Debemos estar crucificados en todo nuestro sér. carne y espíritu, cuerpo y alma, a fin de que Jesús Crucificado reine en nosotros, a fin de que vivamos en El y para El sólo.

En esto, como en todo, nuestro Bienaventurado Padre es nuestra guía y nuestro modelo.

Según testimonio de San Buenaventura, el Seráfico Padre "dábase a una activa mortificación de la carne para que apareciese radiante en el exterior la cruz que tenía plantada en medio del corazón" (1).

De su corazón, herido por el amor, procedían sus austeridades todas, todas sus mortificaciones. "Algo así como mística saeta, la palabra que partió de labios del Crucifijo pasa de parte a parte su santa alma. Des-

(1) "*Mortificationi carnis invigilabat attentius, ut Christi crucem, quam interius ferebat in corde, exterius etiam circumferret in corpore*". (Leg., cap. I, 6).

de entonces, como piadosamente se puede creer, las Sagradas Llagas imprimiéronse en su corazón; algo más tarde, en la cumbre del Alvernia, aparecieron en su carne como una demostración patente de la estigmatización interna obrada en San Damián (1).

Francisco, pues, estuvo crucificado en las potencias de su alma, antes de estarlo en los miembros de su cuerpo.

Por consiguiente, a esta crucifixión íntima debemos tender los que hemos de realizar plenamente la perfección seráfica.

Nuestro Venerable P. Honorato de París señala esta obligación capital al celo del Maestro de Novicios: "Aquel que toma a su cargo instruir a los hijos de un Padre cual San Francisco, otra cosa no les enseñe que la Cruz; no llene su inteligencia de otro conocimiento, ni su voluntad de otro amor, que del conocimiento y amor de Jesús Crucificado" (2).

A fin de comprender mejor la necesidad y la extensión de esta mortificación de las potencias del alma, consideraremos:

1.° En cuánta perfección fueron creadas.

2.° Cómo quedaron deformadas por el pecado de origen.

3.° Cómo han sido reformadas, redimidas.

* * *

(1) "*Infigitur ex tunc sanctae animae Crucifixi compassio, et ut pie putari potest, cordi ejus, licet nondum carni, venerandae stigmata Passionis altius imprimuntur*". (Cel., 176, 15, et T. S., cap. V).

(2) *Académie Evangélique*, cap. I, pág. 12.

I. — EN CUÁNTA PERFECCIÓN DIOS HA FORMADO LAS POTENCIAS DE NUESTRA ALMA

Hállase esta perfección expresada claramente en las palabras mismas del Creador: *Hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza.* (Génesis). Parece como que se vislumbra, dice Bossuet, ya en estas palabras la imagen de la Trinidad; ella se pone de manifiesto y de un modo magnífico en la criatura racional, que tiene en el fondo de su sér, en su inteligencia, en su amor, una misma felicidad, idéntica vida. Criatura la más dichosa y perfectamente semejante a Dios, si de El única y exclusivamente se ocupa (1).

Por su naturaleza, es *capax Dei,* dotada está de una capacidad divina. Dios es su objeto propio, su fin postrero: a El tiende, le aprisiona; apodérase de El por medio de sus potencias: inteligencia, memoria y voluntad. "Aquí está precisamente su semejanza con la Trinidad Santa: una en esencia, trina en sus potencias" (2). "¿Quién no admitirá el grado de parentesco, la perfecta analogía existente entre el alma y Dios, su Creador? Tiende a El con las fuerzas todas vivas de su sér, por el acto propio de cada una de sus potencias. La Memoria abraza la Eternidad; la Inteligencia, su Verdad; la Voluntad, su suprema Bondad" (3).

(1) Bossuet, *Elévation VII,* Semaine IV.

(2) "*Et hoc est esse ad imaginem Trinitatis propter unitatem in essentia et trinitatem in potentiis...*" (*Brevil.,* 2.ª Parte, cap. IX, § 4).

(3) "*Vide igitur quomodo anima Deo est propinqua, et quomodo memoria in aeternitatem, intelligentia in veritatem, electiva potentia in Bonitatem summam secundum operationes suas*". (*Itiner.,* cap. III, n. 4).

"Dios perfecciona su sér, es el alimento de su inteligencia y la vida de su amor. La gracia sobreviene y mantiene en alto a nuestra naturaleza" (1).

"El alma no se harta de Dios; su capacidad se colma por la infusión de la gracia santificante y de las tres virtudes teologales, y entonces es cuando viene a ser como *deiformis, todo endiosada*" (2).

"La semejanza divina se completa por estos dones superiores, esencialmente sobrenaturales e infundidos, que directamente nos inclinan a Dios y lo tienen como objeto inmediato. Armada de tales energías divinas, el alma se asemeja a la Santísima Trinidad como si de ella fuese una copia viviente. Quien viese un alma en la que Dios por su gracia morase, creeríase, en alguna manera, ver al mismo Dios, al igual como se ve un segundo sol en un diáfano cristal por el que parece como que entra con todos sus rayos". (Bossuet, *Lettre á Sir Cornuau*) (3).

Muéstrasele la *gloria*, se la promete; pone ella de su parte el complemento a la gracia. En el cielo se acabará esta divina semejanza, esbozada y perfeccionada gradualmente aquí abajo por la infusión y el acrecentamiento de la gracia santificante y de otros dones sobrenaturales y gratuitos. El alma fiel hasta la muerte, recibirá, en recompensa, un don eminente, valioso a

(1) Bossuet, l. c.

(2) "*In statu innocentiae, cum imago non erat vitiata, sed deiformis effecta per gratiam... et Deo configurata per Fidem, Spem et Caritatem...*" (*Brevil.*, 2.ª Parte, cap. XII, § 3 y 4).

(3) "*Sicut imago recreationis in Trinitate potentiarum cum unitate essentiae, sic imago recreationis in trinitate habituum cum unitate gratiae, per quos anima fertur recte in Summam Trinitatem*". (Id., 5.ª Parte, cap. V, § 4).

más no poder, el cual hará que sea como Dios, eternamente dichoso en su gloria: el *Lumen gloriae* hará que se establezca en este inmutable estado, al que San Buenaventura bautiza con el nombre de *Deiformitas gloriae.*

Investidas, fortalecidas por esta gloriosa luz, la inteligencia verá a Dios a las claras, como se ve El mismo, la voluntad a todo su poderío le amará, al igual como se ama a Sí mismo; la memoria le abrazará en abrazo eterno como Dios. "El alma vivirá entonces su plena vida total; enriquecida, colmadas sus potencias, sentiráse unida de todo en todo con Dios, pacificada, segura. En Dios, como en su Bien Supremo, encontrará la hartura y la beatitud completa" (1).

A esta alma inmortal y pura habíale juntado Dios un cuerpo inmortal y puro sometido al alma, puestos ambos en admirable consorcio y armonía *tale corpus constituit illi animae rationali... ut esset animae conforme...* (2).

Tal se nos presenta el magnífico orden del plan divino respecto a la creación del hombre. ¡Con cuán sublimes prerrogativas habíale Dios adornado en el cuerpo y en el alma, para el tiempo y para la eternidad! ¡Oh desgracia! ¡El hombre no alcanzó, no llegó a comprender el honor con que Dios le distinguía: *Homo, cum in honore esset, non intellexit!*

* * *

(1) "*In praemium datur ei Deiformitas gloriae, per quam Deo effectus conformis et conforme Ipsum videat clare et voluntate diligat plene, es memoria retineat in aeternum; ut sic anima tota vivat, tota dotetur in tribus animae viribus...*" (*Brevil.*, 7.ª Pars., cap. VII, § 3).

(2) Id., 2.ª Parte, cap. X.

II. — De cómo nuestras potencias quedaron deformadas por el pecado

En presencia de esta culpa de origen, San Buenaventura dolorosamente exclama: "Sorprende en gran manera, dice, que estando Dios tan cerca de nosotros y tan íntimamente unido a las facultades de nuestra alma, hayan hombres que no piensen en El". No obstante, el por qué fácilmente se adivina. Por mil cuidados distraída, descúidase de entrar y sondearse a sí misma por la *memoria;* por vanos fantasmas oscurecida, no se recoge bajo el auxilio de la *inteligencia;* seducida, arrastrada por las concupiscencias, no vuelve en sí mediante una voluntad deseosa de interiores dulzuras y espirituales goces. "Sumergida por entero en las cosas sensibles, no puede reflexionar y reconocer en ella la divina semejanza" (1). David d'Augsbourg describe con más vivos colores aún los lamentables efectos de la deformación original: "Desde que el hombre, cediendo a las sugestiones del demonio, se rebeló contra Dios, todas sus potencias cayeron en el desorden y en la confusión. No le fueron reelevadas estas potencias, sino que quedaron *degradadas* y perdieron su norte y fin". "Puédeselas traer a paralelo con un instrumento de música: en buen estado y con todas sus partes, da armoniosos sonidos; estropeado, descompuesto, emite sonidos estridentes y chillones (2). Rota la armonía,

(1) *"Ideo totaliter in his sensibilibus jacens, non potest ad se tamquam ad Dei imaginem reintrare"*: (*Itiner.*, cap. IV, n. 1).

(2) *"Omnes vires animae et potentiae... deordinatae sunt et quasi subversae, non autem substractae, sed foedatae et perverso modo se Labentes, sicut organum musicum, quod, quando*

sale al descubierto el desorden en cada una de nuestras potencias espirituales. "La razón obscurecida toma por verdad el error; la voluntad, pervertida, prefiere el mal al bien; la memoria, vagabunda, se agita perpetuamente. Perdió a su Soberano Dios, su Bien en quien tenía reunidos los bienes todos" (1).

Cosa es de gran maravilla el estado este de alma, exclama Bossuet, este trastorno de todo el edificio interior. Nada de razón, ni alteza, todo embrutecido; todo es cuerpo, sentido es todo, todo hase venido por los suelos. ¿Dó ha ido a parar esta bella arquitectura, salida de manos de Dios? Ni piedra sobre piedra; no hay ya más trabazón en esta alma; ninguna pieza hállase acorde con su vecina, el desorden es universal. ¿Por qué? Hase ausentado el principio: Dios. En huyendo este principio ¿qué puede quedar en pie? Alma racional, hecha a imagen de Dios, ¡cuál es tu desgracia! El exceso mismo de tu malestar será, quizá, el comienzo de tu retorno (2).

* * *

integrum et bene ordinatum est, dulcem reddit melodiam; quam do vero contractum fuerit et deordinatum, horrendum stridorem per cantu emittit". (De reformatione hominis interioris, cap. X, § 3). "¿Dónde está la armonía, exclama Alfredo de Musset, si falta una cuerda o tecla al instrumento?... ¿Por qué la naturaleza hame dado un ideal de difícil, por no decir imposible, realización?"

(1) David d'Augsburg, *l. c.*, cap. VI.

(2) Bossuet, *Médit. sur l'Evang.*, 175.

III. — De qué manera las tres potencias del alma fueron reformadas por Jesús Crucificado

La deformación original de la divina imagen, consecuencia de la pérdida de la gracia, acompañada va en el hombre de una como muerte espiritual. San Buenaventura compárala a una especie de aniquilación del orden moral *quasi annihilatio in esse moris* (1). Lógicamente saca la consecuencia de que nuestra resurrección espiritual es imposible si la gracia no viene en nuestra ayuda y crea de nuevo al alma junto con su vida sobrenatural (2). Y esta segunda creación no puede efectuarse sino bajo los auspicios del que lo creó todo por primera vez: el Verbo Eterno, Cristo Jesús (3). Si queremos, pues, recobrar la vida de la gracia, entrar de nuevo en el goce de la verdad como en un jardín de delicias, es forzoso que nos presentemos con Fe, Esperanza y Amor a Jesucristo, mediador entre Dios y el hombre, Arbol de vida plantado en medio del Paraíso... Revistamos, pues, a nuestra alma, imagen de Dios, de las tres virtudes teologales...; por ellas la imagen divina queda reparada: *...sic imago reformatur...* (l. c.). "El alma debe, ante todo, creer, esperar, amar a Jesucristo, el Verbo Encarnado" (4).

"En este retorno a Dios, Jesucristo hace de camino

(1) *Brevil.*, 5.ª Parte, cap. III § 2.

(2) "*Impossibile est quod homo resurgat a culpa, nisi* recreetur *in vita gratuita*". (*Brevil.*, l. c.)

(3) "*Solus igitur, qui fuit principium creativum, est et principium* recreativum, *Verbum*". (Ibid.)

(4) *Itiner.*, cap. IV, § 3.

y puerta... es el *propiciatorio* erigido sobre el arca de Dios... El que vuelve los ojos hacia este propiciatorio y mira con *fe, esperanza* y *amor* a Jesucristo clavado en la Cruz, ese tal celebra la Pascua con El". Según el parecer del Seráfico Doctor, la reviviscencia, la reforma completa del alma se hará por las tres Virtudes Teologales infundidas en nuestras tres facultades, aplicadas por entero y unificadas con Jesús Crucificado. Entonces nuestra alma tórnase de todo en todo semejante a su divino ejemplar, recobra su primitiva bondad, su felicidad original (1).

Hállase, en parte, esta doctrina en las obras del gran místico San Juan de la Cruz, especialmente en el capítulo VI, libro II, de la *Subida al Monte Carmelo.* Nuestro P. David d'Augsbourg observa que, en la práctica, esta reforma de las tres potencias debe estar dirigida simultáneamente; ninguna puede adquirir su perfección, ni obrar, sin el concurso de las demás. "Si no percibe la razón, la verdad, quedaráse la voluntad inerte, sin amor, ignorará lo que debe amar; además, no conocerá ni amará el bien si la memoria no presenta al alma el bien que debe recordar" (2).

Estudiemos esta reforma en cada una de las tres potencias de nuestra alma.

(1) "*Christus est propitiatorium... ad quod qui aspicit plena conversione vultûs aspiciendo Eum in Cruce suspensum, per Fidem, Spem, Caritatem... Pascha, hoc est transitum cum Eo facit, ut per virgam Crucis...*" (*Itiner.*, cap. VII, § 2).

(2) "*Nulla istarum valet esse vel perfici sine aliis*". (*De septem Process.*, cap. II, § 2).

PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN DE LAS POTENCIAS

I. — Reforma de la inteligencia por la fe en Jesús Crucificado

"Hanos dicho San Pablo que Dios, al crear, puso ante nuestra vista un reflejo de su sabiduría divina; de este modo quería iluminar nuestra inteligencia y, lo que es más, atraérsela a Sí". Ha sido menospreciado este modo de obrar divino y, lo que es peor, rechazado.

"Por sus razonamientos vanos hanse perdido los hombres, prosigue el Apóstol, se han vuelto insensatos, faltos de razón; teniendo que adorar y alabar a Dios, le han vuelto las espaldas, adorando a seres creados".

Dios, como pena de una necedad tan criminal, cambió el camino de la salvación, dirigió a la razón de otra manera. Se ha sublevado contra Dios el espíritu humano por vana presunción; tendrá, por consiguiente, que humillarse, renunciando a sí mismo, abrazándose con la locura de la Cruz.

Por la fe en Jesús Crucificado, curados serán los hombres de su propia locura, de su falso conocimiento y por ella serán salvos. Este es el deseo divino: *Placuit Deo.* (I Cor., I.)

1. — *Cree San Francisco en el divino Crucificado*

Crucificado el orgullo del hombre por esta locura divina de la Cruz, la razón ha retrocedido y se ha es-

candalizado de ver suspendido en un patíbulo a todo un Dios!... Lo constata San Pablo.

Por el contrario, el humilde creyente que dobla su razón al yugo santo de la fe descubre en Jesús Crucificado, una virtud y una sabiduría del todo divinas.

En esto Francisco nos ha dado una feliz experiencia. La palabra que brotó de labios del Crucifijo de San Damián llena su espíritu de una espiritual alegría; es la alegría del discípulo que consigue oir la voz de su Maestro y, humilde, le sacrifica su razón.

Siente, en el fondo de su alma, que es Jesús Crucificado quien habla y no puede dudarlo (1). No puede por más tiempo estarse quedo y sale de su alma un acto de fe intenso hacia Cristo, acto que debe informar para siempre su conducta.

En verdad, puede adoptar las palabras del Apóstol, inflamado en ardiente deseo de la Cruz: "Vivo yo en la fe del Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado a la muerte por mí". (Galat., II, 20).

Hásele enseñado el misterio de la Cruz: tiene desde luego un conocimiento claro de ella, penetra el sentido divino.

Ebrio de tan sublime locura, al mismo tiempo que la cultivará dentro de sí mismo, hará de ella partícipes a los demás y la predicará por encima de toda ciencia, de todo saber.

Trátale el mundo de loco y sin seso: él se alegra; sus conciudadanos mismos han de apedrearle y le arrastrarán por el lodo; un momento más y van a precipi-

(1) "*De illa autem allocutione tantum fuit repletus gaudio et lumine illustratus, quod in anima sua* veraciter *sensit fuisse Christum crucifixum qui locutus est ei*". (T. C., cap. V).

tarle desde lo alto de una colina. A Francisco esto le colma de alegría, saborea un júbilo dulcísimo y suave, júbilo perfecto y acabado. Reálzase a sus deslumbrados ojos la imagen del Maestro que en el mundo inauguró semejante locura.

Entonces, como San Pablo, repetirá a sus discípulos lo que ha aprendido de la locura de la Cruz:

"Y así, hermanos, ved vuestra vocación, que no son muchos sabios según la carne, no muchos poderosos no muchos nobles. Mas las cosas locas del mundo escogió Dios para confundir a los sabios; y a las cosas flacas del mundo escogió Dios para confundir a los fuertes; y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios y aquellas que no son para destruir las que son, para que ningún hombre se jacte delante de El." (I Cor., I, 26).

En lo que toca a mí, mis hijos muy queridos, bástame la fe del Cristo Crucificado y Pobre; todo lo demás lo desprecio: a la ciencia, a la sabiduría, todo.—*Scio Christum pauperem Crucifixum, non pluribus indigeo.* (C., 247, 13).

2. — *Integra fe de Francisco en las enseñanzas de la Iglesia.*

Subyugada su inteligencia por el amor de la Cruz, sujétase Francisco filialmente a las doctrinas enseñadas por la Iglesia.

Aquel Jesús mismo que le había hablado en San Damián continúa haciéndolo aún por boca de los sacerdotes, de los obispos, del mismo sucesor de los Apóstoles, el Papa: "Quien os escucha, a mí me escucha."

Su catolicismo es de pura cepa, es un creyente a macha martillo (1), siempre de idéntico pensar en sus discursos y en su conducta, ya en relación a sí, como al exterior, súbdito o prelado (2).

De su sumisión a los sacerdotes, obispos y al Santo Padre hemos hablado ya al tratar de la Obediencia. Recurre humilde, filialmente en todas sus empresas y dificultades a la autoridad suprema de la Iglesia.

Aprobación de su regla. — Su Maestro ha sido Jesucristo (3). Hablóle en San Damián; no le deja ahora, continúa inspirándole. El le guía.

Es su regla un extracto del Evangelio, es la médula la quintaesencia, la parte más ideal, la más conforme a los deseos de Cristo.

Quiere observarla sin glosa, al pie de la letra, estrictamente; ¿acaso no puso manos a la obra?

A ejemplo de San Pablo irá a Roma para ver a Pedro, en la persona del Pontífice: *Veni videre Petrum.* (Galat., I, 18).

Dará a examinar, postrado de hinojos a las plantas del papa Inocencio III, su forma de vida; una vez revisada, le suplicará que apruebe su regla y la confirme, que le bendiga a él y a sus compañeros (4).

No ignora que todo es bueno, como venido que es de manos de Jesucristo a las de la Iglesia. La Iglesia

(1) "*Fide catholica integer totus*". (C. 174, 16).

(2) "*Idem lingua et vita, idem foris et intus, idem subditus et praelatus*". (C. 269, 25).

(3) "*Servus altissimus Doctorem non habebat aliquem hujusmodi nisi Christus*". Leg.

(4) "*Venit Romam... Desiderans nimium sibi a D. Papa Innocentio tertio quae scripserat confirmari*". (C. 33, 21).

es el cuerpo de Jesús y menester es, por lo tanto, ser incorporado a la Iglesia para estarlo al Salvador (1).

Examen de los postulantes. — De ello trata San Francisco en el capítulo segundo de la Regla. Poco le importa al Santo Legislador el nacimiento, riqueza y talento del que ha de ser recibido en su Orden; a los acaudalados postulantes prescribirá "que vayan y vendan todas sus cosas y procuren darlas a los pobres". No quiere que los superiores se metan en repartirlas so color de consejo.

Es la fe íntegra lo que quiere antes que todo. — "Que los ministros con diligencia los examinen de la Fe católica y eclesiásticos sacramentos. Y si todas estas cosas creyeren y quisieren fielmente confesarlas y hasta el fin guardarlas firmemente..."

Sabrá él cumplir exactamente esta línea de conducta. A los discípulos congregados en Rivo-Torto incúlcales las verdades de la Fe, aquellas verdades que enseña la Santa Iglesia Romana (2).

A las multitudes que él evangeliza, ruega que den fe por encima de todo a lo que les enseña la Santa Romana Iglesia, que confíen en sus doctrinas, creencia y confianza que deben ser para siempre guardadas, veneradas y practicadas y en la cual deben encontrar la salvación prometida en nombre de Dios (3).

---

(1) Bossuet, *Méditations sur l'Evangile,* première partie, LVe jour.

(2) "*Docuit... fidei quoque veritatem, secundum quod sancta Romana tenet et docet Ecclesia*". (Leg., cap. IV, 5-3).

(3) "*Inter omniq et super omnia fidem S. Romanae Ecclesiae servandam, venerandam et imitandam fore censebat, in qua sola salus consistit omnium salvandorum*". (C. 65, 7).

El oficio divino, el breviario.—En el siglo XIII muchas eran las Ordenes aprobadas por la Iglesia que se servían de breviarios y misales propios de su Instituto. Este privilegio podía ser solicitado por Francisco, pero ya hemos dicho que era católico por sus cuatro costados.

Ordena, pues, en el capítulo tercero de su Regla: "Los clérigos hagan el oficio divino según el orden de la Santa Romana Iglesia."

En su testamento muéstrase riguroso en extremo con los frailes "que no quisiesen rezar el oficio divino según la Regla y quisiesen en alguna manera variarlo."

Han dado la nota, los hijos, de escrupulosos observadores de la voluntad de tal Padre; y cuando más tarde los Papas manden reformar el breviario tendrán solamente que abrir el de un fraile menor, seguros de encontrar integral en él el texto litúrgico, conforme lo prescrito por el *Ordo* romano.

Cardenal protector. — Junto con la aprobación de la Regla, solicita el Patriarca de los Menores otro favor; humildemente postrado a los pies de Su Santidad demanda al Señor Papa "uno de los Cardenales de la Santa Romana Iglesia, el cual sea Gobernador, Protector y Corrector de esta fraternidad".

En el capítulo XII de la Regla ordena por obediencia a los ministros que no se sustraigan jamás de la tutela de un Príncipe de la Iglesia encargado principalmente de la alta dirección de la Orden.

¿Qué es lo que le inspira un tan vehemente deseo, una voluntad tan decidida, no encontrada en otros fundadores de Ordenes? Su íntegra fe toda apostólica y romana. "Para que nosotros, siendo siempre súbditos

y sujetos a los pies de esta Santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y humildad y el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos."

3. — *Su fe ardiente en el Augusto Sacramento*

Es el sacramento de la Eucaristía el misterio por excelencia de la fe: *Mysterium fidei.*

Dios para instituirlo ha agotado, por decirlo así, todas las fuerzas de su omnipotencia, la virtualidad de su infinita sabiduría; El ha hecho de este misterio el recuerdo imperecedero de sus admirables obras.

Enmudece la fe ante tan inefable misterio y adora: *Adoro te devote.* Sólo la Divinidad sobre la Cruz está velada; pónese de manifiesto, no obstante, a través de las heridas del Hombre de dolores. Su muerte fué la de un Dios; hase el sol entenebrecido, remuévese la tierra, la multitud golpéase el pecho y el Universo entero, al unísono, con el Centurión exclama: "Este hombre es el verdadero Hijo de Dios."

En el Tabernáculo. — At hic latet simul et humanitas — este es el abismo donde se dan las manos los atributos todos humanos y divinos de Jesucristo. Está allí presente real y substancialmente tal cual habita en lo más alto de los cielos; mas es un Dios escondido.

Sabrá descorrer perfectamente, Francisco, los velos de tal misterio, porque por su amor perspicaz llegó al conocimiento de su Creador mediante los símbolos que la naturaleza le presenta. Por su ardiente fe iluminando los ojos de su alma, muéstrasele su Dios bajo las especies sacramentales.

Contempla a Jesús como víctima inmolada por los pecados del mundo. Pasa sus noches cabe los Altares, gimiendo, llorando y clamando misericordia para él y para los pecadores.

Si no puede ver, como Tomás, con sus ojos las llagas sagradas, ni sondear sus profundidades misteriosas, por lo menos grabadas las tiene en sus manos y en sus pies. Brota de su corazón entreabierto, junto con su sangre, el grito de fe ardiente y no puede menos de exclamar: "¡Oh Jesús, vos sois mi Dios y mi todo!" *Deus meus et omnia.*—Aumentadme la fe, fortaleced mi esperanza, encended mi amor. Haced que muera yo por amor de vuestro Amor, ¡oh Amor que por amor de mi amor habéis muerto!

¿Quién va a darnos idea exacta de los afectos que había de sentir este Serafín de la tierra cuando Jesús, penetrando en su interior por medio de la Eucaristía, iba a tomar posesión de su alma?

"Abrasado ha quedado de un fervor tan grande en recibiendo el Cuerpo del Señor, que se han sentido sus efectos hasta lo más íntimo de su ser."

"La amable condescendencia del Salvador poníale en un muy grave aprieto, pues que veía una ternura que llegaba a los límites de lo inconcebible" (1).

Su profunda veneración a los sacerdotes. — Un religioso pavor causado por la fe impídele recibir el sacerdocio; jamás asintió subir a tan alto grado. El, el amigo privilegiado de Cristo, condecorado con las sagradas

(1) "*Flagrabat erga Sacramentum Dominici Corporis fervore omnium medullarum, stupori permaximo habens illam caram dignationem et dignatissimam charitatem*". (C. 319, 22).

llagas, se reputa por grandemente honrado con sólo servir al sacerdote en calidad de diácono.

Lleno de tal veneración, encarga a los sacerdotes que tienen la potestad de ofrecer el sacrificio incruento, que se nutran de tan admirable Sacramento y que lo distribuyan a los demás. — Nada más hermoso encuentra que verlos practicar semejante oficio.

"Ea, escuchadme, escribe a sus hermanos revestidos de la dignidad sacerdotal: Si a la Virgen Santísima se le tributa un culto tan excelso sólo por haber llevado en sus castas entrañas al Hijo de Dios; si San Juan tembló ante Cristo y no osaba bautizarle, ni atar las correas de sus sandalias; si el sepulcro dondé reposó unos instantes, tiene derecho a nuestros respetos todos, ¿qué justicia, qué santidad, qué mérito debe de poseer quien le toma entre sus manos, no en su estado de mortalidad, sino tal como está en el Cielo, inmortal, glorioso, objeto de la contemplación de los ángeles?" (1).

"Quiere que sean honrados los sacerdotes de una muy particular manera por sus frailes; prescribe que cuando hallen a alguno de ellos le salgan al encuentro y le besen, no sólo las manos, si que también los pies de la cabalgadura que los trajese" (2).

"De mí os sé decir que si encontrare a un mismo tiempo a un Santo bajado del Cielo y a un pobre sacerdote, dejaría a aquél por besar las manos del ministro

(1) Carta XII a los sacerdotes de la Orden.

(2) "*Sacerdotes... Voluit singulariter a fratribus honorari, in tantum, ut ubicumque illos invenirent, caput coram eis flectentes, oscularentur non solum manus eorum, sed etiam pedes equorum, super quos equitarent, propter reverentiam potestatis eorum*". (T. C., cap. XIV).

de Dios. Diría al Santo, aunque fuera San Lorenzo en persona: "Permitidme San Lorenzo: las manos de este sacerdote tocan al Verbo de vida; han adquirido ellas una dignidad más que humana" (1).

Todas las mañanas asistía al Santo Sacrificio de la Misa. Oír una misa tan sólo diariamente parecíale señal de profunda tibieza. (C., 319, 26).

"Comulgaba a menudo y su devoción excitaba la de los religiosos que estaban presentes (2). En recibiendo el Cordero inmolado, ofrecíase para servir de holocausto en el altar de su corazón, consumido sin tregua por el fuego del amor" (3).

Hace el historiador una alusión muy lisonjera para nosotros, los religiosos franceses. Dice que el Seráfico Padre tenía en gran estima a Francia, nuestra patria, porque profesaba una devoción especial hacia la Eucaristía. "Su deseo fué morir y estar sepultado en esta privilegiada tierra que él bautizó con el dulce nombre de *Amiga del Cuerpo del Señor*" (4).

Sus desvelos por la casa de Dios. — Llegaba a tal extremo el amor que sentía hacia las iglesias, que para que ellas estuviesen en debido ornato no escatimaba nada. Limpiábalas él mismo, adornaba sus altares y quería que los Santísimos Misterios estuvieran puestos

(1) "*Oh! Expecta, S. Laurente, quia manus hujus Verbum vitae contrectant, et ultra humanum aliquid possident*". (C., 320, 15).

(2) "*Saepe communicabat, et tam devote ut aliis devotos efficeret*". (C., 319, 26).

(3) "*Agnum immolatum recipiens, illo igne qui in altari cordis semper ardebat, spiritum immolabat*". (C., 320, 1).

(4) "*Diligebat propterea Franciam ut Amicam Corporis Domini, atque in ea mori propter sacrorum reverentiam cupiebat*". (C., 320, 3).

en lienzos más preciosos. En su espiritual Testamento hace mención de esto diciendo que es su voluntad.

"Los frailes que iban por el mundo traían consigo preciosos vasos sagrados; debían darlos a las iglesias en las que el precio de nuestra Redención no estuviese en lugar a propósito, digno de guardar tan gran tesoro." (C., 320, 5).

Aun va más allá: trata de enviar una carta a todos los clérigos de la Iglesia Católica a fin de hacer revivir en ellos el celo por las cosas santas.

Ha dicho en otras partes: "Ruego a todos aquellos que son propuestos para ejercer tan alto ministerio que consideren, desde el fondo de su corazón, en cuántos lugares son indignamente recibidos e indiscretamente administrados estos misterios; cuán poco decentes son los cálices, corporales y demás lienzos necesarios para la consagración del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo" (1).

Una autorizada tradición nos confirma que llevaba en la mayoría de sus misiones un molde, cuidadosamente grabado, con el cual confeccionaba las hostias para el sacrificio.

Su respeto a las Sagradas Escrituras, al Nombre del Señor y a los teólogos. — El nombre es la representación de la persona que designamos, él nos la evoca y participa de las cualidades y homenajes que ella merece.

Por lo tanto, Santo es el Nombre de Dios: *Sanctum Nomen Ejus.* Ruega que no se pronuncie en vano, a la ligera, que no lo usen sin necesidad en los juramentos.

(1) Carta V a los clérigos.

Al igual que el Nombre de Dios, es Santo el Nombre Sagrado de Jesús. Bajado del Cielo, ha sido impuesto al Verbo Encarnado, al Salvador del mundo y Jesús lo ha sabido glorificar muriendo por nosotros en la Cruz. "Póstranse de hinojos ante el Nombre de Jesús el Cielo, la tierra y los infiernos." (San Pablo).

"Cuando Francisco oía que alguien lo pronunciaba, loco de alegría, lleno de una casta voluptuosidad, parecía todo transfigurado." (Celano).

"Si yendo de camino encontraba por el suelo un escrito cualquiera, o en el pavimento de alguna casa, recogíalo con el mayor respeto y en lugar sagrado colocábalo o lo más decentemente posible. Pensaba, acaso, que este escrito llevaba el Nombre del Señor o algunas palabras divinas."

Iba su atención delicada más lejos y recogía aun los escritos de autores paganos. A un hermano que no dejó de manifestarle su sorpresa le respondió: "Hijc mío, con las letras que estos escritos contienen puede formarse el Nombre del Señor. Además, las verdades que pueden contener estos escritos no pertenecen a los paganos ni a nadie, pues son ellas solamente propiedad de Dios, fuente de todo Bien y de toda Verdad". (C., 83, 84).

Conclusión. — Más que nunca nuestra fe debe ser integralmente católica. En nombre del progreso son atacadas las verdades reveladas; la razón humana ha vuelto las espaldas a los dogmas católicos; no quiere ella humillarse acatando la autoridad infalible del Jefe del Catolicismo.

A ejemplo de nuestro Padre, seamos siempre sumisos y fieles amantes de la Católica Iglesia y de la Sede Apostólica.

En una audiencia concedida a nuestros Superiores Generales por León XIII, les habló en estos términos: "De la misma manera que cada Orden tiene su distintivo especial, tiene igualmente su virtud característica. Vuestra insignia, hijos del Seráfico Padre San Francisco, es una fidelidad especial y entera a la Santa Iglesia Romana; vuestra gloria, vuestra distinción, es ser siempre fieles hijos, decididos colaboradores de los Sumos Pontífices. Lo habéis sido en siglos anteriores, lo sois al presente y lo seréis en el porvenir. Nos, contamos siempre con vosotros.

"Permaneced fieles, siempre unidos a la Santa Sede, como quiso San Francisco, como quiere el Papa que tanto ama a San Francisco." (*Audiencia del* 18 *diciembre* 1884).

II.—Reforma de la Memoria por la Esperanza en Jesús Crucificado

Entre las múltiples clasificaciones que se han dado de las facultades del alma, hay una que las reduce a tres: entendimiento, memoria y voluntad.

Esta división no excluye subdivisiones; aquellas, por ejemplo, que esclarecen la magna complexidad de la voluntad, o distinguen la memoria de la imaginación.

Siempre, empero, hase conservado esta división y se la ha considerado como clásica. Tiene de su parte la autoridad de San Agustín, su autor, y se la encuentra frecuentemente en las obras de San Buenaventura, David de Augsbourg, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Santa Catalina de Sena, San Ignacio de Loyola, etc., etc.

El Seráfico Doctor considera a la inteligencia y a la voluntad como las dos potencias principales, las facultades más nobles del alma (1).

El P. Luís de Argentan atribuye a la memoria un papel secundario y una actuación pasiva. "Nuestra alma, dice, no tiene más que dos facultades activas: el entendimiento y la voluntad... la memoria guarda las especies de las cosas que el entendimiento y la voluntad hanle confiado" (2).

David de Augsbourg detalla con más precisión el cometido propio a cada una de las tres potencias: "La voluntad manda, la razón enseña, la memoria sírveles a entrambas; ella muestra a la voluntad lo que ésta debe determinar, a la inteligencia lo que debe enseñar" (3).

En el libro II, capítulo VI, de la *Subida al Monte Carmelo,* San Juan de la Cruz expone el modo cómo las tres virtudes teologales perfeccionan a las tres potencias del alma. Es la virtud de la Esperanza la que reforma y perfecciona a la memoria. "He aquí dice, lo que pretendemos; el alma debe unirse a Dios según la memoria, mediante la Esperanza." (Lib. III, capítulo XIV).

1. — *San Francisco pone toda su esperanza en Jesucristo.*

"La Fe, dice San Pablo, es la base, el sostén, el fundamento de las cosas que esperamos." *Sperandarum substantia rerum.*

(1) "*Facultates voluntatis et rationis quae sunt potentiae animae principales*". (Brevil., P. II, cap. IX, § 2).

(2) *Conférences.* III: Sur les Grandeurs de Dieu.

(3) "*Voluntas est in anima quasi imperando, ratio vero*

Hácelas subsistir en nuestro espíritu y las anima y robustece de una convicción más sólida que la de la evidencia. *Argumentum non apparentium.*

De ahí la tan íntima relación existente entre esas dos virtudes teologales: en tanto nuestra Fe es más viva, ardiente, tanto más firme e inmoble se hace la Esperanza.

Los Justos y Patriarcas del Antiguo Testamento fueron héroes y modelos de desinterés y valentía, precisamente porque eran hombres de fe, de convicción sobrenatural.

Firmemente apoyados en las promesas divinas, se consideraban como extraños sobre la tierra, como peregrinos, desterrados, en marcha hacia la Patria celeste, la Ciudad permanente. San Pablo nos los muestra como escrutando lo por venir, fijas sus miradas en los bienes prometidos y saludándolos desde lejos (1).

Digno émulo de los antiguos patriarcas, Francisco pasa sobre la tierra como peregrino y extranjero. Hincados tiene los ojos en el autor y consumador de nuestra fe, Cristo Jesús, quien, dando de mano los goces todos de la tierra, subió al patíbulo de la Cruz (2).

Su fe en los méritos de Dios Salvador, revestíale de una confianza inquebrantable.

Desde lo alto de la Cruz el divino Paciente le habló,

quasi docens, memoria quasi ministrans utrique: illi quid jubeat, isti quid doceat". (*De Reformatione hominis interioris*, cap. IX, circa finem).

(1) "*A longe eas aspicientes et salutantes et confitentes quia peregrini et hospites sunt super terram*". (Hebr., XI, 13).

(2) "*Aspicientes in Auctorem Fidei et consummatorem Jesum qui proposito sibi gaudio, sustinuit crucem*". (Hebr., XII, 2).

el recuerdo de la dolorosa Pasión está siempre presente en su memoria. Las lágrimas se deslizan, sin poderlas detener, brotan abundantes de sus ojos ensangrentados a fuerza de llantos (1).

"Una vez que caminaba por las cercanías de Santa María la Porciúncula, lamentándose y echando al aire sus gemidos, un hombre, amigo suyo, oyóle y, creyendo que algo le dolía, lleno de piedad, acercóse y demandóle qué se hacía, por qué daba paso libre a tantas lágrimas. Y Francisco le respondió: "Lloro la Pasión de mi Señor Jesucristo, por quien no debería sentir vergüenza de recorrer el mundo entero, lanzando mis alaridos. Y el buen hombre echóse a llorar con él". (T. C., cap. V, y C., 176, 31).

Las lágrimas que vertía Francisco a los pies del Crucifijo daban pábulo a su Esperanza; cuando la persecución de su padre arreciaba, consciente de su propia flaqueza, depositaba en Dios toda su confianza (2).

Andando el tiempo, cuando enviará a sus discípulos a la conquista del mundo, los apretará contra su corazón paternal como para infundirles su esperanza; a cada uno dará en viático esas palabras que le servían de habitual confortación: "Echa tus cuidados en el seno de Dios; El se cuidará de proveer a tu subsistencia" (3).

(1) "*Nequit ex tunc propterea continere a fletu, Christi Passionem quasi semper coram oculis positam plangit*". (C., 176, 27).

(2) "*In jejunio et fletu exorabat clementiam Salvatoris, et de sua diffidens industria, totum jactabat in Domini cogitatum*". (C., 15, 6).

(3) "*Ipse amplexans eos dulciter et devote dicebat singulis: Jacta cogitatum tuum in Domino, et ipse te enutriet. Hoc ver-*

2. — *La Esperanza del cielo ocupa una gran parte del pensamiento de San Francisco*

A) *Aviva la llama de su amor.* — A propósito del "amor puro", Bossuet hace la siguiente observación: "Los místicos aguzan demasiado sus ingenios para distinguir la separación de los dones divinos del mismo Dios... Se le ama tal cual es, y, por decirlo así, en la parte más pura de su Ser cuando se le ama como Bienhechor y Beatificador. Todo lo demás es una *idea* que no se la encuentra ni en la Sagrada Escritura ni en la doctrina de los Santos" (1).

Semejante reproche, que lanzó el gran Obispo de Meaux a los Místicos de su tiempo, un escritor moderno, Joergensen, convertido por el estudio de San Francisco, lo achaca a otro franciscanizante.

"Cuando Sabatier insiste y diserta largo y tendido sobre el contraste entre el que sirve a Dios por amor y el que lo hace en vistas a una recompensa—pretendiendo ver en el primero al franciscano, y en el segundo al hombre que se conforma a los principios de la Iglesia,—imagina una oposición del todo fantástica" (2).

Esta oposición del escritor protestante Sabatier no es solamente fantástica, es un error.

En su vida de San Francisco de Asís (cap. XV, página 290), Pablo Sabatier nos habla "de la antinomia

bum dicebat quoties ad obedientiam fratres aliquos transmittebat." (C., 31, 20).

(1) *Lettres à Soeur Cornuau*, pág. 105.

(2) *Vie de Saint François d'Assise*, por Joergensen, lib. III, cap. II, pág. 239, nota.

de la ley y del amor. Bajo el régimen de la ley, somos mercenarios de Dios, sujetos a trabajos penosos, pero remunerados en céntuplo, de cuyo salario tenemos un verdadero derecho". "Bajo el régimen del amor, somos hijos de Dios y colaboradores suyos; nos entregamos a El sin cálculo de remuneración, *sin esperanza*".

Semejante doctrina lleva en sí un error condenado por la Iglesia (1); doctrina es ésta que se vino a los puntos de la pluma naturalmente, de un autor protestante que escribió la vida del *Poverello, ese milagro viviente,* y pretendió, en el apéndice de esta misma vida (pág. 401), que... ¡el milagro es inmoral!...

El Catolicismo enseña que, aunque la Caridad es la más perfecta de las tres Virtudes Teologales, no sabría ella aquí abajo prescindir del concurso de la Fe y de la Esperanza; lejos de empequeñecerlas, ni eclipsarlas, ella las engrandece y dales toda perfección.

B) *Inspira todos sus pasos.* — Buscando material para la reconstrucción de San Damián, Francisco prometía, en recompensa, el Cielo a los generosos dantes; con una cándida simplicidad les decía: "Quien me diere una piedra, tendrá una recompensa; quien dos, dos" (2).

(1) "*Datur habitualis status amoris Dei, qui est Charitas pura, et sine ulla admixtione motivi proprii interesse. Neque timor poenarum, neque desiderium remunerationum habuit amplius in eo partem... In statu vitae contemplativae sive unitivae amittitur omne motivum interessatum timoris et spei*". (*Propositiones damnatae ab Innocentio XII, Brevi "Cum Alias"*, 12 de marzo de 1699.

(2) "*Qui mihi dedit unam lapidem, unum habebit mercedem, qui autem dedit duos, duas habebit mercedes, qui autem tres, totidem habebit mercedes, et multa alia verba simplicia in fervore spiritus loquebatur*". (T. C., cap. VIII).

Una mañana de invierno, su hermano menor percíbele orando en una capilla y tiritando de frío bajo sus miserables harapos y, dirigiéndose a un convecino, dícele: "Pedid a Francisco os venda un sueldo de su sudor". A tal ironía, Francisco responde sonriendo: "En verdad que se lo tasaré carísimo a mi Señor Dios" (1).

"Y así fué en verdad, nota su historiador, puesto que Francisco recibió no sólo el céntuplo, sino mil por uno en este mundo, y en el otro obtuvo, para sí y para una multitud de almas, la vida eterna" (C., 178).

Si ahincadamente solicita la mano de la dama Pobreza, es por el dote incomparable que ésta le reserva para la vida futura (2). Esta heredad celeste píntala a los ojos de los hijos nacidos de su unión. "Esta es aquella eminencia de la altísima Pobreza que os ha instituído herederos y reyes del Reino de los Cielos" (Regla, cap. VI).

La cabaña de Rivo-Torto es estrecha, reducida, tan reducida y estrecha que a duras penas puede contener los numerosos discípulos que allí vienen. La miseria es extremada, a menudo el pan falta, el descorazonamiento acecha a los recién convertidos. Un gesto, una palabra de Francisco los electriza; muéstrales el Cielo entreabierto. "El alma, dice, se remonta al cielo más fácil y rápidamente desde una choza que desde un palacio" (3).

(1) "*Revera ego hunc sudorem Domino meo carissime vendam*". (C., 178, 9).

(2) "*Indissolubili vinculo dominae Paupertati connexus, non praesentem sed futuram ejus dotem expectat*". (C., 225, 2).

(3) "*Nam, ut ait sanctus, citius de tugurio quam de palatio, in coelum ascenditur*". (C., 44, 20).

C) *Penetra todas sus enseñanzas.* — En su predicación apóyase Francisco en las consideraciones de la recompensa y del castigo.

Anualmente, una vez por lo menos, se reunían los Frailes en Capítulo General; acampaban en el llano de Asís bajo tiendas y cabañas de follaje. Francisco, con faz alegre, revistaba el ejército de los Pobres voluntarios y les dirigía vibrantes y cortas exhortaciones.

"Hermanos, grandes cosas hemos prometido a Dios, mayores son las prometidas a nosotros; guardemos éstas, suspiremos por aquéllas. El placer es breve, la pena eterna; el padecer moderado, la gloria infinita" (1).

En una carta dirigida a todos los cristianos insiste en la idea del premio: *merces, praemium, remuneratio.*

La Regla que compuso prescribe a los Predicadores el tema ordinario de sus discursos: "Anunciando al pueblo, los vicios y virtudes, la pena y la gloria." (Cap. IX).

Novicio todavía en el arte de la oratoria, parafrasea al Conde de Orlando y a sus nobles invitados una frase popular rimada; de la abundancia del corazón habla la boca.

Tanto é il bene ch'io aspetto,
ch'ogni pena m'è diletto.

A fin de adquirir más plenamente, más seguramente este Bien, nada quiere en propiedad; la pobreza constituye su felicidad, sus delicias y aguarda confiada-

(1) "*Magna promisimus, majora promissa sunt, servemus haec, suspiremus ad illa. Voluptas brevis, poena perpetua; modica passio, gloria infinita*". (C., 313, 19).

mente el céntuplo prometido (1) por el Maestro a los fieles discípulos que lo han abandonado todo para seguirle.

La herencia, la posesión del Cielo, constituye la cláusula principal del contrato entre el religioso y la Orden, que, en nombre de Cristo, recibe y ratifica esta donación sagrada. A los noveles profesos, que acaban de formular sus solemnes, irrevocables obligaciones, el Superior responde: "Y yo, de parte de Dios, si observas fielmente estas cosas, te prometo la vida eterna."

3. — *¿Cómo la Esperanza en Jesús Crucificado reforma la memoria y la crucifica?*

A. *Despoja a la memoria de toda esperanza terrestre.* — La confianza en los infinitos méritos del Redentor, la esperanza asegurada de una felicidad eterna, tengo para mí que son por demás dulces, consoladoras. Empero nuestra imaginación versátil y tornadiza tráenos siempre, sin cesar, remembranzas de vanidades terrestres, de todo aquello que lisonjea nuestros sentidos e hincha el insensato orgullo.

Luego que la Esperanza en Jesús Crucificado se enseñorea de un alma, vacíala de todas esas quimeras terrenales, de esa multitud de pequeños goces en que se huelga la naturaleza corrompida. Esta virtud del todo celeste arrastra los pensamientos y los deseos del alma y los endereza hacia los bienes de la vida veni-

(1) "*Nihil volebat proprietatis habere, ut omnia posset in Domino plenius possidere*". (C., 46, 24).

dera, hacia las promesas de inmortalidad bienaventurada.

Los bienes eternos, espirituales, invisibles, son el objeto propio de la virtud de la Esperanza, que al propio tiempo que los elige, excluye todo lo que cae bajo los sentidos. *Spes quae videtur non est spes.* (Rom., VIII, 24).

De donde San Pablo infiere: "Si, pues, nuestra Esperanza tiene como objeto los bienes que no poseemos todavía, una felicidad que no sabríamos gustar al presente, no nos resta más que aguardar pacientemente". *Per patientiam expectamus.*

Pero la paciencia incluye necesariamente un sufrimiento, un dolor; el dolor causado por la esperanza de bienes futuros es tan grande, que el Apóstol lo saca a paralelo con el de la mujer en parto, que gime, suspira hasta el instante de su alumbramiento (1).

Tal es la triste condición de todo cristiano; tal es la nuestra, nosotros que, por vocación seráfica, hemos recibido las primicias del Espíritu divino y renunciado toda heredad en la tierra para poder decir a boca llena y en verdad: *Pater noster qui es in coelis... Adveniat regnum tuum.*

Crucificada nuestra alma por esta dolorosa expectación de la adopción perfecta, gime en la esperanza de verse presto librada de su mortal despojo y revestida de la gloria prometida a los hijos de Dios (2).

(1) "*Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit et parturit, usque adhuc*". (Romanos, VIII, 22).

(2) "*Nos ipsi primitias Spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri*". (Rom., VIII, 25).

B. *Propone bienes celestes, invisibles, lejanos, inciertos todavía.* — Los bienes mismos del cielo constituyen el suplicio de nuestra memoria, de nuestra imaginación: la crucifican. ¿Cómo será eso? Espirituales ellos por naturaleza, tan sólo mediante trabajos indecibles pueden ser aprehendidos por nuestra imaginación y detenidos por nuestra memoria.

Vuelto en sí después del éxtasis, San Pablo queda impotente, no halla palabra que exprese su visión; lo que ha visto, oído, experimentado, saboreado, no cabe en nuestros desmedrados entenderes; nada hay que dé idea aproximada de lo que reserva Dios para los que le aman (1).

Echase entonces el alma en brazos de Dios por la Esperanza, abandona el recuerdo de lo que antes de ahora habíala entretenido, la tierra nada le dice ya. Fija los ojos en el horizonte, escrutan el cielo, pero ¡está tan lejos, tan alto, es tan difícil de conquistar!

Dios mismo, objeto de nuestra Esperanza: *Ego merces tua magna nimis*, pasa a ser el tormento, la cruz del alma.

"Para llegar a El, dice Bossuet, forzoso es despojarnos de todo, de tal suerte que no retengamos nada en absoluto. De ahí esa soledad sorprendente que demanda un Dios celoso. Quiere que se destruya, que se resuelva en nada lo que no es El; y por lo que a Sí mismo toca, se esconde y no da a uno casi ni el más leve asidero; de manera que, por una parte, desatada de todo, y, por otra, no sabiendo qué se hacer para poseer a Dios, cae en desfallecimientos inconcebibles. Porque

(1) "*Audivi arcana quae non licet homini loqui*". (I Cor, 1-39).

si bien se considera, arrancada está de las cosas sensibles, de los objetos perecederos y, además, el objeto que pretende es de tal suerte simple e inaccesible, que no puede abordarlo".

"No le percibe si no es por la Fe, es decir, no le ve; aun más, como entre nubes, a través de sombras es como le atisba, es decir, no sabe por dónde cogerlo. Y el amor frustrado se vuelve contra sí mismo y viene a hacerse insoportable" (1).

El demonio, siempre en atalaya, aprovecha ese desarrollo del alma para lanzarla en la sima infernal de la desesperación. Obstinadamente, pónele ante los ojos la inanidad de su esperanza, la esterilidad de sus esfuerzos, el abandono de ese Dios en quien ponía toda su confianza.

La naturaleza corrompida, por su parte, privada de todo goce, comprimida en sus apasionados anhelos, quiere tomar su desquite y urde una trama para reconquistar sus derechos a la vida, al bienestar.

Atraída hacia arriba por la gracia, aherrojada por el demonio y sus propias pasiones, exhala el alma su dolor y exclama: "¿Quién, pues, me librará de ese cuerpo de muerte? Lucro es para mí morir; Cristo es solamente mi vida, mi esperanza en el tiempo y en la eternidad".

Esperemos contra toda esperanza: *Contra spem in spem.* (Rom., IV, 19). Tengamos, por lo menos, la osadía, aquella santa audacia que hacía exclamar al Apóstol: "Todo lo puedo en Aquel que me conforta. Guardemos en nuestro corazón la esperanza invencible de que llegará un día en que, despojándonos de nuestra

(1) Bossuet, *Premier sermon sur l'Assomption*, 2.e point.

mortalidad, levantaremos el vuelo hacia la Patria celeste, donde faz a faz veremos al Señor, nuestro Dios" (1).

C. *Llénala con el recuerdo de Jesús crucificado, de su Pasión, de su muerte.* — *Transeat a me calix iste,* clamaba la divina Víctima prosternada en el huerto de Getsemaní. "Padre santo, aparta de mis ojos ese cáliz que me atormenta; ¡que desaparezca, que para siempre se borre de mi memoria!" Tal era el deseo, el ardiente deseo que salía de lo más íntimo de su alma atribulada, atenazada por la tristeza.

La sola perspectiva de su dolorosa Pasión y de los oprobios y denuestos con que van a cargarle, pónele en desolación profunda; tiembla su Cuerpo, se agita, un sudor de sangre tiñe sus helados miembros, una angustia mortal irrumpe en su Alma, tortura su Corazón y cae en la agonía.

Poner en Jesús crucificado nuestra esperanza por entero, es llenar nuestra memoria con el recuerdo de esa dolorosa Pasión; es ver pasar y repasar ante nuestros ojos aterrorizados ese amargo cáliz del que ha sido Él el primero en beber de un trago, en saborear su amargura.

Francisco, nuestro Padre, hizo otro tanto; su esperanza invencible contemplaba la horrible visión de Getsemaní; su imaginación, su vista, su corazón, de ella estaban llenos. Con delirante entusiasmo ha tomado parte en el cáliz de la Pasión. "*Communicavit Passionibus Christi gaudens*".

(1) "*Audemus igitur semper... Audemus et bonam voluntatem habemus magis preregrinari a corpore et praesentes esse ad Dominum.*" II Cor., V, 8.

Abandonado, negado por su padre Bernardón, en un arranque lánzase en brazos de la Cruz, pónese cuerpo y alma en estas manos divinas clavadas en el infame patíbulo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

Al igual que Magdalena, pega sus labios en los pies ensangrentados del Salvador, rocíalos con sus lágrimas y aguarda socorro y redención de esos pies en el leño santo enclavados.

En su Corazón sagrado, que por ancha abertura está al descubierto, vierte sus preocupaciones, sus angustias, sus negocios todos; no quiere otro alivio, otro consuelo que en Jesús privado de todo lo que ni en lejanías parezca ayuda, confortación, que no tiene otro recurso que un Padre enojado que le abandona.

La vista del Hijo de Dios, víctima de tales suplicios, tórnale intrépido; halla en Él un puerto seguro contra la ola de tribulaciones que sube, sube siempre y amenaza con sumergirle. Si Jesús sufre males tan grandes es para endulzar los nuestros; bien tolerables son, por cierto, nuestros sufrimientos, si se ponen en parangón con sus dolores (1).

Conclusión. — Somos nosotros, los discípulos de San Francisco, los herederos del Crucificado. El Salvador, en muriendo, no ha legado en suerte a sus verdaderos hijos sino la Cruz, es decir, el dolor y la humillación.

"¡Qué legado! ¡Dios mío, qué horrorosa herencia la de Jesús, hartado de oprobios, según frase de la

(1) "*Nec trepidat in diluvio aquarum multarum cui est refugium a pressura Filius Dei, qui, ne nostra aspera nobis videantur, semper sua ostendit esse majora quae pertulit*". (C., 16, 25).

Escritura, atado en el madero, desnudo y moribundo! Empero hay que renunciar a su herencia celeste si no se acepta esta temporal de sufrimientos y humillaciones". (Fenelón).

Ningún hijo de Francisco de Asís puede dispensarse de entrar en esta sucesión onerosa de su padre. ¡Seamos valientes y confiados! La Cruz, fielmente, alegremente llevada hasta la muerte, es la prenda asegurada de la inmortal Esperanza. *O crux ave, spes unica.*

III. — Reforma de la voluntad por el Amor de Jesucristo

El amor divino tiene dos fuentes, de harto distintas condiciones; una en el cielo, otra en el Calvario. El seno de la Divinidad es punto de origen, en donde nace, nútrese y se educa el amor (1).

"Es el amor que las divinas Personas habían creado para el primer hombre y que le ofrendaron a la par que la vida; traía exención de amargura y autorizaba el goce de todo lo que agrada".

"Por su inobediencia hízose el hombre criminal y perdió la gracia; el amor que le prodigara con tanta largueza el Creador, apagóse en su corazón y quedó sin caridad, como los demonios viven sin dilección..."

"Queriendo Dios reavivar ese fuego de caridad, escogió el Calvario; el Verbo encarnado fué principio y fuente de ese novel amor, no como glorificado en el

(1) *Primus locus nativitatis qua Deus est: ibi natus, ibi alitus, ibi provectus.* S. Bern. *De diligendo Deo.*

trono de su gloria, sino como crucificado sobre la Cruz, trono de sus sufrimientos" (1).

Desde aquel entonces, Jesús no hace partícipe de su caridad sin comunicar al propio tiempo sus dolores; de sus llagas sagradas, como de otras tantas fuentes, se derrama sobre el universo el licor sagrado de su amor (2).

1. — *El corazón de Francisco rebosa de semejante amor*

En San Damián, esa ardorosa y divina caridad prende fuego en el corazón de Francisco. Así que resuena en sus oídos la voz del Amado, su alma derrítese de amor (3).

¿Quién será capaz de ponderar la caridad de que ese amigo del Esposo anda lleno? Lanzado su corazón en el de Jesús, horno de amor, transfórmase algo así como en brasa devorada por la llama (4).

Cuanto más y mejor Francisco hinca los ojos en su Amor crucificado, avívase el suyo; en Jesús crucificado

(1) *Esprit de saint François*, por el P. Bernardino de París, III parte, cap. VI, § 2.

(2) *Totus ardor Spiritus Sancti in aeternum diffundendus super humanam naturam, de ardore crucis, et de incommensurabilis Christi amoris plagis habet originem.* S. Bernardinus, *De Stigm. Sti. Fci.*

(3) *Ab ea igitur hora, liquefacta est anima eius ut Dilectus locutus est.* C., 176, 24.

(4) *Caritatem ferventem qua Sponsi amicus Franciscus ardebat, quis enarrare sufficiat? Totus namque quasi quidam carbo ignitus amoris flamma videbatur absorptus.* (Leg., IX, n. 1)

todo provoca, todo respira amor; su cabeza ladeada, sus brazos extendidos, su costado abierto (1).

En ese misterio la divina Sabiduría se oculta, sólo el amor aparece al descubierto, amor que en tropel irrumpe en el mundo y ata el hombre a la Cruz.

Francisco era uno de tales afortunados, él no respiraba sino cabe la Cruz, no aspiraba más que a amar, a impeler al mundo entero a que amase su Amor crucificado. A los pies del Crucifijo hanse deslizado sus más dulces lágrimas, allí es donde ha vaciado su corazón por entero.

2. — *Cómo la Voluntad es crucificada por el Amor*

"Dos amores, exclama San Agustín, se disputan el imperio del mundo: el amor de sí propio, que va hasta el desprecio de Dios, y el amor de Dios, que llega al desprecio de sí mismo" (2).

Tal antagonismo del yo y de la divina caridad constituye el drama íntimo de toda la vida cristiana; sus manifestaciones respectivas y los conflictos a que ha dado pie forman la historia de la raza humana.

En sentir de Bossuet, "el amor propio es el verdadero fondo que ha dejado en nosotros el pecado de origen.

(1) *Amorem spirat et ad amorem redamandum provocat; caput inclinatum, manus expansae, pectus apertum.* S. Bern.

(2) *Fecerunt civitates duas amores duo, terrenam scilicet amor sui usque ad contemptum Dei; coelestem, vero, amor Dei usque ad contemptum sui.* S. Agust. *De civ. Dei,* lib. XIV, cap. 28.

Todo nos lo referimos, aun a Dios mismo, en vez de referirnos a Dios y amarnos para Dios" (1).

La caridad, pues, es el remedio radical a un tan grave desorden; cuanto más invada el alma, tanto pierde el amor propio, hasta el momento en que Dios se enseñoree de nuestras afecciones todas.

"Nuestro Dios es Dios celoso, dice el autor de la *Imitación;* no sufre rivales, sino que pretende reinar sobre nuestro corazón como Rey absoluto e incontestable" (2).

Non veni mittere pacem sed gladium (Math., X-34). Sacrificadora cuchilla que corta, separa, divide; nada perdona: bienes, parientes, amigos, patria, la misma vida, todo, todo ha de inmolarse, cuando así lo exijan los intereses del amor divino.

Holocausto perfecto, crucifixión total, tal es el corolario de toda verdadera vocación religiosa, y especialmente de la vocación seráfica.

Francisco en la flor de su juventud, ofréndase en sacrificio al amor divino; hijo tiernamente dócil y sumiso, renuncia a Bernardón, a fin de pertenecer únicamente, totalmente al Padre celeste; hace donación de sí propio, de su mismísima personalidad en aras del amor, a fin de perderla en la de Jesús crucificado.

Tan certeramente se le ha asestado el golpe en mitad del corazón, que vacía a éste hasta las postreras gotas de las humanales afecciones.

"Señor —decía, — ruégoos hagáis que el ardor supremo de vuestro amor desate mi alma de todo cuanto

(1) *Meditations sur les Evangiles,* pág. 274.

(2) *Dilectus tuus talis est naturae, ut alienum non velit admittere, sed solus vult cor tuum habere et tamquam Rex in proprio throno sedere. Imit.,* II, cap. VII-2.

debajo del Cielo haya, que muera por amor de vuestro amor, ¡oh amor que moristeis por mi amor!" (1).

Conclusión. — Nuestro mal está en el apego demasiado hacia las criaturas, especialmente, a nosotros mismos. Para curarnos, Dios, de ordinario, no hace milagros, antes bien prepara toda una serie de eventos naturales que progresivamente nos desligan de este mundo y nos despojan de nuestro amor propio.

Operación dolorosa que renueva en nuestro espíritu el suplicio que sufrió en su carne San Bartolomé al desollarle, operación que ha sido forzoso hacerla, dada nuestra original corrupción, agravada por nuestras personales culpas.

El señor, en su misericordia, no nos perdonará como no perdonó a Jesús, sino que le entregó a una muerte cruel y sangrienta, por amor nuestro: *Proprio Filio suo non pepercit Deus...* (Rom., VIII-12).

Aquietaos, si os toca en lo vivo; es que el mal es inveterado y profundamente se os ha adentrado. No nos veda el llorar ni levantar el grito en el cielo; así es como nos salva.

3. — *La caridad fraterna deriva del amor de Jesús crucificado*

A) *El amor del prójimo, corolario obligado del de Dios.* "¡Qué dignidad la del hombre!, observa Bossuet. La obligación de amar a su hermano es de todo en todo parecida a la de amar a Dios. Ya que el hom-

(1) *Opusc. authent.*, P. Ubald d'Alençon, pág. 74.

bre está hecho a semejanza de Dios, justo y obvio es que el mandamiento de amar al hombre esté en íntimo parentesco con el de amar a Dios. ¡Con qué pureza y perfección, con qué santidad y desinterés es fuerza amar al hombre puesto que el amor que se le profesa es parecido al que se debe a Dios!" (1).

El apóstol San Juan tilda de mendaz al que se jacte de amar a Dios y tenga ojeriza a su hermano. Cimiéntase justamente en esta semejanza divina que todo humano lleva consigo. "Si no amáis a vuestro hermano, que percibís por vuestros ojos, ¿cómo amaréis a Dios, Sér invisible?"

Francisco comprendió esta verdad; el amor divino hermanábale con todas las criaturas; ese allegamiento tornóse más estrecho con el hombre creado a imagen de Dios (2).

El misterio de la Encarnación prodigando al hombre divinales ternuras, teníale como absorto: "Jesús, la Sabiduría increada, no se quedó en el seno del Padre, Él vino a nuestro lado para salvarnos". Así discurría Francisco.

La Redención sacaba de sí, embargaba el corazón de Francisco y le soltaba la lengua, exclamando: "¿Cómo amar a Jesús crucificado y no hacer otro tanto con las almas que, a precio de su sangre y de su vida, ha rescatado?" (3).

---

(1) *Medit. sur les Evang.*, II Semana, día 47.

(2) *Quem aliis creaturis germanum effecerat vis amoris, mirum non est Creatoris insignitis imagine, si germaniorem Christi caritas faciebat.* C. 298, 29.

(3) *Saluti animarum praestare nihil dicebat, eo saepius probans quod Unigenitus Dei pro animabus dignatus fuerit in cruce pendere.* C. 299, 2.

¡Las almas! ¿Qué santo ha mostrado una tal estima? "Para ellas sus luchas incesantes en la oración, su celo, que no conocía fatiga, en la predicación y su ejemplar heroísmo en la mortificación" (1).

En presencia de almas marchitas e infectas por el pecado, su compasión era tan viva que parecía como que las diese a luz de nuevo al amor de Jesucristo (2).

B) *La caridad fraterna crucifica la voluntad.* — Al igual que el amor de Dios, el amor del prójimo crucifica la propia voluntad, el yo humano.

Bossuet nos da la razón de ello: "Para amar al prójimo como a sí mismo, es preciso salirse con antelación de sí mismo. Mientras uno esté en sí mismo no ama nada si no es para sí; el hombre atado a sí mismo no puede tener sino una amistad limitada según su naturaleza..."

El amor fraterno, pues, se pondrá en práctica en la renuncia de sí mismo. No buscar sus propios intereses, sino los del prójimo, de sus hermanos, tal es el *criterium* de la verdadera caridad (3).

Perfectamente separado de sí mismo y de toda mira interesada, Francisco es el prójimo de todos sin excepción alguna, gozándose con los dichosos, llorando con los malaventurados y haciéndose todo para todos a fin de ganarlos a todos para Cristo.

(1) *Hinc sibi in oratione luctamen, in praedicatione discursus, in exemplis dandis excessus.* C. 299, 4.

(2) *Animas Christi Jesu sanguine pretioso redemptas cum cerneret inquinari aliqua sorde peccati, tanta miserationis teneritudine deplorabat, ut eas tamquam mater in Christo quotidie parturiet.* (Leg. VII, § 1).

(3) *Non quae sunt singuli considerantes, sed ea quae sunt aliorum.* Philip., II, 4.

Al decir de ciertos filósofos, el hombre es lobo para sus congéneres: *Homo homini lupus;* Francisco, empero, ha sido mansísimo cordero entre una manada de lobos; él supo conversar amigablemente con ruines y desalmados; a menudo su amable condescendencia hacía caer el mal que carcomía sus corazones y los convertía. El, santo entre los santos, hacíase para con los pecadores como uno de ellos (1).

A ejemplo del divino Maestro, pasó sobre la tierra sembrando el bien por doquier y obrando milagros a granel para alivio de la humanidad paciente y pecadora.

Nada de cuanto legítimamente puede mover el humano corazón descuidaba. Glorias de la Patria, combates por la libertad, goces familiares, encantos del pensamiento, distinción de maneras, en todo tomó parte, las ha gozado sinceramente, sencillamente.

La austeridad del religioso, la aureola de la santidad, han ennoblecido al ciudadano de Asís y coronado al trovador (Abbé Le-Monnier).

C) *La vida de Comunidad no subsiste más que por la Cruz.* — Francisco quiso hacer de todos sus hijos una sola Familia, de la que él sería el Padre; para ello, procuraba ahincadamente evitar choques tan frecuentes de individuos, choques que hacen intolerable la vida común. *Vita communis maxima mea mortificatio* (San Juan Berkmans).

En la naciente Comunidad, esta unión de voluntades

(1) *Omnem mansuetudinem ostendebat ad omnes homines, omnium moribus utiliter se conformans. Sanctior inter sanctos, inter peccatores quasi unus ex illis.* C. 85, 6. Véase *La conversión de los tres bandidos* (*Florecillas,* XXVI).

y corazones era contrariada por la diferencia de nacionalidades. "Acuden presurosos los franceses, aceleran el paso los españoles — decía el Seráfico Padre, — ingleses y alemanes viénensenos al encuentro, una multitud inmensa de extranjeros llega jadeante y sudorosa" (1).

De esa multitud de hombres, de costumbres tan diversas, de lengua y carácter distinto, compone Francisco una sola Orden que tiende a una finalidad común: su santificación personal y la salvación de las almas.

Bajo su hábil dirección, los primeros retoños franciscanos dieron al mundo el edificante espectáculo de una perfecta armonía de inteligencias y voluntades. Celano nos descorre el velo del secreto de esa maravillosa unión: "Una vez renunciados los bienes todos, los frailes despojábanse de todo amor propio, de toda afección privada. Semejante acrecentamiento de ternura, ese lleno de afección vaciábanlo en el seno de la Comunidad, a fin de que todos y cada uno cogiesen de ese como tesoro de familia según sus menesteres" (2).

Saboreaban cuan dulce y agradable es el vivir íntimamente unidos los hermanos: *Habitare fratres in unum.* No otro es el anhelo del Corazón Sagrado de

(1) *Vidi quasi vias ipsorum multitudine plenas, ea omni fere natione in his partibus convenire. Veniunt Francigenae, festinant Hispani, Teutonici et Anglici currunt et aliarum diversarum linguarum accelerat maxima multitudo.* C. 29, 22.

(2) *Et quidem cum cuncta terrena despicerent et seipsos nunquam amore privato diligerent, totius amoris affectum in communi refundentes, se ipsos dare in pretium satagetant ut fraterna necessitati pariter subvenirent.* (C., 41, 12).

Jesús: *Pater, ut sint unum sicut et Nos unum sumus.* (Juan, XVII, 22).

Demanda Francisco para los suyos esta unión perfecta que reina en la Trinidad santa, y de tres Personas distintas, hace una sola e idéntica inteligencia, una sola y misma voluntad, un solo y verdadero Dios.

El Espíritu Santo, Amor consubstancial del Padre y del Hijo, lazo de las Personas divinas, realizará la unión perfecta entre los miembros de la gran Familia seráfica. La divina caridad, difundida por los corazones, los abrasa, funde y produce la dilección mutua.

Mediante ese signo es como se reconocen los verdaderos discípulos de Cristo, los verdaderos religiosos, los monjes: *Haec Religiosos et Monachos facit.* Privados de ese amor mutuo, los conventos serían infiernos. *Sine hac coenobia sunt tartara.* En constituyéndose cada uno tirano y verdugo de sus hermanos, únicamente ocupado, a semejanza de los demonios, en vengarse de pretendidos agravios, en seguimiento de locas ambiciones, en satisfacer sus instintos perversos, he aquí un infierno. *Habitatores sunt daemones.*

¿Sería aquí, tal vez, el ideal Seráfico al que aspiramos, y el digno salario de los sacrificios tan generosamente cumplidos en nosotros al separarnos de nuestros padres, amigos, país, para encerrarnos en la claustral soledad?

Conclusión. — Cultivemos amorosamente la caridad fraterna, pues ella transforma los claustros en otros tantos terrestres paraísos, transfigura los religiosos que en ellos moran en dignos émulos de los ángeles del Cielo. *Cum hac vero, Coenobia sunt Paradisus in terris, et in eis degentes, sunt angeli* (San Jerónimo).

Práctica de la Oración

Pongo remate a esta segunda parte de mi trabajo con un capítulo consagrado a la Oración, asunto de capital importancia en la adquisición de la Perfección Seráfica.

Dintínguense tres especies de oración: vocal, la plegaria; mental, la meditación y la contemplación ordinaria que és la oración más perfecta. De la contemplación estrictamente infusa hablaremos en la cuarta parte de esta obra.

I. La Oración vocal

La oración vocal, según lo indica su nombre, se manifiesta por medio de palabras; ella emplea fórmulas establecidas y de uso corriente. *Per verba composita et usitata* (1). Por ejemplo: salmos, himnos, colectas y tantas otras que recitamos privadamente o para satisfacer una obligación.

1.° *Condiciones para orar vocalmente con toda perfección*

A) *La intención.*—Una plegaria expresada por la modulación de la voz, pero sin intención ni atención. no valdría ni el nombre de plegaria. Es preciso, a lo menos, la intención general de orar y que se pronuncien distintamente todas las palabras (2).

(1) David de Augsburg, *De Process.*, cap. LIII.
(2) "*Intente autem et distincte debent recitari ut orationis formam et meritum possint haberi*", I. c., cap. LIII, 1.

B) *La atención.* — El autor distingue tres clases:

a) Atención *puramente superficial, superficialis.* Se limita a saber que recita tal o cual Salmo; es la simple atención *a las palabras* pronunciadas o cantadas, y basta para que no se esté constreñido a recomenzar el rezo.

b) Atención *literal, litteralis,* que se circunscribe al *sentido* literal. Es más perfecta que la anterior y preserva al espíritu de distracciones, ocupándolo siempre en buenos y santos pensamientos (1).

c) Atención *intelectual, intellectualis,* que consiste en expresar la dulzura espiritual de nuestras plegarias y en saborear los sentimientos afectivos que de ella nacen y se desprenden como el aceite de la piedra y la miel de la roca.

2.º *Devoción de Nuestro Santo Padre en la recitación del Oficio divino*

"La plegaria era su asilo, no una plegaria pasajera, sino larga, ferviente, en la paz y en la humildad. Daba a ella principio al declinar el sol y se prolongaba a veces hasta la aurora. Viajando o sentado, en la mesa y en todo lugar oraba; era su gusto el retirarse, por la noche, en una iglesia u otro lugar solitario a fin de dedicarse libremente a la oración" (C. 73, 13).

"Oprimido su cuerpo por enfermedades innúmeras, guardaba con todo una actitud digna y religiosa durante el rezo del Oficio divino. Jamás se arrimaba a pared ni

(1) "*Ab evagatione vana mentem defendit, et ligat in bono cogitatu*", D. de Augsburg.

tabique alguno; se mantenía en pie, cabeza descubierta y ojos modestamente bajos. Cuando iba de viaje, lo interrumpía para rezar las horas canónicas, y si iba a caballo, se apeaba.

"Cierto día de vuelta de Roma, al propio tiempo que un aguacero espantoso se desencadenaba, puso pie en tierra y, firme, bajo torrencial lluvia recitó su Oficio con tal fervor, devoción y respeto cual si estuviera en la iglesia o en la celda.

"Y dijo después a su compañero: "Si el cuerpo quiere comer en reposo, él, que será pasto de los gusanos, ¡con qué reposo y paz el alma deberá tomar su alimento, que es el mismo Dios!" (1).

"Tenía él por grave ofensa dejarse dominar por las distracciones durante la oración. Y si le acontecía, confesábase pronto y se imponía una penitencia. Gracias a esta severa vigilancia, estas como moscas raramente le molestaban.

"Durante la Cuaresma, aprovechó unos instantes de asueto para construir un vaso de madera. Y he aquí que un día, durante Tercia, se le vino a las mientes el vaso aquel y le estorbó la oración. En acabado el Oficio, dijo a sus hermanos: "Sacrificaré al Señor ese vaso que ha entorpecido el sacrificio de alabanza que salía de mis labios". Y al momento anda a buscarlo y lo echa al fuego diciendo: Avergoncémonos que tales bagatelas nos distraigan cuando, en tiempo de rezo, hablamos con el Gran Rey" (2).

(1) "*Si quiete corpus comedit cibum suum, futurum cum ipso vermium esca, cum quanta pace ac tranquillitate debet anima cibum suum, qui est Deus suus, accipere.*" C. 242, 24.

(2) "*Pudeat nos in vagationes nugatorias arripi, cum tempore orationis magnum Regem alloquimur*". C. 243.

3.º *Necesidad de la plegaria vocal*

Numerosos y potentes son los motivos que obligan a todo cristiano a practicar ese gran medio de santificación; los tratados espirituales más elementales recomiéndanlo con instancia.

Contentémonos aquí con señalar el papel preponderante de la plegaria en la adquisición de la perfección seráfica y religiosa.

Todos los santos, sin excepción, han sido hombres de oración; "jamás — dijo el papa Benedicto XIV — hase abierto causa de beatificación de un siervo de Dios sin constar que durante su vida, hubiese frecuentemente usado de la oración vocal".

Por ella una multitud de almas han llegado a un alto grado de contemplación. Dijo el Señor: "Pedid y recibiréis": *Petite et accipietis.*

La seráfica Santa Teresa se servía a menudo de esta consideración a fin de inducir a sus hijas a que orasen vocalmente: "Yo os digo que puede ser muy bien que cuando recitáis el *Pater noster* o cualquiera otra plegaria, Nuestro Señor os eleve a la contemplación perfecta. Su Divina Majestad muestra de esta suerte que presta atención a las demandas que se le hacen..." (1).

En efecto, en ella se ponen de manifiesto las más altas virtudes: *La Fe,* nadie rogaría si no creyese firmemente que Dios está presente, que escucha nuestras súplicas y está presto a despacharlas.—*La Esperanza*: la plegaria presupone necesariamente una plena confianza en la omnipotencia e infinita misericordia del

(1) *Camino de Perfección,* cap. XXV.

Señor.—*La Caridad* se inflama por la consideración de la divina bondad y el deseo del alma, que ardorosamente solicita el amor de Dios y los bienes eternos.—*La Paciencia* y *la Humildad*: Cuando Dios no acoge inmediatamente nuestras demandas, instamos y nos reconocemos indignos de ser escuchados; decimos, como el buen Ladrón: "Soy un pecador, tengo bien merecido ese castigo; pero, Señor, no os olvidéis de mí en vuestro Paraíso".

II. De la Meditación

1.º *En qué consiste*

Esta palabra *meditación* ha sido, por decirlo así, consagrada por el consentimiento general de los Teólogos.

"En la Escritura, está empleado por *atención de las cosas divinas a fin de excitarse a amarlas*".

Expliquemos algun tanto esta breve definición, clara y franciscana a la vez.

Las *cosas divinas,* tal es la materia ordinaria de nuestras meditaciones: Dios o alguna de sus perfecciones, Jesucristo o alguno de sus misterios sobre todo su Pasión, o aún alguna otra verdad cristiana.

Estos diversos sujetos se hallan en las santas Escrituras, en los Evangelios, escritos de los Padres y Doctores de la Iglesia, autores ascéticos y místicos.

Según testimonía Celano, N. S. Padre gustaba de leer las Sagradas Letras; diversos pasajes confiados a su memoria eran considerados en la Oración (1).

(1) *Legebat in sacris Libris et quod animo semel injecerat indelebiliter scribebat in corde. Memoriam pro libris habebat*

"Las buenas lecturas y los piadosos entretenimientos, dice David de Augsburgo, son algo así como la semilla y materia de nuestras meditaciones". *Quasi semina et materia meditationis.* Gérmenes sagrados confiados a la tierra fértil de nuestro corazón, se desarrollarán y producirán a su tiempo fruto de salvación. "*Quales herbae in horto cordis plantaveris, talia semina germinabit*". (*De Process.* VII, 2).

Los asuntos a meditar son preferentemente los que hacían las delicias de N. S. Padre. En la vida del Salvador, Francisco tenía escogidos lugares predilectos: la humildad de la Encarnación y la caridad de la Redención (1).

Tal era su devoción de los misterios de la Pasión que fijado una vez en las sagradas Llagas del Salvador, allí moraba como absorto en un arrobamiento extático (2).

El pensamiento del Cielo érale también muy familiar. Desterrado en el mundo, aspiraba continuamente a la Patria y desplegaba sus alas para tomar el vuelo. Conciudadano de los Angeles, recorría los lugares celestes y visitaba en espíritu los tronos reservados a los vencedores (3).

En descendiendo, el Serafín hallaba de nuevo a su

---

quia non frustra semel capiebat auditus quod continua ruminabat affectus. C. 247, 3.

(1) *Praecipue Incarnationis humilitas et charitas Passionis ita ejus memoria occupabant ut vix vellet aliud cogitare.* C. 85, 22.

(2) *In vulneribus Salvatoris exinaniter totus diutius residebat.* C. 73, 7.

(3) *Felici certe devotioni circuibat coelitas mansiones.* C. 73, 6.

Dios oculto bajo los velos eucarísticos y se deslizaban dulces y rápidas las horas cabe su Amado.

David de Augsburgo nos propone como materia de oración un asunto por desgracia muy a nuestro alcance: la consideración de nuestros pecados, negligencias, ingratitudes...

"Inmenso bosque que nos proporcionará el combustible necesario para alimentar sobre el altar de nuestro corazón, el fuego de la compunción y de la devoción" (1).

La atención en las cosas divinas. Esta atención debe ser "*reiterada,* entretenida voluntariamente en el espíritu".

"En efecto, prosigue el santo Doctor, todo pensamiento atento no es necesariamente meditación o pensamiento meditado".

"Meditar es *repasar* en la memoria como lo hacía el rey Ezequías cuando decía: Yo repasaré ante Vos, oh Dios mío, todos mis años en medio de la amargura de mi alma" (Is., XXXVIII, 15).

"Meditar es *pensar de nuevo.* En ese sentido nos exhorta el Apóstol. "Pensad continuamente en Aquel que ha recibido una tal contradicción de los pecadores a fin de que no os canséis, faltos de aliento" (Hebr. XII, 3).

"Meditar es *rumiar;* la meditación no es sinó una rumiación mística". Así hacía N. Padre: *continua devotione ruminabat affectus* (C. 247, 3).

Pensar, pensar de nuevo, rumiar, tal es el trabajo de un espíritu que reflexiona profundamente y se aplica

(1) *Magna silva et abunde ligna supplicationum ministrans.*

a objetos serios los cuales vacía y ahonda lo más posible.

La meditación difiere de la simple reflexión en que aquella supone una observación más prolongada, asidua y minuciosa. Por ejemplo, meditar un proyecto, es considerarlo en todos sus lados y en todos los medios de acción, examinando las ventajas e inconvenientes que representa y la manera de ejecutarlo.

Apliquemos esas diversas operaciones del espíritu a la obra de nuestra salvación, a la adquisición de la perfección y habremos realizado la primera parte de nuestra meditación, la que concierne a la actividad de la inteligencia.

A fin de excitarse a amarlas, o más explicitamente, siempre según San Francisco de Sales, "a fin de excitar la Voluntad para santos y saludables afectos y resoluciones".

Esta operación de la Voluntad especifica la meditación religiosa y la distingue de toda consideración puramente científica o filosófica y aún del estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología.

"A veces pensamos atentamente una cosa para escudriñar sus causas, sus efectos, sus cualidades; y este pensamiento se llama *estudio*. Mas cuando pensamos en las cosas divinas no lo hacemos con el fin de aprender sinó para aficionarnos a ellas, y ello se llama meditar.

"En suma, el pensamiento y el estudio se hacen de toda suerte de cosas, mas la meditación según hablamos ahora no mira sinó los objetos cuya consideración puede hacernos buenos y fervorosos".

El amable santo evoca aquí la diligente abeja que

va revoloteando acá y acullá para recoger su miel que reserva para el próximo invierno.

"Así, pues, es el alma devota en meditación; ella va de misterio en misterio no como a la deriva... sino con plan fijo para hallar motivos de amor o de afección celeste y, en habiéndolos hallado, los atrae, los saborea, los adentra y reduce y coloca en su corazón poniendo aparte lo que juzga más propio para su avance y haciendo en fin convenientes resoluciones para el tiempo de la tentación".

Tomar resoluciones. "He aquí una de las más importantes partes, la más importante quizá, de la oración. A ella cabe particularmente dirigirse sin detenerse tanto en razonamientos y discursos.

"El fruto principal de la oración consiste en resolverse bien, en fundar bien sus resoluciones, en convencerse bien y prepararse a ejecutarlas y prever los obstáculos a orillar.

"No es eso todo aún; porque nuestras resoluciones no son sino acciones físicas y morales, sus prácticas y efectos dependen absolutamente de Dios.

Por eso debemos rogar a Dios con mucha insistencia una vez tomadas las resoluciones en la oración para que quiera El comunicarnos las gracias necesarias a fin de que fructifiquen nuestras resoluciones". (*San Vicente de Paúl*).

2.° *Las pruebas de la Oración*

Acá, nada conseguimos sin pena; la tierra maldita es fértil en malas hierbas; erízase de espinas, amenazadoras y desgarradoras. "Tú comerás el pan con el sudor de tu frente". Igualmente para el espíritu huma-

no; todas sus producciones le cuestan; todo lo que es deseable es laborioso.

El hombre no vive solamente del pan, la palabra divina es el alimento de su alma. Esta nutrición espiritual, esta asimilación progresiva, obra de la oración, no podría hacerse sino a base de esfuerzo, de trabajo constante y de pruebas a veces penosas.

Estas pruebas son de diferentes maneras:

La primera prueba: Las distracciones habituales.

¿Quién no se lamenta amargamente y desconsuela por las numerosas distracciones que le asaltan durante la oración? Ensaya uno recogerse y mil pensamientos extraños caen sobre él. Parece como que atisbaban el momento de la oración para importunarnos.

De ahí aquella respuesta del Novicio a su Maestro que le interrogaba sobre su manera de hacer oración: "Empiezo por meter mi cabeza entre mis manos, cierro los ojos y me esfuerzo en no pensar nada; es decir, ensayo hacer el vacío en mi memoria y en mi imaginación".

Es preciso, pues, armarse de valor para reprimir los desvaríos de la imaginación, "la loca de casa" según expresión de la seráfica Teresa. La virtud de la paciencia nos es más que nunca necesaria.

Fenelón nos da excelentes consejos para sacar provecho de las distracciones y no desazonarnos. "Cuando nos apercibimos en la oración que nuestro espíritu divaga, hay que conducirlo dulcemente, sin desalentarnos jamás de la importunidad de esas distracciones. Mientras sean involuntarias no pueden dañarnos; al contrario nos servirán más que una plegaria acompa-

ñada de fervor sensible. Porque ellas nos humillan, mortifican y acostumbran a buscar a Dios por sí mismo y sin mezcla de placer alguno". Tom. VI, p. 303.

Segunda prueba: *La aridez espiritual.* Proviene de muchas causas. 1.ª *Causa*: *Un conocimiento superficial de las cosas de la espiritualidad.*

Novicio aún en el arte de conversar con Dios, no encuentra uno en su interior materia suficiente para ocupar el timpo de la oración. Fenelón aconseja " a los principiantes el servirse de un libro y abandonarlo cuando se sienten recogidos por la lectura de un pasaje. Prosigue la lectura cuando este pasaje no da más pábulo interior".

Santa Teresa, en el capítulo XVIII de sus Fundaciones, dice expresamente: "He pasado más de catorce años sin poder meditar si no es leyendo."

2.ª *Causa de aridez*: *Defecto de método apropiado.* El método, en filosofía, por ejemplo, es un conjunto de procedimientos racionales empleados en la investigación de la verdad.

En el ejercicio de la meditación vamos también en busca de esta Verdad. Para esta ciencia divina como para toda ciencia humana y para todo arte, debe haber procedimientos racionales, frutos de una larga experiencia, es decir, debe haber un método.

La *Conducta interior* del P. José de Dreux, Capuchino, contiene en apéndice un *Breve Método* de oración mental. Es el método que combina en una acción armónica las tres potencias del alma: memoria, entendimiento y voluntad. La memoria trae a la vista de nuestra inteligencia la consideración o el misterio

asunto de nuestra oración. El entendimiento busca los motivos que pueden actuar más poderosamente sobre nuestra voluntad para estimularla y enardecerla. La voluntad una vez estimulada y enardecida produce los efectos y resoluciones con relación al asunto meditado. Este Método está probado y se ha hecho clásico. Estudiémoslo, sirvámonos de él y no nos dejemos espantar por ciertas dificultades inherentes a todo comienzo.

"Los que se acostumbran a un método *exacto,* dice Fenelón, que no se aparten de él; los que no pueden sujetarse a él, deben respetar lo que es tan útil a los otros y que tantas personas piadosas y experimentadas han recomendado."

"Pero, concluye el mismo autor, como todos los métodos son hechos para ayudar y no para obstaculizar, cuando no ayudan y estorban hay que abandonarlos."

"El método de oración dependerá de la experiencia que uno tiene sobre ello. *El Espíritu sopla donde quiere; donde está allí está la libertad.*" II Cor. III, 17.

Esta libertad evangélica parece bien ser la herencia de los hijos de Francisco de Asís.

La mejor oración, dice Bossuet, es aquella en la que uno se abandona más a los sentimientos y disposiciones que Dios inspira en el alma, y en la que se estudia con más simplicidad, humildad y fidelidad a conformarse a su voluntad y a los ejemplos de Jesucristo.

3.ª *Causa de aridez: La fatiga física.*

David de Augsburg nos lo hace observar: la desazón, el disgusto, la sequedad experimentadas a veces en la oración pueden provenir de una gran fatiga. La

meditación exige una atención sostenida, esfuerzos perseverantes. Los que tienen las fuerzas limitadas, los que se entregan a trabajos intelectuales absorbentes, deben contar con esta suerte de impotencia y de aridez en la oración.

Que recurran a la oración vocal y enderecen a Dios breves pero frecuentes aspiraciones. La costumbre de jaculatorias entretienen el alma en una íntima familiaridad con Dios, y la salud no puede resentirse (1).

Durante tres largas horas de agonía, Jesús prosternado, la faz contra el suelo, repite la misma plegaria, corta, sí, pero ferviente y eficaz: Padre, hágase no la mía voluntad sino la vuestra. *Non mea voluntas, sed tua fiat!*

Tercera prueba: Abandono de consolaciones sensibles.

A veces las arideces y sequedades tienen como única causa la adorable voluntad de Dios que prueba la nuestra.

De ordinario por la desaparición de la devoción sensible comienza la prueba del alma ganosa de oración.

Este sufrimiento abre la puerta a todas las demás tentaciones. "Es fácil no echar de menos las consolaciones humanas cuando abundan las divinas. Pero, es dar muestra de gran valor resignarse a estar privado a la vez de unas y otras, y sobrellevar pacientemente por Amor de Dios el destierro del corazón: *exilium cordis*". *Imit. de Cristo,* lib. II, c. 3.

(1) *Unde tale saepe et breviter sic orent et leviter ut ex frequentia a Dei familiaritate non elongentur, et ex brevitate et levitate non destruantur.* Proc. VII.

Semejante estado de aislamiento, de desolación interior, llámase *Noche* en los autores místicos, y esta expresión le conviene a la maravilla. Nada se asemeja tanto a un día radiante como el tiempo de las consolaciones divinas; la luz esplende, el camino está iluminado, el corazón alegremente dilatado emprende el vuelo para posarse en la cima de la perfección: "*Viam mandatorum tuorum cucurri cum dilatasti cor meum*".

Viénese la noche encima; entonces la luz declina y muere; espesas tinieblas rodean el alma; todo la espanta, la fatiga, la descorazona, la disgusta; es la agonía de Gethsemaní, preludio de sufrimientos más agudos.

Perseveremos, a lo menos, en la oración, no cedamos jamás bajo pretexto alguno a la tentación de abandonar ese santo ejercicio; sería ello caer en el reproche de Jesús a los Apóstoles, rendidos de cansancio y sueño en el huerto de Gethsemaní. "Así, pues, no habéis podido perseverar una hora conmigo en oración? Velad y orad".

A esta constancia heroica en la oración deben los grandes santos su corona. Ellos son bellos y radiantes en la gloria celeste; pero ¡cuánto más admirables y, sobre todo, imitables durante su mortal carrera! ¡Cuántos años la seráfica Teresa luchó aquí bajo antes de tomar raudo vuelo hacia las cumbres de la Contemplación!

¡Seamos, pues, siempre fieles a la oración, tanto en las delicias como en las sequedades, tanto durante el día de las consolaciones como en las noches de la desolación, tanto en la salud como durante la enfermedad, en vida y en muerte, siempre!

III. — La Contemplación ordinaria

Llámasela *ordinaria* porque no excede las leyes ordinarias y providenciales de nuestro avance espiritual; y también para distinguirla de la contemplación infusa y pasiva que Dios concede con menos frecuencia.

La contemplación ordinaria es aún llamada *adquirida,* no en el sentido que uno pueda adquirirla por los solos esfuerzos personales o merecerla *de condigno;* sino por oposición a contemplación estrictamente infusa. En el ejercicio de la contemplación adquirida, se hace una como mezcla de gracia divina y actividad humana; en la contemplación infusa la gracia subyuga el alma y la reduce a una deliciosa y fecunda pasividad.

La contemplación, dice San Francisco de Sales. "no es otra cosa que una *amorosa, sencilla* y *permanente* atención a las cosas divinas".

Las cosas divinas, son siempre el objeto común de la meditación y de la contemplación, pero el alma actúa de muy diversa manera.

1. *Atención amorosa.*—"En la meditación consideramos, dice el Santo Doctor, la Bondad de Dios, a fin de excitar nuestra voluntad a amarle; pero una vez formado el amor, consideramos esta misma Bondad para ocupar nuestro amor que no puede saciarse de ver continuamente lo que ama.

"En suma, la meditación es madre del amor pero la contemplación es su hija. Por eso he dicho que la contemplación era una atención amorosa". En la meditación esta atención es *estudiosa,* en busca de motivos de amar a Dios y ella es la meditación del espíritu. A la contemplación cuadra el pasaje del Salmista (Ps. XVIII,

15): *Meditatio cordis mei in conspectu tuo semper.* La meditación, los sentimientos de mi corazón son siempre ante Vos.

"En el acto de la contemplación hay un *mutuo* movimiento de amor a la vista y de la vista al amor; tal como el amor hace más bella la belleza de la cosa amada, así la vista de ésta hace el amor más amoroso y deleitable.

"La Voluntad, ciertamente, no atisba el bien sino mediante el entendimiento, pero una vez apercibido ella no necesita para nada del entendimiento para practicar el amor; de suerte que el conocimiento del bien hace nacer el amor pero no la medida.

"Sucede a menudo que el conocimiento, producido el amor sagrado, déjase sobrepujar y adelantársele muy a lo lejos por el amor. De suerte que en esta vida mortal podemos nosotros poseer más amor que conocimiento de Dios.

"El gran Santo Tomás asegura que a veces los más sencillos y las mujeres abundan en devoción y son, de ordinario, más capaces del Amor divino que los nobles y los sabios.

"El bienaventurado Fr. Gil, uno de los compañeros de San Francisco, dijo cierto día a San Buenaventura: Oh! como sois dichosos vosotros los doctos, pues que sabéis muchas cosas por las cuales alabáis a Dios! ¡Qué haremos, pues, nosotros los ignorantes? Y San Buenaventura respondió: La gracia de poder amar a Dios basta.—Pero, Padre mío, replicó Fray Gil, ¿un ignorante puede amar a Dios tanto como un letrado? Sí, puede, dijo San Buenaventura; y aun os digo que una pobre y simple mujer puede amar tanto a Dios como un doctor en Teología. Y entrando en fervor, ex-

clamó Fr. Gil: Oh pobre y simple mujer, ama a tu Salvador y podrás ser tanto como Fr. Buenaventura. Y quedóse tres horas en dulce arrobamiento.

"La ciencia no es de sí propia contraria a la devoción, antes le és muy útil; si se hallan juntas se ayudan admirablemente aunque sucede muy a menudo que por *nuestra miseria* la ciencia impide el nacimiento de la devoción y es cuando hincha y ensoberbece. El orgullo que es contrario a toda virtud, es a la vez *ruina total* de la devoción."

2. *Atención simple.*—"La meditación considera al por menudo y pieza por pieza los objetos aptos a causarnos emoción. Es el análisis.

"Mas la contemplación da una simple ojeada y conjunta sobre el objeto que ama—es como la síntesis—y la consideración así unida, causa un movimiento más vivo y fuerte.

"Es preciso, dice Bossuet, acostumbrarse a nutrir su alma con una amorosa y sencilla mirada en Dios y en Jesucristo y para eso es necesario separarla dulcemente del raciocinio, del discurso y de la multitud de afecciones a fin de tenerla en simplicidad, respeto y atención, y acercarla más y más a Dios, su *único* soberano Bien, su primer Principio y último Fin.

"¡Oh!, exclama San Francisco de Sales, cuán felices son los que, después de haber discurrido sobre los innumerables motivos de amar a Dios, reducen todas sus miradas en un solo punto y todos sus pensamientos en una sola conclusión, deteniendo su espíritu sobre la *Unidad* de la contemplación.

"A ejemplo del gran San Francisco que, hincado de rodillas en oración, pasa todas las noches en esas

palabras: "Oh Dios, Vos sois mi Dios y mi todo"; repitiéndolas continuamente, en decir del bienaventurado Fr. Bernardo de Quintaval, que las oyó con sus propios oídos.

3. *Atención permanente.*—Según el mismo Santo Doctor, "la contemplación tiene esa preeminencia sobre la meditación: que se hace *con placer,* tanto más cuanto presupone que se ha *encontrado a Dios* y su santo amor. En eso difiere de la meditación que se hace diariamente con pena, trabajo y discurso."

El obispo de Meaux usa idéntico lenguaje que el santo obispo de Ginebra: "El alma, dice, abandonando el razonamiento, sírvese de una dulce contemplación que la entretiene, apacible, atenta y susceptible de las operaciones e impresiones divinas que el Espíritu Santo le comunica. Ella hace poco y recibe mucho, su trabajo es dulce y como está cada vez más cercana de la fuente de toda luz, de toda gracia y de toda virtud, se dilata aun más."

Y así como los rayos solares hacen crecer, madurar y fructificar las plantas, así también el alma atenta y tranquilamente expuesta a los rayos del Sol divino de Justicia, recibe mejor las divinas influencias que la enriquecen de toda suerte de virtudes.

Ahí está el progreso de la oración. El hábito produce facilidad y destreza; la oración conviértese en dulce y agradable. "*Non solum faciliter sed et delectabiliter*", dice David de Augsburg. El alma unida a Dios experimenta un placer tal, saborea tales encantos en ese dulce reposo, que se entristece de solo pensar en la conclusión.

"Entonces, dice Fenelón, los sentimientos afectuo-

sos, las miradas penetrantes, los piadosos deseos aumentan; uno se halla asaz instruído y convencido por el espíritu. El corazón gusta, se nutre, se calienta y enardece; basta sólo una palabra para estar ocupado largo tiempo."

"Se encuentra con Dios como con un amigo. De pronto, muchas cosas hay en qué ocuparse; después ese detalle de conversación se agota sin que el placer del comercio pueda disminuir. Entonces se callan, pero en ese silencio ambos se oyen. Sábese que se hallan de acuerdo en todo, que ambos corazones no hacen sino uno solo, que sin cesar se vacían el uno en el otro". Tomo VI, 315.

¡Oh admirable comercio! "*O admirabile commercium*". Todos podemos hacer la experiencia. La repetición de los mismos actos engendra el hábito que es como una segunda naturaleza. "*Quanto frequentius quis orat tanto fit ei oratio delectabilior et efficacior*", observa el mismo David de Augsburgo.

Uno se da cuenta ahora como esta atención *permanente* es característica de la contemplación ordinaria, llamada también adquirida porque con la ayuda de Dios acabamos de fijarla en nosotros bajo estado de hábito.

Así se forja el espíritu de oración y devoción tan recomendado por Nuestro Seráfico Padre, y al que deben servir todas las cosas temporales y *a fortiori* las espirituales: plegarias, lecturas, meditaciones, contemplación, todo tiende a unirnos con Dios, "a poseer el Espíritu del Señor y su santa operación."

Sentado cabe el pozo de Jacob, Nuestro Señor revelaba a la Samaritana la verdadera plegaria, la oración

mental: "*Mi Padre busca adoradores que le adoren en espíritu y en verdad.*"

El coloquio se desarrolla y hace pasar ante nuestros ojos las tres especies de oración mental, sin descontar la misma contemplación infusa.

La Meditación. El pozo es profundo: *puteus altus est,* objeta esa mujer a Jesús que le propone el agua viva, "y no tenéis con qué sacarla." Esta agua, símbolo de la gracia, yacía bajo una capa subterránea en el fondo del pozo; era necesario sacarla con ayuda de una cuerda, una cadena, una noria, como expresa santa Teresa.

La meditación hace ese oficio, ella es algo así como una cadena: pensamientos, consideraciones, reflexiones, resoluciones, tantos anillos que se suceden, se encadenan para traernos el agua de la gracia. Pero, es a fuerza de brazos, con el sudor de la frente que se realiza ese espiritual ejercicio.

La contemplación ordinaria.—Ese pozo, resume la Samaritana, nos ha sido dado por Jacob nuestro padre, él ha bebido de esa agua, sus hijos y sus rebaños. ¡Qué cantidad de agua no se requería para abrevar tantos miles de corderos y de ovejas! ¿Cómo arreglarlo? El Génesis nos dice el secreto: "*In canalibus ubi effundebatur aqua*" (cap. XX, 30). El agua sacada del pozo era echada en depósitos. Descubierta la superficie, ella se llenaba de reflejos del sol y ofrecíase para regocijo de la vista y para calmar los ardores de la sed.

Imagen seductora de la contemplación ordinaria. Por una meditación frecuente, cotidiana, el alma se llena de la idea y del amor de Dios, se halla como penetrada e impregnada de El. De buen grado contempla

con mirada amorosa esta divina presencia que la embiste y su corazón alterado por el amor se sumerge en ese Océano divino.

La Contemplación infusa.—"El agua que daré a beber, dice Jesús, no proviene de un pozo hecho de mano humana y que requiera ser sacada de las profundidades del suelo."

Es una agua viva, emergente: *Fons aquae salientis in vitam aeternam*". El manantial está en el Cielo; descendida de esas cumbres, se reparte y derrama en las almas, las purifica y vivifica; después levantándolas del suelo las conduce hasta el seno de la vida eterna.

Esta agua celeste, ofrecíala el buen Salvador gratuitamente a la pecadora de Samaria; ¿podría ella rehusarla al corazón puro, generoso, que le insta humildemente e instantemente?

"¡Señor, dadnos de esa agua para que no tenga más sed si no de vuestro amor! *Domine, da mihi hanc aquam ut non sitiam!*"

TERCERA PARTE

ESPLENDOR DE LA PERFECCIÓN SERÁFICA POR EL APOSTOLADO

I.—La Porciúncula, centro del Apostolado Franciscano

El crucifijo había dicho a Francisco: "Vé, repara mi casa."

Luego, al punto, Francisco emprende la obra de la reedificación del antiguo santuario de San Damián. Pero en el mandato divino, en su expresión más elevada, vió la restauración de la Iglesia de Cristo.

Hacíase sentir la necesidad de una reforma general: muchos seglares se habían arrogado el derecho de anatematizar los desarreglos del clero y los defectos del Papado; ignoraban que a la reforma de costumbres de los extraños debe preceder la del propio individuo. *Medice, cura te ipsum.*

"Francisco, empero, había comprendido en todo su alcance la nulidad de las reformas generales divorciadas de la reforma del individuo; él, pues, condujo a feliz término la renovación universal de las costumbres, lo cual no habían logrado alcanzar ni las bulas de excomuniones lanzadas por los Papas, ni las invectivas de los seglares..." (1).

(1) Joergensen, Lib. II, 2, pág. 131.

En esta obra de regeneración social no se halla Francisco abandonado a solas sus propias fuerzas; Dios le suministra un auxilio, una Protectora, la Inmaculada Virgen, Madre de Dios y Corredentora del género humano.

No puedo omitir, dice Bossuet, llamar vuestra atención sobre algo, que tal vez no habéis meditado lo suficiente, a saber: que Dios nos dió a Jesucristo por medio de María. Este orden no sufre alteración, *los dones de Dios son inmutables.*

Así es que, en habiendo recibido nosotros por Ella una vez al Príncipe de la gracia, continuamos recibiendo en todas las distintas edades que integran la vida cristiana, las diversas aplicaciones de la misma gracia. La caridad maternal ha ejercido su benéfico influjo en nuestra salud espiritual en el misterio de la Encarnación de tal suerte, que, como es Este el Príncipe universal de la gracia, Ella contribuye asimismo en todas las otras operaciones que no son otra cosa que efectos de aquella gracia.

De María nació el Santo de los Santos, "*quod nascetur ex te Sanctum*" (Luc., I, 35); en su consecuencia, pues, todo lo que es Santo toma nacimiento en María.

La pequeña capilla de la Porciúncula está dedicada a María bajo la advocación de Nuestra Señora de los Angeles; ella fué el principio de vida del Apostolado franciscano y como el trono de la realeza de María Inmaculada para aquellos que militan bajo la sombra de sus banderas.

1.º *Francisco repara la capilla de Nuestra Señora de los Angeles*

Después de la restauración de San Damián, Francisco levantó de sus ruinas dos santuarios más, uno colocado en las cercanías de Asís y consagrado al Príncipe de los Apóstoles, San Pedro; el otro en el valle que se extiende a los pies de la ciudad, y lleva el nombre de Nuestra Señora de los Angeles.

Esta última capilla, obligada a seguir la acción destructora del tiempo, amenazaba venirse al suelo, lo que deploró la piedad del joven Francisco; ¡tan encendido era su amor a la Madre de toda Bondad! (1). Ella, decía, nos ha dado en la persona de Jesucristo un Hermano de muy subido y de muy dulce y fuerte amor; ¡tanto le amaba y profesaba ternura indecible!

Había compuesto en su loor un pequeño oficio que recitaba cotidianamente; tiernísimas eran sus plegarias y abrasado su corazón de amor, incapaz de ser descrito por habla humana (2).

Francisco trajo a Nuestra Señora de los Angeles parte del culto filial de que había hecho voto en la capilla de San Damián; edificóse allí una celdita y fué huésped asiduo (3).

(1) "*Quam cum sanctus Dei cerneret sic destructam, pietate commotus, quia devotione fervebat erga totius bonitatis Matrem...*" (C. 24, 14).

(2) "*Matrem Jesu indecibili complectabatur amore, eo quod Dominum Majestatis, Fratrem nobis effecerit. Peculiares illi persolvebat laudes, fundebat preces, offerebat affectus, quot et qualiter humana promere lingua non posset*". (C. 318, 8).

(3) "*Coepit ibidem assiduus commorari...*" (C. 24, 16). "*Pedem fixit ibidem propter reverentiam Angelorum, amoremque praecipuum Matris Christi*". (Leg., Cap. II, 8).

Asentada su morada a los pies de la Virgen que nos dio al Verbo lleno de gracia y de verdad, vivía allí en continua oración. Obtuvo por los méritos de la Madre de Misericordia dar al mundo su plenitud e ideal perfección la Verdad evangélica (1).

2.º *Su vocación recibe allí forma definitiva*

Tres años habían expirado desde la renuncia de Francisco al mundo y sentía que Dios le llamaba para grandes cosas, pero no atinaba cómo llevarlas a buen suceso.

Un hábito de ermitaño ajustado a la cintura por una correa, el bordón de viaje y un par de sandalias, he aquí todo el ajuar que poseía Francisco en este mundo (2). Sin Embargo, había en ello demasía.

Una mañana que asistía al Santo Sacrificio de la Misa en la Capilla de la Porciúncula, oyó leer al sacerdote el pasaje aquel del Evangelio en que Jesucristo traza el diseño de la vida apostólica.

Francisco, atento a las palabras evangélicas, viva-

(1) "*In Ecclesia igitur Virginis Matris Dei moram faciente servo ipsius Francisco et apud eam quae concepit Verbum plenum gratiae et veritatis, continuis insistente gemitibus, ut fieri dignaretur Advocata ipsius, meritis Matris Misericordiae concepit ipse ac peperit spiritum evangelicae veritatis*". (Leg., Capitulo III).

(2) "*Factum est cum jam dictam ecclesiam reparasset, conversione ejus annus tertius agebatur. Quo in tempore quasi heremiticum ferens habitum, accinctus corrigia, et baculum manu gestiens, calceatis pedibus incedebat*". (C. 24, 17).

mente se emocionó. Acabada la Misa sale al encuentro del celebrante y le ruega encarecidamente le exponga el sentido de las divinas palabras. Este, accediendo gustoso, comentóselas siguiendo el orden del relato.

En habiendo oído Francisco las prescripciones de Jesús a sus discípulos: "no tengáis oro ni plata, ni moneda, ni bolsillo, ni saco, ni provisión, ni bastón, ni sandalias, ni dos túnicas", extremeciéndosele el alma, exclamó inspirado: "he aquí lo que mi corazón busca y desea y anhela". Luego, al punto, animosamente quítase las sandalias, echa el bastón y, contento con una túnica, trueca por una cuerda grosera su correa (1).

Francisco ha encontrado su forma de vida; la Orden de los Menores hase fundado y muy justamente hace remontar su existencia a ese día memorable a través de los siglos.

"Obedece a los designios de Dios, observa nuestro Padre Bernardino de París, que Francisco haya conocido el espíritu de pobreza evangélica y dado a luz a su Orden en lugar dedicado a la Virgen santa... En este lugar, es decir, en el seno de la Pureza virginal tomó su nacimiento la Familia de los pobres. María pasa a ser Madre de los Pobres seráficos; ellos son sus Hijos, su dominio, su propiedad..." (2).

(1) "*Hoc, est inquit, quod volo, hoc est quod quaero, hoc totis medullis cordis facere concupisco. Festinat proinde pater sanctus, superabundans gaudio... solvit protinus calceamenta de pedibus. baculum deponit e manibus, et tunicâ unâ contentus, pro corrigia funiculum immutavit.*" (C. 25, 8).

(2) *Esprit de Saint François d'Assise,* II Partie, Chap. I, § 4.

3.º *Francisco establece su morada en la Porciúncula junto con sus compañeros*

Celano dice a este propósito: "La Orden de los Menores toma su origen en esta capilla de la Porciúncula, y sobre ella, como sobre fundamento inconmovible, elevóse el noble edificio de la Religión Franciscana" (1).

La *Leyenda de los Tres Compañeros* no deja lugar a duda acerca de este hecho capital. Después de relatadas la vocación de Fray Bernardo y del Presbítero Silvestre, añade: "Francisco, no teniendo un lugarejo do habitar con los dos frailes que se le habían asociado, presentóse en compañía de ellos a una iglesia abandonada, por nombre Santa María de la Porciúncula, y levantaron allí una pequeña morada en la que en dulce y muy amable compañía habitaron algún tiempo..." (2).

En comenzando Francisco y sus compañeros a poner por obra su apostólica vocación, la Porciúncula es el punto de arranque y el centro desde el cual partían a evangelizar los habitantes de sus contornos (3).

(1) "*In eo Minorum Ordo principium sumpsit, ibidem multiplici numero velut super stabile fundamentum eorum nobilis structura surrexit*". (C. 183, 12).

(2) "*Vir Dei Franciscus duobus fratribus sociatus, cum non haberet hospitium, ubi cum eis maneret, simul cum ipsis ad quamdam pauperculam ecclesiam derelictam se trastulit, quae S. Maria de Portiuncula dicebatur. Et fecerunt ibi unam domunculam in qua aliquando pariter morarentur*". (T. C., capítulo IX).

(3) "*Cum autem circuissent illam provintiam redierunt ad dictum locum S. Mariae*". (T. C., ibid.)

Detalle de suyo más significativo es el consignado por la *Leyenda de los Tres Compañeros*: "Cuando los frailes hubieron abandonado la leprosería de Rivo-Torto trasladáronse a Santa María de la Porciúncula, en la que por algún tiempo habían morado antes de que se les concediese habitualmente vivir en ella" (1).

Este santuario de Nuestra Señora de los Angeles fue siempre muy apreciado de Francisco. Allí, dice el Seráfico Doctor, comenzó humildemente, prosiguió heroicamente y llevó a feliz término la obra de su perfección. Antes de expirar en los brazos de su Amado, recomienda a la piedad de sus frailes el santuario privilegiado de María (2).

Celano nos conserva el texto de esta recomendación suprema en estas palabras: "¡Oh, hijos míos! no abandonéis jamás ese lugar. Si se os obliga a salir por una puerta entrad por la otra de nuevo; ese lugar es verdaderamente santo, Dios ha establecido en él su morada. Aquí el Altísimo nos ha multiplicado cuando éramos pequeña grey; aquí ha iluminado el espíritu de sus Pobres; aquí ha inflamado nuestros corazones con el fuego de su amor. Y en rogando devotamente en ese lugar, quienquiera que sea, obtendrá lo que pida; quien en él pecare será más rigurosamente castigado.

"Tened, por consiguiente, en grande veneración este

---

(1) "*Reliquerunt tugurium ad usum pauperum leprosorum, transferentes se ad S. M. de Portioncula, juxta quam in unâ domumcula fuerant aliquando commorati, prius quam ipsam ecclesiam obtinerent*". (T. C., cap. XIII, circa finem).

(2) "*Hunc locum vir sanctus amavit prae ceteris mundi locis; hic etenim humiliter coepit, hic virtuose profecit, hic feliciter consummavit, hunc in morte Fratribus tanquam Virgini carissimum commendavit*". (Leg., cap. II, § 8).

Templo de Dios, en él cantad las alabanzas al Altísimo con fervor y júbilo" (C. 111, 3).

Ese legado de su Padre muriente, sus Hijos lo recibieron con piadosa emoción y lo conservaron cuidadosamente a través de los siglos. Al aproximarse a Asís sus miradas dirígense amorosamente hacia el humilde santuario, y le saludaban como cuna de la Orden y principio de vida seráfica. Allí se templan sus energías apostólicas y saborean cuán dulce y suave y encantador es para un Hijo descansar en el regazo y cabe el Corazón de su Madre.

"¡Oh María, qué consuelo es para mi pensar que nuestro Bienaventurado Padre os ha elegido Abogada de su Orden; él nos ha confiado a vuestra solicitud al objeto de que acogidos bajo vuestra protección maternal encontremos dulce calor y muy potente amparo!...

"¡Oh vos, Abogada de los Pobres, continuad visiblemente cumpliendo vuestro cometido como Tutora, durante el tiempo fijado por nuestro Padre, es decir, siempre, siempre!

"Eia Pauperum Advocata, imple in nobis Tutricis officium, usque ad praefinitum tempus a Patre". C. 318.

II. — Rivo - Torto, Noviciado del Apostolado Franciscano

Terminado el estudio de la Porciúncula, convendría conocer cuál sea la importancia que en los orígenes franciscanos ocupa Rivo-Torto.

Celano nos lo presenta por primera vez a tiempo

que Francisco había regresado de Roma en demanda de la aprobación de su Regla (1).

La *Leyenda de los Tres Compañeros* nárranos de su propia cuenta que en esta misma fecha Francisco vivía con sus compañeros; luego después dejaron la antigua leprosería, estableciendo su morada en una casa cerca de la capilla de Santa María de la Porciúncula, la que en otros tiempos habían habitado (2).

De lo relatado por estos dos testimonios y de otros no menos explícitos que pudiéramos alegar, queda sentado como verdadero que la pequeña familia religiosa no tenía residencia fija, ni convento, en el sentido estricto de la palabra. Habitaba ya en la Porciúncula, cerca de la capilla de Nuestra Señora de los Angeles, ya en Rivo-Torto, donde adquirió fácilmente las grutas llamadas "Carceri" (3).

No pretendemos, al pintar el hermoso cuadro de Rivo-Torto, en donde compite lo pintoresco con lo solitario, colocar en él la acción preponderante ejercida por el hijo de Bernardón, joven Maestro de Novicios.

Estudiaremos el ahinco desplegado por Francisco en esta primera formación, el secreto de su influencia en las almas, y los admirables efectos frutos de sus continuados esfuerzos.

---

(1) "*Recolligebat se B. Franciscus cum coeteris juxta civitatem Assisii, in loco qui dicitur Rivus Tortus*". (C. 44, 15).

(2) "*Conversabatur adhuc Pater cum aliis in quodam loco juxta Assisium qui dicitur Rivus-Tortus. Reliquerunt igitur dictum tugurium ad usum pauperum leprosorum, transferentes se ad sanctam Mariam de Portiuncula, juxta quam in una domuncula fuerant aliquando commorati*". (T. C., cap. XIII).

(3) Estas grutas, de reducidas dimensiones, están situadas a una hora de la ciudad de Asís, ábrense en las laderas del Monte Subiaco y se hallan colgadas sobre el abismo.

1.° *Importancia del Noviciado*

Pisaba aún Francisco los umbrales de la juventud e iba ya en pos de la solitud; una cripta labrada en la roca era su celda y oratorio. En pocas y sencillas palabras nos le presenta Celano aspirando a la Perfección Seráfica, y transfigurado en virtud del trabajo interior obrado por la gracia divina.

Aleccionado por la experiencia, Francisco sometía a sus compañeros a esta prueba indispensable a su juicio a los hombres, cuya vocación consiste en la salvación de las almas y en predicar la palabra divina con el ejemplo en preferencia al lenguaje.

Su voluntad estaba bien definida: Yo quisiera que un postulante embebido en la ciencia me hiciera su demanda de admisión en estos términos: Heme aquí; largo tiempo he vivido en el siglo y todavía no poseo un perfecto conocimiento de Dios. Os ruego, pues, que me asignéis un lugar lejos de la vocería mundanal; allí pasaré mis años, recogeré mi vida, desperdigada hasta aquí, y trabajaré en mi reforma y en mi perfección espiritual. ¿Qué de esperanzas prometería un monje que diese así comienzo a la carrera religiosa? Ciertamente abandonaría la soledad a semejanza de un león desatado, presto a pasar por encima de todos los obstáculos. La savia divina del fértil jardín no dejaría de producir en él frutos abundantes. A buen seguro se lanzaría entonces al ministerio de la palabra, la llama seráfica que atormenta su alma brotaría como de su natural horno (1).

(1) "*Profecto leo excatenatas ad omnia robustus exiret, et beatus succus quem hausissset initio, continuis in eo profectibus*

Vere pia doctrina. Doctrina verdaderamente santa, exclama Celano. Aquel que viene del mundo, debe ante todo sujetarse a los humildes ejercicios del noviciado si quiere sinceramente extirpar de su corazón las afecciones humanas, que una estancia prolongada en el siglo ha hecho como que se le incrustasen y arraigasen. "Un postulante animado de tales disposiciones llegaría más que corriendo a la perfección en un lugar que es por excelencia la escuela de la perfección". (C. 315).

Por el contrario, ¡cuántos abandonan el claustro y entran de nuevo en el siglo, no por falta de vocación, antes bien por falta de formación necesaria! Al intentar subirse a la cima de la perfección religiosa no presumieron de sus fuerzas puesto que Dios les llamaba allí; por desgracia no han recibido, durante el tiempo de noviciado, esta formación interior que reviste al recién profeso del carácter propio del religioso consagrado a Dios" (1).

2.º *Francisco, Maestro de Novicios*

Algunos apuntes sobre el magistral tratado *De sex alis Seraphim,* nos ayudarán a agrupar las lecciones, tan variadas como instructivas, de Francisco, improvisado Maestro de Novicios a la edad de treinta años.

Esta obra, salida de la pluma experimentada del

cresceret. Hic tandem vero ministerio Verbi daretur certus, quia illud quo bulliret effunderet". (C. 315, 15).

(1) "*Plerumque enim fieri cernimus, ut nonulli non idcirco claustra turpiter deserant quod in ordinem ausi sint invito Deo se injicere sed potius quod apta in tirocinio institutione caruerit, nec formam induerint, absoluto tirocinio, quae virum Deo sacrum deceat*". Epistola Pii X, ad Gen. Ord. Praed., 4 Aug. 1913.

Doctor Seráfico, ofrece, condensada en pocos capítulos, un excelente tratado de educación religiosa y de gobierno monástico.

El capítulo primero empieza así: *Incipientes indigent Magistro,* los principiantes necesitan un Maestro y ello por muchas razones:

1.º *Ut doceantur quae ignorant,* a fin de aprender lo que ignoran.

Todo es nuevo para los novicios, por lo que sienten la necesidad de un maestro que les dé educación y les enseñe a dar los primeros pasos en el camino de la virtud.

Por privilegio, Francisco no tuvo otro Maestro que Jesucristo; su formación fué de primera mano, porque debía ser digno dechado para las generaciones venideras (1). El divino Redentor enseñóle la ciencia verdadera, adquirida al precio de sufrimientos sobre el modero de la Cruz. *Cum esset Filius Dei, didicit ex iis quae passus est...* (Hebr. V, 8).

El Libro de la Cruz: tal es el primer libro que expone a los ojos de sus discípulos y del cual les explica sus misteriosos secretos.

En aquellos tiempos de heroicas privaciones, los frailes no poseían libros litúrgicos, ni el mismo breviario; contentábanse con rezar el Oficio de los *Pater Noster,* y, sobre todo, se daban a la oración mental.

A la entrada de la mansión se levantaba una Cruz de madera que hacía las veces de libro, de breviario, de oratorio y de altar.

(1) *"Servus altissimi doctorem non habebat aliquem in hujusmodi nisi Christum"*. (Leg., cap. II, § I).

Prosternados al pie de la Señal redentora, repetían a porfía los discípulos la bella plegaria compuesta por su Padre: *Adoramus te...* "Os adoramos, Señor, en todas las Iglesias que hay en todo el mundo y os bendecimos porque por vuestra santa Cruz redimiste el mundo" (C. 47, 4).

Día y noche sus miradas contemplaban el Libro sagrado, que Francisco les mostraba con su ejemplo y sus discursos ardientes; no cesaba de predicarles la Cruz, era el tema habitual de sus pláticas (1).

La piadosa invocación de Cristo Redentor posábase sobre sus labios cada vez que a lo lejos aparecía el campanario de una iglesia. Inclinábanse profundamente hacia la casa de Dios, y en esta humilde postura, símbolo de la adoración interior de su alma, adoraban al Todopoderoso atado al leño de la Cruz (2).

La devoción les impelía a venerar esa señal sagrada donde la encontraran, sobre montañas, sobre muros, sobre árboles o en la encrucijada de los caminos (3).

La letra *Thau*, que tiene la forma de una Cruz T, servía de firma a Francisco, poníala debajo de sus car-

(1) "*Librum Crucis Christi continuatis aspectibus diebus ac noctibus revolvebant, exemplo Patris et eloquio eruditi, qui jugiter faciebat eis de Christi cruce sermonem*". (Leg., cap. IV, § 3).

(2) "*Inclinabant se versus eam—ecclesiam—proni in terram, et inclinato utroque homine, adorabant Omnipotentem dicentes: Adoramus te, Christe, et ad omnes ecclesias tuas, sicut eos docuerat sanctus Pater*". (C. 47, 26).

(3) "*Et quod non est minus admirandum, ubicumque Crucem, vel Crucis signum intuebantur, sive in terra sive in pariete, sive in arboribus, sive in sepibus viarum, faciebant hoc idem*". (C. 48, 3).

tas y demás escritos, y la hacía grabar sobre los tabiques de las celdas (1).

El libro de la Naturaleza.—Cuando niño, había contemplado las bellezas del valle umbro; en Rivo-Torto los atractivos de la naturaleza daban realce al Libro de la Cruz. La estancia es tan reducida que es preciso inscribir sobre la viga transversal los nombres de los frailes, a fin de que cada cual pudiese encontrar su lugar. Si el cuerpo vive allí en la estrechez, el alma se dilata allí a su placer. Por fuera, la Cruz rústica se perfila sobre el azul del cielo, envuelto en una atmósfera tibia y en bonanza. El sol la tiñe con la cabellera de sus fuegos purpúreos, y, la noche llegada, la contemplan todavía los ojos en medio de las estrellas, que le forman una diadema rutilante.

El alma se siente recogida en esta soledad que ningún susurro turba y que solamente los pájaros llenan con sus gorgeos, que el murmullo del vecino riachuelo acompaña.

Francisco, el amante apasionado de la naturaleza, en una conversación familiar eleva el corazón de sus hijos hacia el Dios tres veces Santo que despliega tantas magnificencias en la obra de la creación (2). Entona luego algunas estrofas de su *Canto de las Criaturas;* después, todos, en el silencio de la noche, cantan con

(1) "*Familiare sibi signum Thau, prae coeteris signis, quo solo et missivas cartulas consignabat, et cellarum parietes ubilibet depingebat*". (C. 343, 32).

(2) "*Docuit insuper eos Deum laudare in omnibus et ex omnibus creaturis*". (Leg. cap. IV, § 3).

voz suplicante y con la harmonía toda de un cántico espiritual, el *Pater Noster* (1).

El libro de las Conciencias.—Las enseñanzas del Maestro tenían tanto poder a causa de que escrutaba hasta lo más recóndito y percibía los pensamientos más ocultos. Sus discípulos sabíanlo por experiencia; hechos numerosos lo atestiguaban; su buen Padre penetraba los secretos de sus almas (2).

Un día que predicaba Francisco, los novicios continuaban sus piadosos ejercicios en Rivo-Torto. En habiendo llegado la noche, algunos se dieron al descanso, otros a la oración. De súbito, al filo de la media noche, aparece un carro envuelto de luz penetrando dos o tres veces en lo interior de la modesta vivienda; en el centro de este carro destácase un globo de fuego cuyos potentes rayos ahuyentan las tinieblas.

Los religiosos a los que el sueño no había cerrado aún los párpados, quedaron poseídos de estupor, y los que, tranquilos, se habían dado al descanso, despertaron sobresaltados. Sumidos todos de tal suerte están en la claridad maravillosa, que sus conciencias quedan al descubierto.

La significación de este prodigio es luego dado a conocer a sus inteligencias: el globo simboliza el alma del bienaventurado Padre; su resplandor celeste, la pureza de su vida; la virtud penetrante de esa luz, su solicitud paternal, a cuyo alcance están los secretos todos de sus

(1) "*Pater Noster in melodia spiritus voce supplici decantarent, nocte quadam...*". (C. 49, 23).

(2) "*Manifestis indiciis saepius hoc probarant et experti fuerant occulta cordis eorum Patrem sanctissimum non latere*". C. 50, 18.

frailes y los protege. "¡Cuántas veces, exclama Celano, el Espíritu Santo le revela la conducta de sus frailes ausentes! ¡Cuántos de sus hijos reciben en sueños sus amonestaciones paternales!" (1).

Con los ojos de su espíritu seguíales Francisco a través del mundo, y vueltos a su convento les revelaba en detalle su conducta y su conversación. Así lo echaron de ver dos frailes (C. 199).

He aquí otro hecho no menos concluyente: Un gentil mancebo de Luca viene a visitar al Santo, y prosternado a sus plantas, le demanda con lágrimas en los ojos que le admita entre sus hijos espirituales. Francisco le acoge y le habla con desusada dureza. "Tus lágrimas, le dice, mienten; tu corazón no pertenece a Dios. ¿Para qué engañar al Espíritu Santo y a mí, su indigno servidor? Véte, tu vocación no es sobrenatural".

Lo acaecido demostró a las claras que el Santo Fundador no se había equivocado, pues los padres de nuestro gentil mancebo vinieron a visitarle y tan luego como le rogaron les siguiese, consintió en ello (C. 200).

Otro hecho no menos característico: Un fraile pasaba sus días en la oración y observaba el silencio hasta tal extremo, que se confesaba por medio de signos... Francisco, hallándose en el convento donde habitaba ese fraile, quiso verle y hablarle. A las unánimes alabanzas que en pro del mencionado religioso habían llegado a sus oídos, contestó diciendo: "Quitaos allá, no encomiéis lo que es una ilusión y lazo del demonio,

(1) *"O quoties, nullo docente homine, sed Spiritu Sancto revelante, absentium fratrum cognovit, occulta cordium aperuit et conscientiam exploravit"*. C. 50, 20.

pues es indicio infalible de tal la obstinación en no confesarse al igual que todo el mundo". Pareció dura en demasía semejante respuesta, en particular al vicario del convento. Este mandó, siguiendo la orden de Francisco, que se confesara el fraile verbalmente. Por toda respuesta, llevó el dedo a los labios e inclinó la cabeza... Pocos días después, el pretendido santo abandonaba muy de su agrado la vida religiosa, entraba de nuevo en el siglo y, según expresión de las Sagradas Letras, tornó a su vómito. Este triste suceso justificó la previsión de Francisco y confirmó a los suyos en su fe en la sobrenatural clarividencia de su santo Director (C. 190).

2.° *Ut exerceantur in operibus virtutis*: segunda razón por qué los Novicios tienen necesidad de un Maestro.

En efecto, como dice San Buenaventura, no basta conocer el bien, es menester saber ponerlo en práctica; en toda ciencia el ejercicio da destreza tal, cual no puede dar la teoría pura.

De ordinario, los novicios son inexpertos y a menudo indolentes en lo que toca a la adquisición de las virtudes; es, pues, palpable la necesidad de un Superior que les impela e impulse al bien. Y aquí de la preocupación continua del Padre Maestro.

Merced a esa repetición de actos inteligentemente coordinados, la humildad, la caridad, la mortificación, la piedad, la paciencia, la castidad, el silencio, la obediencia y todas las demás virtudes, hallan favorable acogida en el alma, arraigan en ella constituyendo santas costumbres. Por el contrario, las costumbres dañosas pierden en intensidad y acaban por desaparecer.

Quanto magis virtus proficit, tanto plus vitium oppositum debilitatur.

Sostenemos, de acuerdo con Scupoli (cap. XXXIV), que la adquisición de las virtudes y la extirpación de vicios se deben alcanzar progresivamente. "El vicio y la virtud tienen sus grados". *Nemo repente fit summus.* Urge, en primer término, atacar la pasión dominante y adquirir la virtud contraria; después combatir los otros defectos y, en correlación a las ocasiones y circunstancias, practicar los actos de virtud que les son opuestos. Plenamente dada al ejercicio de una virtud, el alma se fortalece y queda más adiestrada y apta para adquirir las demás virtudes que le son necesarias. La memoria está, así, fielmente asentada sobre sí misma; la inteligencia, iluminada por la gracia, descubre nuevos medios y motivos poderosos para adquirir esta virtud; la voluntad, en suma, por medio de actos reiterados, actúa más eficazmente, más ardorosamente. Además, todas las virtudes son de idéntica estirpe y se dan las manos; ellas son hijas de Dios, Padre de las luces, fuente de todo don perfecto.

Convencido de todo esto, Francisco dábase de lleno al ejercicio de la virtud y, consciente de su misión como Jefe del ejército de Cristo, cifraba sus aspiraciones en obtener los laureles de la victoria y llegar a la cima de la perfección (1).

Al igual que su divino Modelo, se creía obligado a poner mano a su propia santificación, a sacrificarse, a inmolarse al objeto de que los suyos fuesen santificados

(1) "*Animabatur et ipse tanquam bonus dux exercitus Christi ad palmam victoriae per culmen invictae pervenire virtutis.*" (Leg. Cap. V, § 1).

en verdad. Ahí está la clave de sus mortificaciones. Cuantas veces se le reprendía la dureza de su vida, contestaba: "No intentéis que modere, pues debo dar ejemplo a toda la Orden". A semejanza del águila, incitaba él a los suyos, aun débiles, a elevarse, a ganar la cumbre de la perfección (1). Su cuerpo, al que familiarmente llamaba el hermano Asno, era muy sumiso, era un buen compañero, como solía decir, y eso que lleva recibidos una buena mano de malos tratos. Si, pues, le conducía al sufrimiento, al trabajo, al sacrificio con intrepidez y generosidad tal, era con el fin de estimular a sus discípulos. En efecto, ningún acicate es tan poderoso para el bien como el ejemplo (2).

3.º *Incipientes indigent Magistro ut custodiantur.*— Les es necesario a los Novicios un Guardián diligente.

Custodio, Guardián, tal es la palabra empleada por Francisco para designar los frailes a los cuales les está encomendada la Dirección, el Gobierno de la Orden; deben éstos usar para con sus subordinados de la solicitud del buen Pastor hacia sus ovejas. "Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas": tal fue la fórmula de investidura con la cual el Príncipe de los Pastores confió a San Pedro la jurisdicción espiritual sobre toda la Iglesia.

Esta ternura compasiva de Francisco era el medio ambiente favorable que rodeaba al pequeño rebaño

(1) "*Quoties asperitas vitae reprehenderetur in ipso, respondebat se datum ordini in exemplum, ut aquila provocaret ad volandum pullos suos*". (C. 299, 14).

(2) "*Plus ad manum quam ad linguam respicitur Praelatorum*". (C. 299, 30).

reunido en el humilde aprisco de Rivo-Torto. Su vigilancia paternal era solícita en extremo acerca de dos puntos señalados con particular interés por San Buenaventura, su dignísimo sucesor en la dirección general de la Orden.

Ne in peccatum labantur.—Precaver de todo pecado a los novicios, apartando las ocasiones peligrosas; son, pues, todavía muy quebradizos y por demás hostigados, por las inclinaciones y no bien reprimidas costumbres.

En los comienzos de las vocaciones, las almas son muy fuertemente removidas; pasan sin intermedio alguno del fervor al abatimiento, de las luces a las tinieblas, de resoluciones muchas veces heroicas a grandes perplejidades.

En estas críticas circunstancias Francisco era el sostén de sus frailes; tomándolos aparte en conversación seráfica, hacía desaparecer sus inquietudes, tornando a reinar la paz en sus corazones (1).

¿No le habían depositado su confianza al colocarse bajo su dirección? Deudor para con ellos se sentía. "¿Cuál será mi gloria, decía, si después de haber dejado el mundo, pierden aún el cielo?" He aquí el motivo de su trabajo continuado y de su actitud como de alumbramiento hasta haberlos plenamente formado en Jesucristo (2).

---

(1) "*Vix alicui fratrum tanta posset mentis inesse turbatio, quod ad ejus ignitum eloquium non discederet omne nubilum rediretque serenum*". (C. 49, 11).

(2) "*Gregi pusillo, quem post se traxerat, pleno timoris amore compatitur, ne post perditum mundum perdere contingat et coelum...*" (C. 300, 7).

Los débiles y dudosos, los cuales, pasado el tiempo del fervor, se batían en retirada ante las dificultades, eran objeto especial de su paternal solicitud. Prodigábales nuevo valor y encendía sus voluntades al contacto de su fervor. "Acudir presuroso antes de tener lugar las faltas y caídas es lo propio del Superior, cuyo cometido es la vigilancia paternal y no la actitud tiránica" (1).

No era tardío en levantar su decaimiento y hostigarles en el camino del sacrificio. ¡Qué dulce consuelo cuando sus exhortaciones habían satisfactoriamente surtido sus efectos y sus hijos adelantaban con paso firme en el camino de la virtud! ¿Podrá imaginarse paternidad más verdadera?

Ne minus discrete in virtutum operibus exerceantur. —Precaver a los novicios de su indiscreción cuando son llevados de un fervor intempestivo.

La vigilancia de Francisco era todavía más tierna y solícita cuando, arrastrados los novicios por su celo, trasponían los límites, lastimándose, por decirlo así, en el servicio del Señor. Era consumado Maestro en este Arte supremo del gobierno y conducción de las almas. *Ars artium, regimen Animarum.* (San Gregorio).

A algunos es necesario despertarlos de su pereza haciéndoles producir trabajo; a otros, por el contrario, un freno poderoso, una mano vigorosa y enérgica que les contenga a los novicios arrastrados a funestas pendientes, preservándolos así de caídas desastrosas y de ruínas irreparables.

(1) *"Delinquendi materiam praevenire, nec sinere labi eum, qui difficulter erigeretur elisus, Praelati, qui pater est non tyrannus, proprium esse dicebat".* (C. 301, 19).

Moderatores, moderadores, tal es la palabra empleada por las Sagradas Escrituras y Constituciones Apostólicas para designar a los Superiores de las Ordenes religiosas.

Repetidas veces tuvo, Francisco, ocasión de ostentar esta prudencia suma, guía de todas las virtudes: *Auriga virtutum.*

La *prima Schola* de Rivo-Torto, llamada así por el historiador, repleta de fervor, abusava de las mortificaciones corporales. Círculos de hierro, corazas, disciplinas, cilicios, vigilias nocturnas y abstinencias prolongadas eran su entretenimiento. Si no les corrigiera la solicitud de su tierno Pastor, hubieran perecido víctimas de sus rigores (1).

En la mitad de la noche fueron despertados los frailes por estas lastimeras voces: "Yo perezco de hambre; ¡perezco de hambre!": *Morior, fratres, morior ecce fame!* Francisco, el buen Pastor, levántase luego, apresurándose para traer el alimento necesario a su oveja que desfallece; manda se le dé lo que haya en el refectorio; algunas sobras de la vigilia y el agua fueron la comida existente en toda la casa. Temeroso de que el hambriento rehusase tomar solo la comida, se sentó a su lado, comiendo primero él e invitando a acompañarle todos los frailes presentes.

Terminada la comida, el sabio Director les exhorta a la virtud de la discreción. Les pide más moderación en los sacrificios voluntarios que se hacen a Dios y que

(1) "*Sic etiam et tota illa prima Schola sua omnibus se subdebat incomodis Nam cum circulis ferreis et loricis se cingerent et vestirent, vigiliis multis et jejuniis macerati continuis, multoties defecissent, nisi pii pastoris monitione assidua rigorem tantae abstinentiae relaxasset*". (C. 185, 7).

se limiten al exacto cumplimiento de las observancias religiosas.

Negar a nuestro cuerpo el alimento necesario es tan digno de vituperio como ceder a sus apetitos desordenados. Y añadió: "Yo he comido con este pobre hambriento para no ofender a la caridad fraternal. Sea ello estímulo para que practiquéis esta virtud edificante y nunca nociva a la sobriedad (1).

En diversas circunstancias moderó los rigores de la austeridad, excesivos especialmente en este período del fervor. El autor de *Fioretti* (Cap. XVIII) nos cita un hecho relativo al Capítulo de las esteras. Muchos frailes dados a excesivas penitencias cayeron enfermos, incapacitándose para el cumplimiento de la observancia regular; ¡algunos habían perecido!

Bajo precepto de santa obediencia, Francisco les ordenó se quitasen todos los instrumentos de penitencia. Cilicios, corazas, cadenas y brazaletes de hierro fueron luego recogidos en número de más de quinientos. En vista de este como *Auto de fe,* el santo General alaba a sus valientes soldados, y les exhorta a que moderen su arrojo en la encarnizada guerra que contra su carne mantienen. Perdonad vuestro cuerpo, pues de lo contrario le sumiréis en la tristeza. Quitadle todo pretexto legítimo de murmuración para que acepte gustoso la observancia y se dé dignamente a la Santa Oración. De no ser así, con razón podrá decirnos: "Yo desfallezco; estos ejercicios son demasiado penosos, están sobre mis fuerzas. Si después de haber accedido a sus

(1) "*Sit nobis charitas in exemplum, non cibus, quia illae gulae, haec servit spiritui*". (C. 185, 20).

razonables exigencias arremete todavía contra vosotros, bueno será el recordarle que con la espuela se estimula el caballo perezoso y la terquedad del asno" (1).

Omnia tempus habent, dice Celano. Cada cosa a su tiempo. Todo estriba en saber mezclar el vino de la justicia con el óleo de la misericordia, la vara que castiga con el báculo que sostiene; el celo de la observancia con la misericordia para los delincuentes (2).

Cual Pastor diligente sabía, Francisco, corregir a los que faltaban a sus obligaciones, y castigar a los rebeldes. La *corrección,* he aquí la cuarta razón por la cual los novicios necesitan el Maestro.

4.° *Incipientes indigent Magistro ut corripiantur:* El temor de Dios es el principio de la Sabiduría. Este temor sobrenatural debe ir acompañado del temor del Padre Maestro y reforzado por sanciones penales.

En el actual estado en que se halla nuestra naturaleza caída, pero reparada, es violento a la misma el practicar la virtud, de cuyas dificultades no se ven libres los novicios. "Frecuentemente, dice San Buenaventura, la vigilancia del Padre Maestro que observa sus pasos les es más poderoso acicate para el cumplimiento de su deber y les libra de lastimosas recaídas que el pensamiento de Dios. *Saepe magis timore hu-*

(1) "*Quod si postquam sufficientem vorasset annonam talis mussitaret, scito pigrum jumentum indigere calcaribus, et inertem asellum stimulum expectare*". (C. 268, 16).

(2) "*Sed oleum et vinum, virga et baculus zelus et pietas, unctio et ustio, carcer et gremium, omnia tempus habent. Universa haec Deus ultionem et Pater misericordiarum requirit, misericordiam tamen plus quam sacrificium volens*". (C. 302, 2).

mano quam divino, a voragine peccati detinentur. (*De sex Alis*... Cap. I).

La corrección tiene por fin atajar el progreso del mal, que por su naturaleza, tiende a tomar proporciones colosales; si no se le ataja, es difícil de curar en lo sucesivo: *Quia peccatum semper trahit ad deterius*... La demasiada indulgencia es reprobable; no place a Dios cual aconteció con el castigo de Helí, según nos refiere la Sagrada Escritura; castigo terrible que alcanzó a todo el pueblo escogido.

San Buenaventura nos revela el motivo por el cual muchas Ordenes, en otros tiempos muy florecientes, han perecido. Está, dice, en el número más o menos crecido de los religiosos tibios o relajados; en todas las comunidades se encuentran, aun en las más fervorosas. Solamente en éstas, los Superiores son diligentes en la observancia de la disciplina regular y castigan toda falta contra la Regla y las Constituciones. Las infracciones son acompañadas del castigo, y si los delicuentes no se muestran sumisos a las correcciones, a los avisos, probada su incorregibilidad, se procede a su expulsión de la Orden; son separados del cuerpo de la Religión como miembros indignos y perjudiciales a la Comunidad.

Por el contrario, los Religiosos fervorosos, ejemplares, son objeto del aprecio de sus hermanos; los Superiores les alientan y animan en el camino de la Perfección Seráfica (1).

Tal fué la conducta de Francisco en Rivo-Torto, donde imperaba el fervor. Su vigilancia versaba sobre sus propios actos y sobre las almas a su solicitud en-

(1) *De sex alis Seraphim.*, cap. III.

comendadas; cualquiera imperfección o negligencia era luego reprimida (1).

El Padre Maestro, con plena conciencia de su misión, observaba su conducta en los menores detalles; corregía luego cualquiera cosa menos digna (2).

Francisco aparece a nuestros ojos como un Santo totalmente aplicado a su tarea difícil y delicada de formar Santos; con la gracia de Dios llevó a feliz término su obra.

3.º *Primeros discípulos formados en la Escuela de San Francisco*

Tres veces a Celano la palabra Escuela se le viene a los puntos de la pluma. ¡Con qué viveza de expresión, con qué colorido describe la vida y virtudes de los noveles compañeros de Francisco, del retiro de Rivo-Torto! Parece como que se contempla un fresco de Fra Angélico, a vista de la límpida armonía de sus claros matices.

Estos primeros discípulos de la Escuela Franciscana constituyen por sí el documento más preciado, la demostración fehaciente de la secreta acción de

(1) *"Sanctus Franciscus quotidianam imo continuam, sui et suorum inquisitionem diligentissime faciebat, et nil in eis residere patiens lubricum, ab ipsorum cordibus omnem negligentiam abigebat"*. (C. 45, 3).

(2) *"Caute et diligenti examinatione omnium acta perquirens, felici semper curiositate in subditis ferebatur, nihil impune relinquens si quid minus recti deprehenderet perpetratum"*. (C. 53, 12).

Francisco en el alma de sus hijos espirituales. Padre muy amado y con respeto y docilidad escuchado, formábales en la práctica de las virtudes religiosas mediante su palabra, pero singularmente por medio de sus obras y ejemplos (1).

La llama interior hizo presa en ellos y por ella el Espíritu Seráfico arraigó en toda su pureza y vivacidad en el corazón de sus hijos. Buen ejemplo de ello es esta primera progenie, toda esta primitiva escuela del bienaventurado Padre (2).

Por su parte, los discípulos correspondían plenamente a la sabia y firme a la par que atractiva y ferviente dirección de su Padre y Maestro.

1.° *¡Con qué humilde docilidad* recibían sus enseñanzas! Esta disposición de alma es imprescindible, según decir de San Buenaventura, a los principiantes, a los novicios, deseosos de sacar provecho de las lecciones de su Maestro (3).

Deben, ante todo, mostrar una perfecta sumisión de espíritu y dar fe, por medio de las obras, de una obediencia ciega y pronta (4).

He aquí lo que hacían los frailes de Rivo-Torto. Su obediencia, afianzada por el amor, arrastrábales tan

(1) "*Haec sunt documenta pii Patris, quibus non verbo tantum et lingua, sed opere et veritate maxime novos filios informarat*". (C. 44, 10).

(2) "*Sic enim totam illam primam beati Francisci Scholam puritatis spiritus possidebat*". (C. 32, 17).

(3) "*Necesse est ergo incipientes magistro humiliter esse subditos...*" (*De rex Alis Seraph.*, cap. I, *circa finem*).

(4) Cfr. *Ep. SS. Pii P. X ad Gen. Ord. Praed.*, die IV aug., ann. 1913.

lejos, que cumplían al detalle y con toda justeza las órdenes recibidas, hasta tal punto que estaban ojo alerta para adivinar en la más fugaz expresión de su rostro los deseos todos del santo Padre. (C. 47, 10). Estaban todos de tal suerte firmes en la humildad y la caridad, habían tomado tal raigambre en su alma estas virtudes, que todos tenían para con su igual idéntica reverencia que a un padre y señor. Empequeñecíanse tanto, cuanto superiores eran a los demás en cargos y talento (1).

Frailes Menores verdaderos y sumisos... veían como se alzaba sobre la sólida base de la humildad el edificio de la Perfección Seráfica, que contiene y abraza el conjunto de las virtudes todas (2).

2.º *Una noble emulación* les impele, les empuja en pos de su jefe. Celano compara a esos aprovechados seguidores del Serafín de Asís a soldados disciplinadísimos, *obedientissimi milites... quasi proecipites concurrebant,* prontos a la primera señal a ponerse en movimiento ligero hacia su ideal, alentándose mútuamente en su carrera. (C. 41, 20).

Alistados, según voluntad libérrima propia, bajo la enseña de la muy alta pobreza, ningún dique es capaz de poner freno a su arrojo; ni enojosos bagajes, ni afecciones humanas: nada tenían para perder, todo para ganar. Una túnica remendada por dentro y por fuera y una cuerda: he aquí todo su ajuar, todo su haber. Sin

(1) Cfr. *Tr. Comp.*, cap. IX.

(2) "*Et vere Minores, qui omnibus subditi... ut sic in solido verae humilitatis fundari mererentur, ut felici dispositione in eis consurgeret omnium virtutum fabrica spiritalis*". (C. 40, 21).

desvelos para el mañana, sin morada do pasar la noche cuando el hospedaje se les negaba, la yácija abandonada, la cueva o caverna solitaria guarecíanles del frío riguroso (1).

Rara vez o nunca cesan de loar al Señor. Escrutan su conciencia, dan gracias a Dios del bien que, merced a su auxilio, han hecho, y deploran y sienten en el alma las negligencias y faltas debidas a su fragilidad. Cuando en sus corazones no experimentan la abundancia de dulzores inefables, tiénense por dejados de la mano de Dios.

A fin de no dormitar en las nocturnas velas, unos se apoyan en la pared, otros se ciñen cinturones armados de puntas de hierro que de continuo les atormentan, o se atan muy reciamente con cadenas (C. 43).

Y ello no era efecto de entusiasmo pasajero, no; el ejemplo de Francisco mantenía en alto su valor. El fervor de nuestro santo, alimentado por consolaciones y gracias de lo alto, era quien enardecía su celo y aguzaba su vigilancia para con sus primeros hijos espirituales. Merced a piadosas industrias muy bien escogidas y varias, dirigía los pasos y les enseñaba la ruta de la Santa Pobreza, de la bienhadada sencillez que él a paso firme andaba ya. (C. 28, 10).

3.° *Una confianza filial ensanchaba los corazones.* —En Rivo-Torto, los frailes nada celaban a su tierno Padre, descubríanle sus más íntimos pensamientos; los sentimientos más profundos en los repliegues más ar-

(1) "*Cum saepe in maximis frigoribus necessario carerent hospitio clibanus recolligebat eos, vel certe in cryptis, seu speluncis, humiliter noctibus latitabant*". (C. 42, 8).

canos de sus almas, poníanlos al descubierto a ojos del bienaventurado Padre.

El cielo prestábase gozoso a sus piadosas confidencias. Cierto día que Francisco les enviaba a misionar, deseó ahincadamente verles reunidos cabe sí, y su plegaria tuvo acogida ante el trono del Eterno. Sus hijos acuden entre alegres y sorprendidos de encontrarse en reunión bajo las miradas paternales de su Pastor. La conversación se inicia, el platiqueo comienza. Cuéntanle todos las gracias recibidas de la misericordia divina, y si acaso se han portado negligente o ingratamente, cada uno por su turno se acusa y demanda una penitencia que al instante cumple. Este era su proceder cada vez que estaban en presencia del Seráfico Padre, pues érales sumamente intolerable quedar con un pensamiento el más oculto, un movimiento involuntario, sin ponerlo en conocimiento de su Maestro. (C. 32, *passim*).

En aquel tiempo Rivo-Torto era testigo de escenas en verdad dignas de la edad de oro apostólica, en que las orillas del Jordán amenizaban el reencuentro de los discípulos con el Maestro por antonomasia. En dulces efusiones del corazón contaban a Jesús todo lo que habían hecho y se preparaban para nuevas conquistas. (Mc., VI-30).

4.º *Una paciencia inalterable* mantenía en paz a sus almas y les ayudaba a tolerar sin flaqueza un género de vida tan crucificadora para la naturaleza.

En la cabaña de Rivo-Torto, Padre e hijos vivían juntos, expuestos a duras faenas y a privaciones de toda especie. El pan faltaba a menudo y no había más remedio que contentarse con hierbas o raíces recogidas en el llano o pedidas a los payeses de las cercanías.

De vuelta al albergue, a duras penas se daba con un mal asiento o un mísero rincón donde descansar de tantas fatigas (1).

"Ningún murmullo, ninguna queja. Todo era tranquilidad de corazón, gozosa plenitud de alma. Y esto era fruto de su paciencia" (2).

¡Qué espectáculo tan tierno para los jóvenes reclutas que hacen su ejercicio en el campo cerrado de un noviciado! Las pruebas no se economizan a los de Rivo-Torto: ayunos, disciplinas, culpas, desnudez de cabeza, trabajos costosos, repugnantes, contacto perpetuo con otros de carácter y costumbres opuestas, tentaciones interiores, sequedades desoladoras, recuerdos del mundo, etc., etc. Para sobreponerse a tales obstáculos, para vadear tales dificultades, es preciso, ser alma de férreo temple, dispuesta a pasar por todo, a sufrir la misma muerte antes que retroceder y mirar atrás. ¡Valor y confianza! La tribulación engendra la paciencia, la paciencia prueba y acrisola la virtud, una virtud puesta a prueba da origen a la esperanza de alcanzar el ideal propuesto, la santa profesión, y esta esperanza jamás engaña. *Scientes quod tribulatio patientiam operatur, patientia autem probationem, probatio vero spem, spes autem non confundit.* (Rom., V-3).

(1) "*Conversabantur in eodem loco cum beato Patre filii et fratres omnes, in labore multa et inopia universarum rerum, saepissime omni panis solatio destituti, solis contenti rapis quas per planitiem Assisii huc atque illuc in angustia mendicabant*". (C. 44, 22).

(2) "*Nullum pro his murmur resonat, nulla querimonia, sed corde placido, mens plena gaudio conservat patientiam*". (C. 45, 1).

Conclusión. — Antes de abandonar Rivo-Torto respiremos hondamente los reconfortantes perfumes que exhala este diminuto rincón de Paraíso cultivado amorosamente por nuestro bienaventurado Padre. El mismo nos ha cogido algunas florecillas escogidas, con las que ha hecho un ramillete que nos lo presenta y ofrece como el ideal de la perfección seráfica. "El Fraile Menor, para ser perfecto, debe poseer la fe de Fray Bernardo y su amor a la pobreza; la simplicidad y pureza de Fr. León; la cortesía y amenidad de Fray Angel; la gracia y cordura de Fr. Maseo, junto con su bella y gallarda elocuencia; el espíritu contemplativo de Fr. Egidio; la actividad perseverante de Fr. Rufino, que oraba aun en sueños; la paciencia de Fr. Junípero, perfeccionada por la negación total de su voluntad, y un ardiente deseo de imitar de todo en todo a Jesús crucificado" (1).

III. — El orbe entero campo de acción del Apostolado franciscano

Euntes docete omnes gentes: Id, enseñad a todas las naciones, dijo el Señor a sus apóstoles. Su palabra halla eco hasta en los confines de la tierra y sonsaca a las almas del letargo de la muerte y proyecta las celestes claridades sobre las inteligencias y abrasa los corazones con llamaradas de caridad. Surgen por aquel entonces las primeras comunidades cristianas, que dan al mundo estupefacto el ejemplo de las virtudes domés-

(1) Cfr. *Spec. perfectionis*, cap. IV.

ticas y sociales, y he aquí que el mundo se regenera, el universo se transforma.

Algo parecido pasa a la Iglesia de Cristo a mediados del siglo XIII. La caridad de los prístinos tiempos se había amortiguado y era necesario reavivar la llama. El Salvador escoge a Francisco para esta obra regeneradora y vacía en el corazón del "Poverello" una buena parte del amor que aloja su Corazón, repleto de él hasta salirse de los bordes y abrasar la creación entera. Ese fuego sagrado desasosiega el alma de Francisco y le apremia para que vaya por el mundo y lo incendie por doquier con tales ardores.

Orador hábil, consumado en su arte, Francisco, mediante su ardiente predicación, organiza una nueva forma de vida, redacta una regla, profesa una doctrina que renueva a la Iglesia de Cristo y asegura por sus seguidores el triunfo de la triple milicia de los elegidos venideros (1).

Trina militia, la triple milicia franciscana, he aquí la obra creada por su genio inspirado. Jefe del ejército de Cristo, estratega experimentado, divide sus tropas en tres cuerpos de ejército distintos que se ayudan y se completan y tienden hacia una finalidad común por medio de una táctica especial.

Para sí y sus frailes escoge la espada de la palabra; para Clara y sus hijas destina las armas de la plegaria omnipotente; a los fieles de ambos sexos alistados en la Orden Tercera, les encarga el buen ejemplo.

De este suerte la epopeya franciscana se desarrolla

(1) "*Egregius nempe artifex, ad cujus formam, regulam et doctrinam efferendo praeconio, in utroque sexu, Christi renovatur Ecclesia, et trina militia salvandorum*". (C. 40, 8).

en consonancia con las reglas de una estrategia a primera vista calcada en la de los generales más ilustres.

A. El Apostolado por la palabra

a) — *Primeros ensayos de misiones*

Consagrado apóstol en la diminuta capilla de Nuestra Señora de los Angeles, Francisco comienza por predicar a todo el mundo la penitencia con gran fervor de alma y alegría de espíritu. Su palabra sencilla, pero rica en magnificencia del amor divino, tiende únicamente a la edificación de los oyentes (1).

Tan luego como Francisco reúne a sus compañeros de armas—eran ocho, él entre ellos,—dirígeles una exhortación sobre la excelencia del Apostolado, sus diversas pruebas y manera de santificarlas. "Consideremos, queridísimos amigos, cuál sea nuestra vocación. Dios, en su misericordia infinita, nos ha llamado, no tan sólo para que procurásemos nuestra santificación personal, si que también para que tomáramos a pechos la obra de la santificación general. Debemos ir por el mundo predicando por medio del ejemplo, mucho más que por la palabra, y excitando por ello a todos los hombres a hacer penitencia por sus muchos pecados y a rememorarles los mandamientos divinos.

"Nada temáis viéndoos tan pocos y novicios por contera en la predicación; anunciad la penitencia con

(1) *Exinde cum magno fervore spiritus et gaudio mentis coepit omnibus praedicare poenitentiam, verbo simplici sed corde magnifico aedificans audientes.* (C., 26, 1).

simplicidad y llaneza, poniendo vuestra confianza total en Dios, quien venció al mundo. Su espíritu hablará por boca vuestra, y morará en vosotros, a fin de persuadir a todos vuestros oyentes a convertirse y a guardar sus mandamientos. Unos, hombres de fe, afables, benévolos, os acogerán con júbilo y escucharán vuestras enseñanzas; otros, los más, infieles y engreídos, os recibirán con la blasfemia a flor de labios y se mostrarán rebeldes a vuestra doctrina. Estad resueltos en vuestro interior a aguantarlo todo con paciencia y humildad". (*Tr. Comp.*, cap. X).

Después, haciendo la señal de la cruz, partióles el universo en cuatro partes y les dijo: "Hermanos muy amados, idos a través del mundo, partid de dos en dos, predicad a las hombres la paz y la penitencia para la remisión de los pecados". (C. 31, 8).

Y él, junto con su compañero, da comienzo a su tarea, se va por las comarcas vecinas, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, anunciando el reino de Dios, predicando la paz, enseñando las vías de salvación y los medios de hacer penitencia. Su palabra, al igual que la del Apóstol, no conocía los afeites de la elocuencia, pero tomaba toda su fuerza de la virtud del Espíritu divino y del propio esplendor de la verdad evangélica.

Poniendo por base de su argumentación la Autoridad Apostólica que le había concedido el oficio de la predicación, daba de lado en sus discursos a las lisonjas y otros vanos artificios retóricos. Nada sabía de hacer arrumacos a los vicios, antes bien los fustigaba; lejos de tolerar los escándalos de los mundanos, lanzaba en contra de ellos las más severas filípicas, las más acres censuras.

Como quiera que ponía en práctica las verdades que inculcaba en los demás, no temía en un ápice las contradicciones. Los letrados, los personajes ilustres por su reputación y sus cargos, admiraban su lenguaje y sentíanse arrastrados por un terror saludable. Los hombres iban en pos de él, las mujeres acudían a oirle por doquier pasaba, los clérigos y los religiosos afanábanse para oir al santo de Dios. Era para todos algo así como si contemplaran un personaje de otras edades (C. 38).

La impresión que dejaban sus dircursos era durable; las almas, una vez conmovidas, no volvían de nuevo a su indolencia, antes bien saludaban con entusiasmo a la nueva aurora que ante ellas se alzaba.

Francisco irradiaba como estrella fulgente en las tinieblas de la noche, como llama que se agranda a través de las tinieblas (1).

Al cabo de muy poco tiempo, la faz de la provincia apareció como transformada, más riente, más encalmada, perdidas las impurezas de antaño (2).

Lo que acaece a la naturaleza al retorno de la savia, así hacía la gracia al paso de Francisco por aquellas tierras, en esta parte de la heredad del Señor. "Las añejas arideces desaparecen como por encantamiento, las mieses crecen de repente en los ayermados campos; la viña, poco ha inculta, comienza a echar sus brotes, y, tras abundante floración suave, engendra frutos ubérrimos de honestidad". (C. 39, 22).

(1) "*Radiabat velut stella fulgens in caligine noctis et quasi mane expansum super tenebras*". (C. 39, 18).

(2) "*Sicque factum est ut in brevi totius Provinciae facies sit immutata et laetiori vultu appareret, ubique deposita pristina foeditate*". (C. 39, 19).

b) — *Aprobación canónica del apostolado franciscano*

Pasados esos primeros ensayos de misión, Francisco junto con sus compañeros toma el camino de Roma, a fin de recibir la aprobación de su nuevo género de vida y la investidura oficial de su ministerio apostólico.

El Papa Inocencio III, conocido el deseo de Francisco y demás compañeros, acogió favorablemente su demanda. Después de darles algunos avisos y alentarles, bendíjoles. "Idos, les dijo, y que el Señor sea con vosotros y según le plazca inspiraros, predicad a todos la penitencia. Y cuando el Omnipotente os haya hecho crecer en número y gracia, volved filialmente a mí que os concederé amplios favores y gozoso os confiaré misiones más importantes" (1).

Era, pues, la aprobación oficial de su género de vida y de su predicación apostólica, lo que Francisco y los suyos habían venido a buscar a Roma, "*Papa, cum virorum Dei votum agnovisset...*". Y al cardenal de San Pablo fuéle encargado el darles la tonsura clerical para que fueran más dignos de ese santo ministerio.

Algo más tarde, Honorio III confirmaba con toda solemnidad y por medio de una Bula, la Regla de los Frailes Menores aprobada de viva voz por el Papa Inocencio. Esta Regla consagra uno de sus doce Capítulos a la predicación. "Amonesto y exhorto a los mismos Frailes que en la predicación que hacen, sean

(1) " *Innocentius Papa tertius, cum virorum Dei votum agnovisset,... ite cum Domino fratres et prout Dominus vobis inspirare dignabitur, omnibus poenitentiam praedicate* ". (C., 35, 4).

examinadas y castas sus palabras a utilidad y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y virtudes, la pena y la gloria con brevedad de sermón".

De lo cual el Seráfico Doctor saca esta conclusión: "Al Fraile menor singularmente toca el ministerio de la palabra, en virtud de su Profesión mediante la cual se obliga a la observancia de la Regla".

Jaime de Vitry, en su *Historia orientalis* compuesta en vida de San Francisco, describe la vida de los Frailes Menores haciendo especial mención de los predicadores. Francisco podía decir a boca llena a sus frailes: "Somos auxiliares del Clero secular, deputados para ayudarles a salvar almas" (1).

Esto no obstante, no sin zozobra Francisco y los suyos abrazaron irrevocablemente la vida errante del apóstol. Como verdaderos amantes de la Perfección, deliberaron no pocas veces si sería mejor lanzarse a la vida o retirarse a la soledad para darse por entero a la oración. (C. 38).

"Gusto más orar que hablar, decía a sus frailes. En la oración hay un negocio redondo, pues se atesoran gracias; en la predicación, en cambio, preciso es distribuir a los demás las que se han recibido de lo alto..."

Con todo, el ejemplo del Hijo de Dios, la Sabiduría suprema que bajó del cielo para salvar las almas, hizo que Francisco se inclinase a la predicación. "Puesto que, debemos obrar en un todo conforme ese divino Modelo, tengo para mí que Dios quiere de nosotros

(1) "*In adjutorium clericorum missi sumus ad animarum salutem*". (C., 279, 10).

que interrumpamos el reposo de la contemplación por el trabajo de la predicación (Leg. Cap. XII).

"Desde entonces, el carácter específico del Fraile Menor definitivamente ha tomado cuerpo. Su vida no será únicamente activa ni puramente contemplativa, sino mixta a ejemplo de la vida de Cristo y sus Apóstoles, dividida entre la plegaria y la acción, consagrada a la unión con Dios y sacando de esta unión la fuerza y la fecundidad del apostolado".

c) — *Misiones en el extranjero*

Al tiempo de ejercer las funciones de Legado de la Sede Apostólica en Toscana el Card. Hugolino obispo de Ostia, Francisco, que a la sazón estaba de tránsito para Francia donde iba a evangelizar las gentes, hizo alto en su viaje en Florencia para visitar al Prelado. Este, viendo a ese pobre tan despegado de todas las cosas terrenas y tan abrasado en llamas de amor, sintió que su alma se le iba tras él. Exhortóle por de pronto a no continuar la marcha. Y el bienaventurado Francisco le respondió: "Señor, seríame de gran vergüenza enviar tantos frailes a lejanas tierras, si yo permaneciera en mi patria". Replicó el obispo: "¿Por qué enviáis a vuestros frailes tan lejos para morir de hambre y sufrir otras incomodidades?" Y repuso el Santo con gran fervor: "¿Creéis acaso que Dios ha enviado frailes sólo para esta tierra? En verdad os digo, Dios ha escogido y enviado frailes para provecho y salvación de los hombres todos de ese mundo. No sólo entre fieles, sí que también en tierra de infieles serán recibidos y ganarán almas".

Ganar almas para Jesucristo, pagarle amor con amor derramando la propia sangre, he aquí la ambición de Francisco. Italia, Francia, la Europa entera no bastan a su celo inaquietable. Partirá para Oriente, se presentará ante el Sultán, sucesor de Mahoma. ¡Oh, si llega a conquistarle! ¡Qué triunfo para el Evangelio! Y si no, le pondrán la palma del martirio en sus manos, y entonces... morir a los 33 años, en la edad que tenía Jesucristo al expirar en el leño Santo, ¡qué puede haber mejor! ¡qué semejanza más bella!

Después de haber nombrado a Pedro Catanio como vicario general de la Orden, parte para la Siria; una tempestad lanza su navío hacia las costas de Iliria, y no hallando oportunidad para proseguir su viaje, torna de nuevo a Ancona y hace su entrada en la Porciúncula durante el invierno de 1213.

El fracaso de esta primera tentativa no trae el desaliento a su corazón. Llega entonces a sus oídos el martirio que cinco de sus frailes habían sufrido en tierras de Mauritania, y a semejante nueva, su corazón salta de gozo. "¡Ahora sí que puedo decir que tengo verdaderos Frailes Menores!"

El deseo de padecer martirio le apremia y sin más esperar, se embarca junto con otros once compañeros. Por esta vez la travesía fué feliz y arribaron a S. Juan de Acre. Francisco en compañía de Fr. Iluminado, toma el camino de Damieta, que es la ciudad donde se reunieron los Cruzados.

He aquí lo que Jaime de Vitry, obispo de S. Juan de Acre, cuenta de S. Francisco y sus compañeros: "La Religión de los Frailes Menores se acrecienta sobremanera en el mundo, porque imita a perfección la forma de la Iglesia primitiva y la vida de los Apósto-

les en todos sus detalles. Llámase el Superior de los mismos Francisco, y es tan amable, que todo el mundo le visita. Tan luego como puso sus pies en nuestro campo, inflamado de celo por la Fe, enderezó sus pasos sin pérdida de tiempo, hacia el campo de nuestros enemigos, los infieles. Predicado que hubo largo tiempo la palabra divina a los sarracenos, recibió demanda secreta de parte del Sultán de rogar a Dios para que le diese coyuntura para abrazar la religión que tan grata era al Todopoderoso".

Tras larga estancia en Oriente, Francisco, viendo que no conseguía recoger frutos de conversión ni la palma del martirio que tanto deseaba, volvió de nuevo a tierra de cristianos. Dios le reservaba para otro martirio: la crucifixión del Alvernia.

B. El Apostolado por la plegaria

Una de las más nobles conquistas de la predicación de Francisco, fué Clara de Asís "la débil planta del bienaventurado Padre Francisco" (1) como gustaba de llamarse a sí misma.

Aparécesenos, en efecto, como flor cuyo perfume purísimo y fuerte, tras siete centurias, embalsama todavía el pequeño convento de S. Damián, donde su cuidadoso jardinero la trasplantara un día. ¡Con qué solicitud vela su pleno desarrollo bajo la mirada del Crucifijo milagroso! Clara fué en verdad la Hija predilecta del gran Patriarca de los Pobres; ella realizó en su plenitud el Ideal de la Perfección Seráfica.

(1) *Clara indigna Ancilla Christi et plantula B. patris Francisci.* (Regla de Santa Clara, cap. I).

a) — *Francisco viste a Clara las libreas seráficas*

El nombre de Francisco era ya célebre; se le consideraba como un hombre providencial llamado a trazar de nuevo las vías de la Perfección que un siglo licencioso borrara. Clara, su conciudadana, de ilustre prosapia, deseaba con todas veras oirle, verle. Y este deseo tuvo cumplida satisfacción.

Acompañada solamente de una amiga, su confidente, la joven fué al encuentro del hombre de Dios y renovó a menudo con él sus pláticas. Francisco la exhortaba vivamente al desprecio del mundo y demostraba la esterilidad de las esperanzas terrenas y la vanidad de las ambiciones mundanas. Contábale al oído la dulzura de la unión con Cristo que le permitiría guardar el diamante de su virginidad para ese bienaventurado Esposo humanado por nuestro amor. Las palabras de Francisco parecíanle se tornaban por momentos más ardientes y sus acciones sobrehumanas.

El, por su parte, no menos admirado de las virtudes de su Hija espiritual, buscaba medio de arrebatar, a ser posible, semejante presa al mundo perverso (1).

Francisco no osaba asumir tan grave responsabilidad y rogó al Obispo de Asís, su propio Director, se dignase examinar la vocación de la joven. El digno Prelado aprobó plenamente su decisión y se convino en que abandonaría en secreto a su familia.

La noche que siguió al domingo de Ramos (1212), la joven abandonó la casa paterna y enderezó sus pasos hacia Santa María de la Porciúncula, donde en

(1) *Ad virum Dei cujus sibi verba flammantia, cujusque ultra hominem opera videbantur... si nobilem istam praedam saeculo possit aripere.*—Vita S. Clarae.

santa vela los frailes la recibieron en el atrio con antorchas. Allí despojóse de sus ricos atavíos y perdió su hermosa cabellera. Recibidas ya las insignias de la Penitencia cabe al altar de la Virgen, desposada ya con Cristo, Francisco la condujo al Monasterio de Benedictinas de San Pablo, en espera de otra mansión (1).

Consumado el sacrificio, no importa se desencadene la tormenta; la nueva esposa de Cristo rechazará sin desmayo el asalto que emprende la parentela. Más todavía: inspira a su hermana Inés igual intrepidez de alma y ambas, victoriosas de Satán y del mundo, arrastran en pos de sí a sus amigas y a su propia madre. Hortolana, en efecto, viuda ya, se apresura a reunirse en el claustro con sus muy amadas hijas.

La segunda Orden queda fundada y Francisco la establece definitivamente en San Damián, cuna de su vocación seráfica. Así tuvo efecto la profecía que le hizo el Espíritu Santo cuando recién convertido trabajaba en la reparación de la diminuta y deteriorada capilla: "Allá se instituiría una Orden de Vírgenes santas que, como piedras vivientes, artísticamente labradas, servirían para la restauración de la casa de Dios" (2).

b) *Clara y sus hijas divinamente asociadas al Apostolado franciscano.*

Auxiliares, cooperadoras, es el título que adopta Clara para sí y para sus Hijas. Exhortólas ella a rea-

(1) *Vita Stae. Clarae.*—Celano.

(2) *"Sicut olim praedixerat Spiritus Sanctus, Ordo sanctarum virginum debebat institui qui ad resturationem caelestis domus velut vivorum lapidum expolita congeries, erat aliquando transferendus".* (C., 322, 14).

lizarlo (1). ¿Qué expresa mejor su vocación especial si no "cooperar" con Francisco y sus hijos a la salvación de los pecadores? Lo restante: penitencias, ayunos, clausura, son otros tantos medios que concurren a este fin sublime.

El Crucifijo milagroso del cual hacen ellas guardia de honor les convida a ese noble Apostolado. Con Francisco y en Francisco su Padre, han sido predestinadas a esta vocación, cuando brotaron de labios divinos esas memorables palabras: *"Francisco, vé y repara mi casa"*...

Una luz celeste, en esta pequeña capilla restaurada por sus manos, le mostró la Orden de las Vírgenes santas, que, mediante sus fervientes plegarias, fecundarían su predicación y convertirían las almas.

Francisco conocía de propia cosecha lo que valía esta virtud omnipotente de la plegaria. Jamás fió en sus propias luces ni en su industria personal; en todo y para todo recurría a la santa oración (1).

Su amante corazón, rebosante de ideal, saboreaba indecibles goces en esas misteriosas ascensiones, en ese comercio inefable de la criatura con el Criador. *O ineffabile Commercium!* La vista de sus Hijas entregadas a la contemplación, excitaba en su alma santa envidia y provocaba un combate que San Buenaventura compara a una especie de agonía (2). Reflexiones,

(1) Carta de Santa Clara a bienaventurada Inés de Bohemia.

(2) *"Non de industri propria confidebat, sed sancta oratione, omnia praeveniebat negotia"*. (C., 38, 6).

(3) *Qua de re contigit, illum in magnam dubitationis cujusdam agoniam incidere quam multis diebus ab oratione rediens terminandam Fratribus sibi familiaribus proponebat...* Leg. Cap. XXI.

razonamientos, plegarias, nada le sosegaba; su duda persistía, siempre más terrible.

Abría a algunos de sus familiares su corazón: "Hermanos, ¿qué me aconsejáis? ¿Qué partido os parece preferible? ¿Heme de entregar yo a la santa oración, o ir a predicar al mundo?" Todos se declaraban impotentes de aclarar sus dudas que, al fin y al cabo, a ellos también les torturaban.

Entonces Francisco vuelve a San Damián. A la par que a Fray Silvestre, encarga a dos frailes demanden a Clara sus oraciones y las de sus Hijas a fin de explorar la voluntad divina acerca de ese punto capital de su vocación.

Postradas a los pies del Crucifijo milagroso, brazos en cruz, lagrimeantes los ojos, abrasado el corazón, las piadosas Vírgenes suplican al divino Esposo hable de nuevo y diga cómo su Padre amadísimo ha de reparar las ruinas de su Iglesia.

Un rayo que partió del Crucifijo reveló a Clara el divino querer: Francisco, heraldo de Cristo, tenía que predicar (1).

Recibido el Mensaje revelador de la divina Voluntad, Francisco se alza presto, cíñese y parte. Tan grande es su ardor, tan rápida es su marcha, que parece transportado por mano invisible y remozado con vigor del todo celeste (2).

---

(1) *Concordaverunt mirabiliter in idipsum, superno eis revelante Spiritu, venerabilis sacerdos et virgo Dei dicata, beneplaciti esse divini, quod Christi praeco ad praedicandum exiret.* Leg. Cap. XII, 3.

(2) *Ibat cum tanto fervore, tamque celeriter percurrebat, ac si facta super eum manus Domini, novam induisset de coelo virtutem.* (Ibid.)

Clara arde en deseos de seguirle en su carrera apostólica, como en otro tiempo seguían las santas Mujeres a Jesús; pero sabe que su parte es la de la Magdalena a los pies de la cruz.

La débil lámpara que encendiera Francisco ante el Crucifijo, le recuerda su misión providencial. Ella es la mística lámpara que, por su claridad ardiente y luminosa, alegra al divino Prisionero e irradia a la par por el universo mundo. Su madre Hortolana, en ferviente oración, conoció por revelación del cielo los destinos de la hija que llevaba en su seno; ella sería una luz pura, brillante, que esparciría por el mundo entero sus resplandores benéficos. Por eso se le impuso el nombre de Clara en el bautismo, nombre que justificó después tan plenamente en el curso de su larga existencia (1).

¡Cuántas veces arrebatada en éxtasis, fijas las miradas en la Hostia Santa, parecía toda resplandeciente de la luz que despedía el Sol de Justicia! De su corazón ardiente partía un rayo que iba derechamente al corazón de Francisco y sus Frailes. Su alma dilatada por el amor llegaba hasta los confines de la tierra para unirse al alma del Apóstol, predicar el Evangelio, glorificar a Cristo y agrandar su reino espiritual.

Virgen fecunda, engendra para el cielo miles y millares de escogidos, y merece estar asociada a aquellos humildes frailes legos de los que San Francisco hizo cabal elogio cuando en presencia de sus frailes Predicadores comentaba ese texto sagrado: "La que

(1) *Cujus mater gravida, cum orationi enixius intenderet, audivisse dicitur, se pariturum lumen quod Orbem plurimum illustraret.* Breviarium, II Noct.

era estéril, vióse madre de numerosa posteridad". Clara no había recibido de la Iglesia la misión oficial de predicar y regenerar las almas; pero en el día del Juicio, el Señor le dará por hijos a todos los convertidos por sus plegarias. Entonces, continúa Francisco, a mis Frailes Predicadores les causará gran maravilla ver arrebatados a los que tenían ellos por conquistas de su elocuencia harto humana (1). Hallarán vacías sus manos ante el trono del Juez imparcial, mientras que sus humildes Hermanas del Claustro y los pobres legos del Convento, llenos de júbilo, ofrecerán al Señor toda la mies de almas, frutos de sus fervientes oraciones (2).

c) *Clara, fiel espejo del Ideal franciscano.*

"Parece, escribe Ozanam, que nada puede aparecer de grande en la Iglesia, sin que una mujer tome parte en ello". Al lado de los santos fundadores de Ordenes se ven mujeres, dignas émulas, que les alientan con sus simpatías y les sostienen en sus pruebas. Es el auxilio que escogió Dios para Adán. El hombre, solo, no sabría dar cima a nada bueno. *Non est bonum hominem esse solum.*

El P. Gratry cita un ejemplo memorable de esa ley providencial que preside igualmente a la generación de los escogidos. San Francisco de Sales, dice, el Apóstol de la dulzura, tuvo sus simpatías por Juana de Chantal,

(1) "*Cur de conversis hominibus gloriamini, quos fratres mei simplices suis orationibus convertere?*" (C., 292, 23).

(2) "*Sicque isti portantes manipulos suos, id est fructus et merita sanctae humilitatis et simplicitatis suae, intrabunt in gaudium Domini laetantes et exultantes*". Speculum Perfectionis, Cap. 72.

mujer de corazón vigoroso. Por medio de su amor supo inspirarle la santa y sobrenatural fecundidad de las Fundadoras. Cuando murió, San Vicente de Paúl pudo observar como el alma de San Francisco de Sales, a modo de globo de fuego, salía al encuentro del alma de Santa Chantal. Esta, asimismo en forma de globo ígneo, unióse al primero, y ambos fundidos emprendieron el vuelo a las alturas...

De esta suerte los corazones de Francisco y de Clara de Asís, fundidos por el celeste Amor, se unieron, se compenetraron y ofrecieron al mundo el Ideal seráfico en toda su fuerza, en toda su unidad perfecta: *Cor unum et anima una.*

"Nadie, observa Joergensen, realiza más plenamente el ideal concebido por un hombre como una mujer cuyo corazón haya sido conquistado por éste".

Si queremos, pues, ver el Ideal franciscano en toda su perfección, totalmente despojado de toda adición extraña, en parte alguna hallaremos una imagen tan fiel como en Clara de Asís, espejo viviente de las heroicas virtudes de Francisco, en especial de la muy alta pobreza.

No pocas veces tristemente contempló el Santo Fundador como se empañaba el brillo de este Ideal entre sus hijos; Clara, su hija primogénita, conservóle siempre su refulgencia divina. Y cuando ya en la santa mansión el alma del Seráfico Padre esplende en su trono como sol radiante, Clara, fiel espejo, recoge su brillo y retorna a la tierra su luz indefectible (1).

(1) *Et thronus ejus sicut sol in conspectu meo, et sicut luna perfecta in aeternum, et testis in coelo fidelis.* Ps. LXXXVIII. —38.

a) *Eclipse parcial del Ideal Franciscano.* — En el tugurio de Rivo-Torto, el Ideal seráfico lanzaba sus primeros rayos; dulce aurora que auguraba días gloriosos. La Pobreza, esposa de Cristo y compañera de Francisco, se aposentaba allí. Sus hijos la rodeaban y acariciaban como a una madre.

A la sombra de la rústica Cruz, el *Poverello* estremecíase y daba gracias al Señor que se había dignado revelar sus secretos a los humildes y a los pequeños, secretos que ignoraban los sabios del mundo.

Los tales sabios del mundo, esos prudentes según la carne dábanse cita en el gran convento de la Porciúncula y se les veía afluir de todas partes. Francisco, en la intimidad, les parecería a esos sabios, a esos letrados, a esos clérigos encumbrados, un sencillo, un ingenuo. ¿Era este el hombre prodigioso llamado a renovar su siglo y a la Iglesia? ¿Constituirán unos cuantos versículos del Evangelio la Regla de una Orden que tan halagüeño porvenir prometía?

Y, después de todo, ¡qué presunción inaugurar en la Iglesia una forma de vida desconocida a todas las Ordenes antiguas tan célebres por su ciencia y su santidad! Esta Pobreza rígida, intransigente, que rechazaba toda propiedad y estimaba el dinero como estiércol, ¿era practicable? La Regla, pues, que la imponía debía modificarse, y someterse a revisión definitiva...

Sufría el humilde Francisco, y en silencio encomendaba su obra al Dios que se la había inspirado. Resignó el cargo de superior general pretextando su quebrantada salud. Tomó semejante resolución por el ardiente deseo que sentía de imitar a Jesús obediente hasta la muerte.

La verdadera causa de esta dimisión fué manifes-

tada a un fraile en las siguientes circunstancias. "Demandaba éste al venerado Padre la causa por la que privaba a sus hijos de su dirección y los entregaba a manos extrañas:—¿Por qué no dependemos de Vos?—Hijo mío, respondióle Francisco, quiero a mis frailes tanto como puedo. Si hubiesen seguido mis huellas, los amaría más y no los trataría como extraños. Pero hay algunos, entre los mismos superiores, que los llevan por caminos opuestos y les traen el ejemplo de las Ordenes antiguas, y por eso hacen poco caso de mis enseñanzas. El mal que causan se verá más tarde."

"Tras corta pausa, sintiendo aumentaban los sufrimientos, enderézase y con gran vehemencia de espíritu exclama: "¿Quiénes son los que pretenden arrancar de mis manos a mi Orden que fundé junto con mis compañeros? ¡Ah! si me es dado asistir al Capítulo General les daré a entender mi voluntad" (1).

b) El Ideal esplende vivamente en S. Damián.—Mientras el huracán de la discordia arreciaba en el valle de la Porciúncula, en la colina de San Damián reinaba deliciosa calma. El Ideal seráfico florecía allí en toda su prístina belleza. Clara y sus hijas tenían en suma estima llevar las insignias de la altísima pobreza y todo traía el sello de la noble Dama. *Omnes altíssimae Paupertatis sunt titulo insignitae.* (C. 23).

Francisco fuése a descansar junto al monasterio en una choza de ramaje que hizo construir su hija primogénita. Muchos meses pasó allí entre dolores y tinieblas. Sus ojos resecados por las lágrimas no recibían la

(1) *"Qui sunt isti, ait, qui religionem meam et fratrum de meis manibus rapuerunt? Si ad generale Capitulum venero, tunc eis ostendam qualem habeam voluntatem!"* (C. 310, 10).

luz del cielo. Tales atroces tormentos todavía hallaban una agravante en las sagradas llagas que le taladraban manos y pies y ensangrentaban su costado entreabierto.

¡Meses benditos, meses predestinados en que Clara dió cima a su obra de perfección! ¡Con qué filial piedad contempla ella ese Crucifijo sangrante, besa sus manos y sus pies traspasados por gruesos clavos, enjuga con un lienzo la sangre que mana de la profunda herida!

Al igual que María sobre el Calvario, llena ella sus ojos de la visión dolorosa, graba en su tierna alma las llagas del crucificado de Alvernia. ¡Con que santa avidez recogía las postreras gotas de ese corazón seráfico, vaso precioso que el sufrimiento y el sinsabor han agrietado y de entre cuyas rendijas se escapan gota a gota las reservas de ciencia y de sabiduría depositadas por el Cielo (1).

Francisco nunca quiso conocer otra cosa que a Jesús pobre y crucificado: *Scire Pauperem Crucifixum;* Clara, pues, no tendrá otra ambición que de conformar en un todo su querer al de su Pobre Crucificado: *Pauperi Crucifixo conformari.*

Puede desaparecer el Maestro, su fiel discípula dará testimonio de su Obra y la preservará de toda defectibilidad.

c) Clara refleja invenciblemente el Ideal franciscano. — Poco antes de su muerte, Francisco compuso para las monjas de San Damián una especie de Testamento espiritual en que consigna su última voluntad.

(1) *Illud pretiosissimum vasculum, in quo coelestis thesaurus erat absconditus, coepit undique conquassari et omnium virium pati defectum.* Celano.

"Yo, Fray Francisco, estoy resuelto a seguir la vida y la pobreza de N. S. Jesucristo y en ella perseverar hasta el fin. Y os ruego, queridas Hijas, y espero asimismo de vosotras que siempre perseveraréis en vuestra santa manera de vivir y en la pobreza. Mas es preciso poneros en guardia para que jamás, por consejos o enseñanzas de otras personas, os dejéis desviar de esta forma de vida que os he inculcado" (1).

Sobrevivió Clara veintisiete años "quebrantando lentamente por la Penitencia a los pies del Señor el alabastro de su cuerpo", y siempre se mostró ejecutora fiel e intrépida de la última voluntad de Francisco (2).

En torno de la Abadesa de San Damián íbanse congregando los compañeros del Santo, sus familiares, sus confidentes, toda la primera "Schola" en posesión plena del Espíritu Seráfico. Clara era el alma de la resistencia. Los "Adulteradores" del pensamiento del Maestro columbraron a no tardar la ventaja que reportaría a su causa si ganaban por sorpresa el baluarte de San Damián donde se guarecían los defensores de la Altísima Pobreza. En efecto, ¿cómo persuadir a la gente de bien que la Regla franciscana estaba por encima de las fuerzas humanas si pobres mujeres la practicaban alegremente, heroicamente?

Ensayaron, pues, mediante capciosas razones, sorprender la buena fe de Clara y sus hijas. La Santa Abadesa rechazó victoriosamente todas sus objeciones intrincadas, y en múltiples conferencias previno a su rebaño contra esos tales lobos rapaces vestidos con piel de oveja.

(1) Cfr. *Textus originales*, p. 63.

(2) *Per quadraginta annos frangit sui corporis alabastrum.* Vita S. Clarae, p. 756.

A fin de precaver todo retorno a la ofensiva, requirió la aprobación definitiva de la Regla de las Dueñas Pobres, calcada sobre la de los Frailes Menores, verbalmente aprobada ya en 1224 por Honorio III. Su sucesor, Gregorio IX, amigo y consejero de Francisco, vacilaba en revestir esta Regla de la sanción oficial. En una visita que hizo al monasterio de San Damián ofrecióse a dispensar a la santa Abadesa del voto de Altísima Pobreza: exhortóla a aceptar algunas propiedades a título gracioso. A esta propuesta inesperada, respondió Clara humildemente pero no por eso menos firme: "Santísimo Padre, absolved mis pecados, pero no me impidáis seguir lo más cerca posible las huellas de mi Señor Jesucristo".

¡Noble y conmovedora respuesta! En ella la Hija de Francisco se revela con el arranque de su alma hacia el Ideal.

Sus votos tuvieron cumplimiento. En 9 de agosto de 1253, Inocencio IV trajo a San Damián por sus propias manos la Bula *Solet annuere* con que confirmaba la Regla de las Dueñas-Pobres, al igual como la Bula de Honorio III aprobaba la de los Frailes Menores.

Yacente en su pobre camastro, Clara entona su *Nunc dimittis* y agradece al Señor haberle conservado la existencia. Esta Regla bendita, tan ardientemente deseada, la tiene en sus manos, la cubre de besos, la aprieta contra su pecho jadeante...

Por esta Regla fielmente guardada, Clara, tras siete centurias, viene a ser la luz del mundo y la gloria de toda la Orden Seráfica: *Lumen ad revelationem Gentium, et gloriam plebis tuae.*

C. Apostolado por el ejemplo

a) *Orígenes de la Orden Tercera*

"Hay como un doble evangelio, escrito uno en nuestros Libros Sagrados e impreso otro en la vida de los cristianos. San Francisco de Asís bien lo comprendió así al instituir la Orden Tercera y al hacer de ella una forma popular del Santo Evangelio, y de sus Terciarios un evangelio viviente...

"La predicación del ejemplo es la que está al alcance de todos, la que pertenece a la vez a la Iglesia docente y a la Iglesia discente. A fin de invitar a todas los fieles a esta predicación del ejemplo, San Francisco de Asís fundó su Tercera Orden y los Frailes que en torno de él se reunieron comunicaron a los Terciarios, al propio tiempo que el espíritu de su Seráfico Padre, su santa pasión del Apostolado" (1).

Ya en el siglo pasado, la fuerza de la evidencia histórica obligó al apóstata Renan a hacer esta constatación en honor del apostolado franciscano: "Transformar en actos las palabras del Evangelio, jamás después de los Apóstoles, persona alguna lo cumplió tan resuelta y poderosamente como Francisco de Asís y todo el movimiento que reconoce su origen en él".

Ese movimiento que suscitó él mediante su palabra apostólica y la austeridad de su vida estuvo no pocas veces a punto de desbordarse. A menudo, como acaeció

(1) Alocución de Monseñor Charost, Obispo de Lille, dirigida a los Terciarios allí reunidos para el día franciscano de 1913.

en Cannara, el predicador tenía que moderar y retener el entusiasmo de su auditorio; hombres, mujeres, casados y célibes, todos querían seguir su ejemplo y abrazar la vida religiosa. Francisco no podía despoblar ciudades y aldeas y abrir a todo el mundo las puertas del claustro. "Paciencia, hermanos, respondía, voy a orar, a reflexionar lo que podré hacer en bien de vuestras almas" (1).

En ese sentido solamente, un historiador distinguido ha podido decir: "Francisco desvía las vocaciones para la primera y segunda Orden... promete instituir una tercera Orden" (2).

Francisco meditaba su proyecto: instituir una regla de vida a fin de desarrollar ese nuevo retoño de vida cristiana y hacer que penetren hasta el hogar doméstico las virtudes religiosas. En sus instrucciones y direcciones espirituales, trazaba a sus oyentes un plan de conducta adaptado a sus diferentes condiciones sociales (3). Por su parte, sus compañeros inspirados por Dios usaban un lenguaje y poseían una mentalidad conformes a las necesidades de los tiempos... No tan sólo se convertían los hombres, sino que las mujeres, vírgenes o viudas, conmovidas por la predicación de los frailes, se encerraban a hacer penitencia en los monasterios establecidos según sus consejos en villas y aldeas. Un fraile-menor estaba designado Visitador y Corrector de esos conventos.

(1) *Actus*, cap. XVI.

(2) Abbé Le-Monnier, *Histoire de Saint François*, chap. XIII.

(3) *Omnibus tribuebat normam vitae ac salutis viam in omni gradu veraciter demonstrabat.* C. 40, 11.

"Igualmente hombres y mujeres casados, no pudiendo desatar los lazos del matrimonio, sometíanse en sus propias viviendas, por consejo de los Frailes-Menores, a una penitencia todavía más severa..."

"De esta suerte, por medio del bienaventurado Francisco, perfecto adorador de la Santa Trinidad, restauróse la Iglesia de Dios, merced a las tres Ordenes por él instituídas, como lo había figurado anteriormente la reparación de las tres iglesias. Y cada una de sus tres Ordenes fué a su debido tiempo confirmada por el Soberano Pontífice" (1).

b) *La primera Hermandad*

La tradición señala al bienaventurado Luquesio y a su mujer Buonadonna como los primeros Terciarios.

Luquesio adquirió su fortuna por medios más o menos lícitos; acaparaba los granos y tras una escasez ficticia revendía a precios exorbitantes lo que tenía almacenado. Tocado por la gracia de lo alto, comprendió la nada del mundo y la vanidad de las cosas terrenas. De concierto con su mujer, vende sus bienes distribuyendo el precio entre los pobres, no reservándose para sí más que una casa y unas parcelas de tierra que cultivaba. Su modesta vivienda vióse en seguida invadida por los pobres, de los que el mismo Luquesio salía en su busca. Viósele en efecto no pocas veces entrar en

(1) *Et sic per beatum Franciscum sanctae Trinitatis cultorem perfectum, Dei Ecclesia in tribus Ordinibus renovatur, sicut trium ecclesiarum praecedens reparatio figurabat, quorum Ordinum quilibet tempore suo fuit a summo Pontifice confirmatus.* T. C. XIV, circa finem.

su casa con tres desgraciados: uno, inválido, a cuestas; a los otros dos sostenía con sus manos.

Esa conducta ejemplar llamó la atención del Patriarca de los Pobres cuando a la sazón vino a predicar a Poggibonzi, alrededores de Siena (1221) (1).

Luquesio a su vez apresuróse a ir al encuentro del santo cuyo nombre volaba de boca en boca. Su exterior distinguido hablaba en su favor. Francisco lo adivinó enseguida y le habló de su proyecto de fundar una Orden Tercera en la cual hallasen cabida los casados y en la que hallarían más fácilmente el modo de servir a Dios. Y le preguntó: ¿Seréis el primero en inscribiros en ella? Luquesio aceptó de buen grado la propuesta e informó de ello a su mujer la cual también se juntó a él, y Francisco les dió por insignia un modesto hábito y una cuerda con que se ciñeran, a semejanza de los Frailes-Menores. La primera Hermandad de la Orden Tercera seglar de la Penitencia estaba fundada (2).

La caridad de Luquesio, como reavivada por las libreas seráficas, se enardece de nuevo y su fervor en la oración vino a ser tan intenso que igualaba el de San Francisco (3).

Murió el mismo día que su mujer (27 abril 1260), asistido por gran número de Frailes-Menores. La Iglesia le ha colocado entre el número de los Bienaventurados y su fiesta se celebra el día 15 de abril en las tres Órdenes franciscanas.

(1) *An. Franc.*, t. III, 686.
(2) *Acta Sanctorum*, T. III, Apr., p. 602.
(3) "*Velut alter Franciscus ambulans et sedens, intus et foris, laborans et vacans orationis spiritum non relaxabat*". Ibid.

c) *El espíritu seráfico renueva a la sociedad mediante la Orden Tercera*

Bajo el punto de vista religioso.—La regla que dió San Francisco a los Terciarios trae solamente prescripciones bien sencillas por cierto. Redactada para los fieles todos del mundo, nada impone que no sea accesible a las almas de buena voluntad deseosas de tender a la Perfección cristiana.

Mas, el espíritu que anima esta Regla es el espíritu seráfico descendido de la Cruz; predicado en el mundo entero por Francisco y sus discípulos, lo desata de las afecciones terrenas y lo empuja a la cima del Sacrificio de la inmolación del Calvario (*De cruce ad crucem*).

Ese soplo divino a su paso por el mundo lo renueva, lo transfigura. Las cámaras fastuosas de los seglares se convierten en celdas monacales, y los hogares domésticos en otras tantas Tebaidas. Mensualmente había reuniones en alguna Capilla u oratorio, a veces en la iglesia parroquial y allí se conocía lo hermoso y dulce que es hallarse reunidos todos como verdaderos hermanos, como hermanas verdaderas. Esa era la mejor ocasión de conocerse, de prestarse mutua ayuda tanto en lo espiritual como en lo temporal, de mancomunar sus limosnas para el culto y para los pobres asociados.

Al contacto de los hijos de san Francisco, las energías se multiplicaban, pues su palabra sencilla pero enfogada abrasaba los corazones y les daba temple para el sacrificio.

Así se forjaron los santos y santas que asombraron aquel siglo mediante la práctica de las virtudes cristianas llevadas hasta el heroísmo. La Orden Tercera, esa

caballería de la Penitencia tan fértil como el claustro, ofreció a no tardar a la admiración de las multitudes y sobre las gradas del trono a un San Luís, rey de Francia, san Fernando, rey de Castilla, la amable santa Isabel de Hungría, etc.; después, en situación más humilde, todo un cortejo de Santos: Rosa de Viterbo, la niña heroica; Margarita de *Cortona*, la Magdalena seráfica; Angela de Foligno, que tan rápidamente se elevó a un tan alto grado de contemplación de los divinos misterios.

Semejante al grano de mostaza de que nos habla el Evangelio, el árbol seráfico, el más humilde de todos, crece y toma gigantescas proporciones. Sus ramas verdegueantes cubren sin tardanza la superficie de la tierra; en cada una de las ramas se abren flores de santidad, maravillosa floración de Mártires, de Confesores, de Vírgenes, pertenecientes a todas las clases sociales. Su inmortal lozanía se alimenta en el corazón del "Poverello" profusamente dilatado por la caridad de Cristo.

Bajo el punto de vista social.—Santificando al individuo, formando familias cristianas de verdad, las hermandades renuevan la sociedad. Puédese afirmar sin temor que la Orden Tercera es uno de los más grandes esfuerzos que se han intentado para introducir más justicia entre los humanos.

Indudablemente esas prescripciones hechas a los Terciarios de no llevar armas ofensivas, sino para la defensa de la Iglesia y de la patria... de abstenerse de prestar juramento, etc., hoy nos parecen baldías y no se explica su utilidad. En la Edad Media, sin embargo, tendían a cambiar en provecho de los pequeños y de los humildes el orden social entonces existente.

Ya a fines de 1221, se hallan en Toscana, en Umbría, y hasta en la Marca, numerosas Hermandades bien organizadas para medir sus armas con las de los señores feudales. Seis años más tarde la lucha de la Tercera Orden contra el feudalismo se generalizó y la solicitud del Papado acompañaba a esos cristianos fervorosos que se convertirían a no tardar en campeones intrépidos de las libertades de la Iglesia y en una poderosa fuerza para contrarrestrar las usurpaciones de los emperadores alemanes.

Un documento oficial de esta época concluye con esas memorables palabras: ..."Todo el mundo se inscribía en esas nuevas Hermandades instituídas por los Frailes-Menores y los Dominicos; apenas se halla persona que no esté inscrita en una o en otra" (1).

Bajo el punto de vista político.—Esta acción bienhechora de la Tercera Orden dejóse sentir en la política agitada de esta época. Durante casi dos centurias siguió, apenas interrumpida por algunos años de tregua, la lucha entre el Papado y los Césares alemanes, entre el "Sacerdocio y el Imperio"; Federico II personificaba entonces las empresas y aspiraciones imperiales.

Creencias, costumbres, principios políticos y sociales, todo era en el emperador alemán la antítesis del ideal perseguido por Francisco y sus hijos. Su reinado no fué en resumen más que una tentativa de restauración pagana opuesta al movimiento de regeneración evangélica de la que Asís era cuna; una resurrección desvergonzada del absolutismo antiguo frente al nuevo impulso de emancipación social de libertad co-

(1) Carta atribuída al Canciller de Federico II, pero seguramente escrita por varios Obispos de Italia.

munal desarrollado por las instituciones franciscanas.

Al propio tiempo que el tirano oprimía bajo su yugo férreo a las poblaciones conquistadas, desataba contra la Iglesia implacable persecución. Ciertas páginas de su vida, escritas por Salimbene, parecen calcadas sobre la historia de Nerón o de Diocleciano (1).

Los güelfos partidarios de la libertad y defensores de la Iglesia Romana se oponían enérgicamente a los proyectos de Federico. Los Terciarios constituían el contingente más activo, más emprendedor; de Norte a Sur de Italia, formaban una vasta liga, una inmensa confederación que organizaba la resistencia hasta en las más insignificantes aldehuelas y mantenía en constante agitación al tirano y a sus huestes salvajes.

Finalmente el poder del déspota vino a estrellarse contra un grano de arena, contra la pequeña Rosa de Viterbo. Con el hábito franciscano, ceñida de una cuerda, descalzos los pies, sobre una gran piedra, esa heroína de doce años, arenga a la multitud y los decide a emprender cruzada contra Federico II, peor que el Turco y el infiel. Desterrada al igual que sus ancianos padres, entra de nuevo triunfante en Viterbo y predice la próxima muerte del perseguidor de la Iglesia, excomulgado, separado de la comunión de los fieles.

La profecía de Rosa tuvo exacto cumplimiento y el trece de diciembre de 1250 expiraba el tirano en el castillo de la Pouille.

En suma la Orden Tercera de San Francisco durante el siglo XIII ejerció una acción preponderante bajo el triple punto de vista, religioso, social y político. Dió a la Iglesia multitud de santos; a la sociedad, el bene-

(1) SALIMBENE, *Chron. Parm.*, an. 1247-1250.

ficio de la verdadera libertad, igualdad y fraternidad; al Papado, una legión de héroes. Protegidos por el Papa-Rey, los terciarios se agruparon como potente armada en torno de su Bienhechor y le aseguraron de esta suerte su triunfo y su independencia.

Conclusión.—A ejemplo de nuestro Seráfico Padre, busquemos el reino de Dios y su justicia y nuestros deseos serán sobreabundantemente cumplidos. Francisco no tuvo otra política que la del Evangelio; los ojos tiernamente fijos en su Amor crucificado, predica penitencia, el advenimiento del Reino de Dios y afirma los derechos de Cristo y de su Vicario. Ahí está el secreto de su genio, de esa poderosa influencia que, tras siete centurias, no cesa de irradiar por el orbe entero.

CUARTA PARTE. — EL ALVERNIA

Consumación de la Perfección Seráfica

Francisco ha formado su alma a imagen de Jesús Crucificado, ha fundado tres Ordenes, cuyo fin es reproducir y perpetuar en el mundo el Modelo adorable de toda perfección.

En el monte Alvernia, Jesús Crucificado corona la obra de Francisco y perfecciona la divina semejanza:

1.° En su espíritu, por los dones de la Contemplación.

2.° En su cuerpo, por la impresión de las Llagas.

3.° En su corazón, por el incendio del Amor.

I. En su Espíritu, por los dones de la Contemplación

A. — Infusión de los dones de la Contemplación

a) *San Francisco Contemplativo*

"El Angélico Francisco, dice S. Buenaventura, no se daba tregua en la práctica del bien. Semejante a los espíritus celestiales de la escala de Jacob, se elevaba a Dios por la oración, descendiendo para comunicar al prójimo las gracias obtenidas" (1). Repartía su tiempo entre el difícil ministerio de las almas y el suave arro-

(1) *Leg.*, cap. I, § 1.

bamiento de la contemplación (1). Así nos ofrece en su persona el modelo de la vida contemplativa unida a la actividad apostólica (2).

"Siempre, junto al apóstol y al misionero se ha hallado en Francisco al anacoreta; en todas las comarcas donde dejó su huella se encuentran, aún hoy, las chozas y grutas, aquellos *eremi*, aquellos *ritiri* donde, a menudo, gustaba de aislarse... Estos lugares todos, nos demuestran que el espíritu que animaba a Francisco de Asís era exactamente el mismo que, en otros tiempos, a fines de la edad antigua, inspiraba a Benito de Nursia y que, a principios de los tiempos modernos, debía animar a Ignacio de Loyola. Si se quiere, pues, comprender del todo a Francisco de Asís, es fuerza de seguirle allá hasta la cima del monte, hasta dentro de esta gruta solitaria" (3).

b) *El Alvernia, Tabor y Calvario de San Francisco*

De todos los lugares a propósito para la contemplación, el Alvernia tenía sus preferencias; su amigo el conde Orlando se lo había cedido a él y a sus Frailes; varios de éstos habitaban allí en pobres chozas construídas con ramaje, cabe una capilla dedicada a la Reina de los Angeles. Y es éste el lugar donde venía

(1) *Mos ejus erat tempus... dividere, aliud proximorum lucris impendere, aliud contemplationis beatis seccessibus consummare.* C. 94, 15.

(2) *Positus est in exemplum perfectae contemplationis, sicut prius fuerat actionis...* Itinerarium. Cap. VII, § 3.

(3) Joergensen, *Saint François d'Assise.* Liv. II. Chap. 1.º

Francisco a rehacerse de las fatigas del apostolado con las dulzuras de la contemplación.

Por última vez le vemos subir las agrestes vertientes de la santa montaña; León y Rufino le acompañan y llevan la misión de velar para el mejor recogimiento de su Padre, apartando de él cuanto pueda estorbar sus íntimos coloquios con Dios (1).

Dos años no más le quedan de vida; la Providencia divina le atrae hacia la cumbre del Alvernia. Calvario de su doloroso martirio y Tabor de su gloriosa estigmatización. Allí se desarrollará aquel drama de amor y de dolor que consumirá la completa unión de su ser con el divino Crucificado.

c) *Queda colmado de dones sobrenaturales*

Llegamos al apogeo de las místicas ascensiones de este hombre divino; *ferebatur quidem in altum.* "Siéntese inundado de una apacible y suave felicidad, muy raramente concedida ni a los más privilegiados, felicidad que conoce desciende de lo alto, que invade todo su sér, se apodera de su alma y le arrebata fuera de sí mismo. Tan grandes son las delicias experimentadas en el éxtasis, que se esfuerza de mil diferentes maneras para pasar totalmente allí donde, saliéndose de sí mismo, ya había llegado en parte" (2).

(1) *Assumpsit socios... ut tuerentur eum ab incursu et conturbatione hominum, et suam quietem in omnibus diligerent ac servarent.*—C. 94, 18.

(2) *Infusa namque dulcedo et suavitas, rarissimis raro data, quam sibi desuper senserat adspirare, cogebat eum totum a se ipso deficere, et tanta jucundidate repletus cupiebat modis omnibus illuc ex toto transire ubi excedendo seipsum, jam parte praecesserat.*—C. 95, 17.

Francisco alcanza entonces la cumbre de la perfección seráfica. Fijemos con San Buenaventura nuestra morada en el Alvernia; allí meditaremos piadosamente sobre los medios tan extraordinarios como sublimes de que se vale el Señor para atraer hacia Sí a nuestro Bienaventurado Padre y hacerle gustar las inefables delicias de la mística unión.

B. — La Contemplación Mística

a) *Nociones preliminares*

La Mística es una ciencia la más noble de todas; es esta sabiduría oculta que el Espíritu Santo nos ha revelado (1).

Esta ciencia forma parte integrante de la sagrada Teología, de la que es digno complemento; trata especialmente de la vida contemplativa y de la unión sobrenatural del alma con Dios (2).

Esta vida de íntima unión con Dios se llama *contemplativa* porque la contemplación es su principal elemento, el eje alrededor del cual se desarrollan los fenómenos místicos. Estos se agrupan en torno de la contemplación, como partes preliminares, esenciales, concomitantes o subsiguientes de un acto principal (3).

(1) *Ideo dicit Apostolus hanc mysticam sapientiam esse per Spiritum sanctum revelatam.* Itinerarium. Cap. VII. § 1

(2) *Theologia mystica, quae de especiali unione cum Deo ac de vita contemplativa tractat.* Cf. *Theologia moralis.* Tom. I. Auctore P. Timotheo. O. M. C.

(3) Ribet. *La Mystique divine,* tom. 1.º, pág. 33.

El catálogo de las obras auténticas de San Buenaventura, ordenado por nuestros hermanos en San Francisco, los inteligentes religiosos de Quaracchi, no contiene sobre la mística ningún tratado *ex professo.* No obstante, debemos dar a los queridos Novicios algunas nociones precisas de esta ciencia, cuyo sólo nombre inspira como una especie de terror, a causa de las misteriosas tinieblas con que aparecen envueltos y ocultos a los ojos de los profanos los secretos del amor divino.

En su *Tratado sobre la canonización y beatificación de los siervos de Dios,* el Papa Benedicto XIV distingue dos clases de contemplaciones: una adquirida y la otra infusa.

De la contemplación adquirida.—Hemos tratado de ella más arriba en el capítulo de la contemplación ordinaria.

b) *Definición de la Contemplación Mística*

Benedicto XIV la define así: "Una simple comprensión intelectual, unida a un amor delicado para las cosas divinas y reveladas, que procede de Dios, quien aplica de un modo especial la inteligencia a contemplar y la voluntad a amar estas cosas reveladas, cooperando a dichos actos con los dones del Espíritu Santo: dones de inteligencia y de sabiduría, que producen en el entendimiento una viva percepción y un amor ardiente en la voluntad" (1).

(1) *Definitur contemplatio infusa seu potius describitur sequentibus verbiss simplex intellectualis intuitus cum sapita dilectione divinorum aliorumque revelatorum, procedens a Deo*

Esta magistral definición resume bien claramente toda la doctrina de los autores y escritores místicos. El sabio Pontífice continúa así: "Estos dones de inteligencia y de sabiduría proceden del Espíritu Santo. El primero es una especie de luz, mediante la cual, la inteligencia, iluminada ya con los destellos de la fe, comprende las verdades que Dios ha revelado, y de tal suerte que las penetra sin sombras de ninguna clase. El don de la sabiduría, por su parte, consiste en una cierta cualidad infusa por la cual el alma, fijando su atención sobre el objeto revelado, se siente invadida, al conocer esta verdad, de la más dulce y apacible felicidad".

Ambos dones forman parte de la contemplación y hacen que las verdades reveladas por Dios sean conocidas con más precisión y amadas con un amor más intenso y perseverante (1).

c) *Principios y efectos de la Contemplación Mística*

Es Dios, actuando libérrimamente sobre el alma contemplativa, absolutamente libre asimismo aunque pa-

speciali modo applicante intellectum ad intuendum, et voluntatem ad diligendum ea revelata, et concurrente ad eos actus per dona Spiritus Sancti, intellectum et sapientiam cum magna illustratione intellectus. De servorum Dei Beatif. L. 3, c. 26, n.º 7, t. 3, f. 292.

(1) La Fe y la Caridad concurren al acto de la contemplación, que en resumen no es más que un acto sublime de Fe concerniente a alguna verdad divina y que encierra necesariamente el amor de Dios que procede de la Caridad como de su origen. Pero sobrepasando en mucho la contemplación al común obrar de los fieles por la Fe y la Caridad, síguese de ahí

siva. "Aquí, dice San Juan de la Cruz, Dios es el agente principal, que comunica al alma, por infusión sobrenatural y en grado eminente, el conocimiento y el amor de Sí mismo. El alma recibe estas gracias espirituales sin dar de su parte más que el consentimiento". (*Llama de amor viva*). Así pudo decir San Buenaventura: "*Ad hoc nihil potest natura... totum Dei dono... et Creatrici Essentiae*" (1).

No obstante, el alma no sufre en su libertad. "Se entrega totalmente a Dios, dice Bossuet, como el esposo a la esposa, con la misma espontaneidad y libertad que Dios se da a ella, porque Dios eleva la acción de su libre albedrío al más alto grado, a fin de ser elegido con mayor libertad" (2).

"En el estado unitivo, observa Ribet, la Fe y la Esperanza bajo la acción de la Caridad se vuelven más activas e intensas... todas las virtudes morales se elevan hasta el heroísmo" (3).

Nuestro venerable Padre Honorato de París se sirve de la siguiente comparación para explicar la manera como en la contemplación esta *santa actividad* del alma concuerda con una *santa pasividad.*

"Consideremos al artista que contempla una excelente pintura. Se halla de tal modo absorto que se ol-

que los actos ordinarios de estas virtudes no son causa suficiente para llegar a la contemplación... Es necesario el concurso de los dones del Espíritu Santo, que elevan nuestras potencias y las hacen aptas para realizar los actos correspondientes a las *virtudes extraordinarias.* P. Seraphin. *Principes de Théologie mystique.* I partie, chap, 3, pág. 11.

(1) *Itinerarium,* cap. VII, § 5.

(2) *Etats d'oraison, Traité* LVIII.

(3) *Vertus et dons,* pág. 313.

vida de todas las demás cosas, hasta de las que le rodean. Nos parecerá que está enteramente ocioso, sin embargo no es así, pues que la belleza del cuadro que tiene a la vista ocupa toda su atención, según es el placer que le causa.

"Lo mismo acontece en la contemplación de la divina beldad y de sus operaciones. Aunque parezca como que el entendimiento y todo conocimiento natural estén ociosos, por lo mismo, que a pesar de todos sus esfuerzos, no pueden llegar a la comprensión de esta divina claridad, no obstante, el amor, por la excelencia de lo que de Dios hace saborear al alma así favorecida, elévala sobrenaturalmente al conocimiento experimental de la excelencia y bondad divinas. Este conocimiento experimental embarga todas las potencias del alma con un placer bien digno por cierto de tal objeto...

"En esta *santa ociosidad* (por la imperfección de nuestro entendimiento nos vemos obligados a nombrarla así) la bondadosa mano de la divina bondad hace ejercitar el alma en la práctica constante de las virtudes heroicas.

"¡Oh, qué clarividencia la de este afortunado entendimiento así elevado por encima de todo cuanto nos representa a Dios en imágenes y semejanzas cualesquiera! ¡Cómo cree y contempla cuanto enseña la fe cristiana! ¡Con qué confianza (por no decir con qué certeza) el alma espera los eternos goces de la gloria de los que recibe gajes tan preciosos! ¡Qué inmensa llama de amor divino consume a este corazón, amor eterno que llena el alma tan por completo que no deja lugar para ningún otro amor. El alma en tal estado, sólo desea amar. *"Ha ordenado en mí la Caridad"*,

dice. Y por lo mismo que Dios, esencialmente bueno, justo, misericordioso, espléndido, y, en suma, raíz y manantial de todas las virtudes, exterioriza todos los actos de estas virtudes sin que haya en El multiplicidad ninguna, así el alma que ha reparado la perfecta semejanza con Dios, en sí representa toda su perfección la cual de tal modo se ha apropiado que, contemplando y amando ese divino objeto, produce los actos heroicos de las virtudes que acabamos de mencionar.

"Así es como debemos comprender y practicar esta *santa ociosidad* tan recomendada por los doctores contemplativos; de esta manera representaremos en realidad la imagen de la beatitud de Dios y de sus Santos, en cuanto cabe hacerlo desde este destierro." (*Académie Evangélique,* III p., ch. X., p. 530).

C. — La Unión mística o Desposorio espiritual

a) *Es el fin de la Contemplación*

El fin a que tienden todos los actos divinos en el alma contemplativa, es llamado *Unión mística* o *Desposorio espiritual.*

"Por imperfecta que resulte esta comparación tomada del matrimonio humano, no encuentro otra más a propósito, dice Santa Teresa, para expresar mi pensamiento."

En el desposorio espiritual, todo acontece como en las uniones terrenas; hay las entrevistas frecuentes, después los esponsales y luego el matrimonio.

Así también la unión espiritual del alma contemplativa con Dios se desarrolla en una triple gradación

que es: la unión simple, los desposorios y la unión consumada (1).

La Unión simple. — Consiste en una fugaz sensación de la presencia de Dios; cesa con la inspiración divina que ha determinado este afecto pasajero. Se llama *Unión simple* porque se produce en el alma como naturalmente sin ir acompañada de los fenómenos extraordinarios del éxtasis.

Los Desposorios. — Está clase de unión se revela por un sentimiento que se apodera tan intensamente del alma contemplativa que todo otro afecto queda momentáneamente en suspenso. Es la unión extática a la que se llega por los tres grados ascendentes: Extasis simple, arrobamiento y elevación del espíritu (2).

El Matrimonio espiritual. — Es la unión perfecta del alma contemplativa con su Dios; ella vive en su compañía y siente habitualmente su presencia en lo más íntimo de su ser.

En los desposorios, hace notar Santa Teresa, la unión no es continua, pues que se ve interrumpida a menudo y entonces el alma se halla sin la compañía de Nuestro Señor, es decir, que no experimenta este sentimiento. Pero en la unión completa no sucede así; el alma mora siempre en Dios y en El tiene fija su mirada.

La *permanencia* del sentimiento que el alma experimenta de su íntimo amor para con Dios, da carácter

(1) *Tres dantur species unionis et sunt: unio simplex, unio desponsationis, et unio consumata quae vocatur unio matrimonii spiritualis.*—Sanctus Alphonsus. (Prax. confess. n.º 137).

(2) *In hac vero unione desponsationis, tres sunt alii gradus diversi, scillicet: extasis, raptus et elevatio spiritus.* Sanctus Alphonsus, ibidem.

a esta gracia sublime. Por esto se llama *Unión consumada,* porque es perdurable e indisoluble.

Semejante *estabilidad* no implica necesariamente la impecabilidad absoluta y física, como sucede con los Bienaventurados que disfrutan de la visión beatífica. Requiere sí, una cierta imposibilidad moral de deshacer por el pecado el lazo de la unión contraída con Dios; y esto por razón de la fortaleza y de la abundancia de gracias concedidas al alma así sublimada a la categoría de esposa de Jesucristo (1).

b) *Nuestro Seráfico Padre elevado a la Unión Mística*

Un texto de precisión admirable no nos deja lugar a duda sobre el particular; es de San Buenaventura. "El Amor, dice, llevaba a Francisco hacia Cristo con tal impetuosidad, y el Amado correspondía a dicho amor con una intimidad tan dulce y familiar que le parecía al siervo de Dios *sentir* la presencia casi continua del Salvador como si le tuviese delante los ojos" (2).

"*Quasi jugem sentire praesentiam*", sentía la presencia *casi* continua del Salvador. En efecto, la perfecta

(1) En el estado de la gracia santificante, la presencia de Dios se oculta ordinariamente al sentimiento de la conciencia. Apenas si de tarde en tarde nuestra alma unida a Dios experimenta su presencia por la suavidad e intensificación del fervor. Ordinariamente sólo se revela por la fuerza y energía que comunica en los combates por la virtud.

(2) *Tam fervido quidem in Christo ferebatur affectu, sed et Dilectus illi tam familiarem rependebat amorem, ut videretur ipsi famulo Dei quasi jugem prae oculis ipsius Salvatoris sentire praesentiam, sicut aliquando sociis familiariter revelavit. Leg.* Cap. IX, § 2.

y consumada unión no excluye por completo alguna interrupción en el sentimiento de la presencia divina. Ciertas causas pueden suspenderlo momentáneamente, por ejemplo, el sueño, o bien en la vigilia, la multiplicidad de ocupaciones exteriores que absorben la atención del espíritu.

Ipsius Salvatoris sentire praesentiam. San Buenaventura, o mejor, nuestro Seráfico Padre, él mismo, conversando con sus confidentes sobre el sentimiento de la presencia del Sér divino, nunca hablaba en general sino *especificando* el objeto del cual experimentaba sensiblemente la presencia casi continua y que no era otro que la persona misma de Jesucristo nuestro adorable Redentor.

Este hecho místico de la presencia sensible del Salvador en el alma elevada a la unión mística, confirma la doctrina de la seráfica Santa Teresa. Explicando la manera como se efectúa el desposorio espiritual dice: "Se dá principio a la ceremonia mediante la vista y la cohabitación de la Trinidad Santísima en lo íntimo del alma; continuándose y acabando *por la unión especial del alma con el Verbo hecho carne*" (1).

c) *Excelencia de la Unión Mística*

Fruto de la contemplación, la unión mística es una de las gracias más insignes que Dios puede conceder al hombre. "No es solamente, observa Bossuet, una simple unión por la gracia santificante común a todos los fieles, o bien por el amor actual poderoso y hasta

(1) *Moradas.*—7.ª Cap. I.

extático concedido a las grandes almas; es el más alto grado de la contemplación, el don más sublime del Esposo que se entrega El mismo, que se indentifica con el alma, que la subyuga entregándose por completo entre sus brazos, y haciéndose sentir y comprender de ella por un conocimiento experimental en que la voluntad sobrepasa al entendimiento y el amor a la vista".

Adoremos en silencio este inefable misterio sin querer penetrarlo, admiremos la condescendencia de un Dios que se humilla hasta su criatura para elevarla hasta El. "*De stercore erigens Pauperem.*"

Conclusión. — Haciendo del Pobrecillo de Asís un perfecto contemplativo, Dios quería, más por el ejemplo que por la palabra, invitar a todos los hombres verdaderamente espirituales a que intentaran un esfuerzo semejante para elevarse hasta la cumbre de la contemplación y del éxtasis (1). Así lo atestigua el Seráfico Doctor.

Si se nos objeta que no está en nosotros el practicar esta especie de oración, porque la divina luz se manifiesta según y a quien le place y no a quien la quiere o la desea, podemos contestar con nuestro venerable P. Honorato de París: "Aunque sea así y que por dicha razón, al principio hayamos dicho que en semejante modo de orar, el alma obra con más pasividad que actividad; no obstante, desea de tal manera esta divina luz comunicarse a nosotros, que si trabajamos con ardor para hacernos dignos de recibirla y hacemos cuanto esté de nuestra parte, no hay duda que ella

(1) *Ut omnes viros vere spirituales Deus per Franciscum invitaret ad hujusmodi transitum et mentis excessum magis exemplo quam verbo. Itiner.* Cap. VII, § 3.

suplirá nuestra insuficiencia. No en vano es la misma que habla en el libro de la Sabiduría y dice: "El que madrugare para buscarla, la encontrará sin falta". Madruguemos, pues, haciendo lo que dependa de nosotros, a fin de que cuando terminemos la jornada, podamos gozar para siempre de su divino resplandor" (1).

II. — En su carne, por la impresión de las Sagradas Llagas

Después de una ferviente oración en su oratorio del Alvernia, Francisco se acerca al altar. Tomando el libro del santo Evangelio, ruega al Padre de las Misericordias y al Dios de toda consolación se digne manifestarle su voluntad. Por tres veces el Libro Santo se abre y tres veces señala la Pasión de N. S. Jesucristo. (C. 36).

"Henchido su corazón del Espíritu divino, entiende que le está reservada una más estrecha unión con Jesús crucificado y que antes de entrar en el reino de los cielos, tendrá que sobrellevar hartos trabajos y dolores, tendrá que sostener rudas luchas". (C. 96, 23).

El esforzado atleta no se amilana, antes se anima a combatir los buenos combates y entona un cántico de júbilo.

Al igual que su divino Maestro tendrá su dolorosa Pasión, obtendrá la palma del martirio, objeto de sus más ardientes deseos (2).

"Paratum cor meum Deus!".

(1) *Académie évangélique,* IIIe traité, cap. IV, pág. 482.

(2) *Manebat inconcussus et laetus, et sibi et Deo in corde suo, laetitiae cantica decantabat. Propterea majori revelatione dignus habitus est.* C. 97, 10.

a) *La Visión del Alvernia*

"Arrebatado por el ardor de ese deseo seráfico, Francisco subía hacia Dios; una tierna compasión le transformaba en su Jesús clavado sobre el Leño por un exceso de amor" (1).

He aquí que un amanecer, allá por la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, una visión súbitamente impresiona su vista. Un serafín desciende de las celestes alturas y viene a colocarse en el aire muy cerca de él. Entre las seis alas del Serafín aparece la figura de un hombre cuyos pies y manos están clavados en cruz. Dos de sus alas se elevan por encima de su cabeza, otras dos cubren su cuerpo, y con las restantes emprende el vuelo.

A vista de eso, Francisco siéntese acometido de estupor; su corazón experimenta una alegría mezclada de tristeza. Siéntese feliz bajo las miradas de Aquel en quien reconoce a Cristo, pero al verle clavado en cruz, intenso dolor se apodera de su alma.

Y lo que le causaba mayor maravilla, era ver reunidas en Cristo, bajo la apariencia de un Serafín, los dolores de la Pasión y las prerrogativas de la inmortalidad glorificada (2).

Una revelación divina vino a darle a conocer ese misterio. Entonces él, amigo de Cristo, comprende que

(1) *Cum igitur seraphicis desideriorum ardoribus sursum ageretur in Deum et compassiva dulcedine in Eum transformaretur qui ex caritate nimia voluit crucifigi. Leg.* Cap. XIII, § 3.

(2) *Haec videns vehementer obstupuit... Laetabatur in gratioso aspectu, quo a Seraphico conspici se videbat, sed crucis affixio terrebat eumdem.* C. 344, 80. — 98, 3; *Leg.* Cap.XIII, § 3.

va a ser enteramente transformado en Jesús crucificado "no por martirio de su cuerpo, sino por un martirio de amor" (1).

b) *La impresión de las Sagradas Llagas*

"El suceso no tarda a manifestarse. Comenzaron por aparecer las señales de los clavos en sus manos y pies como las viera en el hombre crucificado. Las cabezas de los clavos veíanse en lo interior de las manos y sobre los pies, y sus puntas salían por la parte opuesta. Las cabezas eran negras y redondas, y largas sus puntas y como remachadas con fuerza.

Su costado derecho mostraba una herida hecha como con lanza, y la sangre corría con tal abundancia que túnica y ropa interior de ella se empaparon".

Tal es el relato exacto de ese prodigio según está en Celano, testimonio irrecusable de la verdad de los Sagrados Estigmas: "Vímoslo con esos ojos y los tocamos con nuestras manos. Además varios de los compañeros del Santo las vieron durante su vida, y, después de su glorioso tránsito, más de cincuenta frailes y un número incalculable de fieles las veneraron" (2).

Nada, pues, más verdadero en la historia de San Francisco que lo tocante a los Estigmas (3).

(1) *Intellexit, domino revelante se non per martyrium carnis, sed per incendium mentis totum in Christi crucifixi similitudinem transformandum. Leg.* Cap. XIII, § 3.

(2) *Vidimus ista qui ista dicimus, manibus contrectavimus, quod manibus exaramus... Plures nobiscum fratres, dum viveret sanctus, id aspexerunt; in morte vero ultra quam quinquaginta cum innumeris saecularibus venerati sunt.* C. 345, 27.

(3) *Propterea nihil de eo verius quam quod de sanctis Stigmatibus praedicatur.* C. 344, 6.

En cuanto a explicar ese milagro, eso, como ya dijo Celano, es querer sondear lo insondable. "Un tan grande misterio se hizo manifiesto en la carne porque no podía explicarse por la palabra. Que nuestro silencio hable, pues, tan sólo, prosigue el historiador; a falta de expresión, Francisco llagado proclama la verdad del prodigio" (1).

c) *Efectos maravillosos de la Estigmatización*

Según los místicos, los Estigmas son o una recompensa gratuitamente concedida por Dios a un alma contemplativa, o una *disposición especial* para elevarla a la unión mística. "Dios, dice el P. Serafín, Pasionista (2), las comunica a San Francisco de Asís, una vez que éste ha hecho su entrada en la unión perfecta, y para él, esas llagas son una recompensa".

La impresión de las Sagradas Llagas produjo en San Francisco tres admirables efectos:

1.° *La Comunidad de bienes con Jesús Crucificado.* Un día Nuestro Señor aparecióse a Santa Teresa y, extendiendo su diestra traspasada, le dijo: "Mira ese

(1) *Ideo in carne debuit aperiri, quia non potuisset sermonibus explicari. Loquatur ergo silentium, ubi deficit verbum, quia et signum clamat, ubi deficit signum...* C. 321, 21.—Por lo demás, los Soberanos Pontífices han afirmado solemnemente la verdad de un suceso tan singular; han instituído la fiesta de la Impresión de las Llagas de san Francisco a fin de honrar la memoria de semejante milagro y perpetuarla en toda la Iglesia Católica.

(2) *Principes de Théologie mystique,* II partie, Ch. XIV, n. 230.

clavo, voy a dártelo en señal y prenda de la alianza que contraigo contigo" (1).

Sobre el Alvernia Francisco recibió una prenda todavía más completa de su mística unión; Jesús Crucificado le entrega todo lo que posee: sus clavos, que fija vivientes en las manos y pies de su fiel siervo, la llaga de su divino Corazón abriendo en el costado de Francisco una llaga anchurosa e igual a la que le hizo la lanza del soldado.

Desde entonces se establece entre ambos una comunidad, las llagas de Jesús son las llagas de Francisco. Para contemplar a Jesús, basta contemplar su propia carne; para saborear los sufrimientos del divino Paciente, basta de sobra sentir las que sabe existen en todos sus miembros y en su costado sangrante. Asimismo su mente se circunscribe al ejemplar divino que ha forjado esos clavos vivientes y taladrado sus carnes; de todo en todo se echa en las llagas del Salvador y allí de amor desfallece: es el éxtasis seráfico (2).

Como otro Moisés, dice San Buenaventura, Francisco, traspuesto el Mar Rojo por virtud de la Cruz, entra en esas llagas divinas, como en un desierto sagrado, donde paladea un maná delicioso. Muerto al mundo, experimenta el efecto de la promesa hecha por el Hijo de Dios al buen Ladrón, transfigurado por el amor. "Estarás hoy conmigo en el Paraíso" (3).

(1) Citado por Lejeune. *Manuel de Théologie Mystique*, Chap. VIII, § 6.

(2) *In vulneribus Salvatoris exinanitus totus diutius residebat.* C. 73, 7.

(3) Cfr. Bernardino de París. *Esprit de saint François d'Assisse.* III partie, Chap. X, § 4.

2.º *Glorificación anticipada de su carne.* Entre los dones de los cuerpos gloriosos, no pocos pasaron al cuerpo de San Francisco, recibidas las Sagradas Llagas, entre ellas la claridad y la agilidad. San Buenaventura nos describe una escena digna de poner a prueba el pincel de un artista cristiano. Haría juego con la tela inmortal de la Transfiguración de Cristo en el Tabor.

"Una noche, estando en oración Francisco, le pudo observar su compañero con los brazos extendidos en cruz y levantado su cuerpo en alto. Una nube luminosa le rodeaba y era la claridad de su alma abrasada por las divinas claridades. Establecióse entonces un tierno diálogo entre Francisco y su Amado y la divina Sabiduría le ponía al descubierto sus arcanos. Escrupulosamente los guardaba y no osaba manifestarlos sino cuando se veía constreñido a ello por un motivo de caridad o para utilidad del prójimo" (1).

Las *Fioretti* (Cap. XXXIX) añaden que Fray León, testigo de semejante ascensión misteriosa, prosternóse en tierra y besó reverente el polvo que había recibido la planta del escogido, a la vez que exclamaba: "Dios mío, sed propicio a mí, pecador, y, por los méritos de ese hombre santísimo, haced que encuentre misericordia."

Qué bello el hijo de Bernardón transfigurado por el éxtasis. Verdaderamente su cuerpo elévase a celestes alturas, su corazón se embriaga de amor hacia el Sal-

(1) *Ibi visus est nocte orans, manibus ad modum crucis protensis, toto corpore sublevatus a terra et nubercula quadan fulgente circumdatus, ut illustrationis mirabilis intra mentem mira circa corpus perlustratio testis erat... Leg.* Cap. X, § 4.

vador Jesús que ha regenerado su carne humillada y la ha hecho semejante a la suya, resplandeciente de divinas claridades (1).

3.° *Prerrogativas de la justicia original.* La carne de Francisco adornada con las sagradas Llagas no guarda señal de las oprobiosas huellas del pecado de origen. Su cuerpo purificado, santificado, consagrado por el Amor-Redentor, conviértese en vaso precioso que contiene la santa Víctima del Calvario y la hace resplandecer a las miradas compasivas de los fieles (2).

"Según piadosa creencia de grandes santos e ilustrados Doctores, esta milagrosa impresión de las Llagas del Salvador, puso el sello a la castidad de Francisco; desde entonces encontróse en un estado parecido al de la inocencia original y no experimentó ya los asaltos de la carne" (3).

"Es verosímil, dice Bartolomé de Pisa, que Jesús comunicara a Francisco las propiedades de su carne divina... Verosímil es que de las heridas de Jesús, como de una fuente de pureza, haya saltado una chispa de gracia al cuerpo de Francisco comunicándole de esta suerte las inmunidades de la carne del Salvador. Las divinas llagas consumieron en él todo lo que restaba del hombre viejo y produjeron el hombre nuevo, crea-

(1) *Nostra autem conversatio in coelis est, unde etiam Salvatorem spectamus, D. N. J. C., qui reformabit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritatis suae.* Ep. ad Phil. Cap. III, 20.

(2) *Illud pretiosissimum vasculum, in quo coelestis thesaurus erat absconditus.* C. 101, 27.

(3) P. José de Dreux, *Retraité Séraphique,* 5 jour, 1re. Medit. 2 point.

do en justicia y santidad de verdad y de vida (1). La armonía original entre el cuerpo y el alma quedaba de nuevo restablecida. Francisco lo comprobó: "Yo y mi hermano el cuerpo hicimos nuestros adobos y conciertos, y serviremos al Señor sin sombra de dificultad" (2). Tan perfecta era la sumisión de la carne al espíritu que de por sí se adelantaba a los deseos de Francisco y le tomaba la delantera en los arduos senderos de la virtud (3). (C. 268, 1).

Y todavía más, la naturaleza entera le obedecía rendida, pues Francisco había nuevamente recobrado el cetro que cayó de las manos de Adán prevaricador.

"Oh Dios, exclama Bossuet, he observado vuestras obras y heme llenado de espanto. ¿Qué se hizo del imperio que nos dísteis sobre los animales? Un resquicio vemos tan sólo entre nosotros, débil memorial de nuestro antiguo poder, reliquia miserable de nuestra fortuna pretérita" (4).

"Si hay Santos que llevaron más visiblemente la señal del Dios vivo,—observa en otro pasaje—las bestias más feroces se echaron a sus plantas, las llamas se retiraron para no dañarles, etc." (5).

¿Qué santo ha habido más expresamente señalado con la señal del Dios vivo que Francisco? San Buena-

(1) Citado por el P. Bernardino, de París, *ibid.* 3 partie, Chap. VII, § 1.

(2) *In hoc perfecte convenimus ego et ipsum corpus, ut sine aliqua repugnantia Christo Domino serviremus.* C. 328, 1.

(3) *Tanta enim in eo carnis ad spiritum erat concordia... quod cum ille omnem niteretur apprehendere sanctitatem, ipsa nihilhominus non solum non repugnabat, sed et proecurrere satagebat!* C. 101, 13.

(4) *Elévations sur les mystères,* Ve. semaine, 1re. Elévation.

(5) Primer sermón de Todos los Santos.

ventura nos le presenta bajando del Alvernia con la imagen de su Dios crucificado esculpida no sobre piedra o madera por mano de hombre, sino impresa en su carne por el dedo de Dios vivo (1).

Los historiadores nos dicen que a la par que Francisco recobraba la inocencia original, recobraba la soberanía que pertenecía por derecho al jefe de la creación (2). Venían los animales a acatarle, a acariciarle, al igual como lo hicieran con nuestro primer padre en el paraíso. Podemos, pues, decir con el Salmista: *Gloria et honore coronasti eum et constituisti eum super opera manuum tuarum.*

III. En su Corazón por el incendio del Amor Seráfico

En desapareciendo, la celeste visión dejó en el corazón de Francisco un maravilloso ardor. El incendio de amor que le devora le señala el género de martirio que ha de padecer: el del Amor Seráfico que le ataba cuerpo y alma a la Cruz de Jesucristo y hacía uno de su corazón y del Amor Crucificado (3).

(1) *Descendit angelicus vir Franciscus de monte, secum ferens Crucifixi effigiem non in tabulis lapideis, vel ligneis manu figuratam artificis, sed in carneis membris descriptam digito Dei vivi. Leg.* Cap. XIII, § 5.

(2) *Ad innocentiam primam redierat cui, cum volebat, mansuebantur immunitia.* C. 352, 30. "Es un rasgo notado en muchos santos, que esas almas regeneradas habían readquirido el antiguo imperio del hombre sobre la naturaleza". Ozanam, *S. Fr. d'Assise.*

(3) *Disparens visio mirabilem in corde ipsius reliquit ardorem... Leg.* Cap. XIII, § 3.

a) *El Corazón de Jesús, foco del Amor Seráfico*

San Francisco de Sales nos cuenta de esta manera el gran milagro de la estigmatización del Alvernia: "El amor aguza la imaginación a las mil maravillas... mas abrir la carne el amor que mora en lo interior no puede buenamente hacerlo. Por eso el abrasado Serafín *hirió con rayos* de una claridad tan penetrante, que imprimió en realidad de verdad en el cuerpo las exteriores heridas que el amor había impreso ya interiormente en su alma... Esas llagas siendo, como así eran, de amor celeste, fueron hechas no con hierro, sino *con rayos de luz*" (1).

De las manos y pies de Jesús crucificado, de su corazón entreabierto, parten otros tantos rayos de luz que van a herir a Francisco en su cuerpo y forman clavos vivientes en sus miembros y abren anchurosa llaga en su costado. Por esta profunda cicatriz la llama del Corazón de Jesús pasó al corazón de Francisco y produjo voraz incendio.

Entonces desfallece Francisco y canta: "El amor me ha metido en la hornaza... Muero de amor! Hame lanceado el corazón... y lo ha herido. En la hoguera el amor me ha metido!..." (2).

(1) *Traité de l'amour de Dieu,* Lib. VI, chap. XV.

(2) Esta poesía ardiente y dolorosa muestra al vivo la tumultuosa agitación del alma de Francisco sobrecargada por una contemplación superior a las fuerzas humanas. "Esta pieza, dice Ozanam, revela el retoque de una mano hábil, quizá de algun discípulo encargado de corregir la inspiración del Maestro. Mas en el fondo se encuentra en ella toda la osadía genial de san Francisco, toda la precisión de su lenguaje, toda la impresión de un gran acontecimiento que puso a su persona un sello milagroso". Ozanam. *Poètes franciscains,* p. 74.

Dirigiéndose directamente a Cristo, Francisco exclama: "Amor de caridad, ¿por qué me has herido? Mi corazón se consume de amor; querría huir y se halla prendido... Muero viviendo en tal desfallecimiento...

Y Cristo responde a Francisco: "Tú que me amas, ordena tu amor, pues no hay virtud sin orden!... Por un arranque vivo en demasía, has caído en exceso, has salido del orden; tu fervor no conoce freno..."

La respuesta de Francisco es la apología más contundente de los ardores del Amor divino. El mismo autor de la *Imitación* en el inmortal capítulo consagrado a descubrir los efectos de ese amor, no posee osadías semejantes a esa (1).

"¡Oh Cristo! ¿Me has robado el corazón y me mandas poner orden en mi alma?... Entregándote a mí sin reserva, hasme arrebatado la medida. Tú me bastabas y no puedo contener tu grandeza. Si falto en ello, tuya es la falta. ¡Oh Amor! El camino que ando, tuyo es, tú lo hiciste.

"A menudo caminabas sobre la tierra como embriagado; el amor te hacía vivir como enajenado. En todo mostraste amor, sin acordarte jamás de tí... Y estoy cierto que si no hablaste, si no te excusaste ante Pilatos, fué para concluir nuestro rescate sobre la Cruz que tu amor tenía premeditado".

Esas estrofas de una intimidad tan alta con Nuestro Señor nos indican bien a la clara donde se alimentaban las llamas que consumían el corazón de Francisco.

(1) Le Monnier. *Histoire de saint François,* chap. XVIII, T. II, p. 225.

¿Quién podrá concebir los divinos ardores con que se abrasaba el alma de Francisco? Su pecho incapaz de contenerlos, exclama San Bernardino de Sena (1) estalla y de su corazón dilatado el amor seráfico se difunde por el mundo para que arda, para que se abrase. *Domine Jesu Christe qui frigescente mundo ad inflammandum corda...*

b) *Sed que semejante incendio de amor produce en el corazón de Francisco*

La llama divina de la caridad, ese Fuego-Dios, *Ignis Deus*, como lo denomina San Buenaventura, tiene su foco en Jerusalén, en la cima del Calvario; procede de Jesús crucificado que la alimenta con el fervor de su ardentísima Pasión (2). Su efecto natural es abrasar las entrañas y encender en ellas una sed inextinguible. *Sitio*, tengo sed, suspiraba con gran dolor Jesús en su agonía. Esta sed ardiente consume asimismo el corazón de Francisco. Al igual que la de Jesús, la sed de Francisco reconoce su causa en la Caridad inefable.

Francisco tiene sed de almas. — En Amor seráfico abrasado, tenía sed por la salvación de las almas (3);

(1) "*O quanto amore Franciscus ardebat, cui amplissimi cordis regio non sufficit...* S. Bernardinus, *de Stigm.*, art. 2, cap. I.

(2) *Qui quidem ignis Deus est, et hujus caminus est Jerusalem, et Christus hunc accendit in fervore suae ardentissimae Passionis. Itiner.* Cap. VII § 6.

(3) *Seraphico amore ardebat in Deum, etiam sitiebat cum Christo crucifixo multitudinem salvandorum. Leg.*, C. XIV, § 1.

impelido por ese ardor, quiere proseguir sus correrías apostólicas. Como quiera que sus llagas no le permitieran la ejecución de tales deseos, manda a buscar un jumentillo, cabalgadura consagrada por el mismo Salvador (1).

La vista de ese crucificado viviente, que recorre villorrios y ciudades, hace que los fieles cobren ánimo para llevar generosamente la Cruz de Jesucristo (2).

¡Predicación muda y elocuente! Realizaba a plenitud la enérgica expresión de Celano: "*De toto corpore fecerat linguam*". (C. 101). Todo su sér hablaba y exhortaba a los pecadores a convertirse.

"Tres grandes obstáculos, dice S. Bernardino de Sena, retardan la conversión de los pecadores y les impiden retornar a Dios su fin último: la ignorancia del entendimiento, la tibieza de espíritu, la debilidad de la voluntad".

"Para remediar semejantes impotencias, Dios, autor de los estigmas, ha recogido en San Francisco algo así como tres rayos: el esplendor de la verdad, la vehemencia del amor y la fuerza de la caridad."

"Ese hombre celestial, mostrando sus llagas, producía simultáneamente estos tres efectos: instruía a los ignorantes... animaba a los tibios... y enseñaba a los espíritus tímidos que nada es imposible para el

(1) *Tantum animarum diligebat salutem et proximorum sitiebat lucra, ut cum per se ambulare non posset asello vectus circuiret terras.* C. 102, 5.

(2) *Faciebat proinde, quoniam propter excrescentes in pedibus clavos ambulare non poterat corpus emortuum per civitates et castella circumvehi, ut ad crucem Christi ferendam coeteros animaret. Leg.* Cap. XIV, § 1.

amor y nada es costoso para el que de veras ama a Dios" (1).

Sed de sufrimiento. — "Cuando sus venas se hallaban vacías y agostadas sus entrañas, la caridad de Jesús, dice San Lorenzo Justiniano, le forzó a lanzar ese grito: *Sitio*, tengo sed, sed no tan sólo de agua que refresque mi lengua, si que también sed de nuevos tormentos, anhelo nuevos dolores, suspiro por nuevas penas".

A partir de la recepción de las sagradas llagas, los dolores de Francisco iban empeorando (2). Ya no era más que un vaso resquebrajado que dejaba escapar por doquier las fuerzas todas. De ese cuerpo minado por la enfermedad, gastado por las austeridades, herido en todos sus miembros, la vida se marchaba, se escapaban las energías (3). Mas sus espirituales energías, por el contrario, se acrecentaban y las aplicaba por entero en el sufrimiento. A las penas, a sus dolores les daba el dulce nombre de hermanas (4).

Y no obstante, estos dolores se hacían crueles, insoportables a veces; su vida era un penoso martirio y más aún que un martirio; él mismo lo declaraba a uno de sus compañeros. Viéndole, éste, presa de intensos sufrimientos, le dijo: "Padre, ¿qué os parece más tolerable, esta larga y dolorosa enfermedad que os abate, o bien el

(1) Cfr. *Esprit de saint François d'Assise*, III. partie, chap. XII, § 2, p. 241.

(2) *Coepit corpus suum variis urgere languoribus et vehementioribus quam prius solitum esset.* C. 100, 25.

(3) *Illud pretiotissimum vasculum... coepit undique conquassari et virium omnium pati defectum.* C. 102, 2.

(4) *Has suas angustias non paenarum censebat nomine sed sororum.* C. 328, 31.

cruel suplicio que pudiera infligiros la mano del verdugo?" El santo contestó: "Hermano, mi más ardiente deseo ha sido siempre, y es aún, hacer toda la voluntad de Dios; quiero sujetarme con toda mi alma a sus decisiones. Sin embargo, un penoso martirio sería más llevadero que tres días de esta enfermedad." Y añadió modestamente: "Hablo, naturalmente, del sufrimiento que trae, no de la recompensa que merece". (C., 111, 27).

Otro fraile, mientras le cuidaba, obtuvo una respuesta bien distinta; se había atrevido a decir a su Padre torturado por el dolor: "Pedid al Señor que os trate con más suavidad; parece como que su mano os oprime cada día más!" A estas palabras, el santo deja escapar un profundo suspiro y exclama: "Si no conociese de antemano vuestra sencillez, me inspirariais horror. Cómo, ¿osáis poner reparos en la conducta de Dios para conmigo?" Y, al instante se arroja del lecho, haciendo crujir sus huesos con la caída. "Señor, Dios mío, dice prosternándose y besando el suelo, yo os doy gracias por todos los dolores con que me siento atormentado; os pido, si place a vuestra Bondad, que me hagáis sufrir cien veces más aún. Acepto de buen grado el verme colmado de aflicciones; mi alegría más intensa es hacer en todo vuestra divina Voluntad".

"Los frailes, continúa San Buenaventura, creían ver en Francisco a un nuevo Job soportando la prueba a que le sometía el Señor, y admiraban en él un temple de alma que se fortalecía al par que se acentuaban los sufrimientos". (*Leg.* Cap. XIV, párrafo 2). Como el Patriarca de Idumea, Francisco experimentaba en su corazón la firme esperanza de que pronto habría de obtener el premio de sus trabajos y de sus penas. El cielo

quiso, no obstante, darle de ello una certeza absoluta.

Cierta noche, en el colmo de sus dolores, Francisco llegó a apiadarse de sí mismo (1). Oraba, al mismo tiempo que luchaba contra el mal, cuando el Señor le dijo que alcanzaría la eterna Bienaventuranza. Y fuéle prometida mediante estas palabras: "Considera, Francisco, que se te da en recompensa de tus sufrimientos un peso tal de felicidad que juntando cuanto oro hay en el mundo nada representa en comparación de aquél, ¿no es verdad que los aceptarías con alegría muy intensa?" "¡Oh! sí, respondió el Santo, serían recibidos por mí con placer sin límites." "Entonces regocíjate, dijo el Señor, pues tu enfermedad no es otra cosa que un gaje de la herencia que te está reservada y puedes por ella esperar confiadamente en el reino que te tengo preparado" (2).

Fortalecido con esta formal promesa, Francisco se eleva por encima de sí mismo; acepta con amor las penas que soportaba con resignación. Y es entonces cuando entona las estrofas de su *Cántico de las criaturas* (3).

Sed ardiente de su perfección. Jesús, al ver consumado su sacrificio, exclama: *Sitio.* Tengo sed. Y lanza este grito, según nota el Evangelista, para que sean exactamente cumplidas las Escrituras. *Ut consummaretur Scriptura,* (Juan, XIX, 28). El único anhelo del corazón sagrado de Jesús era hacer completamente en to-

(1) *Coepit de intimo cordis compati sibi ipsi.* C. 329, 16.

(2) *Exsulta igitur, dixit illi Dominus, quia regni mei est arrha infirmitas tua et per patientiae meritum securus et certus ejusdem regni haereditatem expecta.* C. 329, 29.

(3) *Laudes de creaturis tunc quasdam composuit et eas utcumque ad creatorem laudandum accendit.* C. 330, 6.

do la voluntad de su divino Padre, manifestada en los Libros Sagrados (1). A pesar de los indecibles tormentos, su espíritu está ocupado en repasar lo que de El había sido dicho por los Profetas, portavoces de los divinos designios. Desea dar entero cumplimiento a todo, no dejando ni el más pequeño ápice, ni una coma (2). Y entonces es cuando deja escapar del fondo de su alma esta exclamación: *Consummatum est.*

Tal se nos presenta nuestro Seráfico Padre en el ocaso de su existencia. Según el sentir de sus historiadores, las llagas no representan para él una recompensa solamente; eran también un beneficio, un *manantial de perfección.* Al propio tiempo que Dios le señalaba exteriormente, abrasábale interiormente, dice San Buenaventura. Una como nueva savia de energías y de fortaleza recorre por todo su ser y se siente llamado a emprender aún otra nueva y más prolongada carrera.

"Si bien nuestro bienaventurado Padre, refiere Celano, aparecía como acabado modelo de gracias y virtudes ante Dios, y a la vista de los hombres sus santas obras brillaban con luz fulgente y esplendorosa, no obstante, ejercitábase continuamente en practicar lo más perfecto" (3). "Hermanos, decía a sus discípulos, comencemos de nuevo a servir al Señor nuestro Dios,

(1) *Ecce ascendimus Jerosolymam ut consummabuntur omnia quae scripta sunt per Prophetas de Filio hominis...* Luc. XVIII, 31.

(2) *Non veni solvere sed adimplere... iota unum aut unus apex non praeteribit a lege donec omnia fiant.* Matth., V. 17.

(3) *Licet gloriosus Pater jam esset coram Deo in gratia consummatus, et operibus sanctis rutilaret inter homines hujus mundi, cogitabat semper perfectiora incipere.* C. 108, 6.

pues lo que hasta hoy hemos hecho no basta" (1). Entonces ideaba grandes proyectos, quería volver de nuevo a la sencillez de los primeros días, consagrarse otra vez al cuidado de los leprosos. Proponía aislarse en la soledad; retirarse del mundo, a fin de que libre de todo cuidado terreno, no quedara entre Dios y él más que la frágil envoltura de su cuerpo (2).

Su Testamento espiritual, que hizo leer públicamente pocos días antes de su muerte, refleja exactamente las vehementes aspiraciones de su alma hacia la Perfección seráfica. Resume en el mismo su pensamiento con toda la energía de un Fundador inspirado por Dios y de un santo íntimamente unido a Jesucristo.

"*Quiero*, dice, trabajar aún, y *quiero* firmemente que los demás Frailes trabajen... *Quiero* firmemente obedecer al Ministro General de esta Fraternidad y a aquel Guardián que le pluguiere darme... y *es mi voluntad* sujetarme de tal suerte a sus órdenes... *Quiero* tener siempre junto a mí un Clérigo que me rece el Oficio según en la Regla se manda. Y a todos mis Frailes, Clérigos y Legos *mando* firmemente por obediencia que no hagan glosas en la Regla ni en estas palabras..."

Se haría difícil afirmar con mayor autoridad sus últimas voluntades. Satisfecho por haber cumplido fielmente este deber, Francisco considera terminada su misión. Antes de expirar, hace esparcir ceniza sobre el pavimento de su celda, se despoja de su pobre túnica

(1) *Incipiamus, Fratres, servire Domino Deo quia hucusque vix, vel parum in nullo profecimus.* C. 108, 24.

(2) *Ut sic exutus omni cura... solus carnis paries inter se et Deum interim separaret.* C. 109, 6.

y con los ojos elevados al cielo, el espíritu absorto en la contemplación de la gloria divina, ocultando con su mano izquierda la llaga de su costado, dice a los Frailes: "He consumado mi obra, que Cristo os enseñe a terminar la vuestra; *Ego quod meum est feci, quod vestrum est Christus edoceat*". (C. 331).

Conclusión

Hijos de San Francisco, hemos de ser Serafines crucificados por el Amor

"Llamados a la Orden seráfica, tenemos obligación de trabajar con ahinco en la práctica del Amor de Dios. Son, en efecto, los inefables ardores de su Amor lo que distingue a los Serafines de los demás coros angélicos. Semejante a un Serafín encarnado, San Francisco aparece como una hoguera siempre abrasada de amor divino. Somos hijos suyos y debemos, pues, imitarle en la práctica de esta ardiente caridad" (1).

Este Amor será necesariamente un Amor que nos *crucificará*, ya que procede de la cruz y a ella conduce... *De cruce ad crucem.* Desde su primer llamamiento en San Damián, Francisco perseveró siempre junto a la Cruz (2). Esta constancia le mereció la inefable merced de ser elevado a la sublime categoría de los Sera-

(1) P. Joseph de Dreux, *Retraite seraphique,* Xe. jour, 1re. meditation, p. 225.

(2) *Semper enim in Cruce fuit...* C. 121, 15.

fines y de ser un fiel reflejo de los mismos (1). Será también ésta nuestra recompensa si con seis alas, a modo de los Serafines, procuramos envolvernos y elevarnos hacia Dios (2).

La práctica de los tres votos de Religión, crucificando nuestra carne junto con sus concupiscencias, nos revestirá de la inocencia y de la justicia. Estas dos virtudes, a semejanza de alas, cubrirán la desnudez de nuestro cuerpo, despojado por el pecado y le adornarán con méritos de valor inapreciable (3).

El ejercicio de las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, purificará las potencias de nuestro espíritu, dando la pureza de intención a la Inteligencia y a la voluntad la rectitud de acción. Provista con estas alas, nuestra alma tenderá hacia Dios de un vuelo directo y sin cansancio; la práctica de la Santa Oración acelerará nuestra ascensión totalmente celestial (4).

Por fin, el amor al prójimo, en alas de la predicación y de la misericordia, nos llevará hasta las confines del universo en busca de almas para el Cielo (5).

Tal es, a nuestro parecer, el ideal de la Perfección

(1) *Quod utique indubitanter adipisci poterimus si more Seraphim.* C. 120, 5.

(2) *Duabus alis tegendum est corpus nudum meritis... innocentia revestitur... et appetitu justitiae.* C. 121, 4.

(3) *Si duas alas extenderimus super caput, habentes in omni opere bono intentionem puram et operationem rectam et iis directis ad Deum.* C. 120, 6.

(4) *Duabus quoque aliis volandum est ad impendendam duplicem proximo Charitatem, reficiendo videlicet animam verbo Dei et corpus terreno subsidio sustentando.* C. 120, 25.

(5) *In Cruce perseverans ad sublimium spirituum gradum meruit advolare; semper enim in Cruce fuit.* C. 121, 13.

Seráfica y la excelencia de la Vocación Franciscana. Nuestro Bienaventurado Padre la comprendía del mismo modo y no podía soportar se hablase de ella en forma distinta de la que, por la divina Misericordia, le había sido revelada (1).

Cierto día, su amigo santo Domingo le pedía, con grandes instancias que fuese servido darle la cuerda con que ceñía su cuerpo; la humildad de Francisco retardaba acceder a una demanda inspirada únicamente por la caridad. Sin embargo, Domingo obtuvo lo que deseaba y con grande y devota satisfacción pudo vestir, llevándola debajo de su túnica, la cuerda que le fué entregada.

Luego ambos santos, amigablemente abrazados en alas de la caridad, se hacen el ofrecimiento de sus mutuas oraciones. Domingo añade entonces: "Quisiera, Fray Francisco, que tu Religión y la que he fundado no fueran más que una sola, y que ambos viviésemos en la Iglesia de Cristo bajo una misma forma de vida" (2).

Esta cesión del cíngulo, este abrazo de los fundadores, este deseo tan fervientemente y sinceramente expresado de fundir en una las dos nacientes órdenes, nos muestran cuan perfecta e íntima era la unión de los santos Patriarcas.

No obstante, por voluntad divina, sus caminos han de ser distintos; Dante los ha delineado con precisión y maestría admirables. El uno fué un Serafín por su

(1) "*Nolo quod nominetis mihi servandam regulam B. Benedicti, B. Basilii, aut alius, cujusvis, praeter illam quam mihi divina misericordia donavit*". Colloq. V.

(2) "*Vellem frater Francisce, unam fieri religionem tuam et meam, et in Ecclessia pari forma nos vivere*". C. 282, 21.

ardiente amor, el otro con su ciencia fulguró en la tierra con los resplandores del Querubín (1).

Veritas, Amor, he aquí las nobles divisas esculpidas en los blasones de los Frailes Predicadores y de los Menores. Hacer que imperen en el mundo estas dos fuerzas avasalladoras, tal es la sublime misión de los hijos de Domingo y de Francisco.

Que nuestra inteligencia, iluminada por la verdad, incline la voluntad nuestra al suave yugo del amor; a fin de que podamos cumplir, Señor, vuestra santa ley, que nos fue enseñada por el Apostólico Padre santo Domingo y por nuestro Seráfico Padre San Francisco (2).

¡Oh Dios! Haced que, cobijados bajo las alas de ambos, tan grandes al par que humildes Maestros, perseveremos siendo siempre fervientes discípulos suyos. Animad con mutua confianza a los que la tierna amistad de sus Padres ha unido para siempre. *Fac humiles esse discipulos sub alis humilium magistrorum, fac benevolos consanguines spiritus.* (C. 282).

(1) *"L'un fu tutto Serafico in ardore.*
L'altro per sapienza in terra fue.
Di Cherubica luce, uno splendore".
Del Paradiso, Canto, XI.

(2) *"Evangelicus Pater Dominicus et Seraphicus Pater Franciscus, Ipsi nos docuenrunt legem tuam. Domine".*

QUINTA PARTE

Perennidad de la Perfección Seráfica

La colina del Paraíso (1)

"*Vos, Sancti Dei inclyti — qui estis mente lucidi Franciscum imitati—orate ut intrepidi hic simus—semper fervidi — et postmodum beati...*

Esta antífona litúrgica consagrada a la memoria de los santos ilustres de nuestra Orden de Menores, hace netamente resaltar los tres medios principales de perpetuar la Perfección Seráfica:

1.º Mantener la claridad del Ideal franciscano.
2.º Expresarlo por el heroismo de la acción.
3.º Alimentarlo por el fervor de la oración.

Las últimas palabras: *Et post modum beati* aseguran la recompensa prometida a los fieles imitadores del Seráfico Francisco.

Primer medio: *Claridad del Ideal franciscano*

a) *Brilla en San Francisco, adornado con las sagradas Llagas*

Poco antes de expirar, Francisco dijo a sus hijos: "He cumplido mi deber; que Cristo os enseñe a hacer

(1) Antes de la muerte de san Francisco llevaba el nombre de Colina del Infierno porque había en ella la sepultura de los

el vuestro" (1). Su humildad profunda le inspiraba tales acentos.

Durante el curso de su vida, Francisco todo lo acometía para alcanzar el Ideal divino, Jesús crucificado. Después de la estigmatización, la semejanza es tan acabada que los fieles le veneran como a un Crucifijo viviente. Tendido en su lecho mortuorio, se aparece a los suyos, piadosamente arrodillados, como una imagen de Cristo descendido de la Cruz (2).

¡Qué impresión imborrable producía semejante espectáculo!

"Los clavos de los pies y de las manos, formados de su carne, habían conservado el color oscuro del hierro y destacaban sobre la blancura de su carne; según la pintoresca reflexión de Celano, cualquier los hubiera tomado por piedras de negro mármol incrustadas en un suelo de blanco mármol. La bermeja llaga del costado que, durante su vida, ocultaba Francisco con afán parecía entonces una rosa frescamente abierta" (3).

Esta visión habíase de tal suerte grabado en su espíritu que 20 años después fray León queriendo expresar a fray Salimbene lo que entonces habían experimen-

criminales. Gregorio IX ordenó construir allí una Basílica para sepultura del Seráfico Patriarca y trocó con ella el nombre de la Colina del Infierno con el que trae hoy.

(1) *Ego quod meum est feci; quod vestrum est, Christus edoceat.* C. 331, 7.

(2) *Quasi recenter e Cruce depositus.* C. 117, 25.

(3) *Caro ejus candidior esset effecta... "Sed ipsos clavos ex ejus carne compositos, ferri retenta nigredine, ac dextrum latus sanguine rubricatum... sicut in pavimento albo nigri lapilli solent..."* C. 118, 11. *"Vulnus lateris rubeum et ad orbicularitatem quandam carnis contractione reductum rosa quaedam pulcherrima videbatur".* Leg. XV, § 2.

tado, decía: "Era el mismísimo Jesucristo descendido de la Cruz".

Estas palabras grabadas sobre su sepulcro: *Franciscus vivens mortuus* son exactas. Francisco muerto predica aún como Jesús crucificado; él dice a sus hijos: "Sed mis imitadores como yo lo he sido del Varón de dolores."

b) *Sus más ilustres discípulos le han fielmente reproducido*

La vista fija en Francisco, han copiado su modelo hasta en sus menores detalles. "Piedras vivientes atraídas y agrupadas por los ejemplos y el amor de su santo Fundador, han entrado en la construcción de su edificio espiritual. Un gran número de ellos ha recogido la palma gloriosa del martirio, otros mediante una vida perfecta han merecido ser inscritos en el catálogo de los Santos (1).

"Desde entonces, cada siglo ha visto surgir una nueva reforma en la orden franciscana, protestación siempre renaciente contra la inclinación demasiado humana a rebajar todos los ideales" (2).

Los reformadores no se dirigen sino a un fin: reproducir lo más exactamente posible esta sublime pobreza, pasión única de Francisco, durante su mortal carrera. Imitar asimismo esta pureza austera de costumbres y

(1) *Admirabilis huius templi structuram egregiam quasi subito vivi lapides adunati... Multos martyrii palmam noverimus assecutos et prototius sanctitatis confessione perfecta plures sanctorum cathalogo veneremur adscriptos.* C. 342, 13.

(2) *Pèlerinages franciscaines* p. 54.

las virtudes espléndidas que brillaron en él hasta el prodigio: he ahí lo que tomaron más a pecho sus fieles discípulos (1).

Los Sumos Pontífices no cesaron de estimular y bendecir las sucesivas Reformas que tendían todas a una observancia más estricta del Ideal franciscano. En ello consistía su mérito y toda su razón de ser.

c) *A nosotros toca perpetuar a través de los siglos esta noble casta seráfica*

Según juiciosa expresión de nuestro P. Bernardino de París, en el orden de la gracia al igual que en el de la naturaleza, todo se hace por imitación... los primeros son los ejemplares de los segundos y estos de los siguientes.

"Según designio divino, nosotros somos propuestos para servir de regla y modelo a los que nos siguen. Ellos deben ver en nuestras acciones y palabras el espíritu de Jesucristo y de San Francisco, viviente, actuante. Debemos ser respecto a los mismos como *padres* que los engendran para la vida de la gracia, como *maestros* que se desvelan para formar Jesucristo en su corazón mediante el espectáculo de una santa vida que los instruya más poderosamente por la eficacia de los buenos ejemplos que por la elocuencia de los discursos".

(1) *Summam rerum inopiam quam vir sanctissimus in omni vita adamavit unice, ex alumnis ejus optavere nonnulli simillimam... Similiter rigidam innocentiam, altas magnificasque virtutes quibus ille ad miraculum eluxerat alii quidem imitati animose ac severe...* Bula *Felicitate quadam.*

"Si les comunicamos un espíritu ferviente, serán fervorosos; si tibio y lánguido, serán ellos flojos y languidecientes. No pueden ellos dibujar una virtud más eminente que la que ven en nosotros. ¿Cómo ser silencioso. si el silencio es violado? ¿Cómo puntuales, si la puntualidad es descuidada? ¿Cómo obedientes, si es menospreciada la obediencia? ¿Cómo amorosamente pobres, si observan que los que han hecho profesión de ella la rehuyen y desdeñan? (1).

No pretextemos la diversidad de tiempos y costumbres; objeciones son esas muy especiosas y que muchos cristianos intentan formular para eludir los preceptos del Evangelio.

En su Regla, con ser muy concisa, todo lo previó y todo lo *acomodó* el Bienaventurado Padre. Al lado del precepto que obliga *sub gravi,* hállanse netamente especificadas las razones serias que legitiman la dispensa sin detrimento del Ideal.

Así, por ejemplo, la *desnudez de los pies* está temperada con esta concesión: "los que están constreñidos por la necesidad puedan traer calzado" (Cap. II). El *ayuno* después de la fiesta de Todos los Santos... "sin embargo, en tiempo de manifiesta necesidad no estén obligados los frailes al ayuno corporal" (Cap. III). El *viaje a pie* " y no deben ir a caballo salvo estar forzados por una evidente necesidad o enfermedad" (Cap. III). La *interdicción de pecunia*: "Mando firmemente a todos mis frailes que no reciban en modo alguno dineros o pecunia por sí o por interpósita persona. Mas para las necesidades de los enfermos y para vestir a los frailes, los ministros, con el auxilio de amigos es-

(1) *Esprit de saint François d'Assise,* IV. parte, c. II, § 2.

pirituales, tengan de ellos cuidado según los lugares, tiempos y frías regiones" (Cap. IV).

Lejos de oscurecer el Ideal franciscano, estas sabias dispensas le nimban y rodean de una atmósfera de ternura maternal. Francisco llevaba sus hijos en su corazón ardiente de amor de Cristo y recomendaba que tuviesen los unos respecto a los otros, los afectuosos transportes y delicadas atenciones de la mejor de las madres. "Porque, decía, si una madre nutre y ama a su hijo según la carne ¿cuánto más debe cada uno amar y nutrir su hermano espiritual? (Cap. VI).

Adhirámonos, pues, más y más a nuestra santa vocación; no nos dejemos prender en la trampa de Satán el cual a menudo se transforma en ángel de luz y busca seducirnos con el deseo de una vida más santa y perfecta.

Mutatio locorum multos fefellit asegura el autor de la Imitación. El ingreso en la Trapa o en la Cartuja ha sido para muchos una pérfida ilusión de que se valió el demonio para arrancarlos a la Religión Seráfica y echarlos nuevamente al mundo. Lo mejor es a veces enemigo de lo bueno.

Según el consejo del Apóstol "que cada uno de nosotros permanezca en su primera vocación y se esfuerce de perseverar en ella hasta la muerte" (1).

Felices, mil veces felices, si en nuestros postreros instantes nos hallamos fieles discípulos del Serafín de Asís. Daremos nuestro último aliento encima de nuestras tablas estrechando en nuestras manos el librito de la Regla, ideal de nuestra vida, revestidos del sayal fran-

(1) *Unusquisque in qua vocatus est in ea perseveret.* I Cor., VII, 20.

ciscano y ceñidos de una pobre cuerda; tal como nos hemos visto en nuestros ensueños en los mejores tiempos de nuestra adolescencia religiosa.

SEGUNDO MEDIO: *Heroísmo de la acción*

El Ideal es a la vez principio y término de nuestros actos; todos deben inspirarse en él y tender firmemente a él y con constancia.

Al Ideal seráfico claramente columbrado, corresponde por necesidad el heroísmo práctico de la vida franciscana.

a) *¿En qué consiste este heroísmo práctico?*

El mundo tiene por héroe al soldado que, con peligro de su vida consigue resonantes triunfos; y es justo sea así. No obstante, quien afronta la muerte sobre el campo de batalla, capitula fácilmente sobre el terreno de la conciencia.

Hay otra suerte de heroísmo más modesto, más oculto, pero que exige un alma fuertemente templada y aguerrida. Por de fuera, nada extraordinario, todo parece unido y fácil; sin embargo, los actos ordinarios de la vida son realizados con una perfección muy alta: es el heroísmo de la santidad.

El heroísmo nos parece poderlo parangonar con el genio; entre ambos existe cierta analogía, el heroísmo será respecto la voluntad lo que el genio respecto a la inteligencia.

Y según Buffon, "el genio no es sinó una larga paciencia". Supuesta la facultad genial, es el esfuerzo

sostenido, constante que desarrolla, fecunda y produce las obras del genio.

Asimismo, el heroísmo cristiano es un don, una gracia divina, un gérmen depositado junto con la vocación en un corazón generoso; la correspondencia a esa gracia especial hace el héroe y el santo.

El gran Apóstol, vaso de elección, prodigio de santidad, nos ofrece de ello una muestra admirable: "Lo que soy ,dice, lo soy por la gracia de Dios", y añade acto seguido: "pero esta gracia no ha sido vana y estéril en mi, puesto que yo he correspondido fielmente a ella por un trabajo personal, secundado de la gracia" (1).

Tal es la historia de todos los héroes del cristianismo y especialmente de nuestro Bienaventurado Padre. Divinamente enriquecido de dones personales, él ha respondido con fidelidad al llamamiento del Crucifijo de San Damián y aplicóse con todas sus fuerzas a realizar su vocación sublime.

b) *Este heroísmo está a nuestro alcance*

Nuestra vocación seráfica lo contiene en germen. El Vicario de Cristo lo afirma: "Los religiosos de las dos primeras Ordenes tienen una gracia especial para tender con ardor heroico hacia la santidad de los consejos evangélicos" (Constitución *Misericors*). A nosotros toca

(1) *Gratia autem Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit, sed abundantius illis omnibus laboravi, non ego autem sed gratia Dei mecum.* I Cor. XI, 10. Véase también *Breviloquium,* Pars V, Cap. III, § 6.

por una fiel correspondencia desarrollar ese germen hasta su plena floración.

"Comprendamos, pues, en fin, dice el P. Gratry, que todo depende ahora de nuestra *fidelidad*, Dios nos ha confiado su tesoro y a nosotros toca hacerlo valer. A nosotros, pues, pertenece escoger a cual de los servidores del Evangelio queremos semejarnos. ¿Seremos el fiel y bravo servidor que hizo valer el talento confiado por el maestro hasta el décuplo, o nos asemejaremos al siervo inútil y perezoso que escondió el talento y lo dejó dormir?" (1).

c) *Consiste sobre todo en la fidelidad*

Según nuestro P. Bernardino de París, la esencia de esta fidelidad consiste en hacer lo que Dios demanda de nosotros, según toda la extensión de la luz y según toda la capacidad de la gracia presente.

"Ella debe ser *total*, sin reserva, empleando en el servicio de Dios todo lo que se posee de luz en el espíritu, de gracia en la voluntad, de fuerzas en el cuerpo. *Puntual y exacta* en las más pequeñas cosas como en las grandes... En religión nada hay pequeño; cada cosa trae consigo su gracia y su santificación, porque todo se refiere a la gloria de Dios o a la salvación de las almas".

Progresiva. "Dios nos da la primera gracia que nos justifica; nuestro primer acto merece en seguida que ella sea aumentada. Por un concurso mútuo, a medida que somos fieles, Dios nos da nuevas luces en nuestro

(1) *Mois de Marie de l'Immaculée Conception*, XIX.ª meditación.

entendimiento, nuevos ardores en la voluntad que nos conduzcan en continuo progreso por las vías derechas de los justos a fin de que lleguemos a la plenitud de la caridad".

Perpetua. "No basta haber dado a la gracia de nuestra vocación las primeras obediencias durante algunos años, ellas deben ser tan constantes como nuestra vida. Dios nos demanda esta fidelidad perpetua. Dios es digno de ella, su gracia nos da el poder y nosotros lo debemos por interés... Vuestra salvación depende de vuestra perseverancia. No es ciertamente el comienzo del combate lo que da la victoria sinó el fin.

"Acordaos siempre de esta gran máxima de Jesucristo vuestro Maestro y de San Francisco vuestro Padre: Quien perseverare hasta el fin éste será salvo" (1).

TERCER MEDIO: *Fervor de la Oración*

Vale tanto el Ideal de un pueblo como el mismo pueblo. Nuestro Ideal, de raza franciscana, es sublime, divino; nosotros pues debemos valer enormemente. La Iglesia y la Sociedad esperan mucho de los hijos de Francisco de Asís. ¿Quién nos mantendrá en esas alturas y sostendrá nuestro vuelo y guardará de aflojar? El fervor de la oración.

El nexo es tan estrecho entre el espíritu de oración y el espíritu de las Ordenes religiosas, que ambos marchan a la par. Tanto vale su oración como los religiosos. El estudio de la oración, dice el P. Bernardino de

(1) *Esprit de saint François d'Assise,* IV.a parte, cap. III, § 4.

Asti, general de nuestra Orden, hace toda la diferencia de los religiosos: el más fiel en sus ejercicios, es el más perfecto en la observancia de su regla" (1).

En efecto la oración da luz a la inteligencia y calor a la voluntad; cuanto la oración es más perfecta tanto el alma es más luminosa y ardiente.

Por un efecto contrario, la oración descuidada conduce a la disminución de la luz en nuestro espíritu y poco a poco el ideal palidece y acaba por apagarse. ¡Habíasenos aparecido tan hermoso, tan luminoso en la aurora de nuestra vocación franciscana! y ahora ya no es más que ilusión, quimera, una especie de anacronismo como parece a menudo a las gentes del mundo.

Con el ideal, el heroísmo decrece también; el peso de observancias religiosas al principio tan suave y tan ligero trocóse en amargura del alma y del cuerpo y se hace intolerable.

Sobreviene el cansancio de la vida religiosa que va hasta el *desprecio de la profesión!* (2).

La caída se consuma con la demanda de un breve de secularización, apostasía más o menos disfrazada, título colorado de especioso pretexto de cuidar una salud delicada o de auxiliar a los parientes menesterosos.

La verdadera, la única causa de esta caída proviene de la negligencia habitual de la oración; la tibieza invade insensiblemente el alma y Dios, por un justo juicio, se retira con disgusto de esta alma y la echa del seno de la Religión.

(1) *Ibid.*, cap. IV, § 6.

(2) *Esprit de saint François d'Assise,* parte IV.ª capítulo IV, § 6.

El remedio para un estado tan deplorable, es un retorno sincero a la práctica de los ejercicios de piedad, en particular de la oración. La meditación frecuente de las grandes verdades ilumina la conciencia hasta en sus más secretos repliegues y enardece el corazón enfriado.

El Ideal brilla de nuevo, el alma se rehace y siente renacer energías capaces de realizarlo en su perfección sublime.

Nuestra labor se ha terminado: exaltar las gestas sublimes de Francisco de Asís, reproducir los rasgos principales de su existencia heroica, ponerla al alcance de nuestros jóvenes aspirantes, tal ha sido el objeto de este estudio. La simpática figura de nuestro glorioso Patriarca evocada por nuestras inquisiciones históricas y nuestras reflexiones personales no ha cesado un momento de tenernos bajo su hechizo. Que los que mediten esas páginas quieran considerar sobre todo la afección filial que las ha inspirado.

Y vos, Padre muy amado, Espejo y Ejemplar de la perfección seráfica, dignaos renovarnos el primitivo fervor. Admitidos al honor insigne de profesar la forma de vida consagrada por vuestra doctrina y vuestros ejemplos podamos no decaer jamás de un tan noble ideal.

"*Digne Pater... innova dies nostros sicut a principio, perfectorum Speculum et Exemplar; nec patiaris vita dissimiles eadem tibi professione conformes. Amen*" (1).

---

(1) *Oratio sociorum sancti ad eumdem*, C. 337.

INDICE

SEGUNDA PARTE

Vocación a la Perfección Seráfica.

NOCIONES PRELIMINARES:

EJERCICIO DE LAS TRES VIRTUDES TEOLOGALES

NOCIONES PRELIMINARES.

PRÁCTICA DE LA MORTIFICACIÓN DE LAS POTENCIAS

III. PRÁCTICA DE LA ORACIÓN

TERCERA PARTE

IRRADIACIÓN DE LA PERFECCIÓN SERÁFICA POR MEDIO DEL APOSTOLADO

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

PERENNIDAD DE LA PERFECCIÓN SERÁFICA

Págs.

L. D. M. J. F